

B. VICUÑA SUBERCASEAUX

CORRERÍAS

República Argentina, Chile, Uruguay,
Brasil, Portugal
España, Francia, Italia, Suiza



646-2

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta, Litografía y Encuadernación «Barcelona»
Calle Moneda, esquina San Antonio

—
1911

B. VICUÑA SUBERCASEAUX

CORRERIAS

REPÚBLICA ARGENTINA.
CHILE. — URUGUAY. — BRA-
SIL. — PORTUGAL. — ESPAÑA.
FRANCIA. — ITALIA. — SUIZA

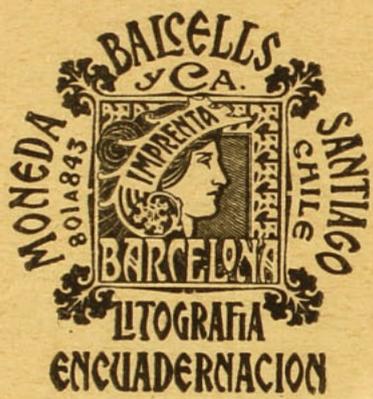


SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN "BARCELONA"

Calle Moneda esquina San Antonio

1911



DEDICATORIA

A la señora

EMILIANA SUBERCASEAUX DE CONCHA

en testimonio de gratitud y profundo afecto

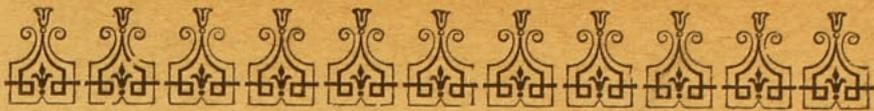
Su sobrino



B. V. S.



DEL MAPOCHO AL PLATA



DEL MAPOCHO AL PLATA

(1900)

PASO DE LOS ANDES

En 1900, por primera vez, pasé la cordillera. El ferrocarril trasandino, por el lado de Chile, llegaba hasta el legendario Salto del Soldado; por el lado argentino, hasta Punta de Vacas: los rieles quedaban separados por todo el macizo andino. La travesía demoraba dos días, en mula y carruaje.

No por falta de tiempo se encontraban atrasados los trabajos del trasandino. En 1874,—después de larga lucha entre la rutina y el espíritu de progreso, entre el proteccionismo antiguo y el libre cambio dogmático

de Zorobabel Rodríguez,—el Gobierno otorgó á los empresarios Juan y Mateo Clark la concesión para construir una vía férrea trasandina por Uspallata y una garantía sobre el capital que se invirtiera.

Los jóvenes y esforzados empresarios no se amedrentaron ante aquellos farellones inmensos, altos, macizos, al parecer superiores al esfuerzo humano. Dieron comienzo á la obra. Vinieron las dificultades y peripecias. Los cálculos habían sido ilusos; se acabó el dinero. Así, en 26 años de trabajo, el trasandino era todavía obra inconclusa. Pero los hermanos Clark no habían desmayado. Tenían la conciencia de estar realizando algo de importancia mundial, y que solucionaba los más urgentes problemas de nuestro progreso.

No sólo por la pasión del turismo se iban, en aquellos días de 1900, chilenos y argentinos á ambos lados de los Andes. Acababa de terminar el litigio de límites entre los dos países. En los largos cincuenta años de la duración de ese litigio más de una vez la guerra había estado á punto de estallar; y más que

nunca lo estuvo entre 1898 y 1900. Tan al borde estuvimos de la guerra, que la solución se produjo,—cosa que no había podido producirse en cincuenta años,—la solución pacífica por medio del más honroso arbitraje.

Por eso atravesábamos la cordillera chilenos y argentinos: por vernos, compararnos y sentirnos. Existe esa curiosidad, así como en los hombres, en los pueblos que han estado por irse á las manos.

Toda la muchachada chilena de 1898 pasó sobre las armas, preparándose para las batallas que parecían inminentes. Una noche del mes de julio estuvimos acuartelados y prontos para salir hacia la frontera del sur.

No de guerrero fuí, al fin, á la cordillera: fuí con la tristeza y el temor inherentes á todo primer viaje. Me figuraba que saliendo del país iba á perder de vista las estrellas que vi al nacer. Engaño mío: esas lámparas maravillosas alumbran la patria universal. Sólo se justifica en la tristeza de un viaje la nostalgia de la familia.

Me distraía contemplando la naturaleza entre Llay-Llay y Los Andes: el valle del Aconcagua que el tren cruza á lo largo, valle de viñas y pastales. En los cerros de occiden-

te se divisan las labores mineras de Catemu. El cuadro es encantador adornado de distancia en distancia con chalets de magníficas haciendas.

La ciudad de Los Andes, antigua aduana de las internaciones hacia Mendoza —ciudad agrícola, sanatorio para tísicos, punto de arranque del ferrocarril trasandino —es una aldea grande tendida en un lecho de verdura sobre los faldeos de la cordillera. El sol que la ilumina es tibio y su atmósfera tiene la pureza de la altura.

Aquí tiene el trasandino estación propia (ferrocarril de trocha angosta), la cual estaba llena de material arrumbado: rieles, durmientes, máquinas, todo invadido por el moho, la maleza y el jaramago. Daba pena ver obra tan grande y útil así, abandonada. Ya tomaría, con la paz entre ambos países, nuevo y definitivo impulso!

De los Andes se partía en el trasandino hasta el Salto del Soldado, donde alcanzaban los rieles. Se ve, al pasar, la región de «Los Azules», parte de la montaña de arcilla azuleja que presenta un colorido azul-verdoso,

suave y raro. Se llega á la gruta legendaria llamada del Salto del Soldado; tiene arriba una abertura de 20 metros; en su fondo ruje el Aconcagua, simple torrente en ese punto. Es un desgarramiento de la Naturaleza.

Está llena de cosas curiosas esa ruta sobre la cordillera y la pampa argentina,—que luego recorreré,—ruta que, del Pacífico al Atlántico, le pone á la América, en su extremo sur, un zuncho grandioso.

Cuenta la leyenda popular que un godo, prófugo de la batalla ganada por los patriotas en el cercano campo de Chacabuco (1817), corriendo ciego en su caballo espantado, saltó el boquerón de veinte metros que se abre en la superficie; de donde el nombre: Salto del Soldado. Es inverosímil. Pero el nombre le cuadra bien á ese paraje que fué teatro de una epopeya.

Donde terminaba el ferrocarril comenzaba el carruaje de la empresa de transporte. En un *breack* nos internamos por la quebrada en cuyo fondo va correntoso el naciente Aconcagua.

Atrás, hacia Chile, un farellón tapa la vista del valle. Los caballitos, en la gradiente sudaban de lo lindo. Se pensaba en la locomotora que hacía falta. Más vale, para el progreso de estos países, el silbido de una locomotora en las gargantas de la cordillera que cien reuniones de sabios y juristas.

Las quebradas de los Andes por el lado chileno son boscosas. El rocío que se desprende de las cascadas humedece el rostro de los viajeros. El sol pone suaves tintes de acuarela en la nieve de las cumbres. Da carácter al paisaje el contraste entre el metal oscuro de los peñascos y la blancura lechosa de las nieves. Forman concierto, en el hondo silencio de la montaña, el canto vespertino de los pájaros y el chasquido de los torrentes. Es un cuadro bellísimo que refresca y conmueve el espíritu.

En ese paisaje, el trayecto del trasandino por el lado de Chile será una de las bellezas del mundo; sin contar lo que los ingenieros llaman «obra de arte». Los trabajos de ese ferrocarril tienen la segunda elevación de los construídos, hasta ahora, en el globo. Por el lado de Chile, esa elevación, el trasandino la alcanza con toda rapidez: en diez leguas de

trayecto llega á 10,600 pies. De un golpe se remonta á la región de los cóndores y de la puna.

La línea de Nicoaya, entre Arequipa y Oruro, que es un altísimo pedestal de la locomotora, se va elevando en un largo curso.

Me figuraba, en ese cuadro arrobador, la inauguración de esa obra gigantesca llenando de legítimo orgullo á chilenos y argentinos. Las locomotoras chilenas y argentinas, saludándose en esas cumbres, sellaron uno de los más fastuosos y grandiosos acontecimientos del siglo XX. Es un orgullo para la humanidad americana haber hecho llegar á esos parajes, que tanto esfuerzo demandaban, el elemento de la civilización.

Llegamos á la posada de Guardia Vieja, donde los aurigas cambiaban el sudoroso tiro por otro de jamelgos frescos.

En ese sitio el general argentino don Gregorio Las Heras sorprendió á los españoles una noche de febrero de 1817. Mandaba, Las Heras, una avanzada del Ejército de los An-

des, del Ejército que venía á reconquistar á Chile. Fué, ahí, en Guardia Vieja, el primer triunfo de la «patria nueva».

No hay una plancha conmemorativa que recuerde al caminante la historia de esa vieja guardia, puesto avanzado de las milicias coloniales destruído por uno de los héroes de esa gloriosa causa común que emprendieron chilenos y argentinos. Esa plancha falta en Guardia Vieja. Los Gobiernos no interpretan los deberes de gratitud de los pueblos. Pero el recuerdo de Las Heras vive en cuantos chilenos y argentinos pasan por ahí. Nunca falta algún patriota que admire y cuente á los extranjeros, mientras corre el *breack*, esa admirable historia de esfuerzo, genio y heroísmo, que fué la reconquista de Chile.

Pasamos la primera noche en Juncal en el *Hotel Hispa* (así se llamaba por su dueño), al pie mismo del gran macizo andino. Esos hoteles no eran sino tiendas de fierro galvanizado,—es el lienzo de nuestra época,—entre las nubes y las nieves. El Juncal es un paraje inclemente. La insuficiencia del *Hotel Hispa* no ayudaba á soportarlo. Por suerte no se pasaba más que una noche. En ese galpón, á guisa de hotel, durante mu-

chos años alojaron los viajeros de la cordillera.

Me fijé en los compañeros de viaje, de los cuales, hasta ese momento, el paisaje me había distraído. Eran en su mayoría ingleses: éstos son expansivos como nación pero no como individuos.

El comedor del *Hotel Hispa* era un granero que dos lámparas de petróleo infestaban con su humo. Perros y niños andaban por debajo y por encima de las mesas. Los ingleses, en silencio, fumaban y bebían. En las habitaciones contiguas gritaban de frío los chiquillos de una familia viajera. Sólo dos personas conversaban riéndose; y lo hicieron hasta muy tarde de la noche. Eran don Germán Seckel, alemán conocido en el comercio de Santiago, y don Luis Lepeley, empresario de mulas y caballos en el tráfico de la cordillera. Seckel, volviéndose á Europa con su fortuna hecha, se encontraba en ese paraje, inesperadamente, con Lepeley, su amigo y compañero en una estadía en París, treinta años antes, en los dichosos tiempos de «*La Bella Elena*». No se veían desde entonces. Al encontrarse solos pensaron en recordar esas lejanas alegrías.

Seckel, aunque teutón, era de alma latina, hablador insigne. Era extraño oírlos conversar de tales cosas en ese paraje. Metieron bulla, Seckel y Lepeley, hasta después de la media noche, hasta que los ingleses protestaron de los cantitos parisienses pegando con los zapatos en las latas. Esa fué mi noche en Juncal: helada, insomne, estúpida. No sé por qué nunca la he olvidado.

A las 5 de la mañana, la caravana, en el aire frío y azulado del amanecer, comienza á subir por el camino del Portillo, aspera vía en zig-zag. Es la parte más interesante del trabajo del ferrocarril: el gran macizo andino que los ingenieros atacaron por medio de un vasto rodeo. Ahí empieza el formidable túnel que rompe el corazón de la montaña y asoma por el lado oriente sobre el valle de las Calaveras.

Tétrico nombre el de ese paraje: ¡Las Calaveras! . . . Es un lugar de muerte. Ahí el hombre no puede quedar mucho tiempo. Aun los soberanos de la cordillera, los cóndores, ahí se ven arrastrados por el viento y batidos por los torbellinos de nieve. En el furor de la tor-

menta, el solitario Rey de los Andes aletea y grazna. Nadie lo escuchaba, nadie lo alumbraba, como no sea el rayo que junto con iluminarlo lo mata. ¡Qué gran victoria iba á ser pronunciar ese nombre tétrico,—las Calaveras,—símbolo de una naturaleza mortal, en un comfortable *wagon*, cruzando un túnel de tres kilómetros, corriendo por una línea que se mofa de las nieves con sus parapetos y sus galerías!

En 1900 ese trayecto era un Calvario. La caravana ascendía en hilera: seguíamos la huella trazada sobre la nieve por la ciencia de las mulas y de los guías. El viento soplaba con fuerza; la marcha era difícil. Grandes rodados de nieve se desprendían con estrépito llenando los ámbitos con ecos pavorosos de trueno. El aire escaseaba. El cuerpo,—mal dormido en la fonda del Juncal,—sentíase atormentado. Pasábamos, de distancia en distancia, por edificios de piedra, los cuales, envueltos en el sudario de la nieve, parecían tumbas ó *marabues* de los árabes. En realidad en ese momento, eran tumbas: eran las garitas en que se guardaba el material de esa grande obra, muerta entonces, del ferrocarril trasandino. Ahí la empresa dormía, bajo la

nieve, esperando del Gobierno de Chile la palabra de Lázaro.

Era conmovedor el espectáculo de las mulas subiendo ese blanco martirio de la nieve. Los arrieros las animaban con voces obscenas. Las mulas eran fuertes, resignadas, heroicas. Dura labor tenían que realizar las compañías de transportes trasandinos.

Cerca de la cumbre el paisaje es imponente, inolvidable. Hacia el ocaso, en el laberinto de contrafuertes que bajan al Pacífico, se ve el puro cielo de Chile, comenzando en una graduación verde hasta confundirse con el cielo argentino en un intenso color azul. Hay que ver ahí, en la cumbre, con qué plácida indiferencia de fronteras cruzan los cóndores de un lado á otro...

Recordaba, ante el horror de esos sitios, la epopeya de 1817 y mi espíritu se estremecía de admiración como mi alma se prosternaba de gratitud. Venciendo esos obstáculos, ante los cuales los hombres parecemos hormigas, San Martín, O'Higgins, Zenteno, pasaron con un ejército de 6,000 hombres para venir á libertar á Chile y al Perú. Eran padres egregios de estas patrias en quienes el genio de la libertad había puesto lo necesario para ven-

cer lo invencible. Nosotros, disponiendo de todos los elementos, apenas si podíamos franquear esas cordilleras. Ellos las pasaron en tiempos más duros, y no con maletas de turistas, pero sí con todo el bagaje de un pueblo que venía á reconquistar su suelo consagrado ya por la libertad. Ahí debían estar, fundidas con bronce de cañones, las imágenes tutelares de esos hombres: San Martín, O'Higgins, Zenteno, Manuel Rodríguez, Las Heras, Soler, el fraile Beltrán y los demás.

Viendo la confusión de los cielos, recordando el origen y los esfuerzos comunes de estos dos países, la idea de la guerra,—en la cual poco antes iba á participar con el entusiasmo común,—se me aparecía como una monstruosidad. Por fortuna el buen sentido y el amor humano, enardecido por esos recuerdos, pudieron más que los instintos de Caín. La rama de olivo iba en marcha en el pecho de una locomotora, á perforar la montaña en lo ancho del macizo, como veta de oro que comunica la luz y la sangre de dos pueblos hermanos.

¡La cumbre!

Por el lado de Chile no se ven sino picos de piedra rojiza manchados con nieve blanca como la leche, tal cual si la Via Láctea se hubiese derramado sobre esos estériles Avernos.

Las cordilleras de Europa (nada digo de los Alpes que abundan en ciudades) ofrecen las seguridades de lo que es habitado, recorrido, dominado, en una palabra, por el hombre. La cordillera de los Andes era entonces virgen y salvaje, de una naturaleza áspera y desnuda cuya sensación aplastaba.

Los contrafuertes por el lado argentino son más sencillos y débiles. El río de las Cuevas corre hacia el oriente por valle recto y suave. Abajo las posadas se ven como palacios liliputienses. Al norte se divisa el Peñón del Altar, llamado así por ser el punto donde decían su misa de gracia los obispos que, por el lado del Plata, llegaban á la colonia de Chile.

La crudeza de la altura produce affigimiento del cuerpo y del alma. Recuerdo admirado á ciertas mujeres que, en lo peor del invierno, pasaron por esos puntos donde los mismos hombres desfallecen; las animaba el amor, que da más fuerza á la mujer que al hombre. La mujer de Juan José Carrera, —padre de la

Patria y mártir de Mendoza,—cruzó la cordillera en el crudo invierno de 1817. Iba creyendo llevar la salvación de su esposo y de su cuñado, condenados por la implacable Loggia Lautarina. San Martín, cometiendo la única in nobleza de su vida, la había engañado como Scarpia engañó á Tosca. Cuando la pobre mujer iba soportando con gozo las inclemencias del viaje, porque creía llevar la salvación de los Carrera, la sentencia estaba ya cumplida. Se llamaba doña María Cotapos la esposa de Juan José Carrera, de la más distinguida sociedad de Santiago. Era bonita y dulce, como su cuñada, Mercedes Fontecilla, la esposa de José Miguel, y como ella fué heroica.

Si esos blancos planchones de nieve fueran lápidas sus inscripciones serían leyendas admirables. . .

A la orilla del camino había una pirámide de fierro: el hito de Bermejo, sencilla y elegante columna que señala el deslinde entre Chile y la Argentina. Desafía todas las iras del cielo y de la tierra, ese hito famoso por cuya colocación, aquí ó allá, dos pueblos,

durante medio siglo, amenazaron destrozarse. Ahora, en el deslinde, hay una imagen de Cristo Redentor.

Ya caminábamos sobre suelo extraño, al amparo de otras leyes, al contacto de otras costumbres. Pero no me sentía extranjero: la América del Sur es toda ella un solo y grande país de democracia y libertad.

La caravana descendía por dilatada pendiente de nieve dejando su huella en zig-zag. Los detalles de las mulas y de las personas se destacan minuciosamente como los detalles de una mosca sobre una hoja de papel. El sol, en la mitad del cielo, reflejándose en la nieve, lastima la vista. Nos calamos anteojos azules, que para el efecto llevábamos. Con esos lentes, el paisaje se veía envuelto y adormecido en una suave claridad de luna. Al norte aparecen el pico del Aconcagua con su cono lívido de volcán apagado y el macizo de La Tolorsa. Ambas montañas presentan líneas elevadas y correctas. Al sur se ve el Tupungato, de forma enmarañada. Esas cumbres tienen coronas de nubes que giran como rondas de bajeles. Todo es arrobador. El vasto paisaje silencioso parece un cuadro de ensueño.....

Encontramos trabajadores que apartaban la nieve del camino, argentinos, hombres sólidos y afables, hijos de la Pampa, de elevada estatura. El chileno es montaraz, de cuerpo más recogido y musculado.

Al pie del macizo central, en esa posada que desde arriba divisábamos como palacio liliputiense, tomamos otro *breack* del mismo expreso de transportes en el cual continuamos hasta Punta de Vacas. Eran Las Cuevas de donde se parte, siguiendo las sinuosidades de un río, por camino suave. Las montañas, sin vegetación, son de tierras coloreadas,—tierras verdes, amarillas, azules,—y forman un cajón angosto.

Pasamos, tirados al galope, por el famoso Puente del Inca, sobre las grutas maravillosas de las que brota el agua ardiente y curativa, bajo estalactitas multicolores.

Viejas tradiciones cuentan que ahí llegaban los Incas del Perú, con sus séquitos opulentos y abigarrados buscando el alivio que procuran esas aguas misteriosas.

Me figuro ver bajar del norte, por la honda quebrada, la innumerable y fantástica caravana trayendo al Inca,—Hijo del Sol,—en su trono de oro. Conozco á esos indios Quichuas,

he visto descendientes de esa raza,—girones que han escapado á la invasión civilizada,— en el interior de las pampas de Tarapacá.

Marmontel, en la Corte de Luis XV, puso á la moda el Perú indígena. Era deliciosamente parádojal ver en el *boudoir* de Madame Pompadour una imagen de Atahualpa. Prescott inmortalizó esos indios en su *Historia de la Conquista del Perú*. Bellessort, en su obra *La Joven América*, lamenta que haya desaparecido raza tan excepcional. Les cuento á mis compañeros de viaje, mientras corre el *breack*, cómo son los indios que, en siglos incásicos, llegaban hasta esas aguas y les dieron el nombre de su Rey: Puente del Inca.

En el oasis de Pica, en el interior del desierto de Tarapacá, encontré unos indios quichuas sentados sobre una vieja pirca. Viven en la altiplanicie boliviana, pero bajan hasta cerca de la costa vendiendo tejidos. A veces, si algo de importancia para ellos se ha producido (muerte de algún jefe ó profeta, ó huelga y matanza en alguna mina), bajan de súbito y se les ve por millares, de un día para otro, en los cerros, los llanos y los peñascos. Al otro día han desaparecido como por encanto. Pueden acudir de un punto á otro,

corriendo á pie, sin cansarse, centenares de leguas, sin tomar otro alimento que hojas de coca. Eran los *chasques* que en pocas horas atravesaban todo el Perú llevando al Cuzco el pescado para la mesa del Inca.

Estaban, esos indios que vi en Pica, cerca de unas llamas echados en el suelo con los largos cuellos extendidos. El sol del trópico quemaba los algodoueros y los techos de paja de las rucas de piedra. Florecían las guayabas y las tunas. Era un paisaje que,—al recordarlo en ese momento, cuando iba sintiendo en los huesos el hielo de las cordilleras del sur,—me causaba una extraña impresión de luz y de calor.

Los andariegos quichuas llegaban con facilidad, por los valles interiores de la cordillera, hasta esas aguas que calientan los volcanes, esas viejas chimeneas del mundo. Mis compañeros de viaje se resistían á creer que de tanta distancia hubiesen podido llegar los quichuas. Yo sabía que en Chile y en el Perú recorren distancias superiores. Tan cierto es que llegaban como que le dieron á los baños el nombre del Inca.

Les describí el traje de los quichuas que había visto: pollera de sarga gris con vivos

listones en el ruedo, algo que recuerda la indumentaria de los antiguos egipcios. Las misteriosas similitudes de las razas originarias de América con las del Asia occidental asaltan á cada paso al viajero de Méjico y del Perú. El traje de los quichuas que aún quedan, es el mismo que usaban antes de la llegada de los españoles. Van con la cabeza descubierta, lo cual es de uso inmemorial entre los adoradores del sol. Es difícil distinguir, en el quichua, al macho de la hembra, y no sólo porque visten del mismo modo. El parecido de los sexos en la raza quichua es extraordinario. Fijándome en dos de ellos vine á dar en cuál era la mujer por detalles de la vestimenta: la pollera más larga y un tenedor de plata prendiéndola en la cintura. Sólo detallándola vine á encontrar en ella la gracia de la mujer. Le noté el pie más fino, muy fino, como una miniatura de bronce. Llevaba una sandalia cuya suela de cuero era teñida de rojo. El hombre pisaba en el suelo desnudo.

Esas figuras de indios me parecieron artísticas y elegantes. Comprendí el cariño con que han tratado á esa raza todos los historia-

dores del Perú, comprendí la pasión del siglo XVII por el Perú y sus indios.

La estatura es mediana; la cutis de un pálido color de bronce; el rostro ovalado y lampiño; el perfil griego, pero de una línea más suave. La fisonomía, en general, respira inteligencia y ternura. Los ojos negros,—no lo olvidaré,—miran con asombro pueril; son ojos humanos que se parecen á los de las llamas, salvajes y acariciantes á la vez. Es que llevan, los últimos quichuas, una herencia de tres siglos de sufrimiento, de miedo, de opresión.

Nosotros, los blancos, los civilizados, dueños de la América desde que la descubrió Colón, hemos acabado con esa raza encantadora. Los mineros de Bolivia, durante tres siglos, han hecho trabajar á los indios quichuas como brutos. Un indio es más barato que un burro. Esto no acabó con la independencia de América, cuando se dijo que la esclavitud quedaba abolida. Hasta hoy el indio, en las faenas mineras de Pulacayo y Oruro, trabaja sin más paga que el látigo. En los días de fiesta, á guisa de recompensa, se le envenena con alcohol de grano. Se ha concluído,

puede decirse, con una noble y hermosa raza.

Ellos, los últimos quichuas, se vengañ á su manera. Miran con supino desprecio á los blancos, á los criollos hijos de españoles. El quichua desprecia al blanco y tiene razón: este es débil para afrontar las inclemencias de esos climas y le teme al indio. Los indios de Bolivia están excluidos del servicio militar: se teme que aprendan el manejo de armas de fuego. Lo desprecia, al blanco, porque lo ve inquieto, avaro, ambicioso. Los prodigios de la industria no le llaman la atención á esos adoradores del sol. Raza desinteresada igualitaria, soñadora, unida, creyente, tiene en el desprecio por sus opresores la forma práctica de su rencor. Así lo demuestra. Un quichua jamás dará nada á un blanco, aunque lo vea morir de necesidad. No le vende nada, aunque le ofrezcan todo el oro del mundo. Si el criollo ó el extranjero, le quitan por la fuerza lo que tienen se lo deja quitar: sabe que su protesta es inútil y que sólo palos recibirá por ella. Si el blanco quiere recompensarlo de algún modo, el indio no acepta. No quiere obsequiarle ni dejarse obsequiar. Usa ante el vencedor el rito del vencido y se garantiza el derecho de despreciarlo. No se

cuenta de un quichua que haya faltado á esta regla moral.

Otra superioridad terrible se reserva, en este caso, el cautivo sobre el invasor, lo que llaman «el secreto del indio».

Los quichuas conocen los derroteros de inmensas riquezas mineras; son secretos guardados de generación en generación, desde que los blancos aparecieron en el Perú. Ellos no necesitan riquezas; así guardan el secreto. Se cuenta una que otra infidencia involuntaria. Los blancos dieron, según se dice, con la fabulosa mina de Huanchaca por revelación de una india enamorada. Siempre el amor traicionando los juramentos de los pueblos.

En general, puede decirse que el alma del quichua es un enigma indescifrable, y las riquezas continúan ignoradas en el seno de las montañas. «Esta es la parte, — pensarán ellos, — del tesoro del Inca que no se robarán los invasores». Y es su venganza, el único goce que tienen: ver al criollo, al extranjero, afanado, rapaz, sudoriento, rasguñando metales de ínfima ley, mientras pisan, sin saberlo, riquezas incontables...

Con esto el quichua se siente victorioso.

De esto proviene, tal vez, esa sonrisa que florece sobre la melancolía de su semblante. Por esto adora su suelo con culto religioso. El suelo le guarda el secreto: es fiel y mudo como él. Los quichuas son como la imagen nómada de su suelo: es el pueblo que más ha unificado su alma con su tierra.

Dicen que es frecuente encontrar al indio quichua riéndose solo. Sin duda se ríe del infructuoso afán de los blancos: «Busquen, busquen,—dirá,—yo, el esclavo, yo la bestia, sé el camino del tesoro... Tengo la lámpara maravillosa... pero su luz no la verán tus ojos... asesino!... ladrón!...»

Este es el secreto del indio, que yo admiro como una justicia: el pobre quichua que todos ultrajan, que todos martirizan, tiene su secreto que lo venga. ¿Qué no darían bolivianos, chilenos é ingleses por conocer esos derroteros que sólo los indios conocen? Les devolverían el cetro del Inca en cambio de nuevos Potosíes y de nuevas Huanchacas. El indio permanece impassible, viendo agitarse al blanco sobre las riquezas que ignora. Es la digna revancha del asesinato de Atahualpa con sus 30,000 servidores.

El mayor descubrimiento minero sería la

seducción del enigmático y sagrado corazón del quichua. Nunca se hará, y me alegro de ello. Veo, como el quichua, en los blancos, codicia, egoísmo, concupiscencia, envidia. La historia de la conquista de América, tanto como tiene de grandioso por el esfuerzo, tiene de miserable por la venalidad. Amo al indio quichua por sus tradiciones, por la noble y civilizada vida que llevó en la América prehistórica, por el mundo de su imaginación que sólo se adivina vagamente en la dolorosa oscuridad de su pupila, por su fe inextinguible, que ya lleva resistidos cuatro siglos de martirio, en su Dios,—e Sol,—y en su jefe,—el Inca.

Los símbolos de la religión del quichua son más poderosos que aquellos de las religiones orientales. Tiene oráculos que le prometen una vuelta á la felicidad, astrólogos que,—como los Nostradamus de Catalina de Médices, como los ángeles bíblicos,—viven con el dedo sobre el labio. Como el judío la vuelta del Mesías, el quichua espera algo. ¿Qué espera? ¿Una reivindicación... la vuelta del Inca?... Si no esperase algo, con toda la intensidad de su ser moral, no demostraría esa admirable cohesión de raza, que aún per-

siste cuando ya, de la dicha raza, sólo quedan girones.

Esperan, sin duda, los pobres quichuas, volver á bajar por los valles de la cordillera, en caravana fantástica y feliz, trayendo al Inca en su trono de oro, á bañarse en las aguas milagrosas cuyas pintadas grutas ya vemos perderse en la distancia . . . (1).

En la media falda del contrafuerte que, por el sur, cierra el valle, se ven los «Penitentes». Llamam así una obra de la naturaleza, tan simétrica que parece un monumento hecho por mano del hombre. Es una catedral de estilo gótico tallada por las lluvias en la roca viva con trabajo de infinitos siglos. Es un fenómeno que se encuentra en varios puntos

(1) Las aguas de Puente del Inca son frecuentemente alcalinas, arrastran materias calcáreas diversas que tiñen de distinto color los objetos que tocan. Dejando algo por dos ó tres días en el agua se reviste de una capa calcárea, de distinto color según la fuente en que se pone. El lecho de cada curso de agua, las estalactitas de cada gruta, son rojas, amarillas, verdes, azules. Con lo cual esas fuentes misteriosas ofrecen un aspecto fantástico, como decoración de ópera.

de la cordillera: la roca cede á la paciencia de la gota de agua, y se afina y se dibuja, tomando, á veces, el aspecto de un templo arruinado. De todas esas labores solitarias la más perfecta es la de los «Penitentes». En realidad, se ve como un templo grandioso á cuyas puertas se agolpan frailes penitentes en grupos apasionados. Son pequeños conos de piedra que asoman de la arcilla y han sido laboreados por la lluvia, quedando como esas figuras que imaginaba Víctor Hugo, como aquellos cuasimodos doloridos, frailes condenados que pugnaban por llegar al santuario. La naturaleza, inconscientemente, hace obras en las que vemos un arte simbólico.

Punta de Vacas. Hasta ahí llegaba, entonces, el trasandino argentino. En ese punto se une el río de Las Cuevas, por cuyas márgenes íbamos, con el río de Las Vacas que desciende del Tupungato. Ambos, unidos, forman el río Mendoza.

Hemos pasado los Andes. El cuerpo ha sufrido. La imaginación ha gozado de los paisa-

jes admirables, de las leyendas que florecen sobre las nieves.

Ese áspero camino de la cordillera lo tomaron, en 1846, con rumbo á Chile, los prófugos del tirano Rozas. Eran hombres de inteligencia, de valer y dignidad: Mitre, Sarmiento, López, Alberdi, Agote y otros. Venían huyendo de la «Mazorca». Se asilaron en Santiago y Copiapó. Copiapó era, entonces, en Sud-América, un gran centro de riqueza; corría ahí el primer ferrocarril del Hemisferio Sur; las industrias mineras florecían; se respiraba aire de actividad é inteligencia. En Santiago de Chile aquellos tiempos fueron admirables. Existía,—era el único en Sud-América,—un Gobierno estable, basado en principios de libertad. Era una sociedad culta, vivo reflejo de la intelectualidad europea. Era un país de conciencia y de opinión. Tenía Chile, entonces, entre las naciones de América, el primer puesto intelectual y moral. Grandes mentales producían en todo orden de materias: administración, jurisprudencia, industria, bellas artes y letras. En esa hora histórica

Chile fué una nación modelo, escuela de progreso y democracia, donde encontraban asilo, ayuda, campo de libre acción, todos los talentos oprimidos en otros países. Por esto fueron hacia Chile, por ese mismo camino de cordillera, quienes iban á ser, más tarde, los fundadores de la gran República Argentina que hoy vemos.

En 1846, esos jóvenes argentinos llegando á Chile eran como los bárbaros del norte que llegaban á las ciudades del imperio romano. Los desórdenes que le formaron epílogo á la epopeya de la independenciam no habían dado tregua en las orillas del Plata, no habían dejado tiempo propicio á la riqueza, ni á las ciencias, las letras, ni las artes, ni tiempo sereno para que la administración se cimentara en buenas doctrinas. La República Argentina hasta la caída del tirano Rozas fué una masa popular agitada é informe.

Chile ofreció á los emigrados de la Pampa el cuadro de una nación organizada, admirable fenómeno en América, en ese tiempo. La imaginación de esos jóvenes despertó. Se iniciaron arduosamente en nuestra vida intelectual y política. Mitre aprendió el arte poderoso del diarismo en las columnas de *El*

Mercurio: La Nación es hija de este gran diario chileno. Sarmiento aprendió de don Manuel Montt á gobernar y á educar. López, Alberdi y los demás, recibieron de Sanfuentes, Lastarria y Lillo, el secreto de la poesía, la historia y la literatura.

Esos emigrados volvieron á su patria donde derrocaron al tirano funesto. Lo hicieron más con la fuerza de las ideas adquiridas que con el poder de las armas reclutadas. Con el material intelectual y político traído de Chile echaron las bases de esta moderna República Argentina.

Los discípulos de Chile se portaron bien. En cuarenta años, la República del Plata, como nación culta y bien gobernada, se ha puesto á grande altura. Ha constituido gracias á su naturaleza, una fortuna enorme. A nosotros lo debe, pues nosotros educamos á sus hombres.

La República Argentina, durante cuarenta años, pareció no acordarse que tenía con Chile esa deuda sagrada.

Ahora Buenos Aires es una de las más grandes y hermosas ciudades del mundo. Después de París, el principal punto de cita de la raza latina. La inmensa riqueza de las

Pampas cultivadas produce en Buenos Aires un estupendo florecimiento. Se encuentra ahí, en estado de perfección, todas las formas de la vida. Atraídos por la opulencia de la gran Metrópoli vienen el arte y la sabiduría que producen las naciones de antigua cultura. Buenos Aires busca y recibe esas manifestaciones con una vehemencia que demuestra su sed de perfección. En materia de servicios municipales, Buenos Aires es una ciudad irreprochable. Las aguas del Plata comunican con todo el Universo: ya no corren monótonas, como antes, del bosque tropical al océano inclemente. Se ha realizado la profecía que hizo, á los descubridores españoles, bautizar esas márgenes ignotas con palabras felices: el «Río de La Plata» es ahora un cauce de riqueza; soplan sobre el páramo de «Buenos Aires» los vientos predilectos de la civilización.

Los chilenos, esforzados por no quedarnos atrás en la marcha del progreso, ya no tenemos que ir tan lejos en busca de sus elementos. Ahí esta Buenos Aires como almacén cercano. La Argentina nos ofrece su capital con un orgullo que se traduce en exquisita hospitalidad. Los chilenos, en gran número,

vamos á visitar esa ciudad sorprendente. Volvemos llenos de ideas que perfeccionan lo que tenemos como si hubiésemos ido á Europa. Nuestra situación en la capital argentina no la tienen todos los extranjeros: la ciudad reina se ilumina y se empavesa para nosotros; todas las puertas se nos abren; todos los secretos del progreso se nos revelan. Es que la actual generación argentina, como noble herencia, recogió el agradecimiento á Chile de los emigrados de 1846, y de este modo paga la deuda.

La Argentina actual se debe á Chile. Chile futuro se deberá á la Argentina. Así reflexionaba este humilde servidor, mientras el tren corría cuesta abajo, por una línea en caracol, buscando la llanura de Mendoza.

En el trasandino del lado argentino, cuya obra no estaba paralizada, continuamos bajando hacia lo plano. El cauce del río Mendoza es estrecho, y sus aguas á las cuales se juntan las del río de Las Vacas, son de una correntosidad temible; peinan la calvicie de los peñascos con cabelleras turbias y espumosas.

En esa parte del territorio argentino la fauna y la flora son escasas. Arriba, en las montañas, grandes trozos de nieve; abajo, sobre las rocas, bandadas de pajaritos pequeños, de color terroso, que los lugareños llaman «urracas», sin que sean las de la fábula.

No sé que tristeza se apoderó de mí cuando me alejé de la cordillera, con sus inclemencias y sus paisajes soberbios. El chileno ama la montaña. Sólo un mal recuerdo llevaba: el de esos barracones mugrientos que llamaban «hoteles». No era posible, sin embargo, exigir otra cosa. Nadie hubiese instalado buenos hoteles sabiendo que ya los rieles se acercaban y reducirían á unas pocas horas el paso de la cordillera.

A pesar de la rapidez que el tren lleva, pues va en descenso, reconozco entre los peones que trabajan cerca de la línea hombres con la fisonomía característica del chileno. El «roto» es amigo de salirse de la frontera y de sentar su superioridad en tierra extraña apoderándose de los trabajos esforzados. En la provincia de Mendoza,—según me lo diría luego el cónsul de Chile, que lo era á la sazón don Gustavo Munizaga Varela,—había no menos de veinte mil chilenos. Casi todos los

trabajadores del trasandino argentino eran chilenos, esos tipos de «carrilanos», esforzados y simpáticos, nómades y astutos que corren sin Dios ni ley, pero sí con el recuerdo de la patria, buscando trabajo donde lo encuentran.

En ese momento, —aún no del todo disipadas las rencillas de la «cuestión de límites», — el trabajo del trasandino entre Punta de Vacas y Mendoza era una pelea permanente en la cual los «cuyanos» no llevaban la mejor parte. «Este demonio del *roto* chileno, —nos decía un inglés, ingeniero de la línea, —da mucho que hacer á la policía, pero trabaja con tal impulso que hace en ocho horas lo que los trabajadores de otras nacionalidades hacen en dos días. . . .» Los «rotos» fuera de Chile, forman una población flotante; ajena á la civilización. Pero le prestan á la civilización, con sus robustos brazos, el más poderoso concurso. Ahí lo estábamos viendo, al «roto», con toda su admirable energía, aplicado á la construcción del más civilizador ferrocarril. El «roto» es una fuerza, según se le maneja, benéfica y creadora ó terrible y sanguinaria. Se hace amar por su generosidad, su bravura. su buen humor.

El tren salió de los montes y se fué por la llanura de Mendoza que se parece á los valles centrales de Chile, con sus alamedas, sus viñas y sus ríos de curso superficial. A pesar de esto ya comenzaba á sentirme extranjero. La palabra siempre es triste: «extranjero», saber que ya no se pisa el suelo en que se nació que ya no se ve el paisaje de la infancia, el cuadro del primera mor... Me sentí conmovido por íntimos recuerdos, por ese algo vago y sin embargo poderoso que se llama el «sentimiento de la patria».

MENDOZA Y LA ARGENTINA

La campiña de Mendoza es ancha y verde, campo tendido y agradable, con jardines, viñedos y largas alamedas. El río pasa, superficial y caprichoso, en diversos brazos, entre chircal es tupidos, ó sobre piedras menudas y sonoras, semejante al Aconcagua, cual si fuese un *pendant* de nuestro río en la pendiente oriental de los Andes. La región de Mendoza sería igual á los valles chilenos si algún montículo, por algún lado, le pusiera límite. Pero es una llanura, un cuadro sin marco; la Pampa está más allá de ella, in-

mensa, ilimitada; en su bruma infinita se pierden, como fantasmas en fila, las siluetas de los alamos...

No sólo hay identidad geográfica entre la llanura de Mendoza y los valles chilenos: las costumbres son parecidas, así como la edificación; se debe á que la historia es la misma. Durante la Colonia, Mendoza fué parte de la Capitanía General de Chile; sólo en los últimos años del régimen español la provincia de Cuyo fué agregada al virreinato del Plata. Hasta hace treinta años,—cuando quedó terminado el ferrocarril á Buenos Aires,—el comercio de Mendoza se hacía por Chile. La historia de Mendoza es nuestra historia, así de colonia como de nación libre. De nuestra historia de nación libre, en Mendoza se escribieron capítulos trágicos y decisivos.

Es una de esas ciudades de provincia que cambian poco. Salvo una que otra bodega montada á la moderna, salvo uno que otro edificio público monumental, y salvo las ochenta mil hectáreas de viña que ahora la rodean, Mendoza, con sus gruesos murallones y sus anchos tejados, era en 1900 (menos la iglesia de San Francisco que el terremoto de 1861 derrumbó), más ó menos la misma ciu-

dad que en 1814 vió llegar á los patriotas de Chile, prófugos, estenuados y sin esperanzas.

Ahí, con el aliento que esa ciudad fecunda y generosa prestó á los vencidos de Rancagua, la libertad de Chile comenzó á renacer.

Siento emoción al ver, desde la ventanilla del tren, esos callejones por los cuales iba Chile vencido, caminando sin saber á dónde, cuando salió á su encuentro el Gobernador de Cuyo, don José de San Martín y le dijo: «¡Alto...! Aquí vais á reorganizarnos, y, con nuestra ayuda, volveréis por la libertad de la Patria... Será preciso, después, que vayamos á extirpar la monarquía en el Perú... Mientras ésta se arraigue ahí, en ese país sin capacidad para libertarse por sí mismo, no viviremos libres...» Era todo el plan de San Martín, sencillo y grande como son las fórmulas del genio, Había tenido esa visión desde la cumbre de los Andes, abarcando con su mirada de cóndor el vasto y ensangrentado cuadro de las colonias esclavas.

La obra colosal comenzó al momento. Manuel Rodríguez partió por la montaña á mantener en alarma á los godos triunfantes en Chile. El fraile Beltrán fundió cañones en su fragua. Zenteno organizó la intendencia Mili-

tar. O'Higgins, Soler y Las Heras llenaron la ciudad y el campamento con los movimientos de la tropa y las voces de mando. San Martín lo dirigía todo; en su carpa silenciosa, —el silencio y la meditación eran sus características,—maduraba uno de los planes militares más admirables que conoce la historia. Cuando todo estuvo pronto, siempre silencioso, esbelto en su mula de cordillera, San Martín, dirigió el paso de los Andes de su ejército de 6,000 hombres. Luego obtuvo las victorias de Chacabuco y de Maipú. Más tarde, en la escuadra organizada por Zenteno y piloteada por Cochrane, llevó al Perú el Ejército libertador formado de chilenos y argentinos. Ganó batallas sin pelear. Y al fin, siempre silencioso, le cedió su gloria á Bolívar y se marchó á permanente y voluntario destierro, donde ahora la gloria, la verdadera gloria, hija del tiempo y de la justicia, ha ido á buscarlo proclamándolo el gran libertador de América.

De ahí, de Mendoza, partió San Martín para realizar su obra. Esa ciudad es como la cuna de la América libre. Todo chileno que, en cualquiera época llegue á esa ciudad, al través del velo de su emoción, verá las som-

bras del Ejército legendario siguiendo hacia los desfiladeros al esbelto y silencioso General San Martín.

Después, Mendoza figura en nuestra historia, no ya como el foco de donde parte la reconquista de la libertad, pero sí como la fosa en la cual caen héroes ilustres arrebatados por el temporal de las pasiones. Don José Miguel Carrera y sus hermanos,—iniciadores de la revolución chilena y fundadores de nuestras primeras instituciones de país libre,—ahí, en Mendoza, donde voy entrando en el convoy trasandino, fueron fusilados como criminales. Luis y Juan José lo fueron en 1818; José Miguel, el jefe deslumbrante, el genio admirable, lo fué en 1821.

Desde que estos países se iniciaron con gobierno propio sufrieron terribles convulsiones. Los Carrera no quisieron compartir con nadie el honor de ser los libertadores y fundadores de Chile. Fué el gran pecado de esos hombres entusiastas que se encontraron demasiado jóvenes en el poder y en la gloria. Se les perdona porque tuvieron otras virtudes, porque fueron héroes y mártires.

En 1814, por culpa grande de los Carrera, los patriotas de Chile fueron vencidos y el

país recuperado por los godos; comenzó para los Carrera la más novelesca y trágica odisea.

Lo primero que hice al bajarme del tren,— en las pocas horas que tuve disponibles,— fué ir á la plaza central donde ocurrió, en dos actos separados por tres años, la llamada «tragedia de Mendoza». Ahí fué, frente á la iglesia de la Matriz, donde el Gobernador Luzuriaga, en abril de 1818, hizo fusilar á Juan José y á Luis Carrera, pretendidos instigadores de una conspiración en contra del Gobierno de Chile. El 5 de septiembre de 1821, en ese mismo punto, con el mismo trágico ceremonial, cayó José Miguel acusado de vándalo y traidor. Esta acusación á un hombre ilustre que fué desgraciado, perseguido, y que, al fin, quiso vengarse, fué una excusa ridícula del crimen que sus adversarios cometieron en él; también había sido falsa la conspiración por la cual fusilaron á sus hermanos. Tal vez esos crímenes,—cuando estos países se estaban constituyendo en medio de agitaciones intensas,—fueron necesarios. Pero fueron espantosos y dejaron en la familia chilena un rencor al cual no le bastó para saciarse medio siglo de sangre.

José Miguel Carrera, llegando á Montevi-

deo, de Estados Unidos con una expedición para libertar á Chile (llegaba tarde, Chile ya había sido libertado por sus felices rivales), supo el fusilamiento de sus hermanos. Una especie de sangriento delirio se apoderó de él. Se puso al servicio de la causa federal argentina que dirigían los feroces caudillos Artigas y Ramírez. Al hacerse parte en las guerras que destrozaban la recién nacida República del Plata, Carrera perseguía un plan secreto para llegar á Chile con elementos que le permitieran vengarse. Venció á Soler y á Puyrredon. Se adueñó de Buenos Aires. Dictó la ley en país extranjero. Dorrego lo venció, tal es la suerte de las armas. Entonces, á la cabeza de un puñado de chilenos, despojos de los ejércitos de la Patria Vieja y del Alto Perú, se dirige al sur. Lo reciben las hordas querandies que escaldaban á los prisioneros y veían sus oráculos destripando caballos. Esos salvajes lo admiran y lo hacen *pichi-rey* (rey chico). La suerte impía redujo á eso al hombre que era un penate intelectual. A la cabeza de esos indios recorre las pampas como un fantasma genial y aterrador. La miserable y épica odisea dura tres años. Su esposa lo sigue á la distancia, la dulce y heroica

doña Mercedes Fontecilla de Carrera, admirable figura de mujer que aparece en nuestra historia como Ofelia en el drama de Shakespeare:

*Como la brisa que la sangre orea
sobre el oscuro campo de batalla,
la dulce Ofelia, la razón perdida,
cortando flores y cantando pasa...*

Cuando ya se acercaba á los pasillos de la cordillera, camino de Chile, cae traicionado en el combate de la Punta del Médano. El 4 de septiembre de 1821,—heroico y galante como cuando era en España Húsar de Galicia, saludando á una dama que llora en su balcón,—muere en el banquillo en que tres años antes habían muerto sus hermanos, en esa misma plaza que visité al pasar.

¿Ese triple crimen fué obra del odio y de la envidia de O'Higgins y San Martín, ó fué impuesto dolorosamente por las circunstancias, cuando las disensiones eran funestas á la consolidación del país? Creamos esto para conservar la fraternidad de nuestro corazón chileno, para no maldecir á los héroes del Ejército de los Andes al evocar los trágicos fantasmas de los Carrera.

Conversé,—mientras llegaba la hora de seguir viaje á Buenos Aires en el tren del Gran Oeste Argentino,—con nuestro cónsul en Mendoza, don Gustavo Munizaga Varela. Me inspiraba curiosidad esa provincia meridional, puramente «gaucha»; quería conocer en ella el verdadero carácter de la República Argentina, pues sabía que este carácter, en Buenos Aires, está invadido por el cosmopolitismo. Mendoza es el verdadero pueblo argentino, agricultor esforzado, patriota valiente; ese pueblo que se extiende por el corazón del país, desde el Neuquén al Chaco, pasando por San Juan, La Rioja, Entre Ríos y Santa Fe. En ese tiempo (1900), sin duda, esa población contaba más de tres millones de almas, almas conscientes de su raza criolla, amantes de su suelo natal, sin ese escepticismo, sin ese desapego de la Patria, que el inmigrante le contagia al argentino de la costa. Esto, cuando íbamos á tener guerra con la Argentina, no lo tomamos en cuenta. Creíamos que toda la población del país enemigo era como la de la costa, vividora y cosmopolita. Error grave debido á la costumbre de juzgar á todo un país por su capital. La Argentina tiene en sus provincias meridio-

nales un elemento nacional sólido, fiero como el nuestro tratándose del sentimiento de la Patria; el histórico «gaucho» que tantas veces, en los deslindes de Buenos Aires, resolvió la suerte del país; el «gaucho», centauro heroico, de Carlos Alvear y de Mansilla, digno émulo del mocetón chileno que, en la montonera de Carrera, obedecía al épico coronel Benavente; el «gaucho», en fin, prototipo de la Pampa, el personaje que Sarmiento evoca en su admirable *Facundo Quiroga*. Mucho me interesó ese tipo nacional argentino, con las cualidades del español y el fanatismo sanguinario de los indios querandíes. Es un hermoso tipo, es el hombre de la Pampa, como el marino, acostumbrado al silencio, es de estatura elevada. No es ágil como el chileno, que se parece al puma de los montes, pero es resistente. Tiene la expresión meláncolica y el rostro quemado por los vientos. Es uno de los tipos americanos más interesantes y característicos, con su chambergo, su «chiripá», y su «poncho» enflecado. En el rígido pero incansable caballo argentino, eterno arriador de ganados, su silueta legendaria surge en los horizontes de la Pampa como la de un don Quijote indígena. No gira, no

vuelve, no sube ni baja la montaña, como el chileno en su corcel montaraz. Va siempre en derecha

Encontré «gauchos» en Mendoza. En Buenos Aires no se ven. Conversé con ellos diciéndoles que era chileno. Me miraban de reojo y con tristeza. Desde las montoneras de Carrera y Alvear en 1820, el «gaucho» y el «roto» se engarzan á cuchillo limpio. Me decía el cónsul cuánto que hacer le daban esos sangrientos pujilatos, cuánto afán tenía para sacar á los «rotos» de la cárcel. Como le hablé de la guerra que había estado á punto de estallar, á un «gaucho» que encontramos en el Mercado de Mendoza, me dijo mirándome con destello odioso y sombrío: «Ya se habría visto quién ganaba á quién . . .»

No sólo eran agradables, á la vez eran representativos, los caballeros á quienes, al pasar, me presentó nuestro amable cónsul. Conocí á don José Antonio Villalonga. Su nombre, sin saber bien á quien correspondía, era pronunciado en todo el mundo. El nombre del señor Villalonga lo llevaba una Compañía

de transportes de extenso radio: *Expreso Villalonga*. El sello de esa empresa de viajes era simbólico: un globo terráqueo atravesado por una flecha. El nombre de Villalonga recorría el mundo en los rótulos de los equipajes. Ese señor era el más popular de los desconocidos.

Don José Antonio Villalonga era director del Ferrocarril del Gran Oeste Argentino (Buenos Aires á San Juan por San Luis, Villa Mercedes y Mendoza). Los vagones de esa línea llevan estas iniciales: B. A. al P., lo que se traduce en un magnífico lema de progreso: «De Buenos Aires al Pacífico».

Parecióme que en ese oficio de movilizador de la humanidad, el señor Villalonga estaba en su elemento. Creí ver en él ese tipo del moderno hombre de negocios al cual tanto debe la República Argentina, por el cual, en parte, ha alcanzado su envidiable desarrollo.

Como el gusto de Napoleón era arrojar ejércitos sobre el Vístula ó el Danubio, el del señor Villalonga será arrojar millones sobre el Chaco ó el Neuquén que den vida á todos los progresos, á todas las industrias reproductivas. Hablaba de negocios con talento y con ese ligero desparpajo que los argentinos afec-

tan por creerlo elegante, lo cual es algo *snob*. Vi en el señor Villalonga el tipo del bonaerense contemporáneo, elegante en el vestir á la manera de los italianos, hablando un español plagado de modismos platenses y de voces forasteras, y dándose las de cínico, lo cual es otra preocupación de elegancia mal entendida. Todos son así en Buenos Aires: el mismo Pelegrini lo fué, á pesar de su superioridad indiscutible.

Pero el bonaerense, con ser así, un cosmopolita barnizado, no deja de ser hombre de esfuerzo y de trabajo, un «pionnier», según la expresión empleada por Bourget cuando habla de esos hombres que, en Norte América, en pocos años, civilizaron y pusieron en valor todo un continente solitario y salvaje. El señor Villalonga era un «pionnier» de la Pampa, un «settlers», apasionado de libertad y de amor al dinero. Este es el argentino del día.

Conocí al argentino de ayer, al «gaucho» enriquecido, italianizado también, pero á la manera de Garibaldi (luenga barba y, sobre las botas, levita larga y campanuda). Este fué don Tiburcio Benegas, que el cónsul de Chile me presentó en los andenes del ferrocarril, como iba á ser, el señor Benegas, mi

compañero de viaje hasta Buenos Aires. El nombre del señor Benegas fué el primero que aprendí al pisar suelo argentino; lo aprendí en la posada de Las Cuevas sobre la etiqueta de una botella de vino. En la inclemencia de la cordillera, el nombre que se aprende en esa forma de botella de vino tiene que hacerse simpático. Pero el vino del señor Benegas sólo se encuentra bueno en la cordillera: es un caldo frío y ácido que trae al paladar la nostalgia de los «Tocornal», los «Urmeneta», y los «Subercaseaux» de las privilegiadas viñas de Chile.

En la región de Mendoza, los argentinos tomaron á orgullo desarrollar la viticultura en grande escala. La inmensa comarca se veía, entonces, cubierta de 80,000 hectáreas de viña, dejando sólo espacio para magníficas bodegas y perfeccionados alambiques. Los agricultores habían hecho sacrificios pecuniaros. El señor Benegas, mi compañero de viaje, había sido uno de los principales fundadores de la industria vinícola: había comprometido su fortuna. Fué una equivocación: los sarmientos llevados de Chile no se dieron bien en Mendoza; la producción, abundante, fué de mala calidad. Pero los mendocinos

han seguido y, si no dan buen vino, producen abundante caldo, lo cual es un negocio.

No sólo viñatero, en su estancia del Trapiche, era el señor Benegas. Era personaje de la sociedad y de la política; era senador; en cierta ocasión se había hablado de él como de un posible candidato á la presidencia de la República. Posteriormente fué Ministro diplomático en Chile. Así, era el hombre que buscaba mi curiosidad de viajero, deseoso de penetrarse de la gente de ese país. Conversé largo con él, durante el viaje al través de la Pampa que dura un día y una noche. A mi vuelta,—como hube de quedarme una semana en Mendoza, por haberse interrumpido el tráfico de la cordillera por no sé qué desborde de río ó derrumbe de peñascos,—tuve el honor de ser presentado á la distinguida familia del señor Benegas.

Era, pues, el señor Benegas, un personaje argentino de corte tradicional. Era el «gaucho» enriquecido é intelectualizado, con influencia sobre el elemento popular, que acepta al extranjero, pero lo ataja en sus aspiraciones de vasto predominio. Representa la fuerza nacional en la lucha con la invasión cosmopolita. Esto le da interés á ese tipo, lo

ha hecho tener un gran lugar en la historia, no al tratarse de una persona, simplemente culta y honorable como el señor Benegas, pero sí al tratarse de un Mitre, de un Sarmiento, de un Roca, hombres de genio de esa misma raza de caciques y caudillos argentinos.

El régimen federal, que sólo da buenos resultados en pueblos de antigua civilización y condiciones especiales, se impuso en ese enorme territorio. Era imposible constituir ahí un Gobierno central general. El federalismo comenzó su sangrienta implantación desde 1819; en ello le cupo alguna parte á nuestro admirable general Carrera. El caudillo Artigas afirmó el federalismo en la Banda Oriental, donde los temores de los unitarios se realizaron por completo: ahí el federalismo dió por resultado la separación y formación de un Estado independiente: el Uruguay. López afianzó el federalismo en Santa Fe; Ramírez en Entre Ríos y Corrientes; así los demás. Las provincias tuvieron Gobierno autónomo constituido por los elementos influyentes de cada una de ellas. Las legislaturas regionales

son oligárquicas, y los hombres dirigentes, como el señor Benegas, tienen el sello del Cacique; Cacique ó caudillo que se aísla y se alza con su provincia, desconoce la autoridad del Gobierno central, y produce durante el siglo XIX, y aún ahora, la sangrienta epopeya de los levantamientos y las intervenciones. En la Pampa resuenan todavía los ecos de mil combates.

Las provincias, separadas por distancias que poco les permiten conocerse unas á otras, veleidosas, tradicionales, tienen sus hombres y sus modos de ser. Estos hombres, reunidos en el Congreso Nacional, forman una asamblea disparatada, de difícil manejo y de más difícil orientación hacia los intereses generales del país. El Congreso Nacional argentino obra sin tener por delante una opinión nacional. Esta no existe en ese país dividido: existen «opiniones», cada provincia tiene la suya, así como sus hombres que pugnan por llegar al poder para beneficiarla. Han sido pocos los hombres como Urquiza,—el héroe que salvó al país de la degradante tiranía de Rozas,—como Mitre y Sarmiento,—fundadores de la actual República Argentina,—como Alsina,—que dedicó su genio á crear un partido de

«opinión nacional»,—han sido pocos los hombres, digo, que han pensado en el conjunto, en la unidad nacional de ese pueblo, por lo cual está, al lado del vertiginoso y grande desarrollo económico, hasta ahora no se ha formado como en otros pueblos de América, como en Chile por ejemplo.

A mi vuelta de ese viaje, en *La Libertad Electoral* de Santiago, á cuya redacción pertenecía, dije algo de esa desventaja moral ó política, de esa falta de unidad, en la República Argentina, etc., etc. Los diarios de Buenos Aires se enojaron conmigo. Hube de recordar lo que me había dicho don Adolfo Dávila, redactor muy conocido de *La Prensa* de esa ciudad, «hombre editorial». Me dijo, en el mismo lenguaje ampuloso de sus artículos: «Ya que el espíritu fraternal triunfa en América (lo cual debió ser muy á pesar del redactor de ese diario alarmista), deben crearse intimidades internacionales. Para esto es preciso que los escritores que viajan escriban la verdad, la pura verdad, de lo bueno y de lo malo. Se trata de hacer que estos países se conozcan y se den mutuamente todo lo bueno que tengan, unidos en campaña continental en contra de lo malo».

Así, digo todo lo que Chile tiene que aprender de la Argentina; y es mucho lo que tiene que aprender. También digo que la Argentina,—á lo menos tal cual se veía en 1900,—tiene no poco que aprender de nosotros en lo que respecta á la vida pública. De este modo como lo pensaba el doctor Dávila, los países se completarán. Los argentinos gozan de todas las ponderaciones de la riqueza; los chilenos son de una adelantada civilización política. Somos los romanos; ellos son los fenicios.

De todo esto conversé con el señor Benegas al salir de Mendoza, de ese pueblo pintoresco en el cual, en seis ó siete horas, había vivido emociones del pasado y sentido las curiosidades del presente. El tren corría por la arbolada llanura, dejando sumirse la ciudad antigua en el verde lecho de sus alamedas y sus viñedos. Sobre ese conjunto verde y blanco la tarde formaba una vasta aureola de color de rosa, luego morada, más tarde negra. . . . En la densa oscuridad de la noche el tren comenzó á correr sobre la Pampa. . . .

LA PAMPA

Bien se reparan en el carro dormitorio del ferrocarril de la Pampa las fatigas de la cordillera! Las camas en el tren adquieren un mecimiento de cuna y se duerme como un niño.

El tren de la Pampa es despacioso. Como no hay piedra en centenares de leguas á la redonda, la línea no tiene lastre. De hora en hora el convoy se detenía en estaciones invisibles. Sentía, entonces, el inmenso silencio de la Pampa dormida. Los resoplidos de la locomotora recomenzaban, así como el cascabeleo de las cadenas: rudo concierto que suele darle al sueño del viajero giros de pesadilla.

A media noche vi llegar á mi compartimiento al señor Benegas, algo cómico en su camisa de dormir y con chalina de «gaucho». El buen argentino, cumpliendo una devoción de su tierra, fué á advertirme que estábamos en San Luis, punto de la Pampa donde,—al decir de los «cuyanos»,—se bebe el agua natural más fresca y pura del mundo. Los argentinos estimarían un pecado pasar por San Luis sin

beber un vaso de agua. El señor Benegas me hizo salir á los andenes en «pijama». La noche era tibia, de esa densa tibieza que emana de la Pampa enardecida por el sol durante el día. La atmósfera dejaba ver las estrellas en su nítido parpadeo. No siempre está así la atmósfera sobre la Pampa: los terrales la nublan. Por suerte, el día anterior había llovido. Ibamos con la buena... Bebí, con el señor Benegas, una copa de agua de San Luis de una jarra que una chica iba ofreciendo á lo largo del tren, por una moneda ínfima: «Agua de San Luis!.. Rica agua de San Luis!..» Del mandamiento cristiano (dar de beber) se ha hecho ahí un pequeño comercio. En realidad, no sé por qué fenómeno de la tierra, el agua ahí es privilegiada, tiene cuerpo como un vino, y cierta frescura intensa y deliciosa.

Dimos algunos paseos por los andenes cubiertos de carga. Lo demás no se veía á la escasa luz de dos ó tres faroles. Se sentía, sí, más allá, el silencio de la inmensidad de la Pampa. Nos llamó el palmetazo del conductor anunciando que el tren continuaba su pesada marcha. Seguimos durmiendo...

Ansiaba yo, hijo de la montaña, conocer el fenómeno geológico de una pampa. Sólo en libros había saboreado la nostalgia de las llanuras, el espejismo de los desiertos. Pero la Pampa argentina no se parece al estéril desierto africano de que hablan los autores. Es la llanura inmensa,—sin más accidente que uno que otro «ombú» (árbol de la Pampa) que se levanta á enormes distancias,—de riquísimo suelo para todo género de pastos y cultivos. A la Pampa, la Argentina debe su poder económico.

De madrugada me asomé á la ventanilla del camarote. Los rayos del sol naciente, tendidos sobre la llanura, daban en lo bajo un color violeta sobre el cual lucían los brillantes del rocío caído en los pastales. A medida que el sol se alzaba iba dejando de ver un campo liso, y eso era hasta lo infinito... ¡Qué horizonte profundo, desierto, mudo, imponente!... Me pareció que, ante esa lejanía, la ventanilla del *wagón* se agrandaba como una pupila sedienta. La enormidad de la Pampa prima sobre todo; ante ella la personalidad del hombre desaparece... Como el tren se perdiera lentamente en la llanura, la Pampa iba ejerciendo sobre mí el poder de

su silenciosa majestad. Admiraba la audacia de ir la cruzando en un ferrocarril; y no recordaba que los conquistadores, y también nuestros antepasados, cuando venían á romper lanzas por la libertad, la cruzaban á pie ó á caballo. Eran otros hombres aquéllos! . . .

El día anterior, por la mañana, había sido la cordillera escarpada y fría; por la tarde la ciudad de Mendoza y su pintoresca campiña. Ahora despertaba en la Pampa, en el llano sin límites, monótono, en el cual se levanta y se acuesta el sol sin que se produzca otra sombra que la de los «ombús» que se alzan, unos de otros separados por leguas, solitarios como fantasmas, tristes, sonoros como arpas, porque el «pampero» y el «zonda» (vientos de la Pampa) afinan en sus ramas la canción de la llanura . . .

Durante todo el día,—el tren corre sin cesar,—el paisaje es el mismo: muerto en palideces amarillas y verdes, extendido y grave, bajo el sol que lo cruza. La retina, acostumbrada á encontrar el límite de las cosas en ondulaciones y perfiles, se pierde y se fatiga en la llanura sin fin. La Pampa, tal vez porque es inmóvil, provoca más nostalgia que el océano.

Hijo de mi época, no abundo en sentimien-

tos místicos. Sin embargo, el espectáculo de la Pampa me sobrecogió de cierto modo religioso y poético. Tengo que fijarme en el *garçón*, rapado y con librea, que, en el fondo del carro restaurant, agita el *cocktail* que le hemos pedido, para disiparme la idea de que voy por el camino de Damasco, la idea de que es Jerusalén, con sus sagradas visiones, la ciudad que se encuentra al fin de esa jornada.

No. En el confín de esa llanura no se levanta una ciudad de religión y de pasado. Se levanta una improvisada Babilonia, llena de fe en la grandeza humana, llena de esfuerzo y de egoísmo, donde ningún apóstol consuela á los que caen. Es la Pampa que tiene el poder de producirme ese piadoso engaño, esa Pampa que forma la mayor parte del inmenso territorio argentino, extendiéndose desde los ríos donde termina la boscosa «Mesopotamia Argentina» hasta los quebrachos ó cañadas que señalan la región Magallánica. Es casi tan extensa como toda la Europa, y tan rica como una fábula del antiguo Egipto. En el pasto sustancioso que en ella se renueva sin cesar, se alimentan más de cien millones de ovejas, treinta millones de cabezas de ganado vacuno y diez millones de ganado caba-

llar. Estas, más ó menos, eran las cifras en 1900. No podía creerlo. Cerca de veinticuatro horas corrí sobre la Pampa sin divisar siquiera un pájaro; el hálito del «zonda» no nos llevó ni siquiera el ligero y trémulo balido de un cordero. Sin embargo, era la verdad. Todos esos millones de millones están diseminados en la inmensa llanura, sin que el caminante los vea, á no ser por un casual encuentro: tal en el océano sólo por ventura puede verse un cardumen.

Si no hubiese creído que existe sobre la Pampa ese fabuloso mercado de animales,—dándole á la vecina República una colosal y creciente fortuna,—habría tenido que creerlo más tarde en Buenos Aires, ante el espectáculo del Mercado de Frutos. Es el edificio de fierro más grande del mundo; pequeñas bodegas hubieran parecido á su lado los graneros de los faraones. Se levanta á la orilla del río ocupando seis manzanas de terreno. De un extremo á otro de sus galerías de zinc los hombres se ven como puntos. Ahí se depositan,—esperando el embarque en los vapo-

res que llenan las dársenas,—centenares de millones de cueros, centenares de millones de fardos de lana, montañas y montañas de trigo. Abajo están los incontables piños de ganado en pie.

Es el Mercado de Frutos, la realidad tangible del producto de la Pampa. Y va en aumento, de día en día. Muchos años pasarán antes que toda la Pampa esté explotada.

Me dominó un sentimiento de orgullo; eso me hacía ver cual es el porvenir de América. Y ese orgullo se prosterna ante la admiración de la Naturaleza. Se le admira por la abundante generosidad de sus frutos, por la inagotable savia que brota de sus entrañas, por su grandeza infinita . . . La Naturaleza fecunda y alimenticia,—que los griegos simbolizaban en la diosa Ceres de anchurosos senos,—debía tener su estatua en ese Mercado de frutos de Buenos Aires que es un templo del trabajo y la fortuna.

Llegan diariamente trescientos ó cuatrocientos trenes llevando el «producto de hacienda», como llaman la producción de las estancias. Esas estancias,—á lo menos hasta la época en que hice ese viaje,—pertenecían casi en su totalidad á las antiguas familias ar-

gentinas, al elemento criollo que demostró su valer en la revolución de la independencia. Los extranjeros que invadían el país,—salvo las inmigraciones temporales que vienen de Europa á las cosechas y se vuelven hasta el otro año, se quedaban en las ciudades, eran comerciantes, banqueros, industriales y, al ser de baja clase, eran gente de oficio: cargador, mozo, falte, maquinista, pintor, etc., etc. El «gaucho» no sabe esas cosas; él es arriero de piños, sembrador de trigo, domador de caballos, y soldado del motín.

En el Mercado de Frutos el comercio extranjero espera el producto de la Pampa. Ahí lo compra y lo embarca para los cuatro puntos cardinales, en los innumerables vapores y veleros que esperan amarrados en los diques de piedra formando larga fila desde la Dársena hasta la Boca del Riachuelo.

Sencillo, es el mecanismo de la riqueza argentina: las familias antiguas,—la feudalidad, dueña hereditaria del terreno,—crían ganados y siembran granos en el potrero sin límites de la Pampa, llevan eso á Buenos Aires, Bahía Blanca, El Rosario, y otros puertos, donde lo venden á los extranjeros y éstos lo exportan. Las ganancias, ahí mismo se las

gastan en placeres y lujos exorbitantes, ó se las van á gastar en París.

Otras industrias, como el vino, el tabaco, la caña de azúcar, etc., etc., que se dan en el norte, necesitan del proteccionismo. La gran riqueza argentina está en el ganado y en el trigo, los negocios de la pampa son tan fáciles como grandes; ahí es como si la riqueza surgiera por sí sola, regocijándolo todo, embelleciéndolo todo. Así no se hacen sentir los inconvenientes de los malos hábitos políticos y el país progresa á pasos de gigante.

Se aproxima la tarde. El tren corre siempre sobre la Pampa. Se divisa,—¡oh gran júbilo de divisar algo!—una toldería de «gauchos».

Iba leyendo el notable estudio del señor Ramos Mexía intitulado *Multitudes Argentinas*, libro en que se estudia al indio aborigen y la parte que ha tomado en la formación de la raza. La Argentina prehistórica era habitada por aluviones humanos de origen incásico y guaraní, razas idolatradas del sol á quien adoraban en la persona del jefe, razas que se dejaban conducir por el más bello, el

más bravo y el más elocuente. El tipo perfecto de ese ídolo de las poblaciones indígenas de la Argentina y del Alto Perú fué Tupac Amarú. Del espíritu de aquellas indias,—según Ramos Mexía,—se deriva la idiosincrasia de la población «gaucha», con la consiguiente influencia española. Por esto,—como los indios todo lo entregaban al hombre bello, bravo, elocuente,—la actual multitud argentina, antes que sujetarse al régimen constitucional ó al orden de los partidos políticos, se entrega á un hombre, á un caudillo, y así se operan,—por personas, no por ideas ni fuerzas de opinión,—todos los movimientos de su historia, desde el de la independencia promovido por Liniers, hasta el de la nacionalidad que se ha desarrollado en diversas fases con Urquiza, Mitre, Sarmiento, Roca, Alsina y Pellegrini.

Mientras pienso en estas cosas tan relativas, el tren corre siempre sobre la Pampa. Diviso, en el punto donde la llanura y el cielo se tocan, unas pirámides de polvo que tiñen el azul con suaves manchas de sepia: son arriadas,—al fin vimos,—de animales que buscan la línea férrea para tomar el carro del Mercado de Frutos.

Esa toldería de «gauchos»,—vista como albergue de enanos en la inmensidad del desierto,—esas arriadas cuyas polvaredas divisamos, representaciones genuinas de la Pampa y de su tradición, me hicieron ver imaginariamente el tiempo remoto en que las hordas bajaban del Alto Perú, con el alma oscura y sanguinaria, con el espíritu penetrado por la tristeza del paisaje, vagabundas, inciertas, buscando el ídolo que había de conducir las. . .

En la efusión de aquellos días, entre los dos países que, por medio del más honroso arbitraje, acababan de derimir la vieja y ardiente cuestión de límites, se hablaba de «aproximación» en todas las formas posibles. Los diplomáticos y los periodistas querían un tratado de comercio, lo cual parecía difícil dada la similitud de los productos de ambas naciones. El tratado, sin embargo, podía hacerse, con beneficio para Chile que tiene muchos productos que faltan en la Argentina y que ésta va á buscar en el Brasil y hasta en Europa, siempre que se defienda nuestra agricultura de la invasión de los trigos y ganados

argentinos. Del mismo modo hay productos fabriles que la Argentina puede ofrecernos en la mitad del valor que tienen cuando nos llegan de Europa. Hay que acabar con las tarifas belicosas que regían antes del arreglo de la cuestión de límites.

Llevaba ya cerca de veinticuatro horas de ferrocarril por la Pampa. Eran las seis de la tarde. El sol desde occidente, bañaba la llanura en una fina llovizna de oro. Con gran regocijo,—pues ya teníamos bastante de la grandeza de la Pampa,—pasamos junto á unas lagunas entotoradas, con bandadas de patos, becacinas, y aves de un plumaje rojizo algo fantástico, «llamas de agua», según me dijo el señor Benegas.

Era un regocijo de la mirada,—después de tantas horas de ese paisaje liso, verde, amarillo,—ante esos lagos de acuarela, destacándose sobre las franjas violetas que el sol poniente tendía en las ondulaciones. Ahí,—para completo adorno del paisaje,—se ven esas pecies de lomas, muy suaves, que los argentinos llaman «cañadas». Eso,—en reali-

dad muy poca cosa,—después de la Pampa parecía bien. La Pampá, como el mar, como la belleza de ciertas mujeres, después de imponer, aburre, aburre hasta matar de aburrimiento . . . Comprendí por qué cada verano llegan á Chile centenares de argentinos, y llegan como sedientos de algo. Son hijos de la Pampa,—víctimas del aburrimiento,—que van á ver nuestras montañas, nuestros valles, nuestros quebrachos boscosos y ríos cristalinos. ¡Ah los ríos de Chile, que nacen en torrentes bulliciosos y mueren formando dulces lagunas junto al mar! Remedan la escala de la vida, que ríe al nacer y va á morir en silencio . . . también los argentinos vienen á ver nuestros mares espumosos al pie de la montaña. Ellos no tienen nada de eso: sólo tienen Pampa y dinero. La Sierra de Córdoba, los bosques del Chaco, las islas del Paraná, están más lejos que Chile. Nuestro país es para los argentinos del centro lo que la Suiza para la Europa.

El tren pasa al borde mismo de uno de los lagos. Las bandadas de pájaros huyeron rozando las aguas y dando sus gritos peculiares. Producían una fuga que halagaba el oído como algo musical, después de tantas horas

en que sólo se ha escuchado la ruda cascarría de los *wagones*. Los pájaros volaron más alto, dejando gotear el agua de sus plumajes; la luz prismatizaba las gotas; la bandada de pájaros se veía volando sobre la Pampa como acostada en un arco iris. Sólo los alcatraces se quedaron inmóviles, destacándose sobre ese fondo colorido como los pájaros de bronce que los joyeros ponen en sus vitrinas, con sus picos largos como narices doctorales, con sus ojos ribeteados y pretenciosos.

Entramos en una zona en la que, como en los alrededores de Mendoza, se ve la riqueza argentina, en las construcciones, en los caminos, en los cercados, en los materiales de trabajo, en la gente, en todo. Todo es bien hecho, europeo, sólido, ha costado caro.

La locomotora pitea con frecuencia; el convoy se detiene en numerosas estaciones. Es ya la región poblada que circunda á Buenos Aires. Era casi de noche. Las cosas no se veían claramente. Algo como un bullicio, como un hormigueo confuso y creciente, zumbaba en torno del tren. Este marchaba más despacio. Hombres con librea lo tomaron por asalto y recorrieron los *wagones* ofreciendo prospectos de los hoteles de Buenos Aires.

Eran heraldos de los hoteles que se adelantaban á conquistar pasajeros. En sus gorras, en letras doradas, se leía: *Royal Hotel, Splendid Hotel (ex Frascati), Hotel Metropole* y cincuenta más. Ibamos llegando á la capital argentina, á la gran ciudad de Sud-América.

A pesar del denso crepúsculo, se descubren los suburbios bien pavimentados y alumbrados, y grandes masas de edificios económicos de tipo europeo. Se pasa por un pueblecito de jardines y chalets que, según me dice el señor Benegas, llámase Hurlingham y es la residencia predilecta de la colonia inglesa de Buenos Aires. «Más allá esta Belgrano, me dice mi compañero de viaje,—luego Palermo... «El *Bois de Boulogne* argentino á esa hora se veía como un recorte fantástico, limitado á la izquierda por la masa oscura de las aguas del río, que palpitaban como el vientre de una incalculable fiera dormida. El tren pasa por encima de una parte del parque de Palermo sobre un viaducto de fierro, después del cual el convoy del gran Oeste,—jadeante de su marcha de veinte y seis horas,—suelta los frenos en la estación del Retiro, en un ángulo de la ciudad, en medio de gran iluminación, movimiento y bullicio.

BUENOS AIRES

Cuando, al través de la República Argentina, se llega á Buenos Aires, la ciudad produce gran efecto. La República Argentina ofrece el fenómeno de ser un país federal en el que la capital se ha desarrollado con enorme desproporción sobre los demás centros. Todo ó casi todo, está en la cabeza: la Argentina es encefálica. Las demás ciudades,—Córdoba, Rosario y otras,—á lo menos hasta 1900, eran como aldeas comparadas con Buenos Aires. A ese punto del Plata, por razones históricas y geográficas, se han orientado todos los caminos de la Pampa: es la grande oficina del comercio, la factoría de extranjeros; el centro capitalista, el foco de la intelectualidad y del placer. Buenos Aires lo absorbe todo. El argentino de provincia, con ser tan regionalista é independiente, parece estar fatalmente convencido que sólo Buenos Aires puede y debe ser gran ciudad. Sufre su fascinación y su orgullo.

En un cinematógrafo había visto una calle de Londres, con sus edificios oscuros, su ir y venir de carruajes, su hormigueo de gente. Aquello se movía en el silencio del gran telón. Cuando llegué á Buenos Aires, constantemente creía estar viendo esa plancha cinematográfica. La parte central de la ciudad,—donde se agitan los negocios y se trabaja en las oficinas,—se mueve en silencio: los carruajes y vehículos se deslizan en mudo tropel sobre pavimento de madera ó de asfalto blando; las personas van presurosas, vestidas de oscuro, confundidas con el color de las paredes y la negrura del piso. Sólo las campanas de los *tranways*, que pasan por las calles cercanas á esa *city*, rompen con puntazos vibrantes el movimiento monótono, en esa parte de ciudad estrecha y fea. Así se mueven los negocios, aquello que impulsa una fuerte corriente de vida, de riqueza y de pasión.

Primero atribuí esa sensación,—silencio y tristeza en medio de movimiento intenso,—al hecho de haber llegado ahí á la hora del anochecer. Pero al otro día, en plena luz, sentí lo mismo. El sol del Plata no es luminoso y vibrante como el de Chile. Una bruma difusa se levanta permanente del inmenso río. La

luz del sol penetra escasa por las altas cornisas de los edificios en esas calles estrechas.

Ese cielo sin brillo, esa parte central aglomerada y asfixiante, ese movimiento sordo y monótono, me llenaban de congoja. Me venía, invenciblemente, el deseo cándido y peligroso de hacer comparaciones, lo cual es natural cuando se tiene una patria y se la ama. Recordaba, de la ciudad de Santiago, los efluvios de luz, verdaderamente italianos, reverberando en los pavimentos blancos, haciendo sonreír los edificios de colores alegres; la ciudad tranquila, aristócrata, con mucho de antiguo todavía, y tan llena de encantos!

En esa gran ciudad, albergue de millonarios y vividores, nadie anda despacio. Poco existe en Buenos Aires el tipo del vago, inteligente y gozador, característico de toda ciudad latina. Bourget, en su obra sobre los Estados Unidos, echando de menos ese tipo en las ciudades americanas, dice: «Cuando el movimiento de una ciudad llega á cierto grado tan intenso que es enfermizo, se comunica, se contagia á todos: van á escape aún aquellos que nada tienen que hacer...»

La calle «Piedad» es la de mayor movimiento. Resulta irónico ese nombre en la calle de

los judíos. De esa, el movimiento se reparte y abarca el núcleo formado por «Maipú», «Reconquista» (el viejo callejón por el cual las tropas criollas desalojaron á los ingleses en 1809), «San Martín», «25 de Mayo», «Florida», «Esmeralda», «Cangallo» y otras.

Al frente está el río, bordeado por un hermoso y extenso paseo que va desde el Retiro hasta la Boca del Riachuelo,—toda la ciudad,—llamándose «Paseo de Julio» hasta la Casa Rosada (Palacio de Gobierno) y de ahí hasta su fin «Paseo Colón».

En ese núcleo se aglomeran 500,000 habitantes, seres de todas las razas y situaciones,—pero en mayoría los italianos y los españoles,—millonarios con palacios en las anchas avenidas exteriores, otros todavía en alpargatas cargando sacos ó lustrando botas, pero seguros de llegar, «puesto que los llegados» comenzaron por eso.

Llegada la noche, esa parte de la ciudad se despuebla. Los obreros se van á los suburbios donde alojan en buenas condiciones, en casas higiénicas, económicas, en esos edificios por medio de los cuales las ciudades europeas han resuelto buena parte de la cuestión social, y que, por desgracia, en Chile, tanto nos demo-

ramos en tener. Los comerciantes, los políticos, los *sportsmen*, la masa de hombres que componen esa vasta sociedad acaudalada, se van á sus palacios que forman otra ciudad, otro Buenos Aires, en las avenidas «Alvear», «Callao», «Santa Fe», «Montes de Oca», en los alrededores de Palermo, hacia Luján, —donde está la Virgen milagrosa, que es para los argentinos lo que Santa Rosa para los limeños,—y en los jardines de la Recoleta. Es toda esa parte aereada y luminosa, que Torcuato Alvear,—el barón de Haussmann de Buenos Aires,—transformó en una de las más lindas ciudades que existen.

La capital del Plata, fea y desagradable en su centro, se extiende en alrededores deliciosos. Los «porteños», (nombre que se da á los de Buenos Aires) se empeñan en hermostrar esa parte aglomerada, rica y fea; y lo consiguen. A golpes de millones, en pleno centro comercial, de la «Plaza 25 de Mayo» á la «Plaza Larrea» (16 cuadras), de norte á sur, abrieron una imitación magnífica de la «Avenida de la Opera» en París. Es la «Avenida Mayo», inconclusa en 1900, ahora llena de hoteles, tiendas, palacios, en construcciones de cinco y seis pisos, de restaurants con terrazas, que

remedan exactamente un bulevar europeo.

En la parte central se levanta el edificio de las «Aguas Corrientes», enorme estanque de fierro que reparte á la ciudad las aguas del Plata, extraídas y clarificadas. Es una obra maestra de hidráulica y de arquitectura. El estanque está encerrado en un edificio grandioso, del más rico estilo, cubierto con mayólicas de mil colores.

Se estaba construyendo en 1900, en esa misma parte central, el teatro Colón, el más grande del mundo. Muy lejos de estar terminado cuando lo visité, destacaba ya su masa enorme de construcción romana. Los carruajes, según el proyecto, debían subir por vías ascendentes á las diversas filas de palcos, como subían las bigas y las cuadrigas á los pisos altos de la casa de los Césares.

En el término de la «Avenida de Mayo», en la «Plaza Larrea», comenzábase en ese tiempo otra obra grandiosa destinada al Congreso Nacional. Este funcionaba de arrimo en un edificio mediocre. ¡No era posible! Para darle casa propia y digna se habían destinado más de diez millones de pesos.

Tanto esta obra como la del Teatro Colón estaban de para en 1900, una «para»,—como

dicen los mineros,—que ya duraba algunos años. La desmoralización, proveniente de la cuantía del dinero deferido á esas construcciones, era la culpa. Los presupuestos anuales se agotaban y los trabajos no cundían. Eso fué tal que se resolvió parar los trabajos. Se decía que cada ladrillo del Congreso costaba mil pesos. . . .

La calle de «Florida», atraviesa este barrio central: es como el Corso de Buenos Aires, en ella está el Jockey Club, alto y genuino centro social de la ciudad. Ahí todo se junta: inmigrantes enriquecidos y personas de antiguas familias nacionales. Hay otros clubs: el Círculo de Armas, más reducido, más argentino; el Club del Progreso, de cierta clase media pero sólida é influyente en política, como la del Club de Septiembre en Santiago.

El Jockey está muy por encima, es el producto brillante de ese fenómeno de riqueza y cosmopolitismo, de esa desordenada ambición de lujo, que parece ser el alma de Buenos Aires. El edificio tiene escaleras de ágata y lo adornan estatuas de Falguiere. Como maestro de armas tenía á Pini, que era, en esa época, jefe de escuela, el primer espadachín del mundo.

Visité el diario *La Prensa*, que se imprime con cuarenta páginas; cuenta entre sus colaboradores á celebridades europeas, y sus servicios, en general, son superiores á los de los grandes diarios de Nueva York y de Londres. En ese tiempo tiraba, al día, cincuenta mil ejemplares. Sus maquinarias eran la última palabra de la perfección. En su palacio, de un lujo asiático (en la Avenida Mayo), tenía un departamento principesco para ofrecerlo á viajeros ilustres. En esos días (enero de 1900) lo ocupaba, de paso, M. Gerlache, el explorador del Polo Sur. Este diario es uno de los primeros del mundo, digno de enorgullecer al país que lo tiene. Comenzó, hace cincuenta años, como hoja de avisos cuya redacción se hacía en una tabla puesta sobre dos barriles. Aquel redactor mísero, el señor Paz, es ahora uno de los millonarios de América. De ninguno de los empleados de *La Prensa* puede decirse que sea pobre.

No obstante, no es ese diario colosal el de mayor influencia en la República Argentina. La fuerza moral la tiene *La Nación*, el diario de Mitre, centro honorable y patriarcal de estadistas, patriotas y hombres de saber. *La Prensa* tiene, sobre todo, carácter mercantil,

por lo cual (para atraer compradores y avisadores) es alarmista, y hasta embustera . . .

Todas estas maravillas operadas en la ciudad que hace cincuenta años era un aldeón revuelto, han desarrollado en sus ciudadanos un desbordante orgullo. Creen poderlo todo; no quieren permitir que algún país tenga algo superior. De ahí esas obras en las cuales se siente un impulso hacia lo desmedido. Así los Estados Unidos se han hecho imperialistas, influyen en los destinos del mundo, protegen . . . La Argentina quiere serlo también. Como Norte América, ha querido tener un Monroe que dicte una doctrina de protección continental; y tiene al doctor Drago con su tesis . . .

El extranjero radicado en Buenos Aires entra en este orden de sentimientos, y es por esto por lo que se nacionaliza por el orgullo de la riqueza. Todos esos italianos, austriacos, españoles, que se hacen ricos, entran á formar en la sociedad de Buenos Aires.

Me detengo en una vereda de la calle «Florida», entre 6 y 7 de la tarde, cuando los elegantes vuelven de Palermo en sus carruajes y automóviles. ¡Qué hermoso desfile! Centenares, muchos centenares, de vehículos irre-

prochables... En Buenos Aires, como en todas las ciudades latinas, se tiene en el carruaje descubierto el símbolo de la fortuna, Sólo los caballos que arrastran á ese señor con su esposa habrán costado 6,000 nacionales. Y el señor y la esposa van satisfechos, semi-recostados en la victoria..... El va de traje vistoso y sombrero alón sobre pelo largo y gran bigote (tipo italiano). No se parece al elegante de la sociedad de Santiago, que viste á la manera de los londinenses.

Ella, la mujer, puede ser bonita; no es tan frecuente que lo sea como en Santiago de Chile y en Montevideo. Este es un fenómeno. ¿Por qué hay diferencia en la proporción de mujeres bonitas en ciudades de la misma raza y de la misma cultura? ¿Por qué en Montevideo, que está á un paso, abundan las bonitas y en Buenos Aires no abundan?

La mujer de la sociedad bonaerense, generalmente, es gorda; ello se debe,—según lo dicen y no lo creo,—á la calidad de las aguas del Río de La Plata. Ello se deberá más bien á la vida sedentaria que hacen las mujeres ricas. Si no son bonitas todas las bonaerenses, todas, ó casi todas, son donosas y elegantes.

No así los hombres, para quienes,—se dice,

—el duque de Morny, en París, en 1869, inventó el adjetivo de *rastaquouere*. Bajo el Segundo Imperio ya se hacían notar en París los argentinos ricos. Andaban con tantos brillantes en la pechera y modas tan exageradas, que Morny, al verlos, habría preguntado: «¿De dónde salen esos ?» Como le contestaran que eran ricachos de un país donde la principal industria era el cuero, el duque habría dicho: «Raspacueros», de donde *Rastaquoueres*. Esto no pasará de ser una invención, una broma, que los mismos bonaerenses repiten con buen humor.

Las cocherías de Buenos Aires (en 1900 el automóvil todavía no invadía) tenía el sistema ingenioso y económico de un solo juego de ruedas sobre el cual en el verano se atornilla la victoria y en el invierno el cupé. Esos carruajes de servicio público, cómodos y elegantes, alegraban la ciudad. Como visité Buenos Aires en el verano,—tiempo en que tormentas fugitivas se descuelgan sin previo aviso,—me divertía viendo la fuga precipitada, el mariposeo, de centenares de victorias que corrían á la cochera á guarecerse del chubasco. En cinco minutos la ciudad oscurecida quedaba desierta bajo el azote de la lluvia . . .

Como los rayos del sol ardiente no tardaban en romper las nubes que se deshacían en agua, los alegres carruajes asomaban de nuevo con sus capotas tendidas y sus aurigas (generalmente italianos) invitando á subir con caras risueñas y ojos de alcahuetes.

Visité las grandes cocherías de Cabral y de Mirás, palacios para centenares de carruajes, donde pueden pedirse coches de todos los tipos imaginables, donde se sirve según el gusto fastuoso de la ciudad. Donde mismo se piden vehículos para partidas de placer, cupés para novios, se piden carros mortuorios. Esas casas de alegría y movimiento son á la vez empresas de funerales. Arreglan el cortejo según tarifa. Es bastante caro hacerse enterrar con fila de cupés ocupados por «llorones. . .» En el gran patio cubierto de la cochería de Mirás estaban alistando un carro fúnebre de primera clase, otro modesto, varias victorias de placer, y un cupé de novios adornado con azahares. El desfile era corto, pero sugestivo. Heine ó Campoamor lo hubiesen resumido en dos estrofas punzantes.

En la noche se ve alguna animación; mucha hacia la «Avenida de Mayo». La noche me pareció más agradable. La gente deja el

aire presuroso y abstraído que lleva en el día. Es hora de descanso. En los rostros, que iluminan de modo variado las luces de los almacenes, se ve como una confianza, como un placer. Los transeuntes van fumando el habano falsificado, no otro se vende en Buenos Aires. Y aún así, falsificado, es muy caro (4 pesos un cigarro). Es obra del proteccionismo. Hay provincias que cultivan tabaco.

En la noche se ven más mujeres que en el día. Los hombres las acompañan. Entran y se pierden en esos grandes almacenes, en esas arcas surtidas, algunas de las cuales, como la de Gath y Chaves, ocupan todo el cuadrado de una manzana.

La «Avenida Mayo», á esa hora, transporta por completo á una ciudad europea. Frente á los restaurants, en las anchas veredas, se sienta la gente menuda, con su copita y su caña, mientras la sociedad rica pasa, en fila interminable de carruajes, hacia el Parque Lezama, precioso punto de paseo, á la moda entonces, situado en la parte oriente.

Es simpático ese cuadro de una burguesía cosmopolita que se pasea alegrando la ciudad iluminada *á giorno* (había entonces cuatro compañías de alumbrado eléctrico). Ahí

está la nota dominante del elemento extranjero, gente que se alegra después del trabajo con alegría sana y comunicativa. Nosotros, los de origen español, no sabemos reposar de ese modo. Guardamos á toda hora una reserva sombría, y la preocupación nos tiraniza hasta que llega el sueño.

La ciudad se ve animada hasta tarde de la noche, con sus casinos y cervecerías, llena de vendedores de unos jazmines del Cabo tan grandes como nunca los había visto y de aroma tan penetrante que embalsama el espacio.

Se dice que, después de París, Buenos Aires es la ciudad que tiene los mejores espectáculos teatrales. No sería como es el carácter de los bonaerenses si no disputara á los grandes centros del mundo sus cómicos y sus cantantes. Gayarre, Caruso, Aramburo, Scotti, Rezke, todas las eminencias líricas de Italia, Francia y España, han tenido predilección por las temporadas de la fastuosa Buenos Aires. Sabemos á qué se deben las predilecciones de los artistas... Los artistas dramáticos de París vienen á repetir en el

Plata sus temporadas del Sena: los Coquelins Mounet-Sully, Antoine, Guitri, Rejane, Sarah Bernhardt, etc., todo el brillante armorial del teatro francés.

De los catorce teatros que en 1900 tenía Buenos Aires, ninguno era de edificación notable: se esperaba el Teatro Colón. En el mes de enero no había opera, ni opereta, ni teatro español (María Guerrero ó la Rosario Pino), ni comedia francesa. Era el momento de los café-conciertos, de los escenarios al aire libre. Asistí al «Casino», elegante y espacioso teatro de verano, construcción de fierro en estilo morisco á imitación de los *music-hall* de París y Londres. Me decían los bonaerenses que era el único verdadero café-concierto de Sud-América. Vi en ese «Casino», desde la mesa en que tomábamos un *bock* tranquilamente, el espectáculo variado y pueril: una «revista» en la que figuraban personajes de actualidad, sin la libre audacia con que eso se hace en París, sin *sprit* y con algo sórdido que era pesado; apariciones de excéntricos, y, al fin, una comedia representada por perros que hacía reír y era admirable. En suma, el mismo espectáculo, bajo y mediocre, que en París suele gustar por el lujo de la *mise-en-scene*, la

canallada del calémbur, y la hermosa carne de las artistas. Pero la compañía de ese «Casino» era de las que bota la ola de París. Esas alegrías veraniegas de Buenos Aires, más bien me maltrataron.

Los caballeros argentinos que me acompañaban (eran jóvenes) gustaban mucho del café-concierto. Veían en él un signo de adelanto que los ponía orgullosos. «¿Uds. no tienen en Santiago de Chile esta clase de espectáculos?»—me preguntaban. «No,—les contestaba,—pero lo tendremos: la ciudad se esta desarrollando en el sentido cosmopolita que trae consigo estas cosas...» Esto lo pensaba yo, y lo decía con tristeza. Los café-conciertos son una degradación del arte y de las costumbres.

Cuenta entre mis malos recuerdos de Buenos Aires, el de un café-concierto de baja estofa, en una de las calles cercanas al río, al cual, por curiosidad de visitantes, entramos una noche. Era un sótano impregnado de humedad caliente y nublado por el humo de las cachimbas. Ahí, un mundo de marineros de todos los países, de jornaleros platudos y de grisetas pobres, asistían bebiendo al espectáculo que daban unas artistas paupéricas,

pintadas de rojo y de violeta, exhibiendo desnudeces de hospital. Daban una representación indecente, cuya tolerancia por la autoridad me sorprendió. ¡Y cómo se divertía esa canalla ante ese escándalo! Era la barbarie de la gran ciudad.

No son muchas las noches que la hospitalidad de los argentinos deja libres á los viajeros chilenos. Sin embargo, tuve esas noches libres para maldecir los café-conciertos y otras para ver á la única compañía dramática que en ese momento actuaba en la ciudad. Era ésta de la distinguida artista portuguesa Lucinda Simões, bien reputada en su país y en el Brasil, donde se habla su idioma. Pero el portugués se entiende donde se habla español; es latino como nuestro propio idioma, y, aunque no sonoro y rico, es dulce, matizado, de lo cual le previene muchísimo encanto. Tiene palabras llenas de gracia galante, como el «saudade», superior al «sensucht» de los alemanes. El portugués tiene el adjetivo «mimoso»; á la creatura la llama «menina». Es un idioma que deleita y ha servido á una gran literatura.

Lucinda Simões, así como su esposo,—con quien formaba una pareja á lo Díaz de Men-

doza,—lo manejaba á las mil maravillas. Asistí con muchísimo interés á sus representaciones. Me pareció que las obras de Dumas y de Sardou (eran del repertorio de la Simôes), expresadas en portugués daban más de sí en gracia, en ironía, en finura femenina. Notabilísima artista de la escuela moderna esa señora portuguesa. No obstante, el Politeama Argentino donde daba sus representaciones se veía casi desierto. Lucinda Simôes no había metido bulla en París. Los bonaerenses no aplaudirán jamás aquello que no ha sido aplaudido en París; y aún esto, con reservas. Réjane, la artista parisiense por excelencia, tuvo en Buenos Aires «mala prensa». La gran ciudad del Plata tira á ser más que la «ciudad de las ciudades».

Funcionaba un teatro de zarzuela española, uno de esos espectáculos por «tandas» que por esos años, teníamos constantemente en Chile. Era Carrasco con las señoritas de Gaspéry (conocidísimos en Santiago) que daban «El Santo de la Isidra», «Retolondro'n», etc., ¡Pobre Carrasco! Era en Buenos Aires el mismo infeliz que en Santiago

Una noche mis compañeros propusieron ir á las «niñas toreras». Estas hacían furor y

acababan de tener un curioso incidente. De allá fuimos. En el gran teatro San Martín habíase arreglado un redondel. Apareció una cuadrilla de mujeres vestidas de toreros, gordas y flacas. Salieron del toril, unas tras otras vaquillonas algo escuálidas y con cuernos embolados. Ciertamente más ganas tenían de irse al pesebre que de embestir. Pero las «niñas toreras» las pinchaban, les ponían banderillas, les daban por los ojos con el trapo rojo, hasta que los pobres animales, enloquecidos, corrían de un punto á otro dando balidos y cornadas. Era «la corrida», el éxito de las niñas toreras, el júbilo del público español. . . Una tontería ó una crueldad. Las niñas toreras tenían anunciado viaje á Chile.

Había en Buenos Aires un caballero que me interesó sobremanera por cuanto de él me contaron. Por desgracia no tuve oportunidad de conocerle personalmente. Era el señor Albarracín, hombre serio, que prefería vivir solo en calidad de espectador de los hombres y de las cosas. No era doctor, no había hecho estudios, y, tal vez por lo mismo, sabía mucho. Vivía vagando por las calles con sonrisa espiritual y benigna en el rostro simpático y rugoso. Era un sabio á la antigua

que, perdido en esa ciudad de riqueza y de ignorancia, sin historia, sin arte, con solo dinero y pasiones humanas, se reía y lloraba... El mal trato dado á los animales se le hacía insoportable á su corazón humanitario, á su noble carácter. Cuando un auriga apalea al jamelgo escuálido porque ya no puede arrastrar la carga, cuando un carretero inca en el lomo de los bueyes el clavo de la picana y les hace saltar la sangre, cuando el perro sin dueño agoniza en el arroyo, nadie se conmueve, todos siguen su camino. En Buenos Aires, como en Chile, no había sociedades protectoras de animales como las había en países de cultura más humanitaria. Esto hacía sufrir enormemente al señor Albarracín que tenía el corazón de un zoófilo. Se había hecho célebre por sus altercados en la calle pública con cocheros y bueyeros crueles. Los animales de carga lo miraban como á un amigo, como á un redentor. . . y la ciudad como á un loco. Vivía haciendo esfuerzos,—que por la indiferencia de las gentes resultaban nulos,—por organizar la protección á los animales. Pocos días antes, en ese espectáculo zozco y cruel de las niñas toreras, había levantado la voz y el bastón, interrumpiendo la corrida en me-

dio de gran pelotera y rechifla. «Cosas del loco Albarracín...» decían todos riéndose; y yo pensaba: «Cosas de un corazón generoso, sensible al sufrimiento ajeno, un corazón raro en el mundo». Perdónenme los argentinos, que tan amables fueron, la franca declaración de haberme parecido mucho más simpático el loco Albarracín que el general Roca.

Estaba abierto y funcionaba el teatro Rivadavia, afuera, en los barrios populares. Actuaba ahí la compañía Podestá, de artistas argentinos, ó italianos argentinizados, con repertorio de piezas «gauchas».

La Pampa tiene sus tipos y sus leyendas que los payadores versifican. Es el amante que se hace bandido y se roba á la niña que el ganadero no quería darle; hay rapto nocturno en el cálido silencio de la Pampa y luego éxodo, melancólico y sin fin, por la llanura con la novia á la grupa; y se llega, irremediablemente, á la cuchillada vengadora..... Los «gauchos», como los mineros de Chile, tienen una literatura triste, poética, y con no poca intensidad dramática. No falta en ese teatro nacional, el tipo del extranjero rico, lleno de relumbrones y colgajos, que interviene, para bien ó para mal, en la vida de los

criollos; ni el «compadrito» personaje popular, farsante y alcahuete como el «cantaor» de los españoles. Esas obras dramáticas son en verso cadencioso y monótono. También las hay en prosa. El aparato escénico es pintoresco: los caballos no faltan, enjaezados con jaquimones multicolores, mucha platearía y la gran cola desplegada; el «gaucho» con su chambergo y chiripá, y el puñal, por cierto, que reluce pronto y lo resuelve todo. El pueblo argentino y también los inmigrantes italianos y españoles,—las tales piezas tienen algo para ellos,—son fanáticos de ese teatro nacional.

Vi una representación por la afamada Compañía Podestá, especialista en teatro nacional. Fué en el Parque Lezama,—la histórica quinta en la cual en 1814 se verificó el trágico duelo entre Luis Carrera y el Brigadier Mackenna,—convertido en un delicioso paseo nocturno, con kioscos, restaurants, laberintos para que se pierdan los enamorados, jardines y juegos de agua que refrescan la atmósfera. Era noche de gala. El «todo Buenos Aires» elegante y distinguido estaba ahí. En la profusión de luz, sobre el conjunto claro y movedizo de las *toilettes*, se vieron destacarse

las piernas largas,—ágiles todavía,—de don «Bartolo». Producían esas piernas ilustres gran respeto y regocijo. El general don Bartolomé Mitre, el glorioso patriarca argentino, octogenario ya, hacía esas apariciones prestigiosas en las fiestas de Buenos Aires. Es el caso que esa noche, en el Parque Lezama, vi una representación de la obra «*Juan Moreira*», pieza típica de la literatura «gaucha».

Varios amigos, que siempre andábamos juntos, nos íbamos en la noche al *Gambrinus Hall* (cervecería). Una vez charlamos de la literatura. La Argentina ha tenido numerosos y fecundos ingenios literarios. Habiendo nacido, esos ingenios, en la época de la formación política y social del país, más que en la sola literatura empleáronse en la jurisprudencia, en la lucha doctrinaria y en la historia. Así fueron Mitre, Sarmiento, Alberdi, López, Quezada, y el mismo Juan María Gutiérrez, quien sin embargo dejó una grandísima y admirable obra de la literatura y de crítica.

Ahora tiene la Argentina (tenía en 1900) otra serie de talentos literarios los cuales, como el país está ya formado, se entregarán

al arte por el arte, á la poesía, á la novela, la crítica. Descollaban ya Calixto Oyuela, poeta y escritor atildado, erudito; Ramos Mejía, dado este á la ciencia y á la historia; Mariano de Vedia, García Merou y Miguel Cané, naturalezas distinguidas que se traducían en notable estilo. Estos eran, entonces, escritores hechos y derechos. Había el otro grupo, el de los jóvenes, desbordando talento y locura, muchachos apasionados por lo nuevo, capaces de caer en aberraciones, pero capaces también, algún día, de darle á la Patria obras geniales. De éstos era Leopoldo Lugones, de gran cabeza juvenil y huraña, poeta á lo Víctor Hugo, grandilocuente y simbólico; Angel Estrada, de una familia de escritores, prosista culto que había perdido la espontaneidad y la amplitud de las miras por haber leído demasiado á Bourget; Jaime Freire, poeta; Luis Berisso ensayista, autor de biografías de americanos ilustres; y muchos otros llenos de buena voluntad, pero cohibidos por la indiferencia del medio ambiente. Buenos Aires no descansaba del trabajo material en el cultivo del arte; descansaba entregándose al lujo, al sport, á las cantinas. La prensa se prestaba de mala gana á los jóvenes literatos. Vivían

refugiados en el Ateneo. Ahí mostraban sus producciones y tenían sus debates. Era un mal que esos escritores no tuviesen más campo. Habrían prestado, entre otros, el servicio de salvar el idioma, destrozado por las corrientes extranjeras. Los términos y los giros del italiano parecían estar formando un idioma nuevo que era una lástima. Esos escritores que, por el amor á la tradición y á la belleza literaria se dedicaban al estudio del buen castellano, hubieran atajado el mal.

Era uno de los distinguidos conferencistas del Ateneo de Buenos Aires nuestro compatriota don Alberto del Solar, conocido autor de novelas, poemas, ensayos históricos, críticas y estudios filológicos. Casado con una de las herederas más ricas de la vecina República, era un Mecenaz discreto. Fué amable con nosotros, es decir con el que esto escribe y con el compatriota Emilio Rodríguez Mendoza, que hacía el mismo viaje con los mismos fines de ver y de sentir. El señor del Solar, en su palacio de la Plaza Libertad, ofreció un té para presentarnos á los literatos jóvenes, con algunos de los cuales quedé amigo hasta el día de hoy.

En esas noches cálidas, perfumadas por los jazmines del Cabo, era agradable quedarse en la terraza del *Gambrinus Hall*. Clemente Onelli,—tan conocido en Chile, donde llegaba á cada momento con el perito Moreno, de quien era secretario, en el último y álgido período de la cuestión de límites,—estaba con nosotros. Es un italiano genuino, de talento múltiple: naturalista, literato, explorador, poeta, hombre de mundo,—sobre todo hombre de mundo,—voluptuoso, penetrante, escéptico, verdadero florentino, de verba simpática, inagotable.

Volvíamos al hotel, á las dos ó tres de la mañana, despacio, fumando, poseídos de ese contento físico que la trasnochada produce en los jóvenes. Nuestra filosofía versaba sobre lo que encontrábamos. Salían de los restaurants y tabernas grupos de hombres y mujeres vestidas de claro. Entre risas y voces se preparaban para seguir la juerga. Eran esas damas que habíamos visto en el casino, «prostitutas barnizadas de *parisianismo* (París)», decía Rodríguez Mendoza, que le arrebatában á la juventud de Buenos Aires su sensatez, su vigor y su dinero. Creyendo hacer vida elegante, vida parisiense, los mucha-

chos se alejaban del trabajo y del matrimonio. «Déjalos *ché*,—nos decía Onelli con su indolencia mundana,—es Juventud que pasa...»

Otros grupos de muchachos calaveras, más jóvenes ó más pobres, subían cantando hacia la calle de Junín, donde el amor y el libertinaje estaban organizados á la turca por la Municipalidad, en casas que la jerga porteña llama *quilombos*. La gran ciudad cada noche tiene una inmensa orgía.

Al separarme de Onelli y de Rodríguez Mendoza,—eran ya las tres de la mañana,—me quedaba un momento en el balcón volado del tercer piso del hotel. Una bruma que se levanta del río cubre la extensión de la ciudad como un sudario.. Las luces, ahogadas en la neblina,—como un naufragio de estrellas,—daban una iluminación rojiza. Abajo, embotado, como ruido de espectros, se sentía el pasar de los transnochadores en marcha hacia Junín... De esa neblina cálida,—que es la camisa de dormir de Buenos Aires,—cuatro ó cinco formas negras y macizas surgían como islas misteriosas señalando los rumbos de la ciudad: al oriente la fachada á medio hacer del Congreso; en opues-

to sentido el bloc del Teatro Colón, por cuyos ventanales inconclusos pasaban girones de neblina iluminada; al sur el palacio incomparable de las Aguas Corrientes, brillante en su mayólica como un albergue de cuento de hadas; al norte, ahí cerca, la esbelta cúpula del palacio de *La Prensa*, con su alegoría dorada que lanza al espacio, empinándose sobre un pie, un foco de luz permanente; al occidente, más allá de las techumbres del Pabellón Argentino, como mil picos agudos rompiendo la neblina, las chimeneas de las fábricas de Palermo... Eran las facciones, destacándose del manto de nubes, de una de las más grandes ciudades del mundo actual, improvisada en cincuenta años, como un milagro por la concurrencia de tres factores: la capacidad política de una sociedad criolla, la fertilidad de la Pampa y una inmigración prolífica.

Buenos Aires, con 800,000 almas (en el tiempo de mi visita, más de un millón ahora) había dejado de ser una de esas ciudades,—como Madrid, Roma y Santiago,—grandes, hermosas, pero todavía con caracteres seden-

tarios, con vida social dentro de los hogares, donde todo el mundo se conoce y los diplomáticos son recibidos en la intimidad. Buenos Aires ya tenía, como París y Londres, el aislamiento de la profusión, la soledad del hombre en medio de la multitud. Se puede ir por la calle sin encontrar á cada paso á un conocido. Esto, recién se llega, parece muy satisfactorio. En el inmenso vaivén puede pasarse mucho tiempo sin encontrar dos veces á la misma persona. La sociedad se descompone en círculos que viven casi ignorándose los unos á los otros.

Entre esos círculos hay uno muy distinguido que, aunque vive disperso en los diversos barrios, no deja de concentrarse en la Avenida Alvear (conduce á Palermo) y sus ramificaciones. Es gente que, desde luego, en ese mundo abigarrado, se hace notar por la perfecta distinción con que lleva su elegancia. Rivarol afirmaba que para dejar de ser cursi había que tener más de cien años de riqueza, de cultura y de influencia. Esa gente, del círculo á que me refiero, lleva en sí más de cien años de superioridad. Me dió,—en mis charlas con Onelli y Rodríguez Mendoza,—por llamar ese círculo el de la «gente criolla»;

y no era descabellado llamarlo así, pues se compone de familias puramente argentinas de descendencia española. Es un círculo que, —en el desarrollo alarmante de la factoría,— se afirma y se une en recuerdos gloriosos. Son esas familias, cuyos antecesores actuaron en la independencia y, posteriormente, en la formación política del país: Alvear, Puyrredon, Pereira, Demaria, Funes, Urquiza, Saavedra, Moreno, Varela, Rivadavia, Obligado, Mitre, Vega, Belgrano, Dorrego, Bilbao, Quintana, Lavalle, etc., etc. Es lo que podríamos llamar la feudalidad argentina, por su condición de dueña de las tierras, su historia y su carácter político. Pero, al ser una feudalidad ó aristocracia, no lo sería empobrecida y desalojada como las de casi todos los países que han experimentado la evolución hacia la democracia. La antigua sociedad argentina ha conservado inmensos bienes raíces, es la dueña de la Pampa. Con esto es una de las sociedades más ricas de América. El elemento extranjero y advenedizo se le ha entrado, pero no mucho. El hecho de llevar nombres titulados de la colonia, que se ilustraron en la epopeya de 1810 y después en la historia militar y política de la nación, da un senti-

timiento de orgullo que rechaza al recién llegado, aunque éste venga en el carro del oro.

Hay buena diferencia entre esta gente, y la otra recién salida de un inmigrante que enriqueció en los cueros ó las lanas. La gente criolla forma una sociedad estable y con tradiciones, tiene su historia, ha realizado su obra. Esta obra no ha sido otra que la creación de la República Argentina. Los españoles que colonizaron al Río de la Plata reprodujeron en tierra nueva la vieja sociedad de la cual se desprendían. Trajeron los Códigos y el Evangelio. Desde el principio tuvieron que guerrear, no del modo épico de los colonos de Chile, pero lo bastante para irse creando una leyenda y adquiriendo la conciencia de ser una sociedad que se debía á sí misma. Fué la guerra guaraníca, que los españoles del Río de la Plata sostuvieron por largos años, en especial con las indiadas querandíes del cacique Obera. Comienza la leyenda de la gente criolla. Se observa en esa colonia, como en las demás de España en América, orgullo y ensimismamiento, tempranos síntomas de la independenciamiento que tendría que venir. A fines del siglo XVI (1583), por disgustos con la España y desatenciones de ésta, los criollos

de Buenos Aires y Santa Fe proclaman un gobierno propio; fué la que en la historia se llama «Sublevación de los siete jefes». En el siglo XVIII,—ello se justificaba ya por las ideas que habían llegado,—se produce el movimiento llamado de «los Comuneros» que encabezaron conspicuos personajes de la colonia. Dichos «Comuneros» pretendían tener mandatarios designados por voto popular.

Aquellos motines de la colonia,—en el Plata como en otros puntos,—eran cosas del carácter español que, en el Nuevo Mundo, renacía al amor á la libertad suprimida en la Metrópoli por los monarcas austriacos y por la Inquisición. También eran llamaradas de un fogón que se fué preparando en el curso de dos siglos.

La sociedad fué adquiriendo todos sus caracteres. Bien se vió esto cuando, en 1806, una descabellada empresa de los ingleses encontrándose Inglaterra en guerra con España,—intentó apoderarse de Buenos Aires. Comienza la epopeya argentina. El almirante Beresford, de súbito, arroja sobre la ciudad 1,600 hombres. Sobremonte, el Virrey español, no sabe qué hacer. Los criollos lo salvan todo conducidos por jefes improvisa-

dos como Liniers y Puyrredon. Un año después (febrero de 1807) los ingleses vuelven al asalto con 12,000 hombres. Se toman la ciudad, y fué del genio y del heroísmo de los criollos para reconquistarla. Las calles centrales, —llenas hoy de palacios modernos,—que se llaman «Defensa» y «Reconquista», son los viejos callejones por los cuales los criollos primero defendieron la ciudad y la reconquistaron en seguida. En las torres de las antiguas iglesias se ven incrustadas las balas de los cañones británicos. Es legítimo orgullo mostrar eso para los descendientes de aquellos hombres que condujeron la multitud criolla, mal armada y sin disciplina, á vencer á un poderoso ejército. Esos acontecimientos le demostraron á la colonia del Plata que tenía pueblos y que tenía jefes. Pronto verían que no le faltaban legisladores, todo lo necesario para constituir una nacionalidad independiente.

La guerra con los ingleses evidenció y preparó á los criollos del Plata para la independencia, que obtuvieron en 1810 por medio de un hermoso impulso popular y del valer de los hombres dirigentes.

En 1814, derrotados los patriotas de Chile

vencido Miranda en Colombia y Venezuela, el Perú incapaz de sacudir por sí mismo la antigua dominación, sólo en el Río de la Plata se mantiene enarbolada la bandera de la libertad de América; y de ahí partiría la luz de un foco que vuelve á extenderse por todo un mundo. Esa sociedad criolla había producido el hombre de genio incomparable, el que, como Bolívar en el norte, iba á restablecer la causa de la Independencia: San Martín, el talento vastísimo que englobó todo un continente en el solo plan de una guerra napoleónica. San Martín, devolviéndole á Chile su libertad, fué á acabar con la resistencia española en el Perú. Le entregó á Bolívar la ciudad de los virreyes convertida en capital republicana. Este hombre, que representa la acción de la sociedad argentina en la Independencia de América, le da una gloria inmensa, una gloria que esa sociedad comprende y respira con noble orgullo.

En el período de la formación política, la Argentina no se escapó de los males de las otras repúblicas: la inexperiencia y la ambición. Ya vimos eso en páginas anteriores: fué la mala época de la gente criolla. Sobre la anarquía los despotismos se alzaban. Pero la

sociedad argentina reaccionó debido á sus virtudes y talentos. Volvieron los grandes hombres, los que ya conocemos: Mitre, genio militar y político, llena la nación de glorias que limpian las manchas del caudillaje; Sarmiento, espíritu educador y ordenado, abre las riquezas del país al comercio del mundo, crea la argentina contemporánea, opulenta y cosmopolita. Fué un genio menos poderoso que el de Mitre, pero más simpático; dejó ferrocarriles, líneas de vapores, escuelas, dió seguridad al país, prestigió la inteligencia con su propio talento de altísimo escritor.

Esta ha sido la historia de esa «gente criolla», antigua y genuina sociedad de Buenos Aires, una de las más interesantes que la España engendró en el Nuevo Mundo.

De todas las sociedades de Hispano-América es la de Buenos Aires la que ha tenido la suerte de vivir en mayor contacto con la Europa. La República Argentina ha tratado, con premura y vehemencia, de figurar, como Norte América, entre las grandes naciones. Noble ambición; legítima, también, y que

sólo podrá redundar en bien de toda América del Sur. Para conseguir mostrarse en esa Europa, que con tanta ignorancia é indiferencia nos ha mirado, la Argentina creó el sistema de propaganda que ahora usan todas estas Repúblicas gastando en ello muchísimo dinero. Pero es la sociedad de Buenos Aires, con sus frecuentes viajes, la que mejor propaganda le ha hecho al país, dando á conocer su cultura y distinción. Ella también, la sociedad, la gente criolla, viajando de ese modo ha ganado, ha llegado á ser la más atrayente, la más ilustrada, del hemisferio sur del Nuevo Mundo, sobre todo en su parte femenina. La señora de Buenos Aires, tiempo ha que dejó de ser la beata antigua, el tipo que tanto se arraigó en estas naciones de origen español.

Esa sociedad es recalcitrante, concentrada en sí misma, lo cual no quiere decir que en Buenos Aires, como en todas las grandes ciudades modernas, no se vea la mezcla de elementos que parece ser el carácter mismo de la vida contemporánea. Para los chilenos no hay reticencias en la gente criolla. Las vinculaciones entre Santiago y Buenos Aires datan, ya lo dije, de la Independencia y de

1846, cuando la «mazorca» del tirano Rozas barrió á cuantos no la acataban servilmente. Se fueron á vivir en Chile los hombres que luego volverían á crear la Argentina de hoy. En Chile, esos hombres, lucharon por las libertades públicas, vivieron, amaron, cultivaron la inteligencia en noble rivalidad con nosotros. Dejaron en Santiago esos vínculos de amistad, esas afecciones que se heredan en las familias y cincuenta años de separación no pueden romper. También, desde la Independencia, hay familias que han vivido repartidas á ambos lados de la cordillera: Pereira, Arana, Necochea, Lavalle (Reyes Lavalle en Chile), Saavedra, López, Lynch, de La Barra (la distinguida novelista argentina Maipina de La Barra, sobrina del ilustre polemista, poeta y profesor chileno, don Eduardo de La Barra), etc.

Viniendo de Chile, con un nombre del Santiago antiguo, se llega al centro mismo de la gente criolla, á la parte alta de la sociedad de Buenos Aires. El general Mitre quería ver á todos los chilenos que pasaban para preguntarles por las damas de Santiago, á las cuales dedicara sus versos juveniles, y por Diego Barros, Eusebio Lillo, Manuel Recabarren y

otros sobrevivientes de 1850. La casa de Mitre, el hogar modesto, al lado de la imprenta de *La Nación* (calle San Martín), era como la tienda del patriarca en esa sociedad. De ahí se pasaba á todas partes.

Hay otra causa de unión entre las dos ciudades, debida al turismo veraniego de Buenos Aires hacia Santiago y Viña del Mar. Cuando uno va á Buenos Aires es como si fuese á pagar la visita. ¡Y cuidado que los argentinos saben ser amables!

Tuve la fortuna de experimentar ésto, viviendo dos meses en esa ciudad por la cual tantas otras veces debía pasar, creando amistades nuevas que prolongan las viejas amistades argentinas de mi familia; amistades valiosas que la distancia no enfría, recuerdos interesantes que el tiempo no borra.

Llegué á Buenos Aires en lo que me parecía ser el momento peor, cuando la proximidad de la guerra habría podido dejar en los ánimos exaltación rencorosa. Mi sorpresa fué grande: no pude notar ni la más leve expresión sombría nublando la antigua y franca cordialidad. Llegué á pensar que la guerra, al efectuarse, hubiera sido un absurdo cruel y monstruoso.

Conocí una bella y culta sociedad. Vi, en el crepúsculo de su vida, al General Mitre, uno de los grandes hombres de nuestra raza; conocí á otros de talento, con los cuales trabé amistad que conservo; y esas señoras, tan interesantes, en las que, bajo la frívola elegancia de la *toilette* parisiense, palpita intacto el corazón de la mujer criolla, lleno de generosidad y patriotismo; y niñas tan bonitas y graciosas como lo son las de mi tierra, pero realizadas por mayor cultura, por el aire de Europa que sopla más de lleno en las márgenes abiertas del Río de la Plata, ese aire que á nosotros nos llega atenuado, no tanto por la masa de los Andes como por la masa de las preocupaciones añejas.

Frecuenté, entre otras, la casa de César González Segura, un buen mozo que la sociedad de Santiago conoció cuando era muchacho y vino á Chile como secretario del General Mitre, en 1883. Es, ahora, cuando lo volví á ver, padre de una distinguidísima familia (González Guerrico), pero no deja de seguir siendo un joven «porteño», alegre y agradable, á quien por afectuosa familiaridad llaman «El Gato» González Segura.

En casa de González Segura conocí á una

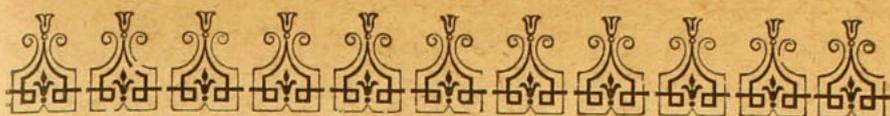
de las niñas bonitas de entonces en Buenos Aires, la señorita María Edelmira Sánchez. Buenos Aires estaba orgulloso de ella. Pocos años después, en los juegos florales de 1906, era ungida reina de las reinas. En los círculos sociales, cariñosamente, le daban el sobrenombre de «Meneca». La recuerdo como si la viera, en su carruaje en Palermo, en los jardines de Lezama, en los salones donde la rodeaba una atmósfera de admiración y afecto, mientras ella ofrecía, como un perfume, su belleza y la gracia de su alma. Era una de esas figuras de mujer que no se olvidan: de grandes ojos brillantes, de tez alabastrina, bajo una mata de finos cabellos castaños en que la luz jugaba; facciones correctas y, en todo el ser, ese algo que no se explica pero se siente: la simpatía, la bondad, sin las cuales nada suelen valer las más acabadas bellezas.

Los muchachos andaban enamorados de la «Meneca». Tuve el honor de conocerla y de sentir en su admirable belleza esa cultura superior que distingue á las mujeres de esa sociedad criolla. De vuelta á mi país, por cartas de amigos y por las informaciones sociales de la prensa, supe que los triunfos de la señorita Sánchez continuaban; que su casa (la prime-

ra de la calle Florida al desembocar en la Plaza San Martín), seguía siendo el punto hacia el cual muchos ojos se dirigían nostálgicos. Supe también que un triste Destino había comenzado para ella: su madre murió repentinamente, cuando iba á su lado en un paseo. Decían que desde esa desgracia una sombra había quedado cambiando el aspecto de María Edelmira y acrecentando su belleza. En viajes posteriores tuve la suerte de volver á verla. Siempre se admira en ella la belleza, y acentuada ahora por ese reposo, por ese aire de noble reflexión, en que los años van trocando la viveza juvenil. Estando en el Brasil, en 1906, pasó ella para Europa, recién casada con uno de los jóvenes de la distinguida y opulenta familia Saavedra. Iba en viaje de luna de miel. Pero el Destino fatal no dejaba de seguirla: poco después, en Viena, á la salida de un teatro, tomó una pulmonía que se transformó en tisis, y sólo volvió al Plata para morir en todo el esplendor de su belleza, en toda la gracia de su espíritu, confirmando el pensamiento de Malherbe sobre el triste destino que suelen tener las más bellas cosas.

II

DE VALPARAISO A PARIS



DE VALPARAISO A PARIS

LA REGIÓN MAGALLÁNICA

(Páginas de diario)

Se me antoja escribir el diario de mi viaje. En nuestra época esto pasa por necesidad, por candor del tiempo antiguo. Sin embargo, creo que ha de ser interesante describir, á la ligera, esta gran ruta que siguen los vapores de la Compañía Inglesa que van de Valparaíso á Liverpool. Es el histórico derrotero por donde han llegado, durante cuatro siglos, todos los elementos que han ido formando nuestro país. Fué la ruta de los piratas del siglo XVI. Por ella vimos alejarse las escuadras y los ejércitos que vencimos en la puerta de nuestro improvisado castillo republicano

Por ella vamos en busca de nuestra tradición, de los progresos de todo orden que nos ofrece la experiencia europea, en busca de las artes y de las letras; y en busca, también, hay que decirlo, de obcecaciones y de placeres malsanos... Es una ruta larga, accidentada, que cruza las nieves de la zona austral y los mares cálidos del trópico. Se detiene en ciudades nacientes y en ciudades viejas; la adornan recuerdos dramáticos y leyendas que se ven pálidas al través de las brumas del tiempo. Para muchas personas, en vez de ser la ruta de Valparaíso á Liverpool, ha sido el camino de lo infinito. En cada ola podría levantarse una cruz y el gemido del viento podría ser el llamado, la plegaria, de tantos y tantos náufragos... Es una ruta interesante, digna de ser descrita, como esos grandes caminos que cruzaban la Europa antigua en dirección á Roma, la «ciudad eterna»... Aunque es una ruta muy conocida hay que suponer que muchas personas no la conocen, ni la conocerán jamás. Y no dista mucho el día en que por los ferrocarriles trasandinos y el canal de Panamá, quede abandonada, sirviendo sólo al comercio de la zona austral.

11 de septiembre de 1902.

Los pasajeros del vapor tuvimos oportunidad de contemplar en la pintoresca y animada bahía de Lota, una ceremonia naval de grande importancia para la América del Sur:

La llegada del acorazado argentino *General San Martín* y la recepción que ahí le hizo el crucero chileno *Ministro Zenteno* (1).

Los dos buques fondearon cerca, casi juntos, como para darse la mano, como se la dieron, sin duda, más de una vez, San Martín y Zenteno, esos dos campeones de la Independencia, en la tarde de alguna victoria en que chilenos y argentinos pelearon bajo la misma bandera.

Era interesante el espectáculo de esos dos barcos unidos en fraternal consorcio. Poco antes sólo se les concebía juntos para darse andanadas.

Los extranjeros que vienen en el vapor saludaron y aplaudieron con calor esa prueba de paz y amistad. Ellos, hijos de la cansada y pletórica Europa, vienen á América en busca

(1) Visita oficial de 1902.

de tierras más fértiles y de horizontes nuevos. El derecho de vivir y prosperar no tiene patria fija. La guerra chileno-argentina, removiéndolo todo el continente, quemando y ensangrentando las más bellas regiones, les quitaba toda esperanza. De ahí que se alegraran ellos, muy particularmente, en presencia de esas banderas cruzadas en símbolo de alianza chileno-argentina, no ya para conseguir la independencia, pero sí para alcanzar mayor progreso, mayor felicidad, mayor prestigio de Sud-América.

Algunos chilenos, en el vapor, al dejar la bahía de Lota, en presencia de esas dos banderas, sentíamos aminorada la pena de partir. El sol argentino y la estrella chilena brillaban juntos, admirablemente, en ese día de septiembre. Se nos figuraba que realizaban el arco iris de una nueva época, época tranquila, propicia, en la cual nuestra labor podrá desarrollarse más fácilmente, más ampliamente, con frutos más opimos. La vida, cuando no tiene por delante un campo firme y seguro se contrae y se anula. Nada florece bajo un cielo de amenazas; la amenaza es un sol negativo. Para poder ser algo hoy, tenemos que saber lo que seremos mañana.

La pena con que nos vamos de Chile se aliviana con la satisfacción de dejarlo asegurado en un porvenir de paz y de trabajo. Símbolo de eso eran los navíos de ambas naciones, ahí fondeados, destacándose sobre la decoración graciosa y fresca del parque de Lota.

Luego que el vapor salió hacia la isla Santa María pudimos adivinar en su grandiosa belleza ese vasto y profundo seno de Arauco, cuyas aguas parecen ser más azules que las del resto del Océano Pacífico, así como las montañas que lo circundan desde las tetas del Biobío hasta la punta de Curanilahue, no tienen rivales en gracia de contornos y frescura de vegetación. A lo largo de la playa espumosa se extienden, unas tras otras, las poblaciones industriales de Puchoco, Coronel, Lota, etc., etc. Se siente la actividad de la industria y la riqueza. Los barcos entran y salen. El humo de las fábricas realiza la alegría del trabajo humano en esa divina decoración de la naturaleza, en ese punto privilegiado cuya cabeza es el parque de Lota y cuya corona es el castillo renacimiento que ahí levantó la reina del carbón, doña Isidora Goyenechea de Cousiño, reina y poetisa

del seno de Arauco. Qué hermoso es eso! Desde la cubierta los pasajeros lo admiran hasta que se pierde en el humo de las fábricas y la bruma crepuscular. La bahía de Arauco es el vestíbulo de la parte central de Chile, vestíbulo admirable cuyo subsuelo es de carbón y cuya superficie es un paraíso.

13 de septiembre

Hemos pasado ya, hacia el sur, el río Valdivia. Entramos al gran litoral de las brumas de las tormentas y de los peligros. Desde ahora, al capitán no se le ve ni en el comedor ni en el salón. Vigila noche y día sobre el puente. Toda su experiencia de viejo lobo marino, toda su responsabilidad, son pocas en ese mar que cuenta la historia de mil naufragios.

El barco se ha alejado de la costa hasta perderla de vista. Brega sin cesar, fôrcejea, entre corrientes y huracanes que lo sacuden y lo hacen crugir. Parece que su potente máquina de cinco mil caballos, apenas le basta para vencer las iracundas facultades del océano. Me pongo á pensar en los navegantes

españoles y holandeses del siglo XVI. ¿Cómo cruzaron estos mares en sus veleros diminutos y endebles? La fe y la ambición les daban á esos hombres fuerzas ciclópeas. Una época menos escéptica que la nuestra consideraría milagrosas esas hazañas de los navegantes antiguos.

Los que habitamos ciudades mediterráneas, creemos que la tierra es el todo del Universo. Hay que navegar así, en pleno Océano, para convencerse de que la tierra es lo menos del Universo. Los continentes son islas en medio de los mares. Cuando decimos «el globo terráqueo», decimos mal: las aguas forman casi la totalidad de este planeta. Se dirá que la tierra vale más porque en ella se produce el hombre, el animal rey, el ser extraordinario, semi-divino, que lo domina todo. Pero el Océano tiene una fauna y una flora inmensas y misteriosas. Víctor Hugo escribió los *Trabajadores del Mar*. Ante la vida universal, ante el Océano, ante el espacio infinito, ante todo eso que la mente humana no puede abarcar, el hombre es poca cosa. Ante eso, tanto vale un hombre como un pescado. Miradas desde el Océano, desde las grandes eminencias del planeta, las huellas de las civilizacio-

nes resultan idénticas á las huellas que las hormigas dejan sobre la arena. En la cubierta del vapor, en estas latitudes majestuosas tales filosofías se imponen. Siento una vez más, todo el escepticismo, todo el desaliento, que resultan de la evidencia de la infinita pequeñez de las cosas humanas.

14 de septiembre.

Desde hace tres días, cruzamos lo que puede llamarse el Calvario de los navegantes: el golfo de Penas, el Cabo Pilar, los Evangelistas... ¡Qué nombres simbólicos, tristemente sugestivos, los de estos parajes solitarios, oscuros, tormentosos! ¡Cuánto debieron sufrir en ellos los antiguos exploradores que los bautizaron con esos nombres expiatorios!

Desde el paralelo 40 hacia el sur, un cenital de brumas cubre perpetuamente al globo. Son brumas movedizas que ya forman cerrazón y ya dejan ver los contornos de la costa, las islas, los farellones, como fantasmas negros y lejanos... El vapor avanza ligero ó cauteloso, según si la neblina se cierra ó se levanta. El carácter típico de estas vastas y heladas latitudes es la neblina. Le da á la región

austral del hemisferio sur una extraña apariencia de mundo lunático, de país de ensueño, donde todo es blanco y liviano, donde todo se esfuma

Algunos rayos de sol circulan por la neblina como corrientes de oro pálido. A la tenue claridad de uno de esos rayos divisamos la esbelta y firme silueta de un faro en la isla grande de los Evangelistas. Tres hombres viven ahí. No escuchan sino el golpe de las olas en las rocas y no ven otra cosa que el eterno correr de las neblinas. Aman esa vida; sus almas se han unificado con la soledad y con las tormentas; no se quieren mover del faro. Miran pasar los buques con la misma indiferencia con que miran las aves marinas. El mundo no existe para ellos. En la noche prenden la poderosa linterna y arrojan sobre la oscura tinta del mar rayos de fuego que son, para los marinos extraviados asideros de salvación. Ese es su gran placer. ¡Cuántas vidas han salvado esos hombres del faro, esos hombres que nadie conoce, huraños, enmudecidos por la soledad y la tristeza! (1).

(1) La caleta que da acceso al faro de los Evangelistas, se llama «Puerto de Treinta Días», debido á que, frecuen-

Hay una infinita poesía, una poesía helada, misteriosa, profunda, llena de apariciones trágicas, en esos litorales batidos por todas las inclemencias de la región austral.

15 de septiembre.

Grandes trozos de nieve flotante, desprendidos de los ventisqueros, nos anunciaron la llegada al Cabo Pilar. Esos trozos de nieve, de forma esbelta y caprichosa, admirablemente lívidos, corriendo sobre las aguas, entre las nieblas, tienen algo de divino y milagroso.

Anoche entramos al Cabo Pilar. Hoy navegamos dentro de su órbita. Es un mar bobo, un mar de fondo, irresistible, un viento huracanado, que imprime al vapor todos los movimientos de la danza del vientre. Sólo los oficiales del buque son capaces de tenerse de pie. Y debo advertir que estamos pasando el Cabo Pilar en condiciones muy favorables, con un buen tiempo relativo.

temente, pasa ese tiempo sin que la braveza del mar permita atracar.

Al caer la noche, la agitación del mar se apacigua poco á poco. El vapor comienza á navegar como en un río correntoso, entre dos cadenas de montañas nevadas, que se van estrechando hasta formar un canal. Es el Estrecho de Magallanes, en la parte montañosa que corresponde á la cordillera de los Andes, al océano Pacífico. El Cabo Pilar es el vestíbulo del Estrecho, donde las aguas del gran océano, de súbito contenidas, se agolpan y se arremolinan.

Después de comer, todos los pasajeros salimos sobre cubierta y contemplamos un cuadro arrobador. La luna clarea la nieve de las montañas, por cuyas altas cimas rondan las nubes como bajeles mitológicos. Las manchas de nieve se recortan caprichosamente, luminosas, entre las salientes de piedra negra. La superficie del canal está tranquila; el barco se desliza con suavidad. En la ribera, muy cerca, al pie de las montañas, se adivinan bosques de los cuales se desprende el humo blanco y tenue de las fogatas de los indios. Algunos canales desembocan del norte, formando bahías, en las cuales el agua se dilata como un espejo cubierto de tul. Es de creerse en una de esas lagunas de Escocia que

con tanta poesía describió Walter Scott. Es tanta la tranquilidad de las aguas y de la atmósfera, tan completo el adormecimiento que la luna imprime al paisaje, que se piensa en el inolvidable Lago de Lamartine.

Vemos surgir en una de esas ensenadas una barca á vapor. Su corte es de buque antiguo y tiene gran arboladura. Eso contribuye, en el arrobamiento del paisaje, á presentarla como una visión, como un fantasma, como el ánima de un buque. Se desliza, sin el más leve rumor, como sobre una superficie de seda. Los rayos de la luna le dan al humo espeso que va desgranando su chimenea un matiz aterciopelado. En su palo trinquete brilla luz, como una estrella enredada entre los cordes. Esa luz sube y baja; la luz de nuestro barco sube y baja á su turno. Es el saludo silencioso que los dos buques se hacen al encontrarse.

Esa nave de ensueño, que cruza á esas horas el indecible Estrecho, es la *Magallanes*, la vieja y gloriosa corbeta chilena, que en tiempo de paz no abandona esos canales, cuya complicada hidrografía es necesario estudiar incesantemente.

Hay en ese paisaje una belleza tan dulce y

penetrante que todos sentimos nacer las fuerzas idólatras de la creatura antigua. Sentimos deseos de arrodillarnos ante ese algo tan perfecto y adorable como una divinidad, y permanecer, así, en el delicioso éxtasis de la Naturaleza, hasta que llegue la aurora á transformar ese cuadro con sus tintes vigorosos. Pero hace mucho frío; es preciso retirarse á los camarotes.

Un inglés, que no ha desplegado sus labios en todo el viaje, al despedirse de esa visión, prorrumpe en un estridente «¡Oh! beatiful...! beatiful...!»

19 de septiembre.

El vapor no nos dió tiempo para desembarcar en Punta Arenas (*Sandy-Point*, como dicen porfiadamente los ingleses). Durante una hora pudimos contemplar el perfil de la ciudad. Veíamos fábricas, edificios de ladrillo y de zinc, notábamos movimiento en la bahía, en la cual estaban al ancla cinco ó seis buques, entre veleros y vapores.

¿Cómo pudo levantarse esta ciudad,—

nos preguntábamos, —en esos lomajes monótonos y secos, cuya vista aflige; en esta región, la más austral del globo, donde el frío en el verano es como el del invierno en Santiago; donde la nieve lo cubre todo durante seis meses; donde la noche en el invierno se cierra á las cuatro de la tarde, y en el verano el crepúsculo se junta con la aurora? Es que en esos vastos y tristes lomajes se alimentan tres millones de ovejas, produciendo aceite y lanas, más lanas mientras más frío hace.

Nos preguntamos qué comen esas ovejas en el invierno, cuando un espeso manto de nieve cubre las comarcas. Nadie sabe contestarnos. Con la oveja los cristianos simbolizan la resignación. El cordero pascual muere sin quejarse. Bien pueden las ovejas de Punta Arenas, pasar el invierno sin comer . . .

Forman esa colonia chilena diez ó quince ganaderos é industriales sumamente ricos. La mano de obra es cosmopolita. Los pastores, los obreros, los marinos, son chilenos, ingleses, alemanes, austriacos. Domina el elemento austriaco, lo cual le da á Punta Arenas un marcado sabor de puerto europeo, de puerto del Adriático, activo y sucio.

Pescadores suben al vapor vendiendo un

marisco que llaman «santolla». Es una especie de jaiva, con patas de langosta. Nos cuentan que tiene sabor más agradable que el de la langosta y es un poderoso alimento. En Punta Arenas se ha establecido una fábrica de conserva de «santolla». Se anda ligero en este tiempo. Nos refieren que en Punta Arenas, como en Santiago y en Valparaíso, ya existe un comercio de importación tres veces mayor del que debiera existir, levantando una competencia abrumadora (1).

Una escuadrilla chilena estaba ahí cuando pasamos: el *Chacabuco*, y los transportes *Rancagua* y *Maipo*; esa escuadrilla flamante que, viniendo de Inglaterra, ha pasado por los arcos de triunfo de Río Janeiro. Parecía dormir el cansancio de esa fiesta enorme. En medio del bullicio de ese sarao internacional, había embarcado los cadáveres de Errázuriz, Godoy y Bezanilla, tres distinguidos servidores de Chile, muertos por la fiebre amarilla en Río Janeiro. Jamás tarea más penosa fué cumplida en medio de mayor alegría. Pe-

(1) A fin de completar la noticia sobre Punta Arenas insertamos una nota publicada por el autor algunos años después (1906).

ro ya bastaba: era necesario rendir culto á los muertos ilustres, y ahí, en Punta Arenas, la escuadrilla espera que pasen las fiestas chileno-argentinas, para arribar á Valparaíso con su fúnebre carga. En la inmensa alegría de la América reconciliada, se hizo un lugar de tristeza y recogimiento para esos tres cadáveres. En esas aguas tranquilas, en ese paisaje desolado, esa escuadrilla luctuosa era melancólica.

«Cada vez que paso por Punta Arenas me siento tentado de escribir. De las ciudades que, al estilo anglo americano, se improvisan en Sud-América, ninguna es más interesante que ésta. Es la ciudad más austral del globo: en ningún otro punto, más cerca del Polo sur, los hombres han ido á levantar palacios.

En Punta Arenas hay palacios, edificios de gracioso estilo, con todos los requisitos del *comfort*, que están ahí, como pudieran estar en Santiago, en Buenos Aires, en París. Vi dos ó tres de estas construcciones opulentas en 1902. Se veían aisladas en un conjunto de casuchas de madera y de zinc. Ahora he visto diez casas que pueden llamarse palacios. Sobre la loma que desciende hacia el mar y á cuyo fondo hay un bosque helado,

envuelta en el humo de las fábricas. Punta Arenas presenta ya un perfil de ciudad.

El progreso es completo y rápido. Se explica no por las facilidades del clima, pues este, por el contrario, es riguroso, frío, oscuro; se explica por las grandes industrias á que se presta el territorio magallánico. Cuando, hace cincuenta años, el Gobierno de Chile fundó ahí una colonia para cimentar su soberanía sobre el Estrecho de Magallanes, nunca pensó que ese sitio de frío y sacrificio llegaría á ser un emporio de riqueza. Tal no lo pensó, que la colonia que ahí fundara fué una colonia penal. Parecía que ese paraje sólo era bueno para un presidio. Los primeros años de Punta Arenas son como una historia siberiana: relato de penalidades y de sublevaciones sangrientas. Poco á poco, el trabajo y la industria comenzaron. Tal vez los mismos presos aclimataron ahí las primeras ovejas. Hoy hay tres millones...! Y no sería aventurado decir que algunos de los miserables deportados de entonces se cuentan hoy entre los millonarios de Santiago y Buenos Aires. Parece un cuento, una fábula la historia de ese pueblo.

A la industria de la lana, que se ha desarro-

llado ahí mejor que en ningún otro punto de la tierra, vinieron á agregarse otras industrias: la pesca de lobos y de nutrias que procuran riqueza en aceite y en pieles. Se cuenta, en Punta Arenas, una pesca milagrosa: las balandras del señor Nogueira, en una expedición de cuatro meses, volvieron con quince mil pieles de lobos de un pelo, el más valioso. Liquidada la expedición produjo ciento cincuenta mil libras esterlinas, ó sea más de dos millones de pesos. Ultimamente una sociedad organizada para la pesca de ballenas, obtuvo en pocos meses ciento cinco de esos ricos cetáceos.

Así han seguido las cosas. Hoy día hay un ganadero,—el señor Menéndez,—que tiene diez millones de pesos. A la industria de la ovejería y de la pesca vino á agregarse la explotación de las maderas de la Tierra del Fuego.

Los lavaderos de oro vinieron en seguida. Se anuncian como nueva y fantástica riqueza. En Santiago,—en la mentalidad exaltada é insólita de la calle de la Bandera,—se creyó en el oro de Magallanes, se creyó con locura. Luego, como algunos exploradores enviados llegaron con las manos vacías, se dejó de

creer, y por completo. Lo cual es un error, como fué un error creerlo con exceso. Hay oro en Tierra del Fuego, lo hay en gran cantidad. Pero no está en el lecho de todos los ríos.

Preciso es estudiar su misteriosa ubicación, preciso es trabajar con paciencia. Así lo están haciendo, á despecho de la depresión del negocio en la bolsa de Santiago, algunos chilenos é ingleses. Así lo harán unos norteamericanos que han llegado á comprar pertenencias auríferas. En Nueva York se sabe más y mejor que en Santiago del oro de Magallanes. El resultado será grandioso, como el de la lana, como el de la pesca y la madera: los palacios continuarán levantándose en Punta Arenas hasta llegar á hacerse de ese paraje inclemente, lejano, tétrico, una verdadera ciudad. Porque, por lo mismo que es grande la tristeza y adverso el clima, se desarrolla en Punta Arenas el deseo de bien vivir, de tener confort, arte, elegancia, todo lo que el hombre ha inventado y cuya necesidad más se siente ahí donde la naturaleza es dura.

El progreso de Punta Arenas, que se nota por horas, no es artificial, puesto que se debe á la riqueza de la comarca; es sólido; será du-

radero. Y no es un progreso que se traduzca en ensayos, en confusiones, como el de tantas ciudades de esta «joven América». El adelanto en Punta Arenas tiene su plan trazado. En el área central de la ciudad está prohibida toda edificación que no sea de material sólido. Sus calles se están formando como hermosas avenidas.

Hay hospitales modelos. El dinero alcanza para todo. La Municipalidad es una Municipalidad ideal que no necesita *quorum* para funcionar ni sala de discusiones. No discute; procede. La forman tres alcaldes que nombra el Presidente de la República, uno chileno y dos extranjeros, personas de calidad y de prestigio.

Punta Arenas tiene á su favor el hecho de no ser provincia, sino colonia. Ahí no se elige diputados, ni hay choclones políticos. Ahí todo lo que se gasta, se gasta bien. El gobernador es casi siempre algún marino antiguo, algún hombre que ha viajado y que sabe mandar.

Así hay en la extremidad de la República, en el fin del mundo, una colonia que nada le pide al Estado de que depende, que vive y

prospera por sí sola, y que es más feliz que las provincias.

Hasta Punta Arenas llega la parte montañosa del Estrecho, lo que podríamos llamar el «Estrecho Andino». Desde ahí hacia el Atlántico las riberas del Estrecho son grandes llanadás; éste se ensancha como un río inmenso. A no ser por el frío y la aridez de esas lomas el Estrecho, en esa parte, podría semejarse al Nilo: un Nilo sin palmeras, sin bandadas de ibis, sin ruinas faraónicas, sobre cuyas márgenes las neblinas galopan sin cesar como cabalgatas de apocalipsis. De trecho en trecho, á grandes distancias, se divisan fincas ovejeras en las orillas de ese gran canal iluminado por un sol pálido. Junto á la ovejería hay un buque fondeado. Todo se ve tan pequeñito, en ese cuadro dilatado y frío, que sólo contribuye á ahondar su desolación.

Por ahí se sale al Atlántico. El Cabo de Vírgenes anuncia el nuevo océano.

La Compañía Inglesa impone á sus vapores una escala en las islas Falkland (Malvinas). En el viaje redondo de Liverpool á Valparaíso, cada vapor toca una vez, á la ida ó á la vuelta, según. Ahora le corresponde al nuestro tocar en las islas. Estas se encuentran á

la altura del Estrecho de Magallanes, á doscientas millas del continente. Son como un pedazo arrancado á la región magallánica. Hay en ellas setecientas mil ovejas tenidas por ingleses. Son, las tales islas, muy conocidas y estimadas por los navegantes. Ofrecen puertos abrigados por encontrarse en el fondo de bahías profundas y cerradas. Eso equivale á un tesoro en esa zona de temporales. Ahí recalán los buques que se sienten débiles. Por eso los ingleses, los emperadores del mar, han colonizado esas islas, arrebatándolas al dominio histórico y geográfico de la República Argentina. Les han dado importancia, han fundado estaciones carboníferas y maestranzas, que son hospitales para los buques que la tormenta desmantela.

Los pasajeros se quejaron amargamente de este recodo hacia las Malvinas, por el cual alárgase el viaje. «Esta es una odiosa imposición de los ingleses, dijeron. Si no se tratara de una colonia inglesa, no nos llevarían á ese paraje...».

Después, cuando salimos de Port-Stanley, todos estábamos contentos de haber ido á las Malvinas. Para nosotros, los Americanos del Sur, ofrecen un espectáculo nuevo y precio-

so. Port-Stanley es una pequeña aldea, apenas tiene dos mil almas. En todo el archipiélago hay cinco mil. Pero es encantadora. Las casitas, aun las de los pobres, tienen algo de elegante y confortable. Ahí, en esa región inclemente, se aprecia en todo su valor el genio de los ingleses para el arte de la vida. Todo es modesto, limpio, sólido; todo tiene esa elegancia de la sencillez que parece ser el privilegio de los anglo-sajones. Hay una diminuta sociedad que vive ahí como en Londres, trabajando, tomando té y jugando «lawn-tennis». El Gobierno es autónomo: un gobernador asistido por un consejo de vecinos nombrado por votación popular. Hay escuelas, iglesias, hoteles. Port-Stanley es un pueblecito de Irlanda ó de Escocia, trasladado á la región austral. Ahí debe haber poetas como William Cowper, que cantan dulcemente el trabajo, la naturaleza, el hogar. Desde luego, puede asegurarse que las islas Falkland, donde habitan cinco mil colonos que leen la biblia, son más felices que algunas repúblicas de Centro-América.

21 de septiembre.

Después de ocho días de viaje por climas helados y mares bravos, nada hay más grato que arribar á un puerto abrigado, á una ciudad. Esta es la particularidad, siempre agradable, de Montevideo para los viajeros del Estrecho de Magallanes. Es el punto seguro y sonriente en el cual se acaban los peligros y las tormentas. Cuando para el día siguiente se anuncia la llegada á Montevideo, todos están contentos á bordo.

Desde muy temprano, los pasajeros llenaron la cubierta. Se observa con alegría cómo las aguas azules y profundas del mar van tomando menos cuerpo y poniéndose barrosas. Es el estuario del Plata que comienza, el punto impreciso en que el ancho río y el Océano se abrazan. El cielo está limpio, esplendoroso, como el de un cuadro italiano. Como nebulillas aparecen en el horizonte innúmeros vapores que van en todos rumbos; y la isla de Flores—la fatídica isla de las cuarentenas—como una pincelada de sepia. Eso es un paisaje; ahí hay vida; eso reconforta la mirada ya triste de tanto ver aguas y nieves.

Vemos de cerca la isla con el lazareto y el faro. Nos rodean vapores de rápido andar, unos de pasajeros como edificios flotantes, otros de carga largos y hundidos. Son alemanes, franceses, ingleses, italianos, españoles, austriacos; son de todas las naciones. Es la ración diaria de vapores que Buenos Aires envía á los cuatro puntos del globo. Y luego los veleros, las balandras, los botes pescadores... Es un gusto navegar por ese litoral manso y poblado, donde se adivina la existencia de grandes centros.

De pronto la cubierta quedó vacía. Era que todos los pasajeros bajaron á preparar sus maletines para ir á tierra. Ya la colina de Montevideo se dibuja á la distancia, en la bruma. Las señoras irán á las tiendas de la capital oriental y los hombres á los paseos, á los teatros. El vapor trae del Pacífico para el Uruguay tres mil toneladas de carga. Demorará dos días en echarlas á tierra.....

.....

Cuando los pasajeros, prontos para desembarcar, volvieron sobre cubierta, todo ha cambiado y podría creerse en una mistificación. Ha desaparecido del horizonte la colina de Montevideo; parecería que se hubiese ale-

jado la isla de Flores que ya estaba tan próxima. De los innumerables vapores que se veía no se distinguen sino los muy cercanos. De otros no se ven sino pedazos. ¿Qué pasa? Luego se comprende... El cielo, arriba, está limpio, iluminado: pero, baja, sobre el río y el mar, avanza de la costa una neblina, primero transparente como un tul, en seguida más y más lechosa y densa. Va rápida y lo va cubriendo todo, embrumándolo primero, luego haciéndolo desaparecer. Es como una mancha que se fuera extendiendo sobre un cuadro y borrando, poco á poco, todos sus detalles. Es la neblina, la cerrazón de la Pampa que se extiende á muchas leguas sobre el río y el mar. En el Pacífico la llaman *camanchaca*. En Inglaterra la llaman *fog*. En todas partes es la desesperación de los marinos, causa de atrasos cuando no de catástrofes.

Al verla venir, el capitán hizo andar el vapor á toda máquina para ganar tiempo sobre ella. Pero á medida que se fué cerrando hubo que aminorar la marcha; y, como ya nada se veía en torno, la marcha fué casi imperceptible y la sirena vibró cada minuto. Parecía que el pitazo de nuestro buque despertaba innumerables cosas en esas tinieblas blancas,

más impenetrables que la noche: eran las sirenas de los otros vapores que, avanzando con igual cautela, se anuncian con ellas. Son diez, son veinte pitazos de distinto timbre, en lo cual los marinos reconocen la compañía á que cada barco pertenece. Unos se sienten muy cerca, casi al lado, otros más lejos, otros apenas se sienten. . . Es un concierto de sirenas en medio de la neblina. De pronto comienzan á sentirse campanas, algunas de las cuales parecen repicar al lado mismo del vapor. Los pasajeros novicios se asustan, creen que nos hemos ido sobre la costa y que son las campanas de la ciudad. No hay tal. Como la neblina es tan densa, ya los vapores no se atreven á avanzar por ella. En tal caso prescribe el Código Naval que se toque la campana, la sirena sólo deben usarla los vapores cuando están en marcha. Nuestro capitán continúa, sin embargo, navegando, tanto le urge llegar al fondeadero. Guiándose por las campanas, va gobernando entre medio de los buques invisibles. Hay en eso grave peligro. Un choque de dos vapores, aunque vayan despacio, es terrible. Otro vapor, tal vez tan apremiado como el nuestro, sigue en demanda del puerto y aunque pitea cada minuto,

podemos toparlo... Sentimos que rodaba la cadena en proa y vemos caer el ancla colossal. Habíamos fondeado. La campana al momento lo anunció y continuó anunciándolo cada medio minuto... En ese mismo momento, al lado nuestro, se vió en la neblina un bulto oscuro, como un reflejo, como un fantasma de buque. Luego se acerca á pocos metros y se distinguen los detalles de un enorme trasatlántico, como el nuestro. Los capitanes se hablaron de buque á buque; se sentían las conversaciones de los pasajeros. Se vió caer el ancla de ese buque que se nos venía encima como un monstruo saliendo de la nube. Sin eso, si ambos capitanes, atemorizados por la ceguedad no hubiesen resuelto fondear, habrían chocado seguramente, pues ambos iban en busca de la misma línea que conduce al puerto. Fué cuestión de un minuto para que una catástrofe se produjera.

Quedamos inmóviles. Todo queda inmóvil, por la neblina, en el vasto estuario del Río de la Plata. No menos de diez vapores detenidos hacen sonar sus campanas. Es un repiqueteo incesante, un carillón extendido, como si proviniera de todas las torres de una ciudad invisible. Uno que otro pitazo se siente á la dis-

tancia de vapores que cautelosamente buscan la salida. Y las horas pasan. . .

El capitán se paseaba enfurecido sobre la toldilla: tenía prisa de entrar al puerto y la neblina no se lo permitía. Los pasajeros no estábamos menos disgustados: ya no podremos ir á tierra, como tanto lo deseábamos, después de ocho días de reclusión en el mar: y el viaje se alargará de un día más. «Maldita neblina!»—exclamamos «*Stupide fog*»—dicen los ingleses.

Pero ella,—la neblina,—continuó impasible arrastrándose como manto impenetrable. El sol, arriba, en el cielo limpio esplendoroso, arrojaba sobre ella sus rayos que la penetran, la iluminan, pero no la disipan. Como todo por ella queda inmóvil, esa neblina fría y blanca hace la impresión de un sudario, impresión que se acentúa por el repique de las campanas en el silencio del mar tranquilo.

Se clama por una racha de brisa, del mar ó de la Pampa, que venga á disiparla. Pero esa brisa no llega, y la neblina continúa irritante, dominadora, deteniendo la actividad de los hombres en la rada de Montevideo. Se maldice de ella. No le importa. Continúa y la noche se acerca.

Cuando al fin se disipó ya había pasado la hora en que el vapor puede ser recibido por las autoridades del puerto. Toda la noche se perderá como el día. A la hora de comida, esos pasajeros de rostro alegre en la mañana, en el *breakfast*, llegaron ahora mal humorados, silenciosos, sin apetito, que es cuanto se puede decir. Parecía que esa neblina biliosa y entristecedora, disipada ya de la superficie del río, se les hubiese metido en el cerebro. Y la noche será verdaderamente mala, en el vapor incomunicado, ante el espectáculo de Montevideo dibujándose en la oscuridad con sus infinitas luminarias.

MONTEVIDEO

Cuando se llega á Montevideo del sur y por mar la impresión es gratísima. Después de tanto ver desfilár paisajes desolados, por aguas que se agitan en la monotonía de la bruma, esa ciudad, empinada sobre el lomo de toro de una península, entre arboledas frondosas, bajo un cielo italiano, destacando el perfil de sus construcciones con gracia y gallardía, produce un efecto de ensueño realizado.

El vapor fondea en un lecho de lodo (el estuario del Río de La Plata), bastante lejos de tierra: no hay fondo para atracar, mientras no esté terminado el puerto artificial, que será una de las grandes é interesantes construcciones hidráulicas de América. Por causa de ese puerto, ó darsena, y de los dineros que en ella se invierten iban ya en el país dos ó tres revoluciones. Me lo dijo el capitán del vapor, agregándome: «Aquí, cuando llego, cada tres meses, no sé qué autoridades vendrán á recibir el vapor. . . Al ir dejé á los «blancos» en el Gobierno; al volver encuentro á los «colorados». . . Y el *gringo* se reía en su barba colorina. Me distraigo en el hermoso paisaje: vengo del páramo de Magallanes ansioso de vegetación y de sol. Al poniente veo el montículo verde al cual la ciudad debe su nombre: Montevideo. Una fortaleza corona ese montículo. Es un presidio. Me dijeron que estaba lleno de diputados, militares, diaristas, y hasta de clérigos, del bando caído.

El Uruguay ha sido como las repúblicas de Centro-América, por la lucha de los bandos ante el presupuesto fiscal y por el espíritu caudillesco de los ciudadanos. El motín había llegado á ser algo tan frecuente que no causa-

ba asombro ni temor entre los habitantes. Estos no tomaban parte en él ni en la política: el motín tenía sus abonados y la política sus profesionales. Cuando los caudillos y los gendarmes combatían en las calles de Montevideo, parapetándose detrás de los postes telefónicos, nadie se asustaba. El comercio seguía, como de costumbre en la ciudad y la bahía. Los extranjeros esperaban que la batalla se trasladara de una calle á otra para continuar sus transacciones, como se espera que pase un chubasco ó que se absorba la inundación producida por la ruptura de un tubo. Por los diarios, al otro día, venía á saberse si el Gobierno continuaba ó si había sido derrocado.

El Uruguay no se formó, ni se hizo independiente, como las otras colonias de Hispano-América, que por causas geográficas é históricas, habían adquirido condiciones propias. El Uruguay es lo que los diplomáticos llaman un «Estado tampón»: una zona independiente por consentimiento de las potencias circunvecinas, que, sin eso, no cesarían de disputársela. La Argentina dejó independizarse la Banda Oriental, porque sabía que el Brasil se la disputaría, como punto de do-

minio de la entrada del Río de La Plata; y por lo mismo el Brasil la dejó independizarse.

Provincia de la Federación Argentina, ocupada por fuerzas brasileras, el Uruguay se subleva, para constituirse en Estado independiente, el 14 de junio de 1825. Los uruguayos Rivera y Lavallaje derrotaron á los jefes del ejército brasilerero, Jardin y Maroel, que ocupaba la Banda Oriental desde principios del siglo. Posteriormente el Brasil hubo de avenirse á reconocer esa independencia que la Argentina, hábilmente, había provocado. A la Argentina le convenía, á la entrada del Plata, ese pequeño país en el cual su influencia no dejaría de ejercerse.

Quedaron en el nuevo país, para destrozarlo durante ochenta años, los rencores dejados por la acción sórdida de Buenos Aires, las influencias brasileras y las aspiraciones nacionales.

Hay, al norte del Uruguay, una ciudad que es el símbolo desgarrado del país: el pueblo limítrofe de Santa Ana, donde la mitad de la población es brasilerera y tiende al norte; la otra mitad tiende al sur. Ambas tradiciones, ó tendencias, se dividen por una calle al centro de la cual se pelea.

Esa vida incierta, agitada, sangrienta, desde hace veinte años á esta parte se normaliza, se ordena, adquiere una base, aprovecha la admirable riqueza del país. La riqueza agrícola del Uruguay es un milagro; el país vende más que lo que compra; la moneda nacional tiene premio sobre la libra esterlina. Y, por de pronto, el país se presenta,—fenómeno de prosperidad y de riqueza en una política de sangre y de incertidumbre,—como uno de los países más ilustrados y liberales de Hispano-América, siendo á la vez uno de los más caudillescos.

El tiempo calmará las pasiones. Se desarrolla en el Uruguay una intensa cultura, llegada de Europa y de los demás países del Nuevo Mundo. Por su situación geográfica recibe sin esfuerzo esa cultura: es el punto céntrico de una vasta zona de movimiento humano, paradero, punto de arribo y de internación.

La cultura modifica el carácter levantisco y rencoroso, trocándolo en amor á la vida feliz, intelectual, progresista. Montevideo, de antiguo centro revolucionario, se convierte en metrópoli comercial que emprende obras colosales, en una de las más lindas ciudades

de América,—con los caracteres placenteros y finos de la civilización latina,—habitada por un mundo cosmopolita, rico, inteligente. El Uruguay ha dado ejemplos atenienses: su primer mandatario, el Presidente Willeman (1907-1911), era hombre de ciencia, profesor universitario, que se hacía tiempo en las tareas gubernativas para desempeñar su cátedra.

El espíritu científico, la vida intelectual se desarrollan ahí, he dicho, más que en ninguna otra ciudad de Hispano-América. En las últimas generaciones de Montevideo, triunfa la filosofía más avanzada. El poder de la Universidad casi se sobrepone al del Estado. La legislación se abre á los principios igualitarios. Se emprenden reformas de la vida tradicional: en 1907 el Congreso del Uruguay aprueba la ley de divorcio. Sus atrevidos y progresistas reformadores piden ya la separación de la Iglesia y del Estado. Todo se hace por entusiasmo filosófico, por fe en los ideales. Es una juventud inteligente y sin tradiciones. En el Uruguay, por el modo como el Estado se formó, no se sienten esas influencias de la tradición y de la raza, que, en los demás países del continente, todavía

batallan en contra de las cosas nuevas. Casi no existe en el Uruguay el espíritu conservador. Las guerras civiles en las cuales durante tantos años se destrozaron «blancos» y «colorados»,—verdaderamente güelfos y gibelinos de América,—no fueron guerras doctrinarias, lo fueron de rencor histórico y predominio administrativo. En ese país flamante y rico el pasado no influye.

No creo en la bancarrota de la ciencia que dijo Brunetièrre: por el contrario, creo que en la ciencia está el porvenir del hombre, la facultad de elevarse más y más sobre la bestia originaria. Pero, quizás porque soy de un país muy dominado por la tradición, y en el cual ha sido ruda y lenta la marcha de lo nuevo, me asustan esas reformas atrevidas, esos avances hacia lo desconocido que se operan sin resistencia, sin algo que los obligue á ir más despacio, á madurar mejor.

Esta es una preocupación mía; y no quisiera que pasara ella por mal presagio á la marcha delantera que lleva ese pequeño y vigoroso país en el orden de las reformas políticas y sociales.

Ese dominante espíritu de ciencia y de progreso, en el terreno de la vida material y

práctica, convierte al Uruguay en el país modelo de la América del Sur. Admiraba en el mapa de la República Oriental,—que traje de la vuelta á bordo, obsequiado por nuestro distinguido cónsul don Matías Alonso Criado,—la habilidad del trazado de los ferrocarriles. Con solo tres grandes líneas que ábarcan el país como tentáculos, este queda vaciado por un solo punto: Montevideo. Las tres líneas parten de la capital hacia el norte, el este y el oeste. De ellas,—que son líneas matrices y centrales,—parten seis líneas menores que bajan á los puertos de los ríos (el Uruguay y el Plata). La producción de todo el país encuentra fácil salida á los puntos de embarque. Es el gran problema para un país productor. En esto el Uruguay no se detiene; están en construcción las líneas hacia los departamentos del Durazno y de Tacuarembó, en el centro del territorio.

El Uruguay tiene el *mínimum* de mortalidad en América. Ello se debe no tanto al clima como á los trabajos de salubridad y al progreso en la educación pública.

Montevideo es una ciudad en terreno accidentado, llena de jardines,—entre ellos el famoso Prado que es uno de los más hermosos

de América, y los balnearios de Pocitos y Ramírez que reproducen las más elegantes playas de Europa por su profusión de pintorescas «villas» y sus opulentos casinos,—con servicios municipales irreprochables, y con el privilegio, misterioso y encantador, de no tener sino mujeres bonitas (sin paradoja). La gente de esa ciudad no tiene prejuicios. Se respira una atmósfera de vida fácil. Como la política,—desde la muerte del caudillo Saravia y desde el Gobierno ejemplar de don Juan Cuestas,—tiende á normalizarse y el motín á desaparecer, me parece que será encantador vivir ahí, entre palacios, frente al ancho río que se confunde con el mar.

SANTOS

Al comenzar la vida gusta el hombre de los espectáculos artificiales y por él creados. A medida que avanza en edad vase haciendo más y más amigo de la naturaleza. Es el caso de tantos enamorados de las ciudades que acaban en anacoretas. Son los desengaños que nos llevan del aborrecimiento de las cosas humanas á la adoración de aquello que no

se debe á los hombres. El amor de la naturaleza va quedando en nosotros como el único amor.

Estar sobre el puente, solo, al claro de la luna, cuando el vapor navega en alta mar, es de una dulzura penetrante y de un recuerdo duradero.

El globo terráqueo está ahí, en su infinito silencio. Se ve que es nula, completamente nula,—cual si fuese de hormigas,—la algazara que los pueblos forman y con la cual creen llenarlo todo. Otros planetas—millares de planetas—salpican la bóveda celeste. En la hinchazon de las aguas, que la luna platea, la redondez de la tierra se adivina. El barco, cabeceando porfiadamente, avanza al sordo resoplido de sus máquinas. Va como un monstruo negro cruzando entre los tules con que la luna cubre al Océano. La quilla produce un ruido de cascada. Salvo las gentes del vapor, se presume que, á centenares de leguas, no hay ningún sér humano. Todo es mar; todo es cielo...

Al retirarme después de haber asistido largas horas á ese espectáculo, llevo en el alma algo de la dulce claridad de la luna y mucho de la fuerza del Océano; en suma, la belleza

sana y grande de lo que el hombre no ha hecho.

Así pasé una vez á la altura de las costas del Brasil, entre Montevideo y Río Janeiro. Aunque el aire cálido del trópico hubiérame permitido quedarme sobre cubierta toda la noche, no lo hice porque acostarse es en el hombre una costumbre tan antigua que ya no puede prescindir de ella.

No era nuevo para mí cruzar por esos mares. No pensaba que algo nunca visto pudiese encontrar. La naturaleza no improvisa; por eso sus obras son eternas. Sabía, pues, que, sin novedad, iríamos hasta Río Janeiro.

En el sueño, después de la media noche, creí que el barco estaba detenido. Desperté. Efectivamente, había cesado el latir de las máquinas, y, en superficie tranquila, el buque parecía estar al ancla.—¿Qué es esto?—pensé.—Entre los puertos nombrados no hacen escala los vapores de la *Pacific Steam*... Miré por la ventana redonda. La luna, en el occidente, brillaba con una luz amarillosa y triste; el día, despuntando, aportaba una claridad azuleja y helada. Esas luces opuestas daban sobre el espejo de la aguas un extraño y admirable colorido. Ahí cerca, una

densa y simétrica franja de neblina se arrastraba. Por encima de ella un monte surgía destacando su vegetación exuberante sobre el cielo de color indeciso. No era difícil conocer qué árboles eran esos: los *jequitabás* de tronco limpio y elevado, con ramazón y florescencia arriba; los *muriti* majestuosos, con cien piés de altura los troncos de madera clara de la que los indios hacen arcos de flecha; las palmeras, las zicas, las *mangueiras*, toda esa prodigiosa vegetación del litoral brasilero que ya conocía.

Habíamos atracado á la costa. Como no sabía por qué, tuve inquietud y subí á cubierta.

Los marineros, á pie desnudo, con mangueras de grueso chorro, lavaban la cubierta. Nadie más que ellos estaba en pie. Digo mal, el capitán también estaba, el viejo Hayes, lobo de mar de cincuenta años, famoso en todos los litorales de la América. Se paseaba sobre la toldilla, en la claridad naciente, en el aire fresco de la mañana. Le pregunto desde abajo: ¿«Qué es esto, capitán?».....— ¡Santos!»—me respondió, fuertemente, secamente, y siguió paseándose. Estaba enojado. Luego supe por qué, viendo llegar en una pi-

roga, hecha de un solo tronco de árbol y manejada por un negro con un remo fino como una pluma,—á un cierto personaje con aire de piloto que subió á la toldilla. Era el experto del puerto Santos que está situado en el fondo de una entrada de trece millas que hace el mar sobre la tierra, y cuya navegación es, si no difícil, poco practicada por los capitanes de alto bordo.

El vapor entraba esa mañana por primera vez á ese puerto brasileiro, inaugurando un nuevo itinerario. El orgulloso y viejo capitán estaba enojado de tener que rendir, aunque por una hora, su pericia náutica ante la de un piloto indio.

Cuando éste estuvo en la toldilla, el barco prosiguió con lentitud majestuosa. La cubierta se llenó de pasajeros que, en sábana de baño ó en *pijama*, querían abarcar mejor lo que vieran por la redonda y estrecha ventana del camarote.

Valía la pena. En las páginas de *Paulo y Virginia* no aparece descrito un más bello paisaje tropical. El sol había disipado las neblinas. El cielo claro, azul, se reflejaba en el ancho río terso y profundo, lleno de islas grandes y pequeñas entre las cuales el vapor

navega. Hay cafetales en esas islas, cafetales unos tras otros; también los hay á ambas márgenes; pero no en forma de plantación monótona, pareja, alineada, que pone, sobre la tierra una marca industrial. A cada paso se alza, en elevada y caprichosa forma, la incontenible vegetación del trópico. Ya es la palmera con su abanico tranquilo que recuerda al legendario Egipto; ya son los plátanos que, plantados en fila, entre las hierbas, parecen séres con alas que fuesen caminando; ya son los grandes árboles á cuya sombra se alzan las cabañas, rodeadas de jardines naturales en los que crecen desordenadamente las azaleas, las begonías y las infinitas aristoloquías. ¡Eso es magnífico! en la radiosa luz de la mañana!

Como el calor se va produciendo,—el calor de cada día,—sobre los planteles se ven nubadas de mariposas y de insectos fantásticos. Ese calor,—al cual se deben esa vegetación maravillosa, esa riqueza inmensa del café,—va pesando sobre nosotros, hijos de climas templados, hasta producirnos cierta somnolencia al través de la cual se realza la fantasía del paisaje y nos llega, como rumor de

melopea, el canto de los negros que trabajan en los cafetales.

El cauce se unifica en un solo curso. Vemos dragas á vapor que trabajan en ahondarlo. El espectáculo de esas máquinas poderosas me devuelve á la vida humana de la cual me había ido por el camino encantador de la naturaleza. El puerto de Santos se divisa. ¡Qué cuadro inesperado! Todas las construcciones son antiguas, las más de ellas del tiempo colonial. Están revestidas, á la usanza portuguesa, con azulejos de porcelana, remedio inventado por los árabes en contra del calor. Bajo el sol tórrido, el caserío deslumbra. Y se ven relucientes los viejos templos de pesada arquitectura jesuítica. Santos era una «misión» de las tantas que, en la costa del Brasil, en el siglo XVII, fundaron los religiosos y los aventureros.

El frente de ese poblacho antiguo, de 40,000 almas,—en el que sólo se ve una que otra construcción moderna,—lo forma, sobre el río, un malecón de piedra de dos millas de largo, una de las obras marítimas más importantes de Sud-América. Veo, amarrados á ese malecón, veintidós grandes vapores de todas las naciones; pero la bandera alemana

está en mayoría. En todo el Brasil el comercio alemán predomina. Una muchedumbre trabaja, como hormiguero, pasando café de las bodegas á los vapores. Hay una fila interminable de grúashidráulicas que levantan por el aire las mercaderías. Es un cuadro del comercio del hombre en su forma más activa y adelantada. El bullicio ensordecedor de las máquinas se extiende y se deshace, por un lado sobre el río y los cafetales que van hasta la sierra, y por el otro sobre los aplastados techos de la vieja ciudad colonial, en la atmósfera húmeda y cálida. Ese malecón, esa actividad comercial, en ese paisaje exuberante, junto á ese villorrio adormecido, producen contraste.

Costaron esas obras, y otras de saneamiento que se hicieron, setenta mil contos, ó sea, siete millones de pesos. El Estado de San Paulo dió garantías á una compañía inglesa para que las emprendiera. Eran indispensables. Ese punto—el principal por el cual se hace la exportación de café—era mortífero. La fiebre amarilla diezmaba las tripulaciones de los buques, lo que era dañino á ese comercio, que es la riqueza del Estado de San Paulo. Desde que las obras quedaron terminadas,

Santos es un punto sano. El comercio se hace de tal modo que en un año se ha exportado café por valor de 12 millones de libras esterlinas ó sea 180 millones de pesos.

El Estado de San Paulo,—más grande que muchas repúblicas y monarquías,—se dedica casi por entero al cultivo del café y es uno de los más ricos de la federación brasilera. Ocupa una extensa región del continente en esa parte alta del Brasil que llaman *sertao*, hecha de llanadas, con un clima cálido sin exceso. De la gran Federación, San Paulo parece ser la joya. Así lo demuestra el enorme progreso que ha alcanzado. Su capital, con 300 mil habitantes, es una de las lindas ciudades de América. Se levanta al lado de la colina de Ipiranga, la legendaria eminencia en que, el 7 de septiembre de 1822, asistido por un grupo de personajes, hijos de ahí, don Pedro I lanzó el grito de independencia. Ahora, en esa misma colina, para recordar eternamente esa gran fecha, un suntuoso palacio se levanta.

El puerto de Santos, situado á dos horas de San Paulo, en la costa, al pie de las montañas, es una estación marítima, un balneario, y, sobre todo, un embarcadero. Ahí re-

matan los ferrocarriles que acarrean la producción de café de todo el estado.

Este comercio ha crecido tanto, desde que se hizo el saneamiento del puerto, que los vapores ingleses del Pacífico lo pusieron en su itinerario. El viaje se alarga; pero queda la memoria enriquecida con uno de los más bellos paisajes que es posible soñar.

RIO JANEIRO

La atmósfera seca y congelada del sur se cambia en calor húmedo y pegajoso. Avanzamos envueltos en un temporal, en un temporal del trópico. Las nubes ruedan, se forman y se deforman. Tan luego llueve como quema el sol. En los confines del horizonte, de pronto ensombrecidos, alumbran rayos y se sienten truenos. En otros puntos el cielo azul se ve. Sólo el calor es invariable, un calor pesado que se siente lo mismo bajo la lluvia que bajo el sol.

El norte está limpio. Divisamos islotes en cuyos perfiles altas palmeras se recortan. El vapor va rápido y como el mar es muy profundo pasa cerca de los islotes, los cuales son grandes rocas despegadas del continente por

el esfuerzo de las olas. La capa de tierra que las cubre es delgada. Pero el sol del Brasil no necesita mucha tierra para desarrollar una abundante vegetación; es un sol milagroso que da jugo á las piedras y saca flores de los granos de arena. Sobre ese escaso manto de tierra vegetal han crecido millones de plantas de entre las que surgen muy altos los troncos de las palmeras y relucientes las hojas de los plátanos. Abajo los helechos tejen tapiz con sus ramazones extendidas. En los ganchos de los árboles las plantas parásitas ponen cortinajes; y aquí y allá, incrustadas en los troncos, matas de orquídeas floridas. Pájaros desconocidos en nuestros climas revolotean en torno del vapor dando gritos de asombro y de fastidio. No es primera vez que ven un barco: diariamente éstos pasan en gran número. Pero los pájaros son más fieles que los indios y aún protestan de la civilización. Nos llegan ráfagas cálidas de fuertes olores vegetales. Todos los pasajeros están sobre cubierta; no quieren perder un solo detalle de ese cuadro de la entrada de Río Janeiro, famoso en todo el mundo por su belleza natural, sólo comparable, según se dice, al cuadro del Bósforo.

Vimos una montaña en forma de pan de azúcar; la vegetación la viste hasta cierta altura dejándole la cima desnuda, de piedra reluciente: parece la frente calva de un gigante que se mira en el mar. Ese farellón es el primer punto de una cadena de montañas que se extiende en semicírculo hacia el interior, formando un saco profundo en el cual se estancan las aguas de mar como en una taza, ó un lago inmenso.

Conozco esos cerros en cuyas faldas el Brasil ofrece al mundo el muestrario de su portentosa vegetación; esos cerros que, por la noche, las luciérnagas cubren con capa de diamantes. Muchas horas he pasado en el embeleso de esos bosques, abriéndome paso entre las bandadas de mariposas azules que saltan en la sombra, bajo el lento vuelo de los *urubura*, para ir á ver desde la altura el indelible panorama de la bahía. Son la *Mesa del Emperador*, el Corcovado, la Tijuca, *O Mundo Novo*, Andarahy, Penha, Livramento y allá, borrados por la bruma de la distancia, en el fondo de la bahía, los altos cerros de Minas Geraes, en cuyas faldas Don Pedro II, el patriarca Emperador, fundó una población encantadora, (Petrópolis). La cadena de mon-

tañas forma un círculo casi completo, pues el Pan de Azúcar y los cerros de Nitcheroy quedan á corta distancia (1,500 metros), cerrando la bahía. Para mejor defensa, entre las dos puntillas señaladas, hay una roca convertida en fuerte. A ambos lados se ven fortificaciones. Al pie del Pan de Azúcar, en la playa, se divisa la Escuela Militar. Adentro, en la bahía, en torno del edificio gracioso de la Isla Fiscal, se ven anclados cuatro ó cinco buques de guerra.

Los brasileros, á la entrada de Río Janeiro, distraen del encanto de la naturaleza por esa alarmante exhibición bélica. Está en el carácter de la raza el amor á las cosas militares. Y es, sin duda, el Brasil el pueblo menos militar de Sud-América; sin que esto signifique que sea un pueblo falto de valor. Lejos de eso. El brasilerero, en su temperamento exaltado, está siempre dispuesto al heroísmo. Desde los primeros tiempos de la colonia portuguesa, el Brasil ha sido teatro de heroicas aventuras. La epopeya comienza en 1560 con Eustaquio de Sá, fundador de Río Janeiro, que cayó herido por flecha india en una de esas islas frondosas que adornan la bahía.

Continúa con Matías Alburquerque defen-

diéndose de los holandeses; y, más tarde, con las repercusiones de la guerra de Sucesión. El Brasil, mientras fué colonia, sufrió las consecuencias de las guerras europeas... Después vinieron las agitaciones motivadas por las ideas, por la evolución filosófica y el despertar de la conciencia nacional. Desde el grito de emancipación dado por José da Silva Xavier (Tiradentes), hasta el extraño movimiento moral encabezado por Conselheiro, el Brasil ha tenido revoluciones sangrientas. En la proclamación de la República y en la triste odisea de Saldanha da Gama (revolución de Melo contra Peixoto), se vieron grandes caracteres é incomparables bravuras. Como en toda raza ardorosa, en los brasileros el convencimiento se traduce fácilmente en sacrificio. Ahí mucho se ha batallado y se batallará. Lo que más se ama y en lo que mayor orgullo se funda es en cierto militarismo empenachado. Pero esos heroicos ejércitos y esas escuadras no son modelos de disciplina, ni cuentan en el arte de la guerra moderna. Los brasileros no se militarizan de modo paciente y científico. No tienen alma militar. Así, siendo un pueblo cuya historia es una epopeya, no son un pueblo de soldados.

De estas reflexiones es difícil prescindir á la entrada de ese puerto artillado. Pero luego se disipan, pues el cuadro que se está viendo al fondo es lo contrario: convida á la existencia en la plenitud de su goce, es como un telón de teatro, como un paisaje de Arcadia.

El sol resplandece. De entre los árboles de la ribera, del fondo de las quebradas, transparentes vaporizaciones se levantan: es la humedad de la rica vegetación. Entre esos tules reconozco las diversas porciones de la gran ciudad: Botafogo, Larangeiras, Cattete, Gloria, todos esos barrios, al pie de las montañas, en los cuales se extienden las viviendas de 800,000 almas. La ciudad busca las escasas franjas de terreno llano; por eso se extiende desmesuradamente, con simetría, á lo largo de las playas, ó ascendiendo hacia los montes de palmeras, por entre cuyos esbeltos troncos suben las vaporizaciones y se esfuman cual el incienso entre las pilastras del templo. . . A la derecha el mar, ó, más bien dicho, el lago, sobre el cual también se arrastra la neblina, como un tul tirado sobre un espejo.

La neblina deja entrever, indecisamente,

la forma de los buques y de las islas en las que hay macizas construcciones.

Poco á poco, esa neblina se levanta y el fondo de la bahía aparece, azul claro, salpicado de manchas verdes y rojas, como una acuarela oriental. Son las islas, maravillosas por su vegetación, bañadas en aire fresco. En ellas los primeros conquistadores acamparon, y posteriormente los brasileros las han llenado de fábricas y de obras marítimas. Sólo una de esas islas es triste: la isla Galea, en que una vieja prisión se levanta. Las otras son encantadoras. Iguales á la que don Juan VI llamó *Ilha dos Amores*.

Veo los vaporcitos de la compañía Cantareira que trafican activamente entre ellas. Aunque voi entrando á Río Janeiro como viajero, en un vapor de tránsito, nada de eso me es desconocido. He habitado en *Guana-
bara* (nombre indígena de Río Janeiro); conozco los detalles de esa vida como un *cario-
ca* (nombre indígena de la fuente en que bebían los antiguos moradores de Río Janeiro, que se aplica para designar al jenuino fluminense).

Son las 9.30 de la mañana. Del fondo despejado de la bahía veo avanzar, como un cisne gigantesco, la barca de ruedas de la Compañía Leopoldina, que trae diariamente á los viajeros de Petrópolis, á los que viven en ese paraje reparador de las fuerzas que agota la temperatura de Río Janeiro.

¿Cuántas veces llegué en esa misma barca, á esa misma hora, á desembarcar en el muelle de *Prainha* para internarme en el laberinto de esa gran ciudad tan interesante?

Es interesante Río Janeiro porque muestra, muy marcado, en un poderoso esfuerzo hacia lo nuevo, el arraigamiento de las viejas costumbres. Esa no es una improvisación, como tantas otras ciudades de América. Recuerdo haber visto en el barrio *da Misericordia*, al pie de grandes edificios levantados por la industria moderna, al negro desnudo, al esclavo del tiempo de los reyes portugueses, comprándole la fruta que constituye su único alimento á la mulata de camisola y chupallón. Entre los automóviles que se cruzan, aparecen carruajes tirados por mulas con cascabeles, campanillas y plumas en los plateados arneses, como era de elegante uso en la refinada sociedad portuguesa del siglo

XVIII. Las antiguas familias, así de Lisboa como de Río Janeiro, se resisten á adoptar en sus carruajes las modas modernas. También es de advertir que el caballo, en Río Janeiro, degenera por el clima, mientras la mula romana—ese magnífico animal que inmortalizó el lápiz de Regnault—prospera en él.

Ví, otras veces, en días de recepción oficial, salir por entre los vapores y las dragas de la bahía, la galera de don Juan VI con sus sesenta remeros, esa barca legendaria, semejante á la de Cleopatra.

Las notas pintorescas de un pasado histórico le dan vivo interés á esa capital moderna. Interés mezclado de placer, de cierto placer moral que alivia y distrae de los inconvenientes del clima.

Porque la sociedad brasilera, abigarrada en cierto modo, privada de sus mejores elementos desde la ley de la libertad de esclavos y la caída del Imperio, conserva dos caracteres que la harán siempre agradable y le darán importancia en el concierto humano: la amabilidad exquisita y la prodigiosa aptitud para la alta cultura intelectual.

Hay en todas las ciudades del mundo indiferencia entre la gente. Esta indiferencia es

mayor cuando se trata de extranjeros. Por lo cual los altercados son frecuentes. En Río Janeiro la cortesía es la principal institución y los extranjeros gozan de ella tanto como los nacionales. Es una amabilidad sonriente que se manifiesta en palabras afectuosas con el menor pretexto. Darse con el codo al recorrer la estrecha calle *Ouvidor*, es muy frecuente; ello motiva mil excusas y saludos.

Este distinguido sentimiento de educación y hospitalidad se traduce en una magnífica palabra: *Saudade*, vocablo que no tiene traducción precisa; es un término simbólico que significa, salud, bienvenida, felicidad.

En los días de grandes fiestas las multitudes exclaman ¡*Saudade!* La mágica palabra que se ve escrita con caracteres iluminados en el frontis de los edificios, y causa emoción porque siente que esa palabra es la fórmula del alma generosa de un pueblo.

La exquisita amabilidad de los brasileros se muestra en todo y hace que, al salir de ahí, hasta los malos recuerdos tengan una saturación agradable.

Los brasileros al dirigir un sobre, nunca pondrán como nosotros, secamente, S. D. (señor don); pondrán «Ilustrísimo Señor». Y

es así como, allá, cualquier hijo de vecino puede sentirse obispo.

No hagamos bromas sobre esto. La amabilidad le da á la gente brasileña una característica noble y hace que se guarde de ella un recuerdo grato.

Durante el período colonial sólo en cuatro ciudades de Hispano-América se hicieron construcciones de importancia, monumentos que resisten la acción del tiempo y valen ser conservados, en medio del adelanto moderno para alejar la banalidad y dar testimonio histórico ó sello de nobleza. Aborrezco las ciudades en las cuales nada habla del pasado. Son ciudades advenedizas. Santiago de Chile tenía en el puente de Cal y canto un magnífico pergamino que fué bárbaramente destruído. Esas cuatro ciudades que he dicho, son Méjico, Lima, Potosí y Río Janeiro. Por eso son las ciudades más características y más interesantes.

En Río Janeiro, del tiempo de los reyes portugueses, que eran patriarcas se conservan iglesias y construcciones macizas, indes-

tructibles. El Imperio las glorificó y la República las guarda cuidadosamente.

Esos jacobinos que elevaron á Floriano Peixoto, nunca dejarán de ser artistas, ni de ser respetuosos; es cosa que está en la sangre, ya lo dije: la cortesía y el sentimiento del arte (1).

Sin embargo, las ideas y los sistemas entran en ellos y producen pasiones delirantes. Violentas revoluciones filosóficas estremecen la historia de ese país. Es una raza de gran sensibilidad. Los ideales lo vencen todo. El barón de Río Branco y el conde de Ouro Preto, induciendo á la Princesa Regente á firmar un decreto de libertad de esclavos que arruinó de un golpe á toda la nobleza impe-

(1) El sentimiento de la tradición tiene la rara particularidad en el Brasil de no hacerse sentir en la familia. En la sociedad nueva de Río Janeiro, en la sociedad republicana, en la cual entra el elemento mulato, el vínculo de la familia no amarra á los hijos. Es común en el Brasil que los individuos se cambien de nombre, poniéndose el del grande hombre que prefieren,—es el caso del célebre Benjamín Constant,—ó el que se les da la gana. No hay interés por conservar el nombre en esa democracia de sangre mezclada,—el nombre que entre nosotros es el todo! Cada uno se llama como se le antoja.

rial, dan muestra de corazón y de valor intelectual.

Una juventud, ardientemente penetrada por la evolución del siglo XIX, derroca al Emperador y pone en su lugar un Presidente de República democrática. Eso se hizo con energía, pero sin violencia. Los brasileros amaban al Emperador, á don Pedro II, el último y el mejor de los patriarcas (1). Pero la sangre de ese hombre representaba una tradición de la cual ya no quería más el adelanto, el orgullo democrático del Brasil. Los revolucionarios republicanos despiden al Emperador con las lágrimas en los ojos. Antes, los imperialistas habían dictado un decreto de libertad de esclavos.

Estas paradojas de la historia del pueblo brasileño, ¿no son acaso la demostración de

(1) Fué ese Monarca admirable que, guardando toda proporción, por su espíritu de justicia, su amor á la ciencia y á las artes, compararíamos con Marco Aurelio. Don Pedro, con sabia espiritualidad, respondió cuando le reprocharon la creación de nuevos títulos de nobleza vendibles para colectar fondos y fundar el Hospicio de Alienados de Río Janeiro:

«Es bueno que los locos que están libres hagan un asilo para los que están presos.»

que hay en el alma de ese pueblo sentimientos admirables? En los monarquistas hubo espíritu de justicia, de progreso, de libertad. En los republicanos hay respeto y amor á la tradición.

Quedan recuerdos de la opulenta y devota sociedad portuguesa, capillas como la Calendaria y el Carmen, en nada inferiores á las joyas que dejó en Europa el arte religioso del siglo XVIII; y muchos edificios de ese estilo portugués llamado *manuelino* por haber florecido en tiempo del Rey don Manuel I. Es un elegante estilo, nacido del gótico, pero sin los excesos de éste; es un gótico «occidentalizado». Es el estilo arquitectónico propio del Portugal, como el rococo es de Francia. Los brasileños lo prefieren. La República ha levantado palacios en ese estilo de la Monarquía.

Los brasileros tienen magníficas tradiciones, tradiciones que, en un momento histórico, se confundieron con las del Portugal. El viejo pueblo europeo y la gran colonia americana fueron una misma cosa en 1808, cuando, por la invasión francesa, vino la casa de Braganza á sentar sus reales en Río Janeiro, donde dejó la simiente de un Imperio.

Se ven, como ya dije, los palacios y las obras públicas, cuya construcción dirigió en persona don Juan VI. Y quedó en Río Janeiro algo como un pedazo viviente del Portugal, el mayor monumento de la civilización de ese país,—de ese gran país en letras y artes, de esa tierra de Camoens, Herculano y Eça de Queiros, gloriosos representantes del genio latino,—quedó la Biblioteca de Lisboa, unas de las más ricas del mundo. Don Juan VI, que la trajo para salvarla de la rapiña de Napoleón, la dejó olvidada. Don Pedro I, el adalid del grito de Ipiranga, no la quiso devolver; y los republicanos del Brasil, que no han dejado de ser ni sabios, ni artistas, ni poetas, la defenderían con las armas en la mano.

He llegado á hablar de lo que da á los brasileños, en el Nuevo Mundo una característica envidiable, de lo que los presenta como el pueblo americano de origen europeo que mejor ha seguido la marcha intelectual de la raza. En verdad, si otros pueblos de América han demostrado mejores aptitudes para la política, la guerra ó el comercio, ninguno ha llegado á mayor altura que el brasileño en el terreno de la oratoria, las artes y la poesía.

José de Patrocínio y Ruy Barboza, si hubiesen tenido su tribuna en Francia ó Inglaterra hubieran llenado al mundo con el esplendor de su palabra. Hubo en ese país historiadores, ingenios literarios, espíritus críticos, verdaderamente admirables, y muchos; y los hay todavía. Le han hecho al Brasil una literatura, una tradición tan rica como ninguna otra de América. Me sorprendí al ver en la Casa Garnier (calle *Ouvidor*) una vasta sección dedicada á obras nacionales del Brasil. No se trata, por cierto, de la bibliografía mediocre con que las imprentas americanas llenan las trastiendas de las librerías: son los juicios críticos sobre política de Joaquín Nabuco, son los comentarios sobre derecho público de Asis Brasil, son los libros de Belisario Augusto y de Mario de Alençar, las novelas de Gras Aranha que, por el estilo y el pensamiento, están á la altura de las producciones francesas; son en fin, la serie de obras de los innumerables talentos que le mantienen al Brasil un alto prestigio de inteligencia y reivindican la cultura de América. Y luego los artistas, los poetas, los músicos. Asistí en Río Janeiro á audiciones musicales en las que durante cua-

tro horas sólo se tocó música nacional: y no eran disparates de esos que, por ser nacionales, la patriotería nos impone. Eran trozos encantadores, dignos de los maestros europeos, debidos á esos artistas de genio que tuvieron un émulo de gloria en Carlos Gómez, autor de *El Guaraní*. Otro país de América no cuenta eso. No hablo de la música popular del Brasil, de esas *modinhas* y *londums*, superiores á las guajiras de Cuba y á los *minstrels* de Estados Unidos, si bien conservan con esas canciones el aire de familia de la música de los negros.

En la rama de la poesía sólo Méjico puede pelearle la palma al Brasil, donde Gonçalves Díaz paseó su estro divino. El clima ardiente, la naturaleza fantástica, pueden quitarle cualidades á la raza brasileña pero, en cambio, le dan ese predominio de la imaginación que si no es la fuerza es el encanto de la vida. Muchos monumentos y estatuas que adornan la ciudad son obras de escultores nacionales. Hijo del país es Bernardelli, el autor del grupo escultórico que se admira en el *largo da Gloria* (los portugueses llaman «largo» lo que nosotros llamamos plaza). En ese monumento, que conmemora el descubrimiento

de Río Janeiro, Alvarez Cabral y el capitán Caminha llevan levantada la bandera portuguesa; el fraile Enrique muestra una cruz. Es el instante en que los europeos pisan por primera vez la tierra portentosa de *Guanabara* (Río Janeiro). Los rostros de esos conquistadores, ante las maravillas de esa naturaleza virgen, espresan un deleite seráfico. Al pie de este grupo podrían grabarse las estrofas que otro portugués pronunció al llegar á esa misma playa:

Prinzeza Americana, eu te saudo!
 Tu és bella cercada de teus montes,
 Tu és bella dormindo à fresca sombra
 Da mangueira gentil com pomos d'ouro;
 São bellas as madeiras de teus bosques;
 Tu és bella no cimo de teus morros
 A'brisa da manhã sorrindo alegre:
 Tu és bella na calma de teus rios;
 Em as tuas florestas, em teus comoros
 Prinzeza Americana, es bella em tudo!



Por muchas observaciones desfavorables que se hagan en Río Janeiro, el esplendor

de la naturaleza, unido á la alta condición intelectual de su gente, dejará en el espíritu un noble recuerdo.

Nosotros, los chilenos, en ningún caso nos llevaremos de ahí malos recuerdos. En la historia de la América libre la simpatía natural, la admiración, que mutuamente se profesan chilenos y brasileros, ha formado un antecedente, una alianza mantenida en los cambios de Gobierno. Esta alianza ha sido de benéfica influencia en los acontecimientos diplomáticos de América. Don Pedro II fué nuestro buen amigo. Lamentamos que el partido revolucionario no hubiese esperado el fin de sus días para constituir el nuevo régimen. Nuestra demora en reconocer la República no fué sino el homenaje que le debíamos al inolvidable Emperador.—La antigua amistad brasilera-chilena se continuó con los republicanos. Estos comenzaron por un rasgo de exquisita galantería con nosotros. El estallido del complot revolucionario estaba fijado para el 9 de noviembre de 1889. Esa misma noche el Emperador daba un gran baile á los oficiales del «Cochrane» en el precioso edificio veneciano que José Delvechio construyó en la isla Fiscal. Para

no malograr esa fiesta á los marinos chilenos, los revolucionarios aplazaron la proclamación de la República, la cual se hizo el 15 del mismo mes. Así es la amabilidad de esa gente para con nosotros. Quedarán en la historia los fastuosos recibimientos que los fluminenses han hecho á nuestros barcos de guerra, como quedaron las fiestas florentinas. Todo chileno que pasa por ahí se lleva duraderas amistades y mucha gratitud.

He visto esa fantástica ciudad bajo todas sus luces. El sol abrasador del trópico la apesanta en su orgía de colores, la adormece, le da una respiración lenta y cálida. En esas tardes los crepúsculos son de una magnificencia indescriptible. Las selvas se cubren de neblinas transparentes y violáceas en las que sobrenadan las palmeras con infinita delicadeza. Los palacios y las casas del plano y del cerro, apareciendo sobre la verdura que la noche ensombrece, recuerdan los templos que las antiguas idolatrías levantaron en la India y en Egipto. Más tarde, en la noche, la ciudad iluminada se destaca en recor-

tes fantasmagóricos que sorprenden. No es raro que la mañana siguiente sea lluviosa. Entonces una bruma pálida y tibia envuelve el panorama, y lo funde y lo suaviza. De los montes sólo se ve media falda en la cual la vegetación se dobla bajo el agua que las nubes chorrean. Las prolongaciones de la ciudad se pierden en la bruma acuosa. La belleza del paisaje, de risueña se torna en misteriosa.

Así como he visto esa ciudad bajo todas sus luces, la vi transformarse prodigiosamente. Conocí en 1902 la parte central, el núcleo del comercio (de *Caes Pharoux* á *Prainha*), tal como lo dejaron los reyes portugueses: atolladero oscuro y sucio, laberinto de calles estrechas, bodegas de café que lo eran también de ratones y microbios. No se contaban menos de diez casos al día de fiebre amarilla. Poco tiempo después, á fines de 1903, vi en una revista ilustrada fotografías de Río Janeiro. Creí en un engaño. Esa parte que he dicho (de *Caes Pharoux* á *Prainha*), estaba inconocible: magnífico boulevard, hecho de

palacios, la cruza á todo lo ancho; está llena de luz, llena de aire, y los casos de fiebre amarilla no pasan de dos ó tres por semana. Se conoce el insecto que la trasmite—«*estegomia faciata*»—y se le hace la guerra... Mirando hacia Botafogo, en esas playas que antes ensuciaban el mar, se ven ahora balaustradas interminables, con jardines arriba, semejantes á las de Monte Carlo, pero mucho mayores... Hacia el interior, que termina en la Playa de San Cristóbal, obras marítimas grandiosas, dársenas, diques, canales, todo lo necesario para que ese sea uno de los primeros puertos comerciales del mundo. Al fondo, por entre las montañas de Santa Teresa y el Senado, hasta la Plaza de la República, grandes avenidas y ensanche y rectificación de las antiguas calles. Y todo á la vez; la transformación completa de la ciudad, en sus múltiples faces, se emprendió el mismo día. Es un plan de trabajo tan extenso é interesante como el que, en París, bajo el segundo Imperio, dió fama al barón de Haussmann. Los brasileros se impacientaron de oír reputar siempre á Río Janeiro como una ciudad atrasada y malsana. Una crisis de trabajo, sin precedente, se apoderó

de ellos, hasta el punto de hacer que de un año para otro la ciudad quedase inconocible. Se levantó un empréstito de diez millones de libras (150 millones de pesos). Se gastaron sesenta millones de pesos en expropiar y lo demás en construir. El trabajo se compartió entre el Gobierno del Estado y el Gobierno Federal; también el servicio de la deuda contraída. Esta se hace con el producto del recargo aduanero sobre las internaciones. La vida encareció. Había grito popular. No importa: la ciudad tiene que ser sana y magnífica. Lo será; ya lo es. En este sentido los brasileros quieren rivalizar con los americanos del norte. Hacen bien. El presidente Rodríguez Alves quiso que la transformación de Río Janeiro fuese la gloria de su Gobierno. Encontró colaboradores incansables en el Ministro de Trabajos Públicos, señor Lauro Muller, hijo de alemán, y en el prefecto de la ciudad, don Francisco Pereira Passos, descendiente de los conquistadores portugueses. Las buenas razas hacen su obra. *Saudade!*

POR EL ATLÁNTICO

26 de septiembre.

Virando hacia el nor-oeste, el vapor se pierde en la larga travesía del Atlántico. Hasta el archipiélago de Cabo Verde no tocaremos tierra. ¡Ocho días! De algún modo habrá que pasarlos. Para ayudarme á esto prosigo mi apunte diario, interrumpido desde Montevideo.

Los viajes suelen procurar impresiones de verdadera y salvaje soledad. Los vapores recorren millares de leguas de un mundo intacto, virgen, no tocado por la mano del hombre. Después de haber pasado así, por un pedazo de globo primitivo y solitario, se despierta en nosotros,—hombres que llevamos la civilización en la sangre,—un deseo ardiente, casi enfermizo, de llegar á un punto en que la civilización exista y buscar ahí lo que mejor la caracterice. Ante la sola é imponente Naturaleza el hombre se ve humillado. Después de esos largos espectáculos de horizontes mudos, llegamos como temerosos de haber perdido para siempre nuestras

creaciones y conquistas, ese algo admirable, —seguramente efímero,—que llamamos civilización.

Después de haber doblado el Estrecho de Magallanes, cuando el vapor fondea en Montevideo, lo primero que se pide son los diarios y lo primero que se busca en ellos son las noticias teatrales. Hay fiebre por asistir á un espectáculo elocuente y refinado.

Tuve suerte. *Teatro Solís*, —decía un aviso,—*Tournée Réjane*, —*La Petite Marquise*.

Mientras el vapor echaba y recogía carga me fuí á tierra para asistir á ese espectáculo. Instalado en una butaca de primera fila conocí á la célebre artista parisiense. Réjane me dejó la impresión de ser una artista nerviosa que presta á sus papeles soplo de vida intensa. Su naturaleza es la de una parisiense del pueblo, pero,—como buena plebeya parisiense,—capaz de todas las elegancias y refinamientos. Réjane, como bien pude verlo, debe su fama á la interpretación de papeles endiablados y graciosos. Su figura,—agradable y bien conservada en sus cuarenta y cinco años (1902),—no es de aquellas que sirven á la encarnación de personajes de en-

sueño ó de tristeza. En *Dionisia* ó *La Dama de las Camelias*, Réjane debe ser ridícula. En cambio en *Madame Sans Gene*, en *Zaza*, ú otra obra en que la heroína conserve un fondo de humor plebeyo, Réjane será insuperable. Es una grande artista de genio *rabelaisiano*, como dicen los que se titulan, en castellano, «*croniqueurs*», aludiendo á la socarronería de Rabelais. Así representa una de las faces características del genio francés.

La vi hacer una comedia tan espiritual como conmovedora. *La Petite Marquise* es una mujer que no ama á su esposo: ama á uno de los elegantes que la rondan y cortejan. Mujer virtuosa, lucha en contra de su inclinación. Su marido,—un cínico,—al sentirla enamorada de otro le propone divorciar. La *Petite Marquise* acepta. Libre de ese yugo de deber y de virtud, corre en busca del hombre que le habla de una gran pasión. Este retira cartas al ver que se trata de una querida á firme, de una esposa, tal vez. Es el seductor de los salones, el libertino egoísta, que sólo ama cuando no paga. Dolorosa decepcion de la *Petite Marquise*, al verse, al fin de tantas ilusiones y caprichos, sin esposo y sin amante. . .

Esa historieta,—en el fondo una página de vida real,—es obra de Halevy y Meilhac, quienes sabían manejar la ironía y la emoción, así como la gracia y el colorido del idioma francés. Réjane es encantadora recitando las tiradas de la *Petite Marquise*. Aunque no hubiese yo venido de la soledad salvaje del Estrecho de Magallanes, me habrían encantado sobremanera los vestidos de una elegancia exquisita que exhibió en la representación, sus refinamientos y sus humoradas.

La compañía de Réjane era mediocre: las grandes estrellas se rodean de constelación opaca.

Al otro día, al ir á embarcarme, encontré en el muelle a Réjane con su *troupe*, rodeada de autoridades, diplomáticos, periodistas y elegantones,—el inevitable cortejo de las artistas. Iba á tomar mi buque. La conocí personalmente.

En el compañerismo, en la intimidad, que se desarrolla entre los pasajeros de un mismo vapor, me mantuve, al principio, alejado de Madame Réjane, mientras todos pugnaban por conocerla y oirla. Sabía yo cuán insoportables son las artistas en la existencia fa-

miliar; es como si, fuera de las tablas, quisieran seguir admirando á la gente, conservando de los personajes que interpretan la complicación, la falsedad, el ribete escandaloso. Son neurasténicas y violentas. Suele ser tan grande la admiración que despiertan en el proscenio como la repugnancia de su trato íntimo.

Al segundo día de navegación pude convencerme que Réjane no es de éstas, viéndola en trato agradable y sencillo con todos los pasajeros. Sale tarde de su camarote. Su *toilette* parece ser laboriosa. Desde temprano dos camareras estaban en movimiento asistiendo á «Madame». Madame tiene más de cuarenta años y representa papeles de joven primera, de *soubrette*. Dicen, los de su compañía, que sigue siendo en la vida lo que es en las tablas: heroína de grandes pasiones. Es mujer divorciada. Como es mujer ilustre, no ha podido sustraer sus romances íntimos al conocimiento de todo el mundo. Al fin, después de dos horas de *toilette* Madame Réjane aparece convertida en obra maestra de juventud artificial.

Viaja con su hija, la señorita Germaine Porel. Porel, director del Teatro *Vaudeville*

de París, fué el esposo de Réjane, cuyo verdadero nombre es Réju, Gabriela Réju. Feo nombre, sin duda, oscuro apellido del simple tramoyista de teatro que fué su padre. Por esto lo cambio por el de Réjane. El nombre importa mucho en la vida, aunque lo niegue un refrán francés (*Le nom ne fait rien à la chosse*). Porel vive, joven aún; pero ya no es marido de Réjane. Cosas del mundo del divorcio... Lo supe todo de la grande artista. Los cómicos de su compañía me lo contaron todo, lo bueno y lo malo; más bien lo malo que lo bueno.

Germaine Porel, niña de veinte años, de agraciada figura, me pareció interesante. Creo que su temperamento es opuesto al de su madre y que preferiría vivir en otra atmósfera. Su madre tiene por ella gran ternura que se manifiesta de mil maneras,—el eterno cariño, tal vez el único de que son verdaderamente capaces los seres humanos, el de los padres á los hijos.

Germaine, con el pretexto de leer, se aparta de los grupos. Le fuí presentada; quise trabar conversación con ella; por varias veces me recibió tercamente. Estará acostumbrada á solo ver hombres que se le acercan

á cortejarla en el sentido fácil de la palabra. Hay situaciones en que una mujer delicada puede temerlo todo de nuestra brutalidad. Pero Germaine Porel acabó por convencerse de que tal no era mi espíritu. Cuando se quedó en Río Janeiro ya casi éramos amigos. Tiene, esa niña, la educación intelectual que se recibe ó se respira en París, y que da tanto realce al natural encanto de la mujer.

Por complacer á su madre, Germaine tocaba el piano en el salón del vapor. Era un gusto oírle su ejecución sabia y apasionada.

Réjane venía de Buenos Aires. Había estado antes en Río Janeiro; ahora volvía. Su recuerdo de la capital Argentina no era del todo bueno: ahí hay cien mil españoles que no quieren que otra mujer de teatro sobrepase á María Guerrero, y trescientos mil italianos que solo admiten á Tina di Lorenzo, á la Mariani ó á la Duse. «Es una gran ciudad —decía,—pero improvisada, con orgullos provincianos... Cree de buen tono recibir fríamente á las artistas reputadas... Ahí todo es facha (*pose*)...»

De Río Janeiro se expresaba con entusiasmo agradecido. Ahí,—como pude verlo ayer, día de su llegada y desembarco,—la grande

artista es comprendida sin excepción y amada, como aman los brasileros, con frenesí. Ella devuelve á los brasileros oro por oro. Ayer, en Río Janeiro, cuando llegaron al costado del buque innumerables lanchas y pequeños vapores, llenos de muchachos que la ovacionaban, Réjane, desde la borda, pálida de intensa alegría, los miraba sonriendo. Los estudiantes le traían abrazos, ramos de flores, discursos en prosa y verso.

Animado por patriótico é inocente espíritu de propaganda, traigo conmigo un álbum de vistas de Chile. Réjane manifestó curiosidad de verlas. Dijo saber del buen clima y de la admirable naturaleza de Chile. Me sentí satisfecho, orgulloso. Le hablé de nuestra historia, de los capitanes de la Conquista que escribían poemas inmortales, de los héroes de nuestras guerras. Todo eso despertó en la artista un interés sonriente: «Amo todo eso, —me dijo,—el pasado, la tradición... Mi carruaje, en París, lo hago tirar por dos mulas que me obsequió el Rey de Portugal... Eso me da un aire de dama de otros siglos...»

Me hizo algunas preguntas sobre el ferrocarril transandino. ¿Cuándo quedará terminado?...» Vi en eso el interés de la mujer

de teatro que se busca la ruta de nuevos mercados. Cuando haya transandino tendremos á Réjane en Santiago; ¡qué vieja va á estar para entonces!...

29 de septiembre.

Réjane dejó un vacío en el barco. Toda mujer lo deja cuando se marcha, y más si tiene talento. Me parece que estas grandes artistas, estas aves brillantes de la civilización parisiense, gustan más cuando se les encuentra bajo el cielo de América, á tan largos espacios desolados...

Los americanos del sur, pisando indistintamente los países que forman el continente, no se sienten del todo extranjeros. Esta sensación,—de ser un forastero en el punto en que se está,—las emociones de quien por primera vez hace rumbo á Europa, sólo comienzan cuando el vapor, al norte de Río Janeiro, se desprende y se pierde de vista de la costa. Entonces todo es nuevo, todo sorprende, y hasta el aire que se respira parece otro.

Navegamos en el mar del Trópico desde hace tres días. El mar, inmóvil, parece aplastado por el calor húmedo que pesa sobre él. El vapor no navega, se desliza produciendo un ruido semejante al de un género de seda que se raja. Llevamos una escolta de tiburones y peces voladores. Por la noche la huella del buque se señala en fantástica fosforescencia. . . .

El día es monótono. Los ingleses,—reyes del mar,—han creado lo que llaman «vida de á bordo». En esta vida hay diversiones y deberes; ella entra en su apogeo desde que se sale de Montevideo. Hasta ese punto no se ha hecho otra cosa que comer y dormir. Desde Montevideo la etiqueta comienza,—*smoking* á la hora de comer,—y los placeres sociales y ejercicios atléticos. Por la noche se organizan conciertos y bailes; durante el día se ha jugado *criquet* hasta matarse, ó se han corrido carreras de ensacados. Las señoras prefieren jugar á la gallina ciega, ó, con la vista vendada, ponerle el ojo á un chancho dibujado sobre cubierta. En qué sitio, Dios mío! le puso el ojo al chancho una *miss* muy pulcra que ayer entró en este peligroso juego. . . . Los ingleses aman con pasión esta

«vida de á bordo»; algunos se embarcan sólo por hacerla.

Para nosotros, los latinos, el agrado de las navegaciones consiste en la concurrencia en la charla, en las pasajeras bonitas. Las alegrías y los chistes de los ingleses, el mar tranquilo como una taza de plomo, el cielo deslumbrante y cálido, los veleros que suelen encontrarse, como pasajeros cansados, con las alas caídas, detenidos en las calmas del trópico, los vapores, apenas visibles, que cruzan á la distancia y producen á bordo un verdadero acontecimiento, todo, me parece de una desesperante monotonía...

En las tardes el espectáculo es hermoso. Son prodigiosas las puestas de sol en el mar del Trópico. El ambiente entero se tiñe de rosado, un rosado que empapa y diafaniza hasta la maza negra de la chimenea del buque. En el occidente, ese color suave se torna en rojo subido y las nubes, amontonándose en pirámides altísimas, forman alternativamente, islas, castillos, montañas...

A pesar de eso, se maldice al buque porque no navega más de prisa. Y es injusto maldecirlo al buen vapor que ha triunfado de las tormentas y recorrido millares de millas.

Se maldice al propio Cristóbal Colón por haber inventado esta larga travesía del Atlántico...

30 de septiembre.

Ayer, después de cuatro días de imponente soledad, divisamos, como sombra azuleja, el contorno de una isla. Dos horas después pasamos cerca de ella. Era la isla Fernando Noronha, peñón cubierto de musgo y de palmeras, á cien millas del Continente, á la altura de Pernambuco, especie de Juan Fernández del Brasil. Hay en la isla una fortaleza; nada más. Es una colonia penal. Sólo pueden atracar los buques de guerra brasileros. Nuestro vapor saludó con un pitazo largo y penetrante que se arrastra y se pierde, sin despertar un eco, en la inmensa superficie del océano... En el fuerte una bandera del Brasil se alzó y se bajó lentamente, tristemente, para devolvernos el saludo hecho al pasar... Pienso en la horrible nostalgia de los prisioneros, encerrados para siempre en esa fortaleza aislada del

mundo, si oyen, en la celda, el pitazo vibrante del vapor, grito de vida y de libertad... ¿Qué resonancia tendrá ese alegre llamado en el fondo de esas tumbas con cadáveres vivos...? Una inmensa melancolía se desprende de ese peñón sólo abordable para los malhechores. La tibieza azul del mar del Trópico, la gracia de las palmeras, son impotentes para quitarle á la isla Fernando Noronha ese tinte sombrío que imprime la idea del dolor. Sus habitantes son miserables: es una roca expiatoria, un peñón maldito. Colocado en un paisaje marítimo risueño y tranquilo, ese panóptico semeja una estrofa del Dante entre dos églogas de Virgilio.

1.º de octubre.

En la madrugada de hoy sentí repique de campanas, como el día domingo en las ciudades y los campos. Creí soñar; y ese sueño me evocó tiempos pasados, dulces tiempos de la niñez y de la fe cristiana. Me veía presuroso, camino de la parroquia que ya daba la última seña. Mujeres de manto iban con-

migo... Hube de convencerme que no era sueño: estaba en el camarote, en el vapor, que avanzaba moviéndose suavemente. Pero el repique seguía llamando á los fieles... Creí que era una ilusión del oído. Para convencerme que no lo era me levanté. Supe que era día domingo. Entre los encantos de la vida de á bordo el más poderoso es el de perder la noción de los días y hasta de las horas. Siendo día domingo, un franciscano que viene en segunda clase y trae altar portátil, dijo misa en el salón. Buen hombre, ese fraile. Con sarga café, á pie descalzo, va á Roma expulsado del Ecuador donde era jefe de la comunidad. Sin odio, sin exageración, cuenta cosas que hacen ver que en ese país impera un jacobinismo más peligroso que el propio clericalismo. Desgraciados países, incapaces de un término medio, de un verdadero liberalismo que no puede ser otro que la libertad y conciliación de las tendencias.

En una de las mesas del salón, el franciscano puso su altar: una caja de madera con el cáliz y la piedra de ara. Ofició el rito con casulla recamada de oro, puesta encima de riquísimos encajes. Por debajo se le veían los

pies desnudos y la sarga café,—la única que tiene,—descolorida y deshilachada. Tal es el espíritu del cristianismo: todo lo coloca en el culto: á la vida sólo le deja sacrificio y miseria.

Ayudó la misa,—por no haber á bordo otra persona capaz de hacerlo,—un distinguido caballero de Santiago que va á Europa en viaje de placer con su esposa,—bonita y noble señora,—y sus dos hijas. Esta familia santiaguina, en el salón convertido en capilla, ocupó el primer lugar. Las jóvenes,—rubias y de ojos azules,—se habían puesto mantilla, lo cual da la sensación de ese contraste, propio de la sociedad hispano-americana, de la sangre del norte que ha adquirido las gracias y las pasiones del mediodía.

Viendo á esa señora y sus hijas,—tipos de la alta sociedad chilena,—arrodilladas, abiertos los devocionarios de lujosa encuadernación, llenas de fe y de carácter moral, á la vez que de imprescindible coquetería, pude creerme en un templo de Santiago.

Una de las hijas de este devoto caballero,—que va á gastarse en la vida elegante de Europa el monto de una ó dos cosechas,—es encantadora: de grandes ojos vivaces, de

facciones finas y perfectas, pequeña de cuerpo, pero con grande aire de distinción y seguridad. Los extranjeros que la vean tendrán que convenir en la belleza y en el tono de nuestra sociedad femenina.

Estoy satisfecho de mis compatriotas, compañeras de viaje. En el concierto que organizó el capitán, á beneficio de un hospital de marineros, la más joven de ellas recitó,— en un frances irreprochable antes de haber llegado á París,—«*El Lago*» de Lamartine. Tuvo un éxito que se tradujo en verdadero entusiasmo. Después, ella misma, pasó la bandeja entre los asistentes; y le llevó al capitán un plato lleno con cerca de cien libras esterlinas. El capitán, con las lágrimas en los ojos, tuvo ganas de abrazar á la preciosa niña.

La privilegiada creatura vivirá en mis recuerdos, tipo de belleza, temperamento delicioso, que se abre á la vida, alma que se contrae en una tradición austera. Admiré, ante-noche, en el concierto, su gracia mundana; hoy, en ese mismo salón convertido en templo, sentí su profundo misticismo. Esa chica es el alma femenina de mi raza.

Una hora después, en el mismo salón, el

capitán, con su levita de parada, ofició el rito protestante; para ello lo autoriza, á falta de *clergyman*, la ordenanza civil y religiosa. Asistieron más fieles; naturalmente: siendo el buque inglés hay á bordo mayor número de protestantes.

Yo, en calidad de observador, asistí á ambas ceremonias de opuestas religiones. Para mi mal, como tantos hijos de mi época, veo en todos los cultos la misma ilusión. Era interesante comprobar la diferencia de estas dos religiones enemigas que tienen en el fondo la misma adoración. El capitán hizo, en alta voz, una lectura de la Biblia; lo cual en manera alguna fué imponente ó sensible á la imaginación. Los fieles, á ratos cantaban en coro. La plegaria parecía una jaculatoria. Una expresión elevada se veía en los rostros. Se sentía el amor humano y divino de esos protestantes, pero le manifiestan de un modo poco sugestivo, por el contrario de los católicos que le dan fuerza imponente. Los protestantes invocan una divinidad abstracta: es tangible el Dios que los cristianos idolatran. Los protestantes adoran libremente todo lo que suele conducirlos á la religión; Carlyle llegó á ella á través de Goethe. Para los cató-

licos el camino de Damasco es uno solo, camino de pasión y sacrificio al fin del cual resplandece un Paraíso incomparable. Por esto la religión católica es más universal, más sólida y duradera, más capaz de conducir el rebaño humano. La otra, la protestante, con su sencillez y su libertad, se me figura una degeneración de la fe, un paso hacia el libre pensamiento.

Los protestantes,—que me hacen hacer estas observaciones en alta mar como si estuviera en un condado inglés —bajaron derecho del oficio religioso al *breakfast*.

Me interesaron esas ceremonias religiosas en alta mar. Se me antojaron misteriosas, lo que en tierra no me sucede, debido, sin duda, al Océano que tiene, en sí, un poderoso, un insondable misterio.

El resto del día domingo se pasó, como lo prescribe el ceremonial inglés, en profundo silencio, en desesperante monotonía...

5 de octubre.

Tocamos ayer en el último paradero de la gran ruta entre Valparaíso y la costa de Europa: San Vicente, isla del archipiélago de

Cabo Verde. Forman ese archipiélago cuatro islas escalonadas de oriente á poniente, peñones agudos, restos de algún remoto continente, ó cimas que surgen de una cadena de montañas naufragadas. Una de ellas tiene vegetación y se presta al cultivo de frutos africanos,—la isla de San Antonio. El vapor toca en la de San Vicente, donde están las oficinas del cable Trasatlántico y Sudafricano; hay un depósito de carbón de Cardiff. Estos depósitos de carbón son los bebederos de los vapores que cruzan el Océano,—tal los oasis para los camellos del desierto.

Esos depósitos y oficinas forman, en San Vicente, una pequeña población inglesa en territorio portugués. El archipiélago es colonia portuguesa. La Inglaterra tiene con el Portugal una alianza que sólo puede ser un protectorado.

Recuerdo que el Portugal fué una de las naciones más poderosas del mundo, que su pueblo,—que en el siglo XII formaba parte de los estados peninsulares,—adquirió su independencia en acciones memorables como la de Guimaraes en 1128 y la de Ourica en 1139, y que supo conservar su nacionalidad independiente, aun cuando los reyes de Ara-

gón, y después los de Castilla, fundieron en un solo gobierno todos los estados libres de la península. Y comienzan, en la historia, sus demostraciones de pueblo conquistador y eminentemente civilizado. Necesitaba riqueza para darle forma á su cultura latina,—herencia histórica de su raza,—que le venía de Italia y de Francia, de la antigüedad clásica y de los tiempos medios, al través de la Galicia, cuya situación geográfica la hacía ser el puente por el cual las poblaciones ibéricas recibieron las tradiciones. Empezó conquistas, en busca de esas riquezas que necesitaba: primero fué el extremo sur de la península el Algrave, del que se apoderó bajo don Alfonso III. Sigue hacia el sur, con audaces navegantes que le forman un inmenso imperio del cual saca riquezas para su poder y por el cual extiende la civilización. Con don Jao I los portugueses inician las expediciones náuticas que les van dando el dominio del Africa y convirtiendo la modesta dependencia geográfica de España en una potencia mundial que saca la civilización del Mediterráneo y la proyecta sobre el Atlántico, abriéndole á la humanidad civilizada el camino de la posesión definitiva del globo.

Con anterioridad á Colón los portugueses tuvieron la intuición de los nuevos mundos. Es hermoso como una leyenda el caso de los tres hijos de don Jao I. El mayor de sus hijos, don Pedro, se educó en Venecia que era, entonces, en secretos de navegación, lo que es la Inglaterra en nuestros días. El segundo hijo, don Fernando, fué el célebre príncipe que, habiendo caído prisionero de los moros en Africa, rehusó ser canjeado por la ciudad de Ceuta: antes de hacer perderse una ciudad cristiana prefirió morir cautivo. La historia lo llama el «Príncipe perfecto». El tercer hijo de don Jao I fué el infante don Enrique, «el navegador», que vivió en el extremo del país, en el Cabo Sagres, dirigiendo, desde ahí, las expediciones. Fué el fundador del observatorio y de la escuela naval.

Las colonias portuguesas eran diez mil veces más grandes que el Portugal. Todavía le quedan posesiones extensísimas: La Angola, con 255,000 kilómetros: el Mozambique, con 780,000. Es el Portugal un enano que arrastra gigantes. Pero,—hay que decirlo,—sobre él y sus colonias Inglaterra impera. Para invadir el Transvaal los ejércitos británicos pasaban por la colonia Lorenzo Márquez

como por su casa. Antes no era así. Antes el Portugal, solo y orgulloso, dominaba un gran pedazo del mundo.

El Infante don Enrique, Conçalvez Zarco, Cabral, los compañeros de Vasco de Gama, aparecen como sombras legendarias en esas islas descubiertas por su ciencia y audacia. Así los vió José María de Heredia y los puso en su inmortal soneto:

...del frágil barco sobre la borda echados.
Con mudo asombro miran en cielos ignorados.
Del fondo del océano nuevos astros surgir (1).

Los pueblos, como los individuos, viven sobre la rueda de la fortuna: tan pronto están en la cumbre como en el abismo. Se acabaron para el Portugal esos hombres admirables que agrandaban y sostenían el poder de la Patria. El último fué Serpa Pinto, un gobernador que tuvo este archipiélago de Cabo Verde, semejante, en carácter, á los hombres del siglo XV. Siendo Gobernador del Congo quiso comprometer á su país en una guerra con Gran Bretaña. El Portugal del siglo XIX en guerra con Inglaterra! El

(1) Traducción de D. Guillermo Matta.

orgullo de Serpa Pinto no consideraba la desigualdad. La diplomacia lo arregló todo. El Portugal quedó aliado,—como se comprenderá,—del Imperio Británico. Serpa Pinto se murió de pena y de rabia.

Vimos ayer, en la bahía de San Vicente, un buque de guerra portugués (no es broma). A su lado estaba al ancla un crucero británico de diez mil toneladas. Este parecía una fortaleza; el buque de guerra del Rey Don Carlos, un pájaro de mar.

Dura cinco á seis horas la escala del vapor en San Vicente, horas que se pasan mirando á los negros desnudos. Estos rodean el vapor con sus piraguas y lanchas, dentro de las cuales gesticulan en actitudes animalescas. Son unos negros admirables y estúpidos; Viven en el agua como anfibios; su única industria consiste en recoger, bajo el agua, con los dientes, las monedas que les arrojan los aburridos pasajeros. Se hunden en el mar como peces mostrando lo único que tienen blanco, la planta de los piés. Son de origen africano; llegaron á esas islas no se sabe como, tal vez entre las arenas del Sahara que empuja el Simoun; ó bien cuando esas islas se desprendieron del Africa, los negros

se quedaron en ellas. Son de cuerpo elevado y fuerte. Cuando salen del agua, relucientes y chorreando, con la moneda en la dentadura firme y alba, parecen estatuas de bronce. Pero la sangre europea se mezcla á su raza fuerte y salvaje, manchando su oscuro y poderoso tinte con una semi-blancura desagradable y raquítica. Se ven negros desteñidos, con la mota del pelo tirando á rubio: son repugnantes. Hay razas que no deben mezclarse. En general, los negros de San Vicente, son idiotas, animales con forma humana, que dan á las señoritas que pasan en los vapores una leccion de darwinismo contraria á los preceptos de la buena sociedad. . .

Hay en San Vicente una montaña en cuyo perfil se quiere ver la línea de las facciones de Napoleón I. No es difícil encontrar perfiles históricos, narices y barbas ilustres, en la cresta de los montes. Los ingleses gozan mostrando ese perfil de montaña que, según ellos, representa á Napoleón, tendido de espaldas, puesto el legendario bicornio. Ahí tienen, pues, en tierra portuguesa, que es tierra sometida, la máscara terrible. Pensarán así tenerla prisionera una vez más, en nueva Santa Elena. Queden tranquilos! De ahí no

se moverá para ir á mirarlos de nuevo desde las playas de Boulogne, al frente de un ejército invasor...

9 de octubre.

Después de dos días de mar sin límites divisamos, á gran distancia, como fantasma azulejo, el Pico de Tenerife, prehistórico volcán que ha quedado aislado y se alza, maravilloso, sobre las aguas á una altura de 14,000 pies.

El vapor cruza por en medio del archipiélago de las Canarias, cuyas islas se distancian y se miran unas á otras como franjas ó recortes que surgen de las olas envueltos en brumas. Sin embargo, se pasa muy cerca de la Gran Canaria con su capital Las Palmas. Durante dos horas desfilamos frente á la falda oriente de esa isla, una falda empinada sobre las aguas azules y espumosas, cubierta de viñedos y otros cultivos escalonados, salpicada de innumerables casitas con paredes blancas y techumbres rojizas. Más arriba, cerca de los picos que se pierden en la neblina

—una neblina que se concentra en las islas, las envuelve, las vaporiza, mientras tanto deja todo el mar limpio y luminoso,—se ven densos pinares. Es la montaña, con todo lo que tiene de agreste, de oscuro, de cálido y de húmedo, que aparece sobre el mar como un milagro, como un recuerdo de la tierra tantos días perdida, y tan ansiada! Todos los anteojos de los pasajeros se estiran para acercar á la vista ese ramo vegetal que flota como un despojo fecundo sobre el desierto del océano.

Esa isla, así,—con sus casitas blancas, sus viñas, sus bosques en la altura, y la ciudad de Las Palmas que forma en su extremo norte, á la orilla del mar, una agrupación de edificios que á la distancia pueden creerse monumentales,—me hace creerme en presencia de algún archipiélago del mar Egeo, de alguna de esas islas legendarias que el arte griego pobló de dioses de mármol habitantes en templos del amor. Sin duda esa isla se parece á las del Mediterráneo y á las del oriente; como ellas, es un fragmento del Africa; como ellas se baña en aguas templadas bajo un cielo casi siempre azul; y la habita ese pueblo español, que no es otra cosa que

ese mismo pueblo griego y romano que se puso en marcha hacia el occidente. Y divago, y me emociono, al sentirme al lado de esos fragmentos de la tierra sagrada, donde se levantó el sol de la civilización de mi raza

.....

Hoy en la mañana, los viajeros primerizos, tuvimos gran emoción. El mar estaba agitado, con olas largas y pesadas, el cielo oscuro, frío, triste. Explicó el capitán que eran los restos de un gran temporal que, saliendo del Mediterráneo por Gibraltar, acababa de sacudir esas latitudes: la tormenta de cada año, la señal del equinoxio en el sur de Europa. Ya estábamos cerca de Europa, en una tormenta europea. ¡Cuánta emoción...!

A eso de las 10 de la mañana se dibujó en el horizonte una lonja de tierra chata y barrosa.

Europa...! Europa...!

Divisarla por primera vez en la vida, descubrirla, á lo lejos, como débil mancha de sepia estampada en la bruma...! He navegado un mes para llegar á verla. ¿Qué digo? He navegado muchos años por el mar de las aspiraciones y los ensueños. ¿No es

acaso la primera y constante aspiración de todo hispano-americano educado en la tradición de la cultura, visitar la Europa? Este júbilo que los americanos experimentan al avistar por primera vez las playas del Viejo Mundo, se parece al del hijo pródigo que vuelve á su padre, al padre que se le conocía por los instintos de la raza, por los orgullos de la herencia, un padre anciano, lleno de prestigio y de gloria. Así tiene que ser porque no somos otra cosa que una rama desprendida del árbol latino, por la cual circula la misma savia. Si no sabemos bien á donde vamos, sabemos perfectamente que venimos de Europa. Ahí están los más viejos recuerdos de nuestra raza, la fuente de nuestra fe, el germen de nuestras ideas. Los que tienen creencias religiosas encuentran en Europa la huella de los Padres de la Iglesia; los que llevan en sí la pasión del arte, encuentran el curso maravilloso de la tradición, desde Atenas á París pasando por Roma. Todo se junta en la emoción del hispano-americano que por primera vez llega á Europa. Somos de una sociedad menos cansada por las herencias de las ideas; de modo que, en el Viejo Mundo, en medio de las enseñanzas en-

contramos placeres. Siento en mi alma,— que va á observar de pronto las formas de una vida más compleja,—un asombro entusiasta, algo superior al simple dilentantismo. Hijos de un mundo primitivo, al viajar por Europa nos parecemos al adolescente que se acerca á un anciano para pedirle los secretos de la vida.

11 de octubre.

Con un suspiro de satisfacción sentí caer el ancla en el centro del río Tajo, frente á Lisboa, entre montañas bajas cubiertas de olivos seculares. Desde que divisé la costa de Europa me había asaltado algo como un temor de no alcanzarla jamás. Por lo mismo que era una playa tan intensamente soñada se me figuró que iba á retroceder delante de mí.

Me llama la atención la naturaleza del Portugal. Parece ser un clima de conservatorio que da exuberancia á los árboles y á las plantas. Con el anteojo veía, en la ribera, árboles del norte, encinas, nogales, acacias,

fresnos, y al lado plantas africanas, naranjos, magnolias, palmas, camelias. Esto, bajo un cielo azul profundo, en una temperatura uniforme y tibia.

Lisboa presenta, en la orilla oeste del río, con sus plantaciones y sus casas, un cuadro de un pintoresco indecible. Su característica es la desigualdad. Se ostenta en un anfiteatro quebrado: mesetas, calles que son escaleras y vías en zig-zag.

Hacia el sur, hacia el barrio de Belén, las lomas se suavizan. Divisé una plaza (que pronto fuí á recorrer), la Plaza de Don Pedro, ó *Largo do Rocío*, situada á treinta metros sobre el río. Me muestran el magnífico edificio de la Ópera, cortado á pico.

La parte central de la ciudad es antiquísima. Ahí todo se contrae, todo se empina; es como un laberinto y una fortaleza. Ahí está el origen remoto. Este siempre se encuentra en un cerro ó en una isla. Toda ciudad europea comenzó por ser un campamento de guerra; después fué castillo feudal; al fin un burgo. Debido á esto son ciudades que tienen su origen en puntos escarpados ó estratégicos. La parte más antigua de Lisboa está en el centro, al oriente del cerro llamado

del Castillo. Forma una masa negrusca y rasguñada. Lo demás, lo posterior, es extendido, fresco, arbolado, gracioso y nuevo, pues en 1755 casi toda la ciudad fué destruída por un terremoto.

Lisboa es linda ciudad, con algo de italiano en el aspecto en la luz. Su río, ancho y fresco es más propio de ser pintado á la acuarela que al óleo. Un escritor inglés llamó esta ciudad «la más bella de Europa», poniéndola por encima de Nápoles. Tal como las mujeres, las ciudades guardan estribillos que les son propicios. En Lisboa se dice:

Quem não tem visto Lisboa,
Não tem visto cousa boa.

Esta belleza es indiscutible. Cuando se llega á Lisboa por mar, se le ve de un aspecto tan risueño que al mismo Byron lo hizo escribir una página luminosa.

Los jardines públicos y particulares, que abundan, le arrojan al viajero bocanadas de perfumes. ¡Qué agradables me parecieron, al pasar, esos pequeños jardines burgueses y populares, llenos de árboles de Judea!

A poco de haber andado por la ciudad conté numerosas fuentes públicas en las cua-

les el pueblo á la antigua, se provee de agua. Los ciudadanos charlan en la piedra de los estanques mientras se llenan los barriles al chorro de los hocicos de bronce. Las mujeres realizan el *cliché* de la antigua civilización israelita: van á la fuente llevando ánforas en la cabeza, afirmadas en sus sombreros gallegos. Con sus tipos judíos, en la frondosa vegetación que por todas partes asoma en Lisboa, en ese día de octubre, me transportaron á la vida bíblica.

El barrio de *Chiado*, en la parte alta, es comercial y ofrece los caracteres de las ciudades modernas: arquitectura italiana ó francesa, gente elegante y común; no obstante que se ven edificios enlozados á la moda árabe y otros de estilo manuelino. El pueblo portugués es más cosmopolita que el español, tiene menos cosas típicas y características. Las fisonomías que atraen por sus vestuarios, facciones y modales, son las de los gallegos que abundan en la ciudad.

Fuí hacia el oeste, á la espalda de Lisboa. Comienzan ahí los barrios exteriores y populares, donde se recuerda al Rey Pedro V, monarca de veinticuatro años, asceta y filósofo, que prefirió vivir entre los pobres. Des-

de ahí se ve una llanura que baja suavemente hacia el mar (Lisboa está en una lengua de terreno entre el río y el mar). Extensas viñas cubren esa llanura llamada de Cabo Roca; producen los excelentes vinos blancos de Collares.

Dejo lo pintoresco para ver la historia. Ese oscuro hacinamiento de casas y paredes del centro de la ciudad vió nacer á San Francisco de Padua. En la colina del Castillo aún quedan construcciones moriscas. En las calles de estas ciudades,—no así en las de América,—se leen siglos de historia. ¡Qué hermosas son las cosas antiguas! Me emocionaba el solo hecho de pensar que podía ver, á la vuelta de una esquina, un trozo de chapitel romano ó un torreón de la Edad Media. Somos, en América, hijos de una tradición cortada. Experimento necesidad de ver lo que se envuelve en la noble y misteriosa poesía del tiempo. Perderemos la fe religiosa, pero no esa virtud del alma para lo cual los objetos del pasado hablan y brillan. A lo nuevo le falta algo. Cuando, en presencia de una lápida ó de una columna vetusta, comprobamos que nuestras ideas, nuestros sufrimientos y nuestras aspiraciones, tienen miles de años,

sentimos no se qué grande y melancólico consuelo.

En la parte antigua de la ciudad hice galopar las mulas del cupé que me llevaba, para ver más en menos tiempo; porque Lisboa es una de las ciudades más remotas de la Europa occidental; existía antes que los desbordes del Imperio romano comenzaran á dar forma á las naciones históricas. Sorprendidos por las tormentas, los audaces navegantes griegos establecieron un refugio en el Tajo. Ese refugio pasó á ser un villorrio al cual los griegos, en memoria del héroe, llamaron Ulisipo. Fué la fundación de Lisboa.

No quedan recuerdos materiales de los griegos, lo que hace creer que ese villorrio, ó refugio de navegantes, fué una pobre cosa. Quedan, sí, recuerdos de los romanos que llegaron después. Estos hicieron de Ulisipo una ciudad que fué residencia de pro-cónsules. La ciudadela romana estaba en el sitio que ocupó después la construcción morisca llamada hoy Castillo de Sao Jorge. Todo esto le indica al viajero una plancha conmemorativa.

El Castillo de Sao Jorge es como la historia misma del Portugal. Los moros lo edifi-

caron sobre las ruinas del templo y del teatro de los Césares; los cristianos lo arrebataron á los moros. Sobre una puerta ogival el guía muestra una hermosa cabeza de mármol: es la del capitán Martín de Moñiz, de las huestes cristianas de don Alfonso, á cuya intrepidez se debió la toma del castillo. Todavía se conservan en las lozas,—al menos así lo cree el guía,—las manchas de su sangre.

Desde una terraza de ese castillo se ven, en el laberinto de las calles, unas adentro de otras, las murallas que, siglo tras siglo, defendieron la ciudad. ¡Cuántos furiosos combates se libraron encima de esos murallones! ¡Cuántas invasiones fueron repelidas y cuántas triunfaron? Alanos y visigodos pasan sobre ellas mezclándose con iberos y romanos y constituyendo la base de la sangre portuguesa. Los moros las transmontan y exterminan los antiguos elementos. Pero no tanto los exterminan que estos no pueden germinar de nuevo. Reaparecen las razas latinas con el ideal supremo del cristianismo, y desalojan á los moros. Mirando esas murallas, desde las terrazas del Castillo de Sao Jorge, comprendo, siento, ese largo proceso,

ese oscuro y ardiente fenómeno de la formación de un pueblo.

Hago galopar mis mulas hacia el otro extremo de la ciudad. Atravieso la extensa y variada población. Se sorprenden, en medio de los caracteres modernos cosas que quedan de la vida antigua. Un muchacho vestido de terciopelo,—pantalón corto y sombrero bicornio,—va de prisa tocando un cencerro. Todos se arrodillan, menos unos pocos,—extranjeros tal vez. Es que ya, ese muchacho, anunciando el paso del Santísimo Sacramiento, de «Su Majestad» como dicen los españoles; éste es llevado en carroza para darse á los moribundos. Cuando el prelado que lo lleva va á pie es deber que se le ofrezca la primera carroza que se encuentra. El arte de los aurigas consiste en escapar al oír la campanilla del Santísimo...

Veo construcciones de estilo Manuelino, obras monumentales que recuerdan la riqueza del Portugal en tiempo de los grandes navegantes. Veo edificios de estilo Renacimiento que los jesuítas y los maestros franceses de Coimbra introdujeron cuando el Portugal fué del dominio español (1580-1640). Paso cerca del río por entremedio de grandes bo-

degas destinadas al comercio; datan del tiempo del marqués Pombal el ministro autoritario é iluminado que desalojó á los jesuítas y quiso hacer revivir el Portugal antiguo. Aprovechó el terremoto de 1755 para reconstruir la ciudad sobre un nuevo modelo, y retemplar el decaído espíritu del pueblo. Fué inteligente y enérgico. Después de una sanguinaria corrida de toros, bajo don José I, quiso prohibir ese género de espectáculos: sólo consiguió hacer embolar los toros... Así han seguido en Portugal...

Se señala,—para escarmiento de pretendientes y conspiradores,—la columna levantada en el sitio donde fué fusilado, por orden de Pombal el duque de Aveiro, comprometido en una conjuración en contra del Rey.

He recorrido la ciudad de un extremo á otro, desde el Cerro de Castillo hasta el linde del valle de Alcántara.

Hubiese deseado penetrarme con más detenimiento del estilo Manuelino del que ya había visto algunas muestras en Río Janeiro. Las primeras fachadas de este estilo, propio del Portugal, datan del reinado de Don Manuel I, el «grande», «el feliz» «el Venturoso»; á é debe su nombre. Es un bello

estilo que se forma de la fusión de arquitecturas llegadas del norte y del oriente; su base es gótica y le pasa por encima un soplo del renacimiento, y le quedan motivos de la remota arquitectura india, con caprichos de los árabes.

El principal edificio, el modelo de este estilo que Lisboa conserva, está á la orilla del río, es el convento de los Gerónimos de Belén. Ahí florece el estilo manuelino en conjunto hermoso y delicado: se elevan torres de frágil apariencia, graderías caprichosas descenden y se pierden en la verdura de los árboles; la construcción es de piedra blanca del valle de Alcántara. El castillo de Belén, á la plena luz del sol, toma aspecto diáfano. Es un convento alegre. Don Manuel I lo hizo levantar cumpliendo una promesa: en una granja que ahí había durmió Vasco de Gama la noche antes de emprender su gran viaje de 1497, el 8 de julio; el Rey votó á la Virgen de elevarle ahí un templo si el navegante hacía algún descubrimiento. Dos años después (1499) Vasco de Gama volvía habiendo descubierto las Indias Orientales.

A la promesa de un Rey feliz, á la alegría de un pueblo, á la gloria de un hombre que

descubre un mundo, se debe ese admirable convento de Belén.

En Belén se guardan las supuestas reliquias del gran navegante; supuestas, porque hay dos ó tres esqueletos que reclaman el honor de serlo. También están ahí los restos de Camoens y de Herculano.

Hay al lado del convento de Belén,—como anexo de su propia construcción,—una torre en la cual el estilo se reviste de una caparazón militar; señala la entrada del río y data de la época feudal, vigilante fortaleza para defender los tesoros traídos de Indias.

Todavía quedan,—á pesar de todo,—algunos de esos tesoros. En el Palacio de Ajuda, residencia de la Reina madre, que se divisa encima de Belén, se guardan dos vasos macizos hechos con el oro que trajo Vasco de Gama.

Ya la torre de Belén no defiende á Lisboa: la defienden los cañones de Amstrong y de Wickers; y no tanto la defienden á ella como defienden la influencia inglesa en el Mediterráneo...

A la vuelta apresurada, para volver á embarcarme, veo en una plaza, cerca del mag-

nífico restaurant Tabaré, donde habíamos almorzado, un sitio cerrado con tela dentro del cual hay trabajo de cantería. «Ahí están elevando,—me dice el auriga,—la estatua de Eça de Queiros...» Se me viene á la imaginación la obra admirable de ese novelista que es una gloria en la rica literatura del Portugal contemporáneo. Busco en los tipos y en los paisajes de la ciudad las páginas del *Primo Basilio* y las ironías volterianas de *La Reliquia*; esas obras de las tantas en que el insigne talento supo unir al realismo y la ironía cierta romántica delicadeza. Más tarde vi en uno de los periódicos comprados, la fotografía de la *maquette* de su estatua: al pie del gran escritor está una mujer desnuda,—imagen del realismo,—encubriéndose con un velo diáfano...

Apasionado lector de novelistas franceses di una vez con Eça de Queiros y me pareció continuar á Flaubert en el idioma de otra raza y recogiendo escenas y emociones de otra vida. Cautivado por su estilo y su ingenio leí todas sus novelas y narraciones, incluso ese *O Mardarin* (del cual mi desgraciado amigo Abelardo Varela hizo una exquisita traducción en 1900), fantasía como no la

tuvo más admirable el mismo Teófilo Gautier.

Eça de Queiros,—uno de los novelistas más leídos en nuestro tiempo,—siguió la carrera diplomática y consular; anduvo mucho por el mundo y vivió largos años en París y Londres. En él, bajo un aspecto convencional de diplomático, el poeta y el ironista se escondían. Fué un psicólogo implacable y sonriente. Sus obras,—*El crimen del padre Amaro* (que inspiró á Zola, diez años más tarde, una grosera imitación en *La Falta del abate Mouret*), *La Reliquia*, *El primo Basilio*, *Os Muai*, *La Ciudad de las Sierras*, *La ilustre casa de Ramírez*,—son toda la verdad arrancada al secreto de la vida por la magia del talento. Sus caricaturas mismas,—á las cuales lo arrastra con frecuencia el sentimiento de la ridiculez humana,—tienen las cualidades de los retratos. Y el poder de su estilo, el encanto de su imaginación! No recuerdo haber leído un trozo de inspiración amorosa superior á la «Carta á Clara» del *Epistolario* de Fradique Mendez.

Tanto me sedujo Eça de Queiros que me lancé en busca de escritores portugueses, pensando encontrar otros como él. Nada sabía de la literatura de ese país. Di con un li-

bro que, junto con revelármela, me deleitó por su mezcla de belleza poética y de fuerza científica,—que es así como debe ser, pues, para mí, cuando la ciencia viene sin belleza no entra: *Historia de la Literatura Portuguesa*, por Teófilo Braga.

¿Quién era este escritor notabilísimo, tan sabio como Taine y, á la vez, poeta como Renan? Es un viejo ilustre, que vive en Lisboa, escondido entre papeles y la generalidad del mundo lo ignora porque no es francés, porque es hijo de un país caído, empequeñecido; pero un país, pienso yo, que tal vez se levante alguna vez... Según Ramalho Ortigão, biógrafo de Teófilo Braga, este ha escrito, á los sesenta años,—nació en 1843,—ciento treinta volúmenes, obras filosóficas, poéticas, científicas, de crítica literaria y artística, y ha sido el más eficaz colaborador del conde Barcellos en su labor de folklorista. Este conde Barcellos es autor de un *Romancero Portugués* que encierra más de dos mil canciones.

Todo esto había de la inteligencia portuguesa, ahí, al lado de la España,—que es como decir al lado de nuestra casa,—y no lo sospechaba. Sólo sabía de un gran lírico,

clásico, llamado Camoens y de un Rey gordo, sentado sobre trono endeble, que pinta acuarelas. Así resumía cuatrocientos años...

Según Teófilo Braga conjuntamente con la nacionalidad portuguesa nació su literatura. Fué una población que, en marcha hacia el sur,—con el anhelo ó el destino de descubrir medio mundo, se desprendió de Galicia, llevando el mismo idioma y las mismas virtudes latinas. El lazo que une al Portugal con la historia y el conjunto de nuestra civilización está en Galicia: las canciones portuguesas son hijas de las *serranillas* gallegas; estas lo son de las baladas provenzales, y éstas, á su turno, de las *pastorelas* italianas. Así va dando la vuelta la tradición del genio latino... Gallegos fueron los padres de la literatura lusitana: Francisco de La Miranda, quien, como el Dante en Italia, depuró en la Corte de Lisboa la tosca poesía de la Edad Media, y su inmortal discípulo Luis de Camoens, autor de las *Luciadas*, epopeya nacional portuguesa de un lirismo espléndido.

Durante algún tiempo no salí de esta literatura á la cual me llamó Eça de Queiros y de la cual mi maestro fué Teófilo Braga. ¡Gusta tanto el idioma portugués! Desde

las soberbias creaciones de Camoëns,—Adamastor y doña Inés de Castro,—la poesía no ha dejado de florecer á las orillas del Tajo y del Mondego Coimbra. Almeida Garrett, cultivador del romanticismo legendario comparable á Walter Scott, autor de la célebre tragedia *Frei Luiz de Souza*, inspirador de Tennyson y de Theuriet; leí al poeta popular Jao de Deis Ramos, cantor sencillo de la tierra y la piedad; leí á Anthero de Quental, poeta filósofo, sonetista admirable á la manera de Leconte de Lisle; á Guerra Yunqueiro, alternativamente blasfemador y grandioso como Carduccio, y, como Verlaine, voluptuoso y místico; conocí *El Océano*, fuerte poema de Antonio Patricio; y la poesía *Humana*, de Carvalho, manojó de inspiraciones del mundo exterior, del amor y del ensueño.

Entre los prosistas, después de Herculano —fecundísimo fundador de los estudios históricos en el Portugal,—encontré autores dramáticos notables como Fernando Caldeira López de Mendoça y João de Cámara; y novelistas como Ramalho Ortigão, algunas de cuyas obras tienen tanto prestigio como las de Eça de Queiros.

Me dejó la impresión de ser, el genio portugués,— vecino del rudo, heroico y realista, genio español,—de esencia tierna, meláncolica, apasionada, inclinado al ensueño. Ello se muestra principalmente en los poetas, y no deja de mostrarse en los dramaturgos y novelistas; ello se siente en la naturaleza del idioma y se resume en la palabra «saudade» —salud, felicidad, nostalgia, más todavía, anhelo, languidez poética, todo el lirismo del alma portuguesa. . .

12 de octubre.

En el embeleso de tanta historia, en el recuerdo de tan bella literatura, se nos pasó la hora fijada por el capitán para volver á bordo.

Andaba yo en compañía de James, pasajero como yo, pero inglés, él, mezcla de periodista y de fotógrafo que se dice corresponsal de un *magazine* de Londres.

Encontramos cerrado el embarcadero central. Vimos, en medio del ancho río, el vapor levando anclas. El caso no era mortal. Nos

quedaba el Sud-Expreso para llegar á París, y otros trenes para atraparlo en Leixoes, Vigo ó la Coruña. Pero eso era caro; y nuestros equipajes se iban en el vapor. . .

James, irritado, pregunta: «¿Por qué está cerrado el embarcadero. . .?»

Un portugués, muy serio,—contrariando el refrán: «El portugués siempre está alegre» —le contesta: «Hay hora fija».

James,—que como todo inglés cree que la hora fija es un privilegio exclusivo de su país, —dice no comprender. Yo me divertía y, entretanto, el vapor se marchaba. . .

Tomamos un carruaje y volvimos á correr hacia Belén. Embarcándonos por ahí alcanzaríamos el vapor á la salida del puerto. Así se hizo. En la playa, al pie de la vieja torre feudal, un bote fué equipado para nosotros. El vapor venía avanzando, lento y majestuoso, por el centro del río. Como íbamos apurados á salirle al encuentro, los cuatro remeros pararon y el patrón del bote dijo: «Cuatro libras esterlinas ó no seguimos». Esa cruzada en bote valía media libra. Viéndonos en trance, los pícaros, descendientes de piratas, nos pusieron la soga al cuello. Explotar turistas es, por otra parte, una de las

industrias modernas; y es como se venga el Portugal, si el turista es británico, del humillante tutelaje de Inglaterra... Quise resistir; James también, con su orgullo de *británicus* y de boxeador. Pero ellos eran cinco, y nosotros no teníamos otra arma de combate que una máquina fotográfica. Pensamos, con razón, que más caro nos costaría el viaje por tren. Dimos las cuatro libras: fué preciso dejarse robar.

Juzgamos, por lo ocurrido, al encontrarnos en la cubierta del vapor, que el pueblo portugues es degenerado y canalla. James juró escribirlo en su *magazine*, y pedir al Gobierno británico que no tarde en hacer del Portugal una colonia inglesa. Con esto me consolé.

No sólo con eso me consolé; también con el incomparable cuadro que vimos al salir. Un crepúsculo ardiente baña en un tinte rosado las aguas y los montes. En la ribera del levante hay un extraño y nítido color de plata, en el cual aparecen como cosas de otro mundo los villorrios y las embarcaciones que van hacia adentro. De las campanas de Lisboa nos llegan repiques atenuados. La ciudad en la oscuridad creciente, parece con-

servar una luz propia, como ciertos misteriosos cuerpos radio-activos. Más tarde, ya no se sienten las campanas, impera un silencio arrobador. El perfil de la ciudad se afina más y más; ya no es sino una cinta en la cual, sobre la última luz, se recortan las torres y las palmeras.

El vapor vira en el Cabo y toma el océano, hacia el norte. En el ancho mar, frente al ocaso, la luz vuelve á encontrarse y muestra el respaldo de Lisboa en un ambiente rojizo. Arriba, encima de tupidas selvas que cubren los montes, aparecen los viejos castillos de Cintra, ese extremo paisaje de la Europa que Byron llamó «glorioso Edén». Ahí, en 1399, los dominicos levantaron un claustro-fortaleza, el que fué convertido en palacio real por el devoto Juan V.; es el castillo de Mafra, especie de Escorial, como el Rey que lo hizo suyo fué un pálido Felipe II. En torno de esa construcción se divisan los otros castillos que forman la ciudadela de Cintra: Pena y Queluz de Baixe. Cintra fué para los reyes de Portugal punto de retiro y de combate. Ahora es, para los mismos, residencia de placer.

El refrán dice: «Quien ve á la Europa sin Cintra habrá visto un mundo sin cabeza».

Llegando á Europa vi Cintra, la cabeza; me parece digna, admirable, una cabeza alta, con cabellera de árboles seculares, coronada de históricos castillos.

No dejé de mirarlos, esos alcázares de la Edad Media, de una edad que no tuvimos en América, de un tiempo en que todavía éramos europeos, de una época de heroísmo y de fe, de la cual ansiaba ver recuerdos vivos. No dejé de mirarlos hasta que, en la neblina azul de la distancia y de la noche, se unificaron con la montaña prestándole la forma de sus anchos parapetos y el afilado perfil de sus torreones. Al rápido andar del vapor vi perderse, lleno de melancolía, esa noble visión...

La costa del Portugal se muestra en anfiteatro árido y montañoso. De distancia en distancia, como el vapor pasa cerca, se divisan caseríos blancos, tristemente tendidos sobre las lomas rojizas; parecen, desde lejos, cosas olvidadas, agrupaciones de sepulturas. En medio de esas pobres viviendas de calcarío, en esos cerros indigentes de vegetación, macizos conventos se levantan; sus cúpulas se dibujan en la oscura gloria del crepúsculo como partes integrantes de la bóveda de cie-

lo. Ese es el Portugal; esa es también la España: pueblos que viven embargados por la indolencia oriental bajo imponentes señorios. Continúan amarrados á remotas tradiciones, resolviendo los problemas en leyendas poéticas, pensando poco en la personalidad sobre la tierra, soñando en la dicha del Cielo... Esto da más interés á esos países y los hace más simpáticos, como si aún pudiéramos encontrar en ellos esos hidalgos harapientos, que, después de haber combatido por su Dios y por su dama, se calentaban á la lumbre de los autos de fe.

El vapor hará rápida escala en el puerto portugués de Leixoes, que corresponde á Oporto, y en dos puntos de Galicia,—Vigo y La Coruña,—que deben ser muy interesantes y pintorescos; haré lo posible por visitarlos, esos sitios de España,—la querida Madre Patria, que nunca mis plantas han tocado,—á pesar de la premura de la estadía.

16 de octubre.

Hoy llegamos frente á la Pallice, demasiado tarde. Los pasajeros á París no pudimos

desembarcar. El buque,—aunque le pese al capitán,—tiene que esperar hasta mañana. Pasaremos la noche á la vista de las luces de La Pallice y La Rochela, foneados entre el Continente y la isla de Ré; baja y alargada, en la cual veo los primeros viñedos de Francia.

Por feliz casualidad, el Golfo de Gascuña, que de costumbre está agitado, á nuestro paso se mostró tranquilo. Para cruzar su vasta rotunda el vapor se aleja de la costa; mejor dicho, la costa se aleja del vapor.

Encontramos escuadrillas de pescadores gallegos y del Bidasoa, el Aúnes y la Gironda, echando la red en alta mar. Pasando al lado de las balandras me pareció que no era primera vez que veía á esos pescadores vigorosos, con sus caras plácidas, quemadas por el viento y la lluvia, en el marco cobrizo de sus cabelleras y de sus barbas. Iban remando y cantando en dialecto antiguo, en sus lanchones parecidos á esos felucos orientales que despliegan una vela latina,—mezcla de tradiciones y de razas. Son los mismos navegantes que llegaban ahí desde el Adriático ó, por el camino de los cisnes, desde los mares del norte. Al verlos mil evocaciones se pre-

sentan; he leído sobre ellos las páginas de Pereda y Juan García; por eso sus fisonomías y sus cantos me parecieron familiares. No han cambiado desde los grandes tiempos de la piratería, desde que la Galicia era poderosa gobernada por don Alonso el Sabio. Siguen siendo, en su vida y costumbres, la raza oscura y heroica de los marineros; solamente ya no recorren las costas de Europa, como antes de Pompeyo y después de la República Veneciana, llevando en el vientre de sus balandras los horrores de la piratería. Pero siempre van, pescadores incansables, imprimiendo á sus felucos el impulso cadencioso de sus robustos brazos, bajo el aleteo incierto de una vela clásica, ganando la mar, á la hora del crepúsculo, y llenando el espacio con sus cánticos antiguos... Paso en medio de ellos, que representan antiquísima leyenda, á bordo de un moderno vapor inglés. Amo estas coincidencias en las cuales conjuntamente vemos lo que queda del pasado y lo que nos ofrece el porvenir.

«Y lo que nos ofrece el porvenir...» Esta es la frase que se apropia al maravilloso espectáculo que presenciamos esta tarde, cuando estábamos en la borda, mirando La Pa-

llice. De pronto, del fondo del mar, donde nos imaginamos misteriosos habitantes, apareció sobre la superficie una fina extremidad de arboladura; luego una escotilla cuya cubierta de bronce confundía sus reflejos con los reflejos del agua. Era como el mágico y silencioso resurgimiento de un buque naufragado. Inmediatamente, en la agitación glauca de las aguas, apareció una bóveda de fierro, un casco alargado, destilando. ¿Qué era...? ¿Un monstruo marino...? Lo hubiésemos creído, en nuestra estupefacción, si, en ese mismo momento, la escotilla de bronce no se hubiera levantado y aparecido por ella la cara sonriente de un oficial de marina, saludando con su gorra galoneada. Los tripulantes y pasajeros del vapor le dimos un «Viva...!» estruendoso. Era un submarino francés,—tipo Narval,— que se ensayaba en el puerto exterior de La Pallice.

Después de ese atento saludo del oficial, la escotilla volvió á cerrarse y la nave milagrosa se sepultó como un pescado bajo las aguas impenetrables. No la vimos más. Quedamos asombrados. ¡No se puede soñar más grande maravilla!

James,—que ha visitado en calidad de pe-

riodista inglés los puertos militares de Europa y se dice conocedor de estos misterios que tienen las potencias en el «sentimiento de fraternidad» que las anima,—da detalles. Sin querer confesar la superioridad de los franceses en materia de navegación submarina, el inglés contó que, una vez, pasando por Cherburgo, en viaje de Nueva York á Brêmen, á bordo del trasatlántico *Kaiser-Wilhelm-der-Grosse* se sintió un choque, algo como «una cornada» en el casco del buque. Hubo alarma, creyéndose haber tocado una roca ó el despojo de algún buque rodando entre las aguas. El vapor aminoró la marcha. Todos estaban pálidos... En ese mismo instante apareció, al lado, una escotilla igual á la que acabamos de ver, y en ella un oficial risueño que, con la bocina, decía al capitán del trasatlántico: «Le hé aplicado un torpedo vacío... un ensayo... éh...! Iba Ud. corriendo 23 nudos... No ha estado mal... *Je vous demande pardon...!*»

Contó James que el capitán alemán había felicitado al oficial francés, que con tanto heroísmo y buen humor ensayaba un invento tan prodigioso como arriesgado. Estos aparatos, que el patriotismo y la ciencia inven-

tan, por el más mínimo defecto en la construcción ó en la maniobra, no han vuelto más á la superficie. Así fué de uno, en Valparaíso, en 1865, destinado á echar á pique los buques españoles que bloqueaban el puerto. Quedan para siempre en el fondo del mar, como sepulturas de fierro que guardan cadáveres de héroes y de sabios.

¡Curioso cuento el de James! Los pasajeros de ese vapor, en plena paz, sintieron una emoción de guerra. Esto, los franceses no sólo lo hacen por ensayar; lo hacen, también, por mostrar á las demás naciones su superioridad endemoniada. Los franceses guardan el secreto de esos monstruos de fierro que navegan bajo el agua y contribuyen á mantener la paz de la Europa.

Ya he visto la primera maravilla de Francia. Me preparo para desembarcar mañana á primera hora. La navegación ha terminado, Quiero recorrer el buque, quiero despedirme. Tanto que lo maldije al principio, cuando lo pasaba entre el mareo y el aburrimiento. En treinta y dos días, una segunda naturaleza se ha formado en mí, una naturaleza que me hace irme con pena del vapor, de los marineros, del mar. . . Con igual pena los pasajeros

nos vamos á separar. La amistad es como una planta que, mejor que en tierra, crece entre las cuatro tablas de un buque.

París, 18 de octubre.

He visto ya junto con llegar, las maravillas de Francia, y sentido, anoche, como un oleaje mareador, el encanto de París. Sería ingrato que no escribiera la última parte de mi diario de viaje. Vi hermosas cosas entre el vapor y París: La Rochela, ciudad de otra época, romántica y protestante: una extensión de la Francia rural, con sus campos cultivados y sus viejos castillos, que se destacan sobre las lomas, «sin almenas ni puentes ni ratrillos», como sombras legendarias que evocan todo el pasado de una gran nación.

La Pallice no es sino el embarcadero, el puerto exterior donde los buques atracan. Se pasa en tren ó tranvía á la Rochela, viejísima ciudad de agricultores y pescadores, célebre en la historia de las guerras religiosas. Desde que me acerqué á La Rochela sentí, de nuevo, esa atmósfera de tradiciones que

ya en Lisboa me había producido como una embriaguez reveladora. Es una de las comarcas más interesantes de Francia; fué el campo de acción de ese reinado de Luis XIII lleno de agitaciones sanguinarias y novelescas. El sitio de La Rochela dió tema y nombre á uno de los libros más líricos que se han escrito. La ciudad la fundaron los romanos llamándola *Rupella*; en ella tuvieron su *Portus sanctorum*.

Es curiosa la historia de ese pedazo de Francia. La Rochela, muchas veces se ha desprendido del país; en las guerras, su situación geográfica la ha colocado como una presa fácil al enemigo. En varias ocasiones los ingleses se apoderaron de ella, hasta la incorporación definitiva de la Aquitania á la Francia, en 1372. La Rochela era como una pelota que se tiraban de Francia á Inglaterra.

Mientras los franceses fueron dueños del Canadá, la Rochela era un punto de importancia; era para las Indias francesas lo que Cádiz para las Indias españolas; su vitalidad no fué abatida por el horror de las guerras religiosas. Ahora La Rochela vive, bajo sus antiquísimos portales, algo del comercio de

maderas y de vinos, y, principalmente, de la pesca; su existencia es honorable y sedentaria; no puede compararse á su vida pasada. La Europa ha olvidado á La Rochela; sólo saben de ella los Americanos del Sur porque la tienen de estribo para bajar en el Viejo Mundo.

Todo esto me lo contó el Cónsul de Chile, don Antonio de La Fuente. Este caballero, como sus tareas consulares no son abrumadoras, se dedica al arte. He visto cuadros suyos, de buena voluntad y de valor mediocre. Me dijo (no lo hubiera creído) que era su maestro,—viviendo ahí y siendo oriundo de ahí,—el célebre Bouguereau, pintor moderno cuyos ángeles y amores recuerdan los del siglo XVIII.

Por lo que La Rochela vale siempre es por su historia. Ahí tuvo su foco ese espíritu de reforma que, en el siglo XVI, dividió á la Iglesia católica. Condé y Coligny hicieron de ella el centro de sus jornadas. Fué la fortaleza de los *religionarios*; éstos tuvieron una escuadra de piratas que impuso sobre las aguas el ideal de la Reforma mientras se batallaba por imponerlo en tierra. Catalina de Médicis concentró sus odios sobre La Ro-

chela. Richelieu le puso una muralla de piedra que todavía existe (la línea férrea pasa sobre ella) para sitiarla por hambre. La ciudad protestante resistió por espacio de siete meses, al cabo de los cuales el Cardenal paseó su bata de púrpura sobre la población muerta de hambre. El alcalde de la ciudad, —un llamado Guiton,—había jurado apuñalear á quien hablara de rendirse. Los viajeros pueden visitar la sala del Hotel de Ville en que se hizo ese juramento característico del espíritu de esas guerras.

Las viejas construcciones se perpetúan en esa ciudad que no progresa. Se admira en la avenida llamada *Le Cours des Dames* una puerta de piedra con fecha del siglo XIV. Las fortificaciones que, aún en la actualidad, tiene La Rochela fueron construidas por Vauban. Se conserva, á la entrada de la ría, la Torre de Richelieu cuyas campanas tocan solas cuando sube la marea.

Tomamos el tren expreso á París, que corre por una comarca encantadora. Son lomajes tendidos que se amarran, los unos á

los otros en la parte baja por franjas de rica vegetación; los hay cubiertos de viñas, donde los rayos del sol transparentan el jugo delicioso de los racimos; los hay que parecen tapices por el variado color de las plantaciones; en otros, cubiertos de pasto, las vacas pasean filosóficamente su cencerro. Las casas de la gente pobre tienen buenas y humeantes chimeneas. Se divisan graneros y bodegas. Se adivina en todo una existencia rural holgada y virtuosa. En los puentes, en las calzadas, en los edificios y los jardines, del mismo modo, se ve la cultura de ese pueblo y el bienestar de que goza. Se comprende la razón del nombre que se le suele dar á la Francia de «Grecia moderna». ¡Cuánta envidia. ¡Cómo desearía tenerla esa cultura popular en mi tierra chilena, donde los hombres son más robustos, los campos más fértiles y el cielo más benigno...! Comparo ese paisaje con los cuadros que la América presenta al viajero. Este es un mundo educado, pletórico, de propiedad subdividida, con la industria aplicada á todo. En América se siente todavía el soplo de un mundo primitivo, y el hombre se ve en su insignificancia al lado de la naturaleza libre.

Llaman la atención los caminos públicos y vecinales, admirablemente trazados y conservados: la Alameda de Santiago no lo está mejor; esto lo pueden hacer, por cotización vecinal, las poblaciones muy densas. En Chile se encuentran leguas y leguas sin un solo habitante.

En la parte alta de las lomas se divisan castillos que fueron feudales, y cerca de ellos construcciones modernas; son los palacios de los nietos y biznietos de los antiguos caballeros de Francia que edifican en torno del viejo castillo familiar.

Pasamos por ciudades pequeñas, del Loira inferior, Sevres é Indre, construídas á la moderna entremedio del caserío antiguo, como Niort, Thouars, Montreuil y Saumur, á la orilla del Loira con el gran castillo en que funciona a Escuela de Caballería de Saumur que pasa por ser la primera del mundo. De pronto surge, admirable, graciosa é imponente á la vez, la catedral de Chartres, uno de los más puros modelos del arte gótico. No ceso de mirarla hasta que la veo naufragar, como un barco de fantasía, en las ondulaciones de los lomajes.

Por los caminos que se ven como cintas

suaves y unidas, van automóviles,—carros de los modernos señores feudales,—más ligeros que el tren, abriéndose paso entre los convoyes de carretas tiradas por caballos frisonos, como en los cuadros de Rosa Bonheur.

Es una región privilegiada esa parte esencialmente agrícola de la Francia que se extiende del Garona al occidente recibiendo las aguas del Loira en numerosos afluentes. Es comarca fecunda y pintoresca, donde bien se verifica que Francia es el país de la belleza y de la buena vida. En todo el trayecto el paisaje sugiere la idea de la felicidad. Los habitantes de esa Francia rural no deben tener ambiciones fabriles. Deben ser lo que fueron sus abuelos: cultivadores tranquilos y buenos soldados. Las complicaciones sociales no pesarán tanto sobre ellos. No conocen la huelga ni la hambruna; hay producción abundante y comercio fácil. Son viñas, trigales, hortalizas y ganados. Y así desde hace siglos... La población no aumenta. La misma familia desde hace doscientos años ocupa el mismo pequeño lote de terreno. La vida está en un marco estrecho pero feliz. Las nuevas formas de Gobier-

no poco se hacen sentir ahí donde existe un feudalismo agrario, arraigado como las encinas de tiempo de Luis XI. Es una parte donde, no habiendo miras ni industrias, continúan dueñas de las grandes propiedades (relativamente grandes) las familias antiguas, esa vieja aristocracia rural de la que tanto partido supo sacar el genio de Enrique IV. La burguesía impera en las fábricas y en las minas. En esos castillos, que diviso desde la ventana del tren,—Beocia, Alençon, Touraine,—siguen viviendo los del séquito del Bearnés. Hacen vida de trabajo y de hogar. Desde la caída de la última monarquía, la gente de la antigua aristocracia viene poco á París. En París, esta gente, ya no tiene qué hacer. Es una ciudad metalizada, donde todos se mezclan, se pide la disolución del Ejército y se niega la existencia de Dios. En París triunfa todo lo contrario á los penates de la vieja nobleza. Para el *voiyou* es príncipe todo aquél á quien se le puede abrir una puerta de carruaje.

Los antiguos caballeros se quedan en sus tierras. Usan ahora en vez de armadura, ropa de paño londinense. Ya no recorren la Francia lanza en ristre pero sí en rápidos

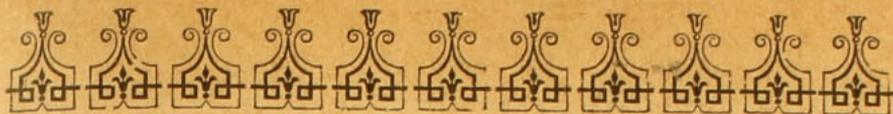
automóviles. Grandes son las transformaciones. Pero, por la actitud que guarda, puede creerse que esa gente, en el alma, no ha cambiado; sigue siendo la aristocracia francesa digna depositaria de gloriosas tradiciones. Así, al menos, creámoslo para no echarnos á perder la nobleza del vasto paisaje feudal. Sería penoso saber que esos condados pertenecen á plebeyos enriquecidos; saber que una yankee millonaria es la castellana de aquella vetusta torre que fué de Margarita de Francia.

Esta es mi impresión de la Francia rural; y me es muy grata porque aquí en París, me siento ya en algo muy grandioso y miserable á la vez. Siento en mi alma una profunda inquietud. Iré á puertos y fábricas muy interesantes, pero en los cuales no podré dejar de ver una muchedumbre harapienta que gime bajo una misteriosa tiranía; respiraré esa atmósfera desesperada que estalla á cada momento en sangrientos furores, sintiendo el soplo demoledor de ideas nuevas. Presiento, si dejo de ser un viajero pueril y miro en el alma de este viejo mundo, que asistiré á un drama terrible. Quiero, por lo mismo, conservar, como un refugio, como un consue-

lo, la visión de esa valle agrícola que, en el tumulto europeo, permanece como una isla tranquila y deliciosa, donde la gente vive junto al suelo y también cerca de la nube, sin otras pasiones que las muy sencillas y nobles de la Patria y de Dios.

III

BOLETO CIRCULAR



BOLETO CIRCULAR

LOS AFUERAS DE PARIS

París es ciudad en que se puede pasar el verano. Aunque el calor es violento, en el mes de agosto, la brisa del Sena se hace sentir como abanico vespertino. La ciudad se presta al reposo, porque queda desierta, deliciosamente tranquila. Todo duerme en ella, todo está mudo: la campanilla eléctrica, el cochero de *fiacre*, el mozo de restaurant, la semi-mundana que vaga solitaria, y hasta el ascensor que se ha quedado sujeto entre el cuarto y el quinto piso. El abandono es completo; el adormecimiento es mágico, como el de aquella ciudad del cuento de Perault que, de súbito, se queda dormida al soplo invencible de un sueño misterioso.

Sólo en los alrededores de París, durante el verano se siente el bullicio que corresponde á una ciudad que, aún en esa época, conserva dos millones quinientas mil almas. Son tan lindos esos contornos, tan pintorescos, tan variados, hay en ellos recuerdos tan interesantes! Están llenos de hipódromos, de casinos y de teatros; todo en ellos es cultivado de un modo rico é inteligente. Por momentos no se comprende á esos quinientos mil parisienses que se dan el trabajo de irse á veranear á otra parte.

¡Ah! los alrededores de París... Le forman á la capital del mundo la admirable diadema que merece. Son bosques oscuros—en que vuelan faisanes y galopan ciervos—tendidos sobre lomas suaves, de las que surgen castillos regios. Es la verdura profunda y aromática, bajo un cielo de un impecable color azul. Es Saint-Germain, donde nació Luis XIV en la altura de ese bosque cuya opulenta fantasía se impregnó en la imaginación del monarca. Es Saint-Denis, cuya basílica ojival, construída por el Rey Dagoberto, sobre la tumba del apóstol de París, sirve de necrópoli á los reyes que fueron de Francia. Es Saint-Mandé, á lo largo del bosque de

Vincenes, donde Alfonso Daudet coloca sus *Reyes en Destierro*, ese libro triste é irónico, ese cuadro admirable de las monarquías que agonizan. Es Chantilly, con el castillo legendario de los Condé, que el duque d'Aumale obsequió al Instituto de Francia, y la capital de sport francés, especie de Newmarket continental, donde se crían las más nobles razas de caballos. Es Enghien con sus trágicos recuerdos, sus jardines preciosos, y su casino construído en forma de barco á la orilla de un lago hecho en forma de mar. Es Robinson, con sus restaurants estrambóticos, en los cuales los comedores están suspendidos en los árboles para que las mujeres, con sus trajes brillantes, parezcan aves del Paraíso. Es Saint-Cloud, sirviendo de fondo al Bosque de Bolonia, con ese monte Valeriano en el cual parecen dibujarse todavía las baterías de los alemanes, con sus bocas negras, insondables, apuntadas sobre los monumentos de la civilización latina. Es Fontainebleau, el castillo de Diana de Poitiers, la diosa protectora del Renacimiento. Ahí reaparece ella, por todas partes, en su desnudez divina, apoyada en un arco de plata, entre Francisco I que la mira con su cara de sátiro,

y Enrique II que la cubre con su vaga sonrisa de Acteon.

Esa mujer fué una cortesana cruel que triunfó por la adulación y el sensualismo. Con todo no dejo de admirarla. Su recuerdo, ahí, en Fontainebleau, evoca los esplendores del Renacimiento. Su nombre está unido á los de Primatice, Philibert Delorme y Jean Goujon. Este la esculpió desnuda y triunfante, abrazada á un ciervo. Ahí ésta esa obra inmortal: la cazadora mitológica, diosa de las selvas, con el carcaj á la espalda y la media luna sobre la frente, adelante de la jauría.

En el paisaje de Fontainebleau parecen resonar todavía los cuernos de caza y el bullicio de la Corte que pasaba procesionalmente. Innumerables estatuas se ven en los claros de la verdura. La brisa inclina los chorros de agua en las piletas de mármol. Un ciervo aparece entre las ramazones. ¿Será el de Diana, ó será el que el sanguinario Napoleón I perseguía en los cortos momentos que ahí estuvo sin cazar hombres? Porque en ese punto, á los grandes recuerdos de la monarquía los del Emperador se unen. Ahí se despidió de su Vieja Guardia. Ahí se percibe,

mejor que en otros puntos de Francia, la visión de las águilas napoleónicas aferradas sobre las flores de lis de los Borbones. . . .

Versailles es el complemento de París. ¡Cuántas tardes poéticas pasé en ese punto majestuoso, venerable, en esa ciudad en la cual las cosas seducen y enternecen, á la hora penetrante del crepúsculo! Han dicho que Versailles es la ciudad de los fantasmas, porque en ella, como en los grandes sitios históricos, los recuerdos salen de todas partes, de las piedras, de las avenidas, de las cornisas. En Versailles los espectros circulan bajo los grandes árboles sombríos. Muchas veces se me figuró que venían á sentarse sobre los viejos bancos de piedra. . . . María Antonieta, con su gran sombrero y su vestido á listas, aparece entre las estatuas de mármol. Se desliza furtiva la sombra del cardenal de Rohan. . . . Ahí, en esa casa, habitó Fénelon; en aquella nació Hoche. Ahí tiene la Francia la historia de sus tres últimos siglos, en esas grandes avenidas por las cuales pasaron los demagogos y las tejedoras, siguiendo á Maillard en los trágicos días del mes de octubre. . . . En ese parque se paseaba Thiers, triste, meditabundo, enérgico, escuchando no

lejos el tronar de los cañones de los fuertes y de la Comuna... Ahí está la historia de ayer y también la historia del pasado. El Gran Rey impera en el palacio soberbio. La Dubarry se embellece en su *boudoir*. Luis XVI está inclinado en esa reja desde la cual se divisa París, y la Revolución, cuyo hervidero parece sentirse aún en el cercano juego de pelota y en las habitaciones de los diputados del Tercio, que eran los futuros convencionales...

El Museo tiene esas grandes salas de cuadros de batallas. Son las campañas de Africa, de Crimea, de Italia, de México, y también las antiguas hazañas del pueblo galo. Ahí están los Vernets, los Pils, los Ivon, que recuerdan lejanas aventuras y consagran grandes victorias.

Cada vez que recorrí esas galerías—en que está escrita la historia de Francia con el pincel cálido y genial de sus pintores—más que en esa historia imponente, pensaba en mi lejana patria, en ese extraño Chile que hace cosas grandes y las deja perderse. ¿Por qué no tenemos nosotros una pequeña galería, de arte y de orgullo, semejante á esa gran galería de Versailles? ¿Qué nos falta? ¿No

somos acaso un pueblo que no cuenta sino victorias, y que tiene pintores de talento? Una galería como esa solo necesita, para formarse, fieros soldados que ganen batallas, y hábiles artistas que las trasladen al lienzo, con su soplo fragoroso. ¿Qué nos falta entonces? Nos falta orden, habilidad, protección del Gobierno en los períodos de paz. Nuestro talento nacional, nuestras fuerzas productoras, sin ese orden y sin esa protección, vagan y dejan perderse el fruto de sus fuerzas. La política absorbe y consume á los Gobiernos, una política personal, inútil, pequeña, puesto que ya pasó, realizando su obra de liberalismo, la gran política doctrinaria. Ese maldito espíritu de círculo y rencilla está echando raíces entre nosotros, y no es su consecuencia menos fatal la de vernos reducidos al nivel ordinario de los pueblos, pudiendo ser, por mil maneras, un pueblo sobresaliente.

Volvamos de Chile á Versailles: la distancia es grande, pero la imaginación es tan rápida, más rápida que la luz, más rápida que el sonido. Entremos por el patio de Marruecos á la sala de sesiones de la Asamblea Nacional. Ahí parece respirarse la fiebre de esos días en

los cuales, sobre el Imperio destrozado, Thiers, Gambetta, y de Broglie, se disputaban, con elocuencia, la restauración de la monarquía ó el advenimiento definitivo de la República... Bajemos al parque, á ese jardín inmenso, indecible, lleno de kioscos, de estatuas, de templos al amor, cuyas fuentes son el producto de juegos de agua misteriosos; lleguemos á los palacios del Trianon, donde veraneaba la Corte de Luis XVI; recorramoslo todo, porque todo tiene algo de sobrenatural, algo de cuento de hadas. El paisaje, que abarca muchas leguas á la redonda, parece existir para hermostear y completar el parque de Versailles. Hecho para el deleite de monarcas refinados y poderosos, es la florecencia de infinitos millones de escudos que ahí se enterraron, junto con el honor y la gloria del pobre intendente Fouquet.

Hay un lugar, poco frecuentado por los visitantes de Versailles, al cual nunca dejé de dirigirme: el teatro del Trianon. Esa construcción, coqueta, en su abandono está llena de poesía. Sus cornisas doradas tienen ninfas de Lagrenée, que desparraman cuernos llenos de rosas y de flores de lis; sobre el pros-

cenio está el monograma de María Antonieta. Cada vez que entré creí ver ese recinto lleno de sombras elegantes. En esa sala vetusta, pero aún deliciosa, me imaginaba una marquesa del tiempo aquél, con su rostro empolvado, lleno de seducción y sus maneras mimosas llenas de gracia. Se conservan, rotos y polvorientos, los telones y las bambalinas de antaño, los que servían en las representaciones de la Reina, con el duque de Artois y monsieur de Vaudreuil. La Reina representaba el primer papel en *La riña imprevista* y en *El Adivino de la aldea*, esas piezas bonitas, espirituales y livianas, como la época que las inspiró, como los artistas que las dieron. Mervilleaux era entonces el gran maestro de la comedia. Muchas veces en ese pequeño teatro, ruinoso y sugestivo, creí oír una flauta invisible que tocaba en la sombra un minueto de Mozart. Por la influencia de esa música soñada, bajo el polvo del presente, ese pasado encantador se me aparecía, con sus ropajes de seda clara, de seda azul, sus guirnaldas de flores frescas, y Nicolet luciendo sus talentos ante la Corte, sentada ahí en esos palcos en que ahora no hay sino telas de araña...

Para mí nada hay semejante al parque de Versailles, nada más noblemente artístico en su disposición, nada que revele mejor la poesía y el reposo de los campos señoriales. Lamentaba al retrasarme en sus balaustradas, ó en sus avenidas de árboles tallados, no tener un «ardor en el alma», como decía Sofía Arnould. Cuando se tiene ese ardor, cuando se ha tocado un corazón elegido, qué bello debe ser, en el mes de octubre, luminoso y tierno, irse con el sér amado, á perder deliciosamente el tiempo al borde de esas fuentes que reflejan árboles oscuros y mármoles blancos como en las quintas de Florencia, á lo largo de esas avenidas cubiertas de hojas secas, en esa decoración meláncólica, suprema, majestuosa, donde las almas se impregnan del otoño y del pasado!.....

.....

Al altísimo y apasionado encanto que los grandes recuerdos dan á los sitios de la tierra, se agrega, en los alrededores de París, la belleza natural de los contornos ondulados, la frescura que aporta el caudaloso Sena y que se anida en los bosques seculares, la instalación lujosa de cuanto sport practica la sociedad moderna, desde el diletantismo

náutico que amarra en la isla de Puteau sus vaporcitos blancos como pájaros de mar, hasta la cancha de golf que se extiende en las frondosas lomas de Choisy-le-Roy.

Nada hay semejante á los alrededores de París. Tanto el poeta que se inspira en la gloria de una puesta de sol, ó evoca las grandes sombras del pasado, tanto el mundano que practica los placeres modernos, tanto el simple burgués, el hombre verdaderamente feliz que goza con lo poco que sabe del pasado y con lo poco que tiene del presente, encuentra en los alrededores de París.

HACIA EL MONTE CENIS

Los alrededores de una ciudad, por hermosos que sean, siempre son «alrededores de una ciudad»; la contemplan sin cesar, están unidos á ella por comunicación breve y constante, pertenecen á ella.

Una ciudad, por muy interesante, por muy grande que sea, por muchos alrededores que tenga, cansa cuando se vive en ella largo tiempo. La mayor de las capitales acaba por ser pequeña para el más ínfimo de los

hombres. Existe en nosotros un instinto de lejanas aventuras, de países nuevos, de cosas desconocidas. Es ese fecundo instinto que llevó al Nuevo Mundo á los navegantes del siglo XV, y que lleva al centro del Asia y del Africa y del Polo á los exploradores modernos. Gracias á él, se ha extendido la civilización. En muchos de esos turistas elegantes que recorren las grandes líneas de Europa, sin rumbo y sin placer, palpitan las ansias infinitas de un antiguo conquistador, atormentadas, porque ya no tienen á dónde ir. ¿Quién no siente la influencia de este deseo adherido al corazón cuando escucha, en la noche, el pitazo de una locomotora que vibra en las tinieblas y que anuncia un gran viaje? ¿Quién no siente, en ese momento, la miseria de la ciudad, de lo pequeño, de lo conocido, quién no ambiciona la gloria de los grandes horizontes ignorados...?

Así me encontraba en el verano de 1903. Hacía más de un año que no salía de París. Ya me asfixiaba en la capital del mundo y las cincuenta leguas que la contornan. Y veía irse á todos los que podían hacerlo. Esa corriente humana, que sale de París en el mes de junio y se extiende por toda la Europa

occidental, me arrastraba con fuerza. El hombre es como el mono, como la oveja de Panurgo: más que animal de impulso, es animal de imitación. Esto, unido á la nostalgia de lo lejano, al instinto aventurero, al calor estival, al snobismo, produce la conocida neurastenia de los que no veranean.

Pero estaba expuesto á hacer un largo viaje de un momento á otro. Los países de América del Sur, por economía, mantienen en Europa pocas Legaciones. Cada Ministro diplomático está acreditado ante dos ó tres Gobiernos á la vez. La Legación á que yo pertenecía abarcaba Francia, Suiza y la Santa Sede. Frecuentemente el Ministro debía trasladarse á Berna ó á Roma, dos puntos centrales de dos países interesantes. Con semejante expectativa estarán siempre felices los secretarios de Legación, que amen la naturaleza y el arte.

La agonía de León XIII comenzó en los primeros días de julio de 1903. Todos los Ministros acreditados ante la Curia Romana se dieron cita en torno del lecho del venera-

ble Papa. No lo hicieron de buena gana. Roma, en el verano, es ciudad calurosa y malsana. Se desprenden esos miasmas del lago de Porto, que hacían huir hacia el norte á los Emperadores antiguos, y en los cuales se envenena Alba Steno, una de las más encantadoras creaciones de Paul Bourget.

Cuando se llega á Ministro es cuando se está viejo, cuando no se hacen sentir sino prudentemente las grandes voces del entusiasmo y de la admiración. Sin duda fué admirable la fisonomía moral de León XIII, y grande su papel sobre la tierra. Pero asistir á sus honras fúnebres con tanto calor, era otra cosa... Los Gobiernos, que suelen conocer á sus Ministros y Embajadores, les ordenaron en este caso que se trasladaran al Vaticano. Por esta circunstancia hice un primer viaje á Italia. Me propongo contarlo, si lo permite la paciencia del «lector amable», según la fórmula de presentación de los antiguos escritores.

Para hacer un viaje á Roma liso y llano, de ida y vuelta, tomé un «boleto circular» que me permitiese, una vez cumplido el deber profesional, volver por el lado del Adriático y de los Alpes centrales, es decir, por

Florenca, Venecia, Milán, Lucerna y Zurich. Así, mi relación abarca un campo más extenso y variado.

Los «boletos circulares» ofrecen ventajas: son á precio reducido, de larga duración, y permiten recorrer varios países. Los expende la Agencia Cook, mediante convenciones que ha establecido con las compañías de ferrocarriles internacionales. Gracias á ellos ha podido tener amplio campo la pasión educadora del turismo. Hay «boletos circulares» que permiten hacer un gran viaje redondo por una suma módica. En la plaza de la Opera en París, en la Oficina de *Cook's Sond y Ca.*, se ve al gran señor al lado del pobre diablo, formando la más abigarrada multitud. Esa oficina es una especie de volcán que arroja incesantemente un chorro humano que se dilata por el mundo entero. «El globo terráqueo al alcance de todos», dice en la puerta.

Para matar de algún modo las primeras horas de esa noche de viaje, me instalo en el carro-restaurant.

Veó unas cuantas muchachas de París,

clientes del café Maxim's. Van á Aix-les-Bains, que es el punto de cita que, en el verano, se dan los vividores y las semi-mundanas.

Algunos ingleses, y unos muchachos que van en el tren, atraídos por el perfume de esas mujeres elegantes y fáciles, han venido á sentarse cerca de ellas.

Sin la menor dificultad entraron en amistosa relación. Pidieron champagne, *sandwich*, cigarros y cigarrillos. Las muchachas,—que habían pensado aburrirse durante el viaje,—se sienten alegres, espirituales, como en el famoso café de la calle Royal.—Se establece la más agradable confianza; los sirvientes—maleados por la propina—trajeron nuevas libaciones, y la noche se pasó cantando y bebiendo, tal como en un restaurant del centro de París. La única diferencia estaba en la orquesta, la cual, en vez de ser de tziganos, era el ruido infernal de los ejes y las cadenas del tren que corría en las tinieblas.

Llegamos á Aix-les-Bains. Eran las 7 de la mañana. El carro-dormitorio no había servido, ya que los franceses instalan hasta en los trenes agradables elementos de transnochada. La separación de las semi-mundanas

fué efusiva, llena de abrazos y promesas. Los ingleses les dirigieron discursos en mal francés. Algunas personas en los otros compartimientos despertaron y asomaron por las ventanas sus cabezas congestionadas por el sueño, preguntándose, quizás, cuáles eran los tiernos lazos que ligaban á esos pasajeros con esas damas. . .

Fué una noche de viaje poco común. Más que un convoy de pasajeros que van á la «ciudad eterna», á presenciar los funerales de un Pontífice, parecía un tren de placer. Así los cruzados, cuando se dirigían á Jerusalem, no dejaban de divertirse en el camino. Por debajo de las exaltaciones, más ó menos interesantes, que lo guían é iluminan, el hombre es siempre el mismo.

Los viajeros libertinos se dispersaron por los compartimientos del tren y se pusieron á dormir la trashedada. Yo preferí quedarme mirando por la ventana del carro. Sentía una tristeza vaga, infundada. La mañana, opaca y lluviosa, tomaba parte en mi tristeza. Atravesábamos ese bello paraje de Aix-les-Bains, agrupación de colosales hoteles sumidos en la espesura de los antiguos bosques de Saboya.

Todo estaba cerrado, todo dormía en ese recinto de placer, de pasión y de juego. ¿Cuántos delitos, cuántas aspiraciones desesperadas, cuántas embriagueces de oro y de amor, dormían bajo los techos elegantes de esos hoteles, que destacaban la macilenta blancura de sus fachadas de mármol, sobre el verde intenso de los bosques? Era el tiempo en que Aix-les-Bains—llenándose con gente de todas partes del mundo,—se convierte en una terrible factoría de juego de placer, de elegancia y de lujo. Si no hubiese sabido qué punto era ese, nada más que viendo el sueño pesado en que, á las 7 de la mañana, yacían sumidos sus vastos edificios, sus calles desiertas, habría comprendido que ahí dormía una multitud trasnochada en el juego y el libertinaje.

Después de bordear el pintoresco lago del Bourget, el tren penetra en la espesura de los montes. Son las montañas de Saboya que se atraviesan en demanda del Monte Cenís. No son montañas escarpadas; sus gargantas son pequeños valles luminosos y cultivados; sus laderas están cubiertas de olmos, de pinos y de árboles frutales. Los antiguos llamaban «Salva Vía» esa comarca y por derivación ha

llegado á llamarse Saboya. La etimología se adapta á esos cerros hospitalarios y fecundos.

No lejos de Aix-les-Bains se encuentra Chambery, ciudad pequeña que no ofrece otra importancia que la de ser el asiento judicial del departamento de Saboya, y la de tener conocidas industrias textiles: las gasas de Chambery. Pero es un sitio como todos los de Saboya, agradable y pintoresco, muy alto, rodeado de montañas y de bosques.

No es por esto, sin embargo, por lo que los turistas se detienen en Chambery. Es por visitar una casa de campo cuya edad se aprecia, á primera vista, en la patina húmeda y terrosa de la fachada, en el mobiliario anticuado, en los tapices desvanecidos, en la melancolía que los años ponen en las cosas. Está cerca de la ciudad, en la falda de una loma á la cual se llega por un camino hueco, sepultado en la verdura. Esa casa es la quinta *Charmettes*, intacto y bonito ejemplar de las viviendas de recreo que el siglo XVIII amaba.

Aunque pertenece á particulares esa casa, es permitido visitarla. Hay un álbum en el salón; en él, los turistas dejan su firma. Recorriéndolo á la ligera me saltaron á los ojos

autógrafos ilustres en ambos mundos: Condesa de Noailles, André Theuriet y otros. También nombres de amigos y de parientes; que esto se ve en los registros del turismo universal.

Si es propiedad particular, esa casa se conserva como edificio histórico; sus dueños no la habitan. De modo que el visitante no se siente en casa de fulano de tal, pero sí en casa de personajes legendarios. Efectivamente, todo lo que usaron en su vida íntima esos lejanos personajes, se conserva como reliquia, y, con admiración, se muestra á los pasantes. Muy ilustres debieron ser para que los actuales dueños de las *Charmettes* se resignen á tener su morada en calidad de museo.

Al entrar en el vestíbulo, recuerdo haber leído, no ha mucho, en los diarios de París que el Municipio de Chambéry solicita del Gobierno un crédito de 30,000 francos para comprar esa quinta y constituir la «bien nacional». Sus dueños piden 50,000 francos. Chambéry, que no es una ciudad opulenta, sólo dispone de 20,000. Por lo cual pide los 30,000 restantes al Gobierno, para adquirir las *Charmettes*. Un senador pronunció un

discurso. Es indudable, el Gobierno concederá los 30,000.

¿A qué se debe ese deseo de constituir las *Charmettes* en propiedad nacional, á qué se debe que sus dueños no se atrevan á tocar nada de lo que forma su ajuar, ni se atrevan á impedirles la entrada á los turistas? ¿Cuáles son los legendarios personajes que visitamos ahí...?

Lo sabrán los que hayan leído el *Emilio* ó los admirables *Paseos* de Juan Jacobo Rousseau. En esa quinta vivió esa madame de Warens, cuya belleza, cuyas pasiones y cuyas penurias, forman uno de los romances de este siglo de inteligencia y de amor que fué el siglo XVIII. Hasta el jardinero que tallaba esos rosales,—incultos desde hace 150 años,—nos es conocido. Era aquel Claudio Anet que inmortalizó la pluma del filósofo en sus poemas familiares.

Madame de Warens, la graciosa y voluble castellana de las *Charmettes*, entre sus adoradores ilustres tuvo á Juan Jacobo, cuando éste era muy joven, casi un niño. Ahí, en ese recinto de silencio y poesía, escondió su primer amor ese hombre portentoso y enfermo. Ahí se formó esa sensibilidad cuya in-

fluencia alarmante todavía se siente en el mundo entero. Desde ahí descubrió, para el pensamiento universal, una nueva concepción de la naturaleza y de la literatura; ahí concibió las quimeras sociales con las que nos agita todavía. Desde esa loma, que en el invierno se adormece bajo la nieve y en el verano se confunde con el cielo vaporoso, se extendió hacia la llanura, hacia el mundo, un nuevo y fuerte sentimiento de la creación, y un sortilegio admirable, una promesa de imposible igualdad social, más bella y convincente que la que nunca produjeron los patriarcas antiguos.

Cuando nuestra caravana de excursionistas iba gravitando la colina, una campana sonó en el aire fresco, una campana que era como un eco del alma del filósofo evaporada en esos sitios.

Visitando los departamentos de las *Charmettes*, me detuve en el marco de una ventana. Se divisa, detras de una viña, el sendero que baja á Chambery. Por ese camino iba Juan Jacobo á ver despuntar el alba; por ahí conducía á su amada, pasándole la mano por el talle, como gentil caballero de su época. «Nos íbamos de colina en colina,—dice

en sus *Paseos*,—de bosque en bosque; á veces por el sol, más bien por la sombra, descansando aquí y allá...» ¡Ah! las poéticas imágenes... Creo verlo, al pensador del *Contrato Social*, muy de mañana, por el sendero florido. Lleva un libro en la mano. A medida que marcha, medita y contempla el cuadro de la naturaleza. Se me figura que su meditación lo exalta, y que levanta el dedo para señalar á Dios... En esas montañas altas y sombrías, su alma de joven adquirió elevación y tristeza. Desde ahí contempló en la llanura el vano tumulto de los hombres; desde ahí sintió esa plácida grandeza de las nubes que circundan las cimas, esa plácida grandeza que, más tarde, formaría á sus páginas tormentosas un horizonte ideal...

Mi visión no fué completamente imaginaria. En las *Charmettes*, Juan Jacobo Rousseau continúa viviendo. La huella de sus pasos se conserva en los senderos húmedos; los objetos en los departamentos están como él los dejó. Ahí se siente todavía el corazón de madame de Warens, enamorada del «genio de ese niño». No es raro, pues, que los peregrinos de las *Charmettes* evoquen la sombra imperecedera del filósofo. Tanto más

tratándose de uno de esos seres extraordinarios cuyo espíritu continúa conduciéndonos. Juan Jacobo vive siempre, inspira las novelas y las piezas de teatro, exalta las pasiones románticas; aunque vulgarizado y encadenado por sus quimeras, sigue entre nosotros: lo sentimos en los discursos, en las leyes, en los artículos de prensa, en todo lo que aspira á una sociedad futura fundada en el amor natural, en la educación del Estado, en la igualdad... Terrible y seductor, Rousseau continúa en medio de la batalla moderna. En todas partes se le encuentra. ¿Figuraos, cómo no se le ha de encontrar en el sitio en que vivió su juventud y su pasión?

La obra de Rousseau, que es una de las más complejas y la que más trágicamente ha exaltado el corazón humano, en las *Charmettes* parece comprenderse mejor. Viendo esa imponente y tranquila naturaleza tuvo razón, el filósofo, de proclamar la superioridad del estado natural sobre la civilización. ¡Qué bien se está ahí...! en la calma de las serranías, en el aire puro, cerca del cielo... Qué mal suele estarse abajo, en las ciudades, en el tumulto fatigoso, en la infamia...

Como todos, todos, aún los hijos de las más extrañas civilizaciones y de los más lejanos pueblos, han sentido la influencia de las ideas de Rousseau, las *Charmettes* se presentan como un divisadero universal. Ahí estuvo ese genio cuyo poder inmenso produce terror como lo producen las fuerzas de la naturaleza. Desde ahí Juan Jacobo arrojó sobre el pensamiento humano esas ideas de igualdad y renovación que impulsaron tan bellas conquistas, y que producen tan horribles excesos. Ahí escribió ese, cuya elocuencia «incendiaba el papel» al decir de un contemporáneo suyo. Se impone en las *Charmettes*, la patética figura de Juan Jacobo. El destruyó las fórmulas sobre las cuales reposaba la sociedad antigua: las fórmulas nuevas son, en gran parte, el fruto de su obra. El valor de su influencia civilizadora es enorme, pero, al mismo tiempo, en qué profunda é incierta agitación nos precipitó. Todavía no sabemos á dónde nos lleva Juan Jacobo. Lo que sí sabemos es que sus ideas nos dejaron en el alma una irremediable melancolía, una áspera tristeza, que el noble reposo de sus *Ensueños*, no consigue aminorar, ni la plácida belleza de las *Charmettes*...

Ese sitio alto y solitario de las montañas de Saboya, en el cual ese hombre pasó su juventud y su amor con una de las más graciosas siluetas femeninas de ese siglo voluptuoso, ese sitio desde el cual se divisa la llanura de Chambéry, rodeada de bosques y cimas nevadas, es sitio de divagación intelectual y de sentimiento, sitio que no se olvida. Michelet lo dijo: «Siempre se irá á las *Charmettes*».

Se divisan en las alturas castillos feudales que alzan sus frentes rotas. La Saboya, en la edad media, fué patria de caballeros de horca y cuchillo. El paisaje ha conservado su carácter tradicional; se presta á evocaciones de otro tiempo. ¡Qué de inocentes y bellas historias de antiguas lecturas se me vienen á la imaginación mientras el tren corre por ese noble país! Ahí, la caballería andante brilló en su flor. Dominó ahí por muchos siglos, una reyecía bienhechora y pura, tal como la pinta la imaginación infantil de los primitivos trovadores. Ese paisaje me transporta á la edad de oro de la monarquía de Carlo Magno y de Artus. Creo ver en los ca-

minos de la selva á esos cumplidos caballeros, que eran reyes jóvenes, pero sabios como patriarcas y castos como héroes celtas. Sus visiones me deleitan.

Aunque se está cerca de los Alpes Marítimos no es la clásica figura de Scipion la que se ve; es la de un gentil hombre avezado en los secretos del amor, desinteresado, magnánimo, casi divino; algo como el esposo celeste que los viejos maestros ponían en sus «Matrimonios místicos», colocando el anillo en el dedo de la virgen desmayada de amor. ¡Bendita sea esa comarca! Ella nos hace comprender el carácter ideal de los primeros tiempos de la edad media.

En el fondo de la llanura del Revard, se divisa el monumento gótico que sirve de necrópoli á los reyes de Saboya. Ahí duermen su sueño tutelar, en el centro de su dominio histórico los príncipes batalladores y admirables de esa casa que hoy reina sobre Italia, después de haber perseguido ese fin durante novecientos años.

El tiempo no es de reyes. A nadie se oculta ya la infinita miseria que durante siglos, encubrieron las coronas. Pero nadie dejará de mirar con respeto esa tumba de príncipes

que fueron varones ejemplares. Ahí está Carlos Manuel I, el amigo de Enrique IV, que «llevaba en su alma el reflejo de sus montañas». Ahí está Humberto Blancas Manos, que nunca se manchó ni en refinamientos, ni en tiranías. Ahí están todos los representantes de esa inflexible energía que se propuso reinar sobre la Italia y que lo consiguió, después de mil años de aventuras, de desastres, y de triunfos. Ahí está enterrado el príncipe que dijo en el año 1034: «La Italia es una alcachofa que la casa de Saboya cogiera hoja por hoja». Y ahí está, en Roma, reinando sobre toda la península, en una época de democracia y libertad, un príncipe que lleva el mismo nombre, la misma sangre, y la misma energía, del que pronunció esas palabras en 1034. Cuando una dinastía se compone, así, de una interminable fila de hombres de gran carácter, que aman al pueblo y son capaces de la responsabilidad del Gobierno, nada puede enajenarles el derecho de gobernar, puesto que son como la fuerza histórica, como el agente natural de los pueblos mismos.

A medida que pensaba en esto, la cripta de los reyes de Saboya iba perdiéndose en la bruma de la distancia . . .

Por Chambery se entra á la plena cordillera de los Alpes Marítimos. El tren corre, por un valle angosto y ascendente, entre altas montañas que empiezan en bosques de pinos y acaban en planchas de nieve. Hay pueblos pequeños, agrupaciones de casuchas rústicas, en tornos de vetustas y macizas iglesias de piedra, más poéticas, más dignas de la fe cristiana, cuanto son pobres y sencillas.

Era día domingo. Los montañeses iban por los caminos, con traje propio y pintoresco entonando sus viejas y cándidas tonadas, esbozando sus danzas nacionales. Van en busca de la capilla que los llama con el tañido de sus campanas multiplicado por el eco profundo de las quebradas. El cuadro que presentan esos pueblos fronterizos que hablan una jerga hecha de francés y de italiano, moviéndose en el paisaje, entrevisto por una ventana del tren expreso, resulta curioso, muy de la escuela de los pintores románticos, lleno de poesía idílica y pastoril. Es un cuadro antiguo, porque la fisonomía de esos aldeanos no ha cambiado desde hace siglos.

A pesar que el trabajo estaba suspendido, se veían las canchas de labranza cubiertas

de leña, y, en las faldas de los cerros, las explotaciones de pizarra y de antracita, que forman la industria lugareña en la pendiente francesa de los Alpes Marítimos.

Se toca en Saint-Jean de Maurienne, garganta fortificada que recuerda que ya se está al lado de un país de la Triple Alianza. Los cazadores alpinos de la guarnición, francos por ser día domingo, vagan en pequeños grupos, y miran con aire nostálgico el tren que pasa dando poderosos resoplidos para vencer la gradiente. Con sus boinas verdes y sus pantalones cortos, parecen montañeses de opereta, esos soldados, y se aburren porque no tienen nada que hacer.

Adheridas al flanco de la montaña se ven poderosas torres de combate. Uno se pregunta de qué van á servir esas máquinas de guerra cuando triunfe definitivamente el movimiento de paz universal iniciado por los pueblos democráticos. Las bocas de los cañones servirán de cuevas á los conejos, y las bóvedas de acero servirán de abrigo á los pastores...

En Modane están las aduanas respectivas de Francia y de Italia. Es un paradero situado entre los túneles que perforan el corazón

de la montaña, en la boca misma de ese famoso socavon del Monte Cenís, que los ingenieros italianos y franceses cavaron de 1861 á 1870, con un costo de sesenta y cinco millones de francos.

Italia aparece al otro lado.

ITALIA . . . !

Al salir de los socavones del Monte Cenís, el tren se lanza rápido y liviano: va de bajada. El territorio de Italia se impone. Una fábrica, á cuyo frente pasamos á todo correr, ostenta banderas en las cuales la franja azul está reemplazada por una franja verde. Unos obreros juegan á la pelota, otros, más allá, sobre el camino, cantan aires nacionales. Alcanzamos á percibir algunas palabras de esos cantos, pues el tren ha disminuído su andar no sé por qué; son palabras de italiano, del italiano de las óperas líricas, que me hacen creerme en un acto de Cavallería Rusticana.

A pesar que el paisaje de la montaña no ha variado, los detalles que veo son demasiado característicos de la Italia para que

deje de comprender que ya no estamos en Francia. El mal estado de los caminos que corren paralelos á la vía férrea es lo que mejor lo demuestra. Francia es el único país del mundo cuyos caminos son buenos, verdaderamente buenos, como la Alameda de Santiago. Por eso es la patria soñada del automóvil y la bicicleta.

En el fondo de la sinuosa quebrada por la que vamos bajando en busca del valle, corre un torrente poderoso, que se forma de la nieve de las altas cumbres, y se tiñe con el lodo de las laderas. Para aprovechar la fuerza de ese torrente se han instalado, al borde de su curso, las fundiciones electro-dinámicas de La Traz, grandes establecimientos que han influído en la vida económica de la Italia. Puedo pasar de largo frente á La Traz que es tan conocida en Chile, puesto que sirve de modelo á la instalación de nuestras fundiciones. En nuestro país hay centenares de torrentes como ese, en el cual la Italia ha encontrado una fuente de riqueza. ¿Cuál no será nuestra fortuna cuando todos esos cursos de agua estén aplicados, como La Traz, á fundir, por medio de la electricidad, nuestra enorme producción minera? «Muchas casca-

das de oro—decía Weelwriġth, genio precursor de las industrias modernas—corren entre la cordillera de los Andes y el Mar del Sur».

La quebrada se va ensanchando poco á poco. Las montañas que la cierran se deprimen y dejan pasar la plena luz, el pleno aire. Todo anuncia que la garganta no tardará en convertirse en valle, la montaña rocosa en fértil llanura.

Las 12 del día. La lluvia y la neblina han cesado. El sol brilla. De pronto, en una curva de la línea, aparece el seno prodigioso del Piamonte y la Lombardía. Es la Italia. La Italia, cuyo nombre Bayle, al igual del personaje de Virgilio, pronunciaba con adoración, porque «la había conocido y saboreado»; el país donde bajo el cielo puro, la criatura humana se ve naturalmente bella; el país cuya magnífica luz quita hasta la fealdad de los harapos de los mendigos; la nación cuya arquitectura original hace que cada ciudad dé margen á nuevos ensueños, donde los cuadros y los frescos son un paraíso; de placeres

estéticos, donde la gracia de las mujeres es eterna y aún queda en las costumbres algo de la deliciosa libertad antigua». A ese país admirable, eterna adoración de mis maestros y única nostalgia mía, iba penetrando por primera vez!

La brisa que nos baña el rostro nos trae el calor del Africa, deliciosamente refrescado por las espumas del Mediterráneo. El valle sin límites, salpicado de ciudades, cubierto de cultivos, y de fábricas que se esfuman á lo lejos, se presenta como una alfombra, como un manto de colores mágicos. Allá están Turín, Alejandría, Milán, las grandes y hermosas ciudades que son el orgullo y la riqueza de la Italia moderna. Ahí está Rivoli, Lodi, Marengo, Montebello, los sitios memorables que recuerdan una de las más bellas épocas, cuando el alma de la República renacía, cívica y heroica, como en los grandes tiempos cicerónicos, y, valiéndose del genio de Bonaparte, recuperaba su noble y primitivo suelo.

Todo se echó á perder poco después, Bonaparte, general de la República, se hizo César; las legiones de Francia que ostentaban el tricolor de la libertad, se convirtieron

en masas pretorianas conducidas por las águilas de un Imperio invasor. Pero en el Piamonte y la Lombardía algo se conservó del luminoso cuarto de hora de la República, cuando el Cónsul invicto puso por sobre la corona de Austria los derechos del pueblo Cisalpino. Es la hermosa página de la historia de esas comarcas. Aún hoy, que esas comarcas viven en la felicidad de un reino unido y constitucional, eso se recuerda con entusiasmo.

En el norte de Italia impera la tradición napoleónica. El héroe se encuentra, como un Dios, en todos los sitios públicos y privados; hasta en el laberinto católico de la catedral de Milan, Napoleón tiene su imagen profana. En el interior de los hogares, junto con los ídolos del fanatismo popular, se encuentran los retratos de Desaix, Lannes y Massena, los gloriosos edecanés del fundador de la República Cisalpina.

Por encima del orden político, los pueblos viven bajo alguna tutela moral, bajo la reyecía imaginaria de un sér superior. En la Lombardía y el Piamonte es un miembro de la familia Bonaparte quien ejerce esa reyecía tutelar. Es la princesa Clotilde, mujer

virtuosa que dedica su vida y su fortuna á remediar las miserias del pobre. Tiene una poderosa influencia; la llaman «la Santa». Ha fundado un hospital y una escuela en su castillo de Moncaliere, situado en un montículo cerca de Turín, á la orilla del Pó, que abraza toda la comarca con su curso majestuoso. El tren pasa al pie de ese castillo medioeval, convertido en establecimiento filántrópico por esa dulce mujer que trata de remediar los estragos y los sufrimientos que causó en el pueblo la ambición de su tío político, el Emperador. La princesa Clotilde tiene toda la fuerza de una potencia moral. Cuando se habla de lo que queda de Napoleón I, de lo que echó raíces de su efímero imperio, se cita la dinastía de Bernadotte en Suecia, y la princesa Clotilde en Moncaliere.

No es Napoleón quien se conserva y fluctúa como una divinidad en el ambiente italiano; es Bonaparte, nada más que Bonaparte, el legendario paladín de la República. No encontrareis en esas comarcas una sola imagen que represente al Emperador, enfático y obeso. Todas representan al general, imberbe, ágil y delgado, con la mirada intensa y la frente llena de luz, al tipo heroico, casi

idea , que Gros nos pinta, destacándose sobre la bandera tricolor, en la memorable carga del puente de Arcola. El Bonaparte que los lombardos y los piemonteses adoran como un ídolo fecundo, muere en 1804, el día de la consagración del Imperio. Napoleón, el Emperador, es para ellos una figura vaga, una sombra fatal, comparable á una epidemia, á una mala cosecha, á Atila, á Carlos XII.

No son éstos los únicos recuerdos interesantes que evoca la visión del norte de Italia. Se presentan también las figuras fantasmagóricas de los antiguos héroes, de Bayardo, y de Francisco I. Por ahí está el campo de Marignan donde Francisco I dió la «batalla de los gigantes»; por ahí está Pavía, donde ese mismo «demoledor de gigantes» hubo de ceder ante los tercios españoles. Y por último, creemos asistir á las grandes jornadas de la unidad italiana, á la obra maravillosa llevada á efecto por el genio político de la casa de Saboya y por la iniciativa irresistible de Garibaldi. Ahí, en esos sitios que voy recorriendo, se desarrollaron los grandes hechos de esa epopeya que los italianos llaman el *risorgimiento*, y de la cual Víctor Manuel y Garibaldi, colocados en efígie sobre una

fuentes de macarrones, son el símbolo latente.

Me parece que estoy viendo á los turcos del ejército francés que corren por los matorrales lombardos, atraídos por el cañón de Turbigo, para afirmar para siempre el pabellón rojo, blanco y verde, de la Italia unida y libre (1).

Es trágico el suelo florido de la Lombardía y del Piamonte: terrenos hechos para servir de límite á las razas, y, por lo mismo, campos designados al choque de los pueblos en acción; caminos obligados, por los cuales debió pasar toda la Europa de la Edad Media, en demanda de Roma que encerraba el secreto del renacimiento. Las luchas á que

(1). Los colores de la actual bandera italiana se combinaron por primera vez en 1795, durante el movimiento liberal provocado por el patriota boloñés Luis Zambini. Se distribuyó entre los conjurados una cocarda blanca, roja y verde. Cuando Bonaparte en 1796, fundó la República Cisalpina, la Legión Lombarda, aliada de Bonaparte, tomó esa cocarda por insignia. Después la adaptaron los diputados de esa República Cispadana. Desde entonces, dichos colores, no sólo encabezaron los movimientos liberales, también, los ataques llevados contra el extranjero, contra los antiguos dominadores de la Italia. Así, el blanco, el rojo y el verde, pasaron á formar el pabellón nacional italiano.

servió de campo ese suelo patético eran territoriales, aparentemente; pero, en el fondo, eran por la civilización, que nace y se mantiene con la sangre y el esfuerzo.

A las tres de la tarde penetramos en las montañas de Liguria. Luego se ve, desde la altura, la costa azul del Mediterráneo.

Génova no tarda en aparecer con sus palacios, construídos por Alessi, al lado de sus barracas de zinc, en el repliegue de ese golfo profundo, en el cual los romanos fundaron la ciudad soberbia que fué, al fin de la Edad Media, la Reina de los mares, la abuela del Nuevo Mundo, ya que en ella nació Colón (1).

El nuevo convoy, que tomamos en Turín, no tenía carro-restaurant. Fué necesario detenerse en Génova durante media hora, el tiempo máximo que se otorga á los viajeros para comer. No pude darme cuenta, esa vez, de lo que es esa ciudad, interesante por lo

(1). El nombre de Génova se deriva del término latino «genu», que significa rodilla. Los antiguos bautizaron así esa ciudad, por la forma de la costa en que se encuentra, por el golfo, comparable á una rodilla.

que fué ayer y por lo que es hoy; ciudad que no ha decaído gracias á su privilegiada situación geográfica. Al lado de la estación está el palacio Doria, en torno del cual giró la ardiente y complicada historia de la Génova batalladora y mercantil.

Cuando todas las ciudades italianas comenzaron á vivir en paz, entregadas á un trabajo reparador y fecundo, el palacio Doria fué dado á Verdi. No deja de causar extrañeza la idea de que el maestro compusiera ahí muchas de sus óperas, en el centro del bullicio de los vapores y de las fábricas. Verdi no era uno de esos genios endebles que sólo producen en un medio propicio; el silencio, la melodía, el color que admiramos en sus obras, no brotaban del ambiente exterior sino del fondo de su alma portentosa.

Desde Génova hasta Spezzia el tren corre por la orilla del mar, de ese mar Mediterráneo que arrulló la infancia de la civilización latina, en el cual se conservan los mirajes de tantas historias trágicas ó hermosas, en el cual el rumor de cada ola es la estrofa de un inmenso poema. Durante dos horas el tren no deja de correr entre casas, pueblos, hoteles y jardines. Es la extremidad de la «Costa

Azul» que comienza en el principado de Mónaco; es la costa bañada por brisas africanas, á que viene á invernar una buena parte de la Europa y del mundo. Sus pueblos forman un cordón de habitaciones que se extiende en semi-círculo de sesenta leguas. En el verano, como lo voy viendo, las casas, los hoteles, los pueblos y los palacios permanecen cerrados, sepultados en la vegetación exuberante, adormecidos en la atmósfera cálida.

Las construcciones son cuadradas y lisas. Los adornos, las puertas y las ventanas suplementarias, las cornisas, las grecas, todo está pintado, pintado al temple, de un modo que hace creer en decoraciones superpuestas. Este modo de adornar edificios es únicamente de Génova, y data de cierta época del Renacimiento. Al principio tuvo auge; hasta en Roma y en Florencia se hicieron palacios lisos y pintados. La pintura en Italia había llegado á un desarrollo tal, que quería apoderarse de todo, hasta del arte ornamental, que es privilegio de arquitectos y de escultores. En viajes posteriores, en Génova, visitando los palacios de la *Strada Balbi*, me ocurrió, casi, tomar por reales una ventana con una mujer asomada, ó una escalera de

mármol, que eran pinturas hechas en la pared. Para disculpar mi error habría advertido que Luca Cambiaso, el Genovese, y los más grandes pintores en ese tiempo se dedicaban á decorar paredes. Era el arte á la moda, el arte lucrativo.

No sé, francamente, cómo he podido hablar de todo esto que apenas entreví, en el espacio fugitivo que media entre dos túneles. En esa parte montañosa, la costa del Mediterráneo es tan accidentada que el tren, entre Génova y Spezzia, en dos horas de marcha, atraviesa noventa socavones. Lo cual resulta irritante, porque en ninguna parte el paisaje es más hermoso, con las construcciones infinitas, entre los árboles y las flores, mirándose en el mar tranquilo, en cuyo horizonte parecen adivinarse las siluetas transparentes de las islas legendarias; un cuadro como los que evocan las églogas virgilianas. A la caída de la tarde podemos contemplarlo durante dos horas, por la ventana del wagón. Pero los túneles cierran la ventana noventa veces!

Pasamos por Pisa, la *Julia Pisana* de los antiguos, á la orilla del Arno, cerca del mar, la ciudad famosa por su campo santo,—monumento alegórico de la muerte, el más hermoso cementerio del mundo,—por su antiguo poderío y su lucha contra los infieles; la ciudad heroica que sucumbió en Meloria, al empuje de las galeras genovesas, la ciudad en que nació la civilización moderna, pues en ella Nicolás Pizano desenterró el ánfora romana que encerraba el secreto del Renacimiento. Ahora es una ciudad tranquila, de treinta mil almas vegetativas. Habiendo criado fama, se echó á dormir. Todo ha caído en esa ciudad que, en otros siglos, impuso su ley á Génova y Venecia, á lo más poderoso que había en el mundo. Lo único que no ha acabado aún de caer, es su torre, su célebre torre, que vemos inclinarse sobre el cielo de la tarde, produciendo una impresión de equilibrio milagroso, de cataclismo detenido por influencia divina.

Vamos recorriendo las costas de la provincia Emilia, que precede á la Toscana. El co-

lor ardiente del crepúsculo empieza á reforzarse con grandes manchas de sombra. Esas regiones de trágicos recuerdos, cuando llega la noche, se llenan de fantasmas. Con las tinieblas desaparece la gracia de la leyenda y sólo queda lo terrible de la historia. Ahí batallaron los principados que desgarraron la península durante quinientos años. Ahí está Luca, Siena, Parma, Modena, Volterra, esos poderes que se constituían sobre golpes de fuerza, y duraban por el genio político ó la sabia ferocidad de sus jefes. Las familias despóticas desaparecían unas tras otras: son las comedias de Shakespeare y los dramas de Maeterlinck. Los Polenta se apuñaleaban entre sí para reinar más pronto: éste mata á sus sobrinos; aquél arroja á su padre en un eterno calabozo; el último acaba miserablemente en el puño acerado de Venecia. Los Scaliger revelan lo que fueron en su aspecto sombrío, que se graba en el espíritu. La imagen de uno de ellos está en Verona, recta en su caballo con la capa dada al viento, en actitud inmóvil y cruel, con la mirada peligrosa adivinándose bajo los agujeros de la máscara. Los Sforza, por medio del veneno, acaban con los Visconti. Llega Carlos V, que

acaba con todos, pero pronto acaban con él los Malatesta bastardos y los Medicis corruptores. Esos miserables, cuyo recuerdo se encuentra en cada piedra del camino que voy recorriendo, vivieron en la injusticia, en la agitación, en la maldad sangrienta. Sin embargo, no me siento inclinado á maldecirlos, como no se maldicen las fuerzas destructoras de la naturaleza. Esos bandidos no fueron otra cosa que una fuerza de la naturaleza, el factor abominable de encono y de lucha que necesitan los pueblos para desarrollarse plenamente.

De ese oscuro y cruel pandemonium resulta la Italia encantadora del Renacimiento, como una de esas Walkirias que surgen del Paraíso sangriento de la mitología escandinava.

Nos acercamos á la vieja Etruria. Diviso Volterra, como una visión de la Edad Media. En esa ciudad escarpada se conservan las fortalezas florentinas y las murallas etruscas. Con cuánto placer habría sujetado la locomotora para quedarme visitando ese villorrio antiguo que se hunde en el horizonte oscuro como la proa de un barco de guerra. Ahí, según leo en las «Sensaciones de Italia»

el libro de Bourget que llevo en la mano,— todo habla de ataques y defensas; las calles tienen cunetas para que corra la sangre del siglo XV. Me figuro esas casas agrietadas, desteñidas, destacándose en las sombras con violencia de aguas fuertes. Ni una piedra se ha movido en ese lugar desde hace cuatro siglos. Puede uno creerse en 1472, al día siguiente de la batalla dada ahí mismo por Lorenzo de Medicis. En ese tiempo en que las carnicerías humanas eran diarias, el asalto de Volterra causó horror, tal fué su ferocidad. Cuando Lorenzo de Medicis, el Magnífico, se sintió morir, en su quinta Careggi, cerca de Florencia, tembló ante el recuerdo de las atrocidades cometidas. Era el fundador de la Academia Platónica, ese hombre superior y complejo, voluntarioso y ondeante, que asoció á las supremas delicadezas del espíritu, las peores crueldades de su época. Hizo venir á su lecho de muerte al fraile dominico con perfil de cabro, al famoso apóstol de San Marco, al rudo Savonarola. La toma de Volterra fué uno de los tres crímenes que el monje rehusó perdonarle al agonizante. Al morir, debió verla Lorenzo de Medicis, en su imaginación sobreexcitada, esa villa

triste y legendaria, que, al anochecer, diviso en lo alto de las montañas étruscas desde la ventanilla del tren que presuroso va hacia Roma.

ROMA

Murió Crispi. Se reanudaron las relaciones comerciales entre Francia é Italia. Gracias á esto la Italia se restablece, á pesar de la carga pesada de buques y cañones que le impone su participación á la Triple Alianza. Han vuelto esos seiscientos millones de francos, de la exportación anual, que habían desaparecido junto con la ruptura de los tratados de comercio con Francia. El comercio italiano, mientras estuvo divorciado con el francés—por la influencia de Crispi y de Bismarck—buscó mercados nuevos é independientes. Ahora le sirven. La riqueza reaparece bajo el límpido cielo de Italia la bella. Pero Roma, la capital del reino unido, nó es una ciudad rica, ni comfortable, ni adelantada. La riqueza, el adelanto, el confort, se han ido al norte, á los valles fértiles, á los sitios industriales, á Milán, Génova, Turín.

En Roma la policía anda aparejada, como

la guardia civil de España, y se le escapan los malhechores. En la calle todos se saludan, todos se conocen, como en las aldeas grandes. La sociedad es reducida. Como en la Edad Media, se ven nichos de vírgenes y santos en las esquinas. Circulan grupos de clérigos y limosneros, la superstición impera. Mujeres de los montes napolitanos, hermosas, pintorescas, tristes, vienen á ofrecerse como modelos á los pintores de la Academia de San Lucas y á los estudiantes de la Villa de Medicis. Se exhiben en las gradas de la plaza de España como en un mostrador de esclavos. Hay un admirable dibujo de Enrique Regnault que representa esa escena de atraso y de tristeza. Los *campagnoles*, arriando bueyes, llenan las calles con sus mantos «color de neblina», al decir de Teófilo Gautier. Punzan á los animales con unas crueles picas (*il pungolo*) que hacen notar la más completa ausencia de sociedades protectoras. El pueblo se revela decadente. Los que más valen son los campesinos (*ciociari*) con sus sandalias, sus gaitas, y sus mulas vistosamente enjaezadas. Estos se aglomeran frente al Pantheon de Agripa ó al pie del Capitolio.

De la Roma clásica no quedan sino ruinas.

Aún esa población obrera que vivía en las faldas del Janicolo, en el barrio *trastiberiano*, y que parecía conservar la fiereza y la hermosura de la raza de Augusto, esa raza que hasta hace cincuenta años permanecía rebelde y hablando un dialecto propio, aún esa ha entrado en la decadencia niveladora.

El centro aglomerado de la ciudad lo forman los antiguos palacios de la nobleza. Están casi todos sumidos en el mar de la hipoteca, entregados al comercio vil y prosaico. Da pena ver esas construcciones severas de la Edad Media, ó esas fachadas elegantes del estilo *baroque* (siglo XVII) cubiertas de avisos policromos y de letreros que dicen: «*calzoleria*», «*albergo*», «*liquoreria*», «*cappeleria*» etc., etc. . . . Los seculares escudos de la «nobleza negra» (pontificia), que fueron símbolos de Papas y de potentados, los blasones de mármol de los príncipes ambiguos y temibles que se repartieron la península hasta fines del siglo XVIII, ahora sirven de base á botas de cartón piedra, á inmensas botellas de cerveza Munich, ó sirven de percha á colgajos de quitasoles verdes, amarillos, lacres. . . . Es la suerte que han corrido algunos de esos palacios regios é históricos que per-

tenecían á los nombres ilustres de la Edad Media y el Renacimiento.

Estaba por venderse el famoso palacio de la *Tor di Nona*, del conde Primoli, situado junto á ese *Albergo di l'Orso* donde vivió Montaigne cuando vino á visitar la ciudad eterna.

Hace poco el Rei tuvo que apresurarse á adquirir esa villa Borghese, donde se cristaliza y se resume el genio artístico de la Italia. Los acreedores de la familia la pusieron en subasta pública, y el epicurismo artístico de los millonarios extranjeros estaba de plácemes.

Hay que darse á santo que las exigencias de la Roma contemporánea no obliguen á destruir esos palacios legendarios y magníficos, cuando se adaptan al comercio. Si no fuera por eso, ¿cuántas obras maestras habrían desaparecido ya bajo la electricidad y el fierro de los grandes almacenes? Por suerte Roma no ha crecido lo bastante para tener la fuerza de derribar esas macizas construcciones. Roma ha quedado antigua. Este es su privilegio; lo perderá, tal vez, por el espíritu de progreso que rehace constantemente la juventud de las ciudades. Las capitales atraviesan los siglos como las faces de una

metamorfosis. Las cosas antiguas quedan en ellas como adornos. Roma no es así. Su pasado la agobia; su historia, en fechas venerables y profundas, le ha hecho como grandes é imborrables arrugas. El palacio Venecia, de inapreciable estilo florentino, construído en 1455 con las piedras del Coliseo, se ha salvado de ser convertido en tienda, porque el Austria lo adquirió en 1797 y lo hizo el asiento de su embajada ante la Curia.

Si la Roma antigua se mantiene en las construcciones, también, en la ciudad de Nerón y de los Borgia, se mantienen muchas de las formas refinadas y culpables de los siglos pasados.

La revolución filosófica de 1789 cambió el orden de las cosas y el sistema de la vida. La nobleza antigua, protestando de la reforma, se empecinó en quedarse en la molicie y en el libertinaje. No es extraño, por esto, que haya perdido su fortuna y su poder moral. Se dice que ahora ha abierto los ojos y empieza á reaccionar. Tiempo es ya. Se han perdido las mejores herencias y las mejores tradiciones.

Duques y Condes, de legítima procedencia, andan á pie desnudo por los grandes cami-

nos de Italia, por esos históricos caminos que sus antepasados recorrían á la cabeza de los pueblos. Taine refiere el caso de una lágrima furtiva sorprendida sobre el rostro de un auriga que le hacía notar las bellezas de la fachada de un antiguo palacio: era el nieto del que fué amo en la señorial vivienda.

Un distinguido caballero italiano me refirió el siguiente caso:

«Habitaba yo—me dijo—un inmueble moderno de la Vía Gregoriana. Me había dicho mi cochero que el que limpiaba la escalera era el propio conde R. Pronto hube de convencerme de la veracidad de esa aseveración. El conde R. que fregaba mi escalera, me tomó por confidente y consejero. Había recibido de una agencia de París (1) una proposición de matrimonio en las si-

(1) Estas agencias, de un comercio extraordinario, existen en las capitales europeas. En ellas se cotizan los escudos señoriales y los nombres de familias como los productos y los bonos en la bolsa. Un gerente de esas agencias decía con gravedad y tristeza: «De los Estados Unidos hay mucha demanda de novios blasonados. Pero los nobles franceses, que son los que más se ofrecen, han bajado de precio desde que se estableció el gobierno republicano en vez de la monarquía. Ya no hay corte en París. Y para qué sirve un noble sin corte!»

güentes condiciones: «Se casará usted con la señora X... la cual llevará su nombre y su título. No tendrá usted ingerencia alguna en la administración de los bienes de su esposa, pero gozará usted de una renta mensual de quinientas liras para sus gastos personales...» Y esta nota: «Desde el momento en que usted se decida, le serán pagados los gastos de viaje y de sastrería...» El conde quiso tomar mi parecer, á lo cual yo me negué en razón de mis ideas particulares sobre un caso semejante... A los diez días el barredor de la escalera vino, con levita, guantes y roseta al ojal, á despedirse de mí. Había aceptado la propuesta de la agencia parisiense. Pero no sin haber obtenido un aumento de trescientas liras en la partida de sus gastos personales...»

El caballero que me contó este caso admirable, aunque común en las ciudades italianas, me pidió guardase en secreto el nombre del conde R... Se trata de uno de los elegantes á la moda en el mundo cosmopolita; su nombre figura en las crónicas sociales de *Le Figaro*, toma parte en los concursos hípicas, y tiene en la Cornisa una villa encantadora

El renacimiento social y económico que se hace sentir en Italia, debido á la liberalización y á la unidad política del Reino, poco influyó sobre Roma. La hermosa historia de la unidad Italiana, comenzada en 1821 por el conde Santorre de Santarosa y terminada por los garibaldinos en el asalto de la Puerta Pía, no se marca en Roma sino por seis ó siete monumentos: las estatuas de los príncipes de Saboya en las alturas del Quirinal, la de Garibaldi en la cresta del Janicolo, la de los hermanos Cairoli en el Pinchio, la canalización del río, el Palacio de Justicia, el Museo de Arte Moderno, la «Via Nazionale», y ahora último el grandioso monumento á Víctor Manuel I.

Ya no es Roma la capital del mundo; ya no se dictan en sus atrios de mármol las leyes inteligentes y severas que cimentaban la civilización; ya la fe no inspira tan grandes ideas, ni tan grandes móviles en el pueblo. No están ya en Roma los artistas maravillosos que sabían dar forma acabada y armónica á los bellos pero vagos ideales de la humanidad. Todo ha concluído en la famosa «ciudad de las siete colinas»; nada de lo nuevo vale la pena. Hasta los músicos y los artistas

líricos, que le quedaban, se han ido á otras regiones.

Ya no es Roma la capital del mundo. Pero sigue siendo la «ciudad eterna».

Los dos períodos en que el genio humano llegó á mayor altura,—la Antigüedad clásica y el Renacimiento,—quedaron escritos en Roma de un modo perdurable. Ahí están el Capitolio y el Aventino cubiertos de ruínas preciosas, que son el poema épico de Cicerón y Marco Aurelio. Ahí están las iglesias en que se guardan las reliquias de los Apóstoles, las catacumbas en que se conservan las cenizas de los Santos, el Coliseo, en cuya arena sangrienta brilló el heroísmo de los mártires de la fe cristiana: ahí está todo cuanto formó el drama del catolicismo al entrar en la conciencia latina. Ahí están las basílicas monumentales, esfuerzos casi increíbles de belleza y de pompa hechos sobre la piedra, triunfos milagrosos obtenidos sobre la materia, renacimiento aventajado de la éra clásica debido al soplo de la fe que triunfa sobre el mundo, y produce un arte hercúleo y liviano, á la vez que místico y gracioso.

Ahí está todo, en el doble y melancólico

prestigio de su belleza y de su ruina; ahí estará siempre, entre la tumba de Adriane y el Monte Celio. Es la «ciudad eterna»! Otra puede ser la ciudad del porvenir; Roma será siempre la ciudad del pasado.

El mundo entero acude á admirar su belleza siempre viva, á beber su embriagante poesía, á tomar su honda lección. Acude en el peregrinaje de los creyentes, en la ola cada día mayor de los que aman el arte y la ciencia del espíritu. Por eso la Roma contemporánea sólo edifica hoteles de cinco pisos, albergues para los creyentes y para los ateos que acuden igualmente seducidos por la Roma antigua, por la fuente única de las universales tradiciones.

El barrio Ludovisi, nuevo y confortable, se compone casi exclusivamente de hoteles, donde cada invierno acampan doscientos ó trescientos mil visitantes extranjeros (1).

(1) Cuando visité Roma por primera vez, en el verano de 1903, se estaban construyendo cuatro ó cinco hoteles nuevos, y los hoteles antiguos estaban agrandándose con anexos y refacciones. Esto nacía del gran aumento de visitantes que se notó en los últimos tres años. Se calculaba en 800,000 el número de personas que habían pasado por Roma en el invierno de 1902. Algunos, sin embargo, creían

Esto es lo que da vida á la ciudad. Roma es una limosnera que vive exhibiendo las reliquias de su pasada grandeza.

La corriente cosmopolita que caracteriza nuestra época ha establecido uno de sus centros de rotación en la vieja y noble Roma, cuyo clima, bañado por brisas africanas, es delicioso en el invierno. En Roma se desarrollan los dramas y las novelas del mundo elegante y vago. Beyle, que fué el primero que notó las particularidades de esta nueva forma de la sociedad universal, dijo al volver de Roma: «*Vengo adesso da cosmopoli*». Los viajeros, con sus maneras incoherentes y sus exterioridades abigarradas, contrastan de un modo singular con el carácter perenne de la gran ciudad de los Césares y de los Papas. El más moderno, el más arbitrario, el más momentáneo género de existencia, ha sentado sus reales ahí donde hasta los guija-

que los hoteleros estaban ilusionados, y que esa recrudecencia, debiéndose á causas extraordinarias, no podía durar. Durante la guerra de Cuba los yankees habían cortado su corriente de viajeros. Los ingleses habían hecho otro tanto durante la guerra del Transvaal. De súbito se habían restablecido estas dos corrientes poderosas. A eso se debió la recrudecencia de viajeros en 1900, 1901 y 1902.

rros hablan de un pasado secular. Las excepciones y las singularidades se anidan en Roma, en lo que hay de más «eterno» sobre la tierra. Y esta reunión de un mundo muerto con una sociedad hirviente ofrece un carácter interesante y paradójal.

Me encuentro en la extremidad de un cordón de colinas, que abarca el Quirinal y se corta en el cerro del Capitolio. Me encuentro en el montículo que llaman *Pinchio*, según una designación prehistórica. Está lleno de plantaciones y de balaustradas que, aunque más bajas y menos elegantes, lo hacen parecerse al Santa Lucía, de Santiago de Chile. La sensación de esta semejanza desaparece por completo cuando se sabe que no fueron los indios *moluches* de la América del Sur los primeros moradores de esta colina, pero sí los romanos del tiempo fabuloso. Por muy parecidas que sean las cosas, cuando su origen es tan diverso, la imaginación no puede conciliarlas.

El Santa Lucía se llamó primitivamente *Huelén*, que significa dolor en lengua indí-

gena. El Pinchio, por el contrario, se llamó *collis hortorum*,—«colina de jardines». En sus laderas, Luculos tuvo esas quintas, en las cuales se desarrollaron las orgías de Mesalina. Uno cree respirar todavía, en los deliciosos arbolados del Pinchio, el libertinaje del paganismo.

A mis plantas, la imponderable y eterna ciudad de Roma se extiende, bajo la luz deslumbrante y cálida del mediodía en el mes de julio. Sus construcciones de todos los estilos y de todas las épocas, sus basamentos de piedra, dejados sin coronación por la obra devastadora de los siglos, se destacan sobre el paisaje romano, sobre ese paisaje azul y verde oscuro que forma el fondo de tantas obras maestras, que fué la decoración de tantos dramas históricos.

El Tíber avanza despacio, bruñido, como una serpiente de plata, como el dragón acorazado de la leyenda medioeval. Se le ve relucir desde muy lejos, desde que surge de las sombras brumosas de los montes Sabinos, y serpentea por los lomajes, entre los arcos y las columnas tronchadas.

No muy lejos, á la izquierda, por encima de los tejados de la ciudad moderna, diviso

el *Comitium*. Ahí, al pie del Capitolio, los combatientes de Rómulo y de Tatiús reconciliados fundaron el *Forum*, como centro de la nueva comunidad. Ahí tuvieron lugar las primeras asambleas de ese pueblo romano, de esa masa oscura que comenzaba á recibir la luz de la Grecia agonizante, como el beso de un sol que muere. Ahí los guerreros victoriosos de los samnitas, eran aclamados en una vida pública creciente. Ahí están las *locustras* de piedra, desde las cuales Cicerón se dirigía al pueblo, predicándole la filosofía del derecho, preparándolo para el período grandioso de la República, dictando esas leyes emanadas del genio, grabadas en bronce, y fundadoras del derecho público universal. Ahí está la cuna de nuestra civilización

Del templo de Castor y Pollux, elevado en recuerdo de una gran victoria, no se ven sino tres columnas de orden corintio, esbeltas y puras.

Del templo de Vesta, donde las vírgenes cuidaban á las divinidades protectoras de la Patria; del templo de la Concordia, que consagró el perfecto establecimiento de la República con la paz entre plebeyos y patricios; de todo cuanto formó la maravillosa ciudad,

de mármol, de pórfido y de bronce, que se destacaba sobre la basílica Giulia, entre el Tabulario capitolino y la cloaca Máxima, sólo quedan miserables ruinas.

Pero, esas ruinas, suficientemente, comprueban la belleza majestuosa y viril de esa arquitectura que no conocía la curva sino en el pliegue armonioso y breve del chapitel jónico, de esa arquitectura nacida de la adoración que los griegos tenían por sus dioses, y á la cual el poder filosófico de las leyes romanas vino á dar más altura, más rectitud, más fuerza. Es el laurel de Pericles que se enlaza con la encina de Trajano y de Antonino. Son los recuerdos de la época de oro de la República y del Imperio, cuando el pueblo romano realizó un ideal de civilización y de fuerza.

La aglomeración en que se ven las ruinas hace comprender que los palacios y los templos se edificaron,—en la falda del Capitolio. á ambos lados de la Vía Sacra,—sin obedecer á un plan concebido, y sin más designio que el de la tradición que indicaba, ahí el sitio en que cayó un guerrero (1), acá el lugar en que el pueblo resolvió algo grave.

(1) Es el caso del templo de Castor y Pollux.

Se formó esa ciudad, desordenada y grandiosa, como un hacinamiento de capítulos históricos escritos con mármol, en dirección al cielo, por el pueblo que supo arrancar á la naturaleza todo su genio y todo su vigor para hacer revivir, completar y extender la civilización.

Ese cementerio de columnas y de arcos evoca la majestad soberana del Senado y del pueblo que dictaban leyes al mundo conocido. En las grandes losas de la Vía Sagrada, que todavía deslumbran á los rayos del sol, creo ver los generales victoriosos subiendo al templo de Júpiter para celebrar la gloria y la potencia de Roma ante los dioses Olympicos.

El palacio de César, descubierto en las excavaciones del monte Palatino (1), es de una grandiosidad imponderable. Sus arquerías colosales ascienden suavemente; las biggas y las cuadrigas podían llegar hasta el último piso. Aunque los siglos y los bárbaros de la Edad Media, lo despojaron de su suntuosa

(1) Estas excavaciones datan de 1870. En esa época el Gobierno de Italia activó considerablemente los trabajos del *Forum*, y se obtuvieron preciosos resultados, que se encuentran consignados en la obra de M. Dutert.

cubertura de mármol, dejándolo como un esqueleto de ladrillo, se han encontrado fragmentos de su ornamentación: el arco de Séptimo Severo, que se conserva casi intacto sobre la Vía Sagrada, los restos del *stadium*, las decoraciones del duomo tiberiano y del peristilo de Augusto. Eso revela una riqueza desbordante, una mezcla de estilos, una elegancia que se aleja de la sobriedad clásica y comienza á acercarse al refinamiento enfermizo.

La inmensa gloria alcanzada ha producido embriaguez en los Césares y fascinación en los ciudadanos. El orgullo del poder conduce á los mandatarios al desborde, y la fascinación idólatra embrutece á los ciudadanos. Los deseos de Roma comienzan á ser quimeras: la ciudad positiva por excelencia se llena de fantasmagorías. Faltan hombres que sepan permanecer serenos en la altura. El Imperio decae por esa causa que es una ley. La irremediable decadencia se lee en las decoraciones y en los motivos arquitectónicos de la casa de los Césares. Sin embargo, la decadencia completa viene á notarse en edificios posteriores.

La adopción de Adrián designó Empera-

dor á Marco Aurelio. Marco Aurelio—como un historiador ha dicho—es el justo de Horacio sentándose sobre un trono que comienza á podrirse. Su imperio restablece la acción de la virtud. Comparte su poder con el Senado y el pueblo restablece la libertad. Fué el único César que se atrevió á prohibirle á Roma su apetito de carne humana. No pudiendo clausurar los juegos del circo, asiste á ellos leyendo un rollo de papyrus para manifestar su desprecio por tales espectáculos. Alimenta á los pobres, rechaza á los bárbaros. Ahí está todavía, en la plaza Colonna, la columna de mármol que consagró sus triunfos sobre los marcomanos. Para subsanar á los gastos de las guerras que imponía la marea montante de los pueblos bárbaros, para salvar el Imperio y la civilización, despoja su palacio y hace rematar sus valores en el foro de Trajano.

No obtiene sino victorias. Reemplaza los triunfos sangrientos de sus predecesores por la magnanimidad y la dulzura: amansa y educa á los bárbaros en vez de exterminarlos. Así lo vemos en su estatua ecuestre del Capitolio: acogiendo con un movimiento protector las hordas sometidas. «Marco Aurelio

es el estoico coronado, es el filósofo hecho César»—dice Saint-Víctor.

Ahí están en el *Forum* las ruinas del templo que dedicó á la Bondad. Llevando á sus dos hijas en su carro de triunfo dió, en el mundo antiguo, un espectáculo conmovedor y único: hizo que la inocencia y la familia triunfasen con el heroísmo. Ahí están, en los museos, los papiros en que, al crepúsculo de su vida, escribió sus *Pensamientos*. Es el libro majestuoso, hecho en el silencio y la soledad, el reflejo admirable de una grande alma. Reconoció la enfermedad fatal que arrastraba al Imperio y lanzó el barbarismo célebre: «¡Cuidado con Cesarizar!»

Marco Aurelio pasó dejando un imborrable recuerdo entre los penates intelectuales del espíritu humano. Su acción contuvo la decadencia pero no pudo evitarla. Cuando subió al trono ya era muy profundo el cáncer de la degradación. La naturaleza había pasado mucho tiempo sin producir un hombre como él. Durante ese tiempo se desarrolló la mortal enfermedad de la potencia romana.

El despotismo había quebrantado los resortes, falseado las leyes, corrompido los

caracteres. Los patricios envilecidos por el servilismo de la Corte, no se distinguen ya de los esclavos. El pueblo es una turba ociosa, embrutecida por el circo, enervada por la sangre de los gladiadores y de las bestias, ese pueblo que fué admirable, como todavía lo vemos en las estatuas viriles y serenas.

La bella adoración de los dioses olímpicos ha cedido su lugar á las idolatrías orientales. Los monstruos han reemplazado á los dioses. Se conservan pinturas que muestran el Pantheon convertido en feria egipcia, con ídolos que gesticulan entre las severas divinidades del Latium. Marco Aurelio, adorador de un Principio único, se ve obligado á hacer sacrificios públicos ante los mil dioses del politeísmo. Cuando salía en expedición guerrera, el pueblo lo obligaba á llevar magos de Caldea. Ese gran pensador, ese filósofo, tuvo un séquito de astrólogos!

Con la muerte de Marco Aurelio comienza la era de «malos Césares», los que clasificamos en la galería del alienismo histórico. Ahí están, en el Museo del Vaticano, sus fisonomías de imbéciles endiosados, de emperadores de Casa de Orates. La estatuería de ese tiempo, si se le compara con la de Nerva ó

Julio César, hace el efecto de una multitud arrastrada, de un mosaico de cabezas vagas.

El Imperio cuando el advenimiento de Nerón, se encuentra en el vacío de la responsabilidad y de la conciencia. El César pierde toda noción lúcida, toda idea de justicia. Se atribuye la potencia ciega, la tiranía sin apelación, el derecho de muerte absoluto, fatal, ininteligible.

Nerón convierte el Gobierno del mundo civilizado en una farsa grandiosa, de la cual él es el príncipe, el histrión y el empresario. Los rayos de Júpiter están en la mano de un cómico vicioso. Sus obcecaciones trágicas acaban con los últimos héroes y los últimos filósofos. La secta de los Estoicos, cuya rigidez aquí, moral habría podido hacer algo mira impasible esa sangrienta bacanal y la toma como una gran escuela de dolor y sacrificio.

Esa sociedad dominadora está gastada y ha resuelto morir. La bondad existe todavía, así como el talento, pero son facultades que han perdido el dón de luchar. Con la obediencia de un ejército todos se entregan á la garrra delirante del dictador. Los condenados por la voluntad del César se ejecutan ellos

mismos. Se conservan en los museos, y aún en el recinto del Foro, esas grandes tinas de mármol ó de pórfido, en las cuales se suicidaban los romanos abriéndose una vena á la hora del baño. Morían felices, con cierto fatalismo sonriente. Séneca dicta sus sentencias desde su tina de sangre. Lucanio muere dando toques á un poema. Petronio ensaya varias veces la mortal operación por el placer voluptuoso de repetir la agonía.

Los hombres de genio ven la decadencia pero no saben contenerla, y aceptan la muerte como el único y heroico remedio de la vida. El talento se apaga en esas tinas de pórfido como las antorchas luminosas de una fiesta antigua.

En los bajo-relieves encontrados entre las ruinas se ve el saco en el cual las leyes romanas hacían poner á los parricidas encerrados con una víbora y un mono.

Cuando Nerón hizo matar á su madre se sintió aterrorizado por el arrepentimiento. Pero el mundo se apresuró á tranquilizarlo. El crimen parricida fué glorificado con una fiesta enorme. Los centuriones y los tribunos fueron á lamer la sangre en la mano del hijo verdugo de su madre. El Senado decretó que

la fecha del nacimiento de Agripina fuera puesta entre los días nefastos.

Tal era la decrepitud moral en que se encontraba la civilización. En tal estado el Imperio no podía sostenerse. Lo vemos caer como ese ídolo de la Biblia que, al hacerse trizas sobre las lozas del templo, deja escaparse de su cabeza de oro un puñado de raciones.

La triste historia de la decadencia del Imperio se lee en las ruinas de esos palacios que Nerón hizo construir después de haber incendiado la Roma clásica. Esos palacios ocupaban tres de las siete colinas. Dentro de ellos se conservan restos de piletas en las que los Césares bañaban sus burras predilectas y sus esclavos favoritos. Se conserva el estanque de Agripa donde navegaban buques de marfil. Se descubrirán, tal vez, esos subterráneos, de que habla Tácito (1), decorados

(1) Estas descripciones se encuentran en autores antiguos y modernos; pero no en las obras de los sabios que han dirigido las investigaciones arqueológicas del *Forum*, como Horacio Marucchi autor de la *Descripción* (1885) y

al fresco, revestidos de lacas y marfiles cuyas bóvedas giraban como esferas dejando caer perfumes cual lluvias del cielo. Para ahondar el sarcasmo se daba una decoración deliciosa á esa comedia sanguinaria y brutal.

Jesús había nacido en Galilea. Gracias á él, esta vez, la civilización se salvaría. En vano los Césares decadentes arrojan sobre el cristianismo las fieras de Africa en la arena de ese gigantesco coliseo que se conserva casi intacto, cerrando por el sur el recinto del Foro. El coliseo es uno de los pocos monumentos de la Roma antigua que no se ha derrumbado, sostenido, digamos, por el recuerdo de los seres heroicos que en él murieron. Lo diviso desde lejos como una mole negruzca, aureolizada por una luz semejante á la que los artistas ponen en torno de la cabeza de los santos. Es una visita más conmovedora y piadosa que la de ese circo trágico, en el cual la sangre de los mártires hizo renacer la moralidad ante una multitud cruel y beoda.

M. Thederat del *Forum Romain*. Sería de creerlas imaginarias sus descripciones, si Tácito no diese testimonio de ellas.

En la tribuna, el César, acostado sobre el vientre, obeso y estúpido; abajo el tigre, ágil y hermoso, chapeleando con leones y panteras, sobre un montón de despojos humanos; arriba en el espacio, las almas heroicas y puras, proyectando sobre el mundo la luz de la redención.

Vindex y Galba sublevándose en las Galias y en España, acuden á derrumbar ese cesarismo que, por la noche, en los jardines del Vaticano, lanzaba sus carros infernales entre antorchas cuyo combustible eran los cuerpos vivos de los cristianos. Triunfan los padres de la Iglesia con su elocuencia filosófica y disciplinaria. Se ven todavía en el Foro las ruinas de la basílica Amelia y de la basílica Constantina. En esas primeras iglesias cristianas, hasta los siglos VIII y IX, se coronaron los papas que se habían adueñado del mundo y lo habían redimido haciéndole triunfar, por medio de la fe, una moral fuerte y levantada. Vemos esos papas, en los frescos imperfectos de la Edad Media partiendo, á caballo, por los anchos caminos que atravesaban la Europa, á la cabeza de ejércitos de misioneros portadores del Evangelio y, á la vez, del vaso sagrado de la civili-

zación antigua, á contener y á secularizar al mundo bárbaro.

León el Grande detiene á Atila en las puertas mismas de la ciudad. El cristianismo de los primeros siglos salvó á la civilización. Hizo renacer la moralidad, la inteligencia, y la fuerza sobre la bacanal demente de los últimos Césares; reconstituyó la influencia romana sobre el mundo llevando en sus predicaciones la semilla de oro de la cultura. Las cruzadas mismas sirvieron, inconscientemente, al progreso universal, removieron el espíritu de los pueblos y despertaron el apetito de las aventuras y de los grandes descubrimientos; ayudaron á la libertad y á la democracia puesto que cada cruzado dejaba de ser siervo; ayudaron al comercio y á la difusión de las ideas haciendo que las naciones se mezclen entre ellas.

El poderío y la gloria alcanzados producen en los pontífices desborde y tiranía. La fascinación de los cristianos váse poco á poco trocando en fanatismo. Desaparecen las naturalezas enérgicas y ponderadas que sabían

permanecer serenas en la altura. El cristianismo fué como la reacción de moralidad, de inteligencia y de fuerza, que sobrevino á la ignominiosa decrepitud de la antigua Roma; fué como la providencia que vino á salvar al mundo civilizado. Lo salvó. Cumplió su misión prodigiosa. Los padres de la iglesia crearon una sociedad nueva. Y una vez cumplida esa obra de reconstrucción y de cultura, algo oscuro se apodera de la cristiandad. Esta se pone á destruir y á apagar las obras y las luces que había salvado y purificado.

Viene la Edad Media, época estagnante y enferma. Las basuras de Roma van sepultando el Foro. Los carros que pasaban bajo los arcos sumidos en el lodo, les quebraban las cornisas de mármol con la punta de sus ejes de fierro. Esas huellas de la barbarie ortodoja, que pasó durante seiscientos años, se conservan en el arco de Tito y en el de Constantino. Desaparecieron los modelos de la belleza antigua bajo el martillo de los monjes. La imaginación cristiana, enamorada del martirio, produce figuras macilentas. Desapareció el amor á la vida, y el arte dejó de ser sano y robusto como la naturaleza. Con el mármol de los monumentos romanos se cons-

truyeron esas moles lisas y sombrías que todavía se conservan en la plaza llamada de Venecia (1), como símbolos aterradores de la era monacal. Se han encontrado en los cimientos de las construcciones de la Edad Media estatuas de mármol, obras maestras mutiladas, metidas entre la cal y la piedra para servir de armazón (2).

Un poder pontifical excesivo, levantándose sobre el abatimiento de la opinión pública, lo corrompe todo. De Alejandro VI viene César Borgia, digno hijo de una cortesana. Roma se convierte en la farsa infernal de que hablan las viejas leyendas.

Hay un cuadro de un pintor veneciano del siglo XVI que simboliza ese tiempo, mostrando la extraña compañía de un Papa, un ídolo y un Borgia, moviéndose en medio de una saturnal pagana. Es la imagen viva de

(1) Es una de las plazas centrales de Roma. Debe su nombre al Palacio de Venecia, que fué obsequiado por los papas á la República veneciana. A fines del siglo XVIII lo adquirió el Austria en cuyo poder está. Es el recinto de la Embajada Austriaca ante la Curia.

(2) Vi de mis propios ojos, en una pared agregada al palacio de los Césares durante la era cristiana, una estatua de mármol metida á guisa de piedra bruta.

una nueva decadencia moral, es el carnaval diabólico del antiguo Imperio romano que reaparece bajo los trajes y las figuras del siglo XVI. Las escenas vergonzosas de Lucrecia Borgia los historiadores las refieren pero la pluma de un cronista se resiste á estamparlas. El sagrado Vaticano servía de teatro á estas ignominias. El vicio y el crimen tenían vivas competencias. César Borgia, en esa Plaza de San Pedro, que estoy viendo entre las columnatas de Bernin, se entretiene en flechar á los condenados para divertir á su dama, Giulia Bella. Según Burchard, el cronista de aquellos tiempos, la sombría frase antigua se había cambiado por este amén terrible: *Ave, papa, morituri te salutant.*

Se sigue la política de la *cantarella*, veneno más eficaz que las callampas y las esencias de Locusto. Un remero del Tíber ve á César Borgia arrojando al río el cadáver de su hermano Juan que acaba de asesinar. Como le preguntaran por qué no había referido el hecho, respondió con este laconismo digno de un drama de Shakespeare: «He visto arrojar al río tantos cadáveres que creí que no valía la pena contar este caso. . .»

Aunque eso sucedía en pleno renacimiento artístico puede considerarse que fué la clausura moral de la Edad Media. El renacimiento completo volvió á salvar la civilización en su larga y accidentada lucha con la bajeza originaria del hombre. Viene una nueva época de salvación moral y artística semejante á la que el catolicismo realizó sobre el Imperio romano. Se conserva la religión y se la idealiza mezclándola con lo más puro del arte. Se hacen revivir las fuentes literarias y filosóficas. Allá veo en las faldas del Janicolo, junto á la capilla de San Onofre, la encina bajo la cual meditaba el Tasso. A su sombra inspiradora y secular diviso grupos de seminaristas de diversos países con sotanas verdes, blancas, lacres ó violetas. Se me figuraba que esos jóvenes teólogos sienten el cristianismo en la forma que lo sintió el autor de la *Jerusalem Libertada*, como se le siente en la serena majestad de los conventos antiguos. (1). El genio inmortal del poeta conti-

(1) «La serena majestad de los conventos antiguos», muchas veces la sentí en Roma, en esos grandes patios seculares donde flotan las oraciones y todo habla de una vida de fe y contemplación; la sentí como poderosa influencia de la religión católica en una alma desposeída de

núa inspirando el corazón de los hombres, como la venerable encina continúa dando brotes. Siento toda la frescura, toda la perpetuidad, que hay en las obras de la naturaleza y del genio.

Se abren las puertas de la reforma. Dante, Galileo, Maquiavelo, Cristóbal Colón, con la filosofía y la ciencia, hacen grandes trizaduras en el bloque impenetrable que formó la mentalidad de la Edad Media. Se hizo del catolicismo una glorificación grandiosa. Toda la pompa de la religión pagana pareció resucitar para servir de adorno á las leyendas evangélicas. Ahí está la imponderable basílica de San Pedro, hecha para servir de sepultura al apóstol, en el mismo sitio en que se encontraba el circo de Nerón, Miguel Angel quiso poner la bóveda del Pantheon de Agrippa sobre la rotunda de la basílica Amelia, las dos construcciones más poderosas del tiempo romano; y se levantó esa cúpula prodigio que domina toda la ciudad y que, durante largos siglos, dominó al mundo.

creencias. Y recordaba el admirable estudio de los hermanos Goncourt, esa Madame Gervaisais que, de libre pensadora, se hace religiosa por la influencia de su estudio en la Roma católica.

Ahí está Santa María-Mayor, la capilla de riqueza asiática con que se consagra el sitio de la aparición de la Virgen al Patriarca Juan y al Papa Liberio. Ahí está San Pietro in Vincoli, llena de admirables figuras, de color y de piedra, construída para guardar las cadenas que llevó San Pedro (1). Ahí está San Juan de Letrán, que es un glorioso museo á la vez que un templo hecho para conservar la escala de la casa de Pilatos por el cual subió el hijo de María dejando huellas de su sangre. Ahí están los monumentos de los santos, y los obeliscos traídos del Oriente para servir de soporte al símbolo católico. Ahí están el Capitolio, el Vaticano, la Villa Borghese, las infinitas galerías de cuadros y de estatuas, obras maestras, hechas todas para aumentar la gloria del catolicismo.

El arte pagano, que fué resucitando lentamente de entre los escombros de la antigua Roma, está también ahí, humillado y como convertido á ese catolicismo dominador. La

(1) En esa iglesia, en la tumba de Julio II, está el Moisés de Miguel Angel, obra típica del genio del maestro, en la cual el legislador judío está representado con cuernos, debido á una falsa interpretación de los versículos del Exordio.

fe cristiana, en esa Roma rafaelista de León X, exalta el genio de los hombres y los hace producir maravillas, tipos consumados de la belleza ideal; la *Transfiguración* de Rafael, la *Piedad* de Miguel Angel, la *Cena* de Leonardo de Vinci, la *Apolloniá* de Carlos Dolci, etc., etc. Y esa fe inspiradora comenzaba ya á desgarrarse en las dudas de la ciencia y en las críticas de la filosofía.

El poder absoluto del catolicismo ya no existe. Sus grandes monumentos son recuerdos. La Vía Appia, paseo memorable y silencioso, conduce de las termas de Caracalla al sepulcro de Cecilia Metella. Pasa por la vivienda de San Juan y de San Paulo, por el sitio en que San Lucas hacía su propaganda secreta, por las catatumbas de San Calixto, en que se guarnecieron los primeros cristianos del furor salvaje de los Césares; ahí están los huesos de esos mártires, marcados por el diente de la pantera y del tigre. En la misma Vía Appia está la capilla de *Quo Vadis?* en que San Pedro encontró á Ligia y que Sienkewich nos describe haciéndonos sentir toda

la grandiosa y delicada poesía de los primeros tiempos del cristianismo.

Nunca, cualesquiera que sean nuestras ideas, dejaremos de recorrer con emoción y con profundo respeto esa calle llena de los recuerdos del cristianismo primitivo. A la sombra de sus fundadores el cristianismo fué una religión tan pura, y salvó tan heroicamente al mundo que se abismaba en la degradación del Imperio romano! Los padres de la Iglesia reconstituyeron á la sociedad de un modo genial y poderoso; sus creaciones admirables fueron una realidad para el corazón de los hombres durante tantos siglos, inspiraron tan grandes movimientos y tan bellas obras!

Para todos, aún para los ateos, siempre habrá en lo que constituye la Roma católica, una voz secreta que habla al corazón y estremece. Para las mujeres esa es la verdadera «ciudad de las ciudades», la decoración milagrosa en la cual su emocionado y atrayente recogimiento deja de parecernos una debilidad, para convertirse en divino idealismo.

La influencia poderosa y única de la religión se aminoró, pero el arte y el progreso no desaparecieron. Los hombres buscan la verdad de las cosas. Comenzó otro imperio y bajo él, en el orden artístico, Roma no ha decaído. Allí están las obras de Bernin el sucesor de Miguel Angel, y ahí están las de Cánova, el sucesor de Bernin... Allá, al otro lado de la ciudad, en esa Villa Borghese que destaca sus mármoles níveos sobre la densa verdura de los cipreses, está la princesa Paulina Bonaparte, por Cánova, una Venus de Praxíteles diríamos, si no fuera por el sofá de estilo Imperio en que se acuesta voluptuosamente, y si no fuera por el pliegue de labio corso en que reconocemos á la familia Bonaparte. Los visitantes de la Villa Borghese se quedan extasiados en la sala de Paulina. Se apodera de ellos el deseo de permanecer ahí, cuando los guardianes cierran el museo, para quedarse en la adoración de esa princiesa de mármol, cuando ella sola proyecta su luz en las sombras de la noche (1).

(1) La figura de Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón I, que sirvió de modelo á Cánova para una de sus pocas obras realmente bellas y duraderas, es una de las

Podríanse poner como epígrafe de lo que se escribe de Roma las palabras que Cicerón dijo de Atenas: «A cada paso encontramos un monumento histórico». (*Quacunque ingredimir in aliquan historiam vestigium ponimus*)... Así es Roma, un admirable conjunto de monumentos históricos que nos dan del pasado una lección profunda. Leía la historia del mundo, con sus épocas de gloria y sus misteriosas oscuridades, como en un libro abierto, mirando esa «ciudad eterna», cuyos vetustos edificios, bajo el sol tórrido del mes de julio parecían palpitar como cosas vivas.

La civilización, brillando primitivamente

más paradójales é interesantes de ese tiempo fabuloso. El historiador Enrique d'Almiras,—que parece ser el continuador de Federico Masson en la tarea de resucitar la época napoleónica,—ha escrito sobre ella un libro hermoso é indulgente. Es la novela de una mujer frívola y apasionada, de un refinado corazón de cortesana, que sigue los ejércitos de su hermano, desde la Martinica donde va como esposa del general Seclere, hasta el fondo de la Europa donde Bonaparte, hecho Emperador, la une á un príncipe de vieja estirpe italiana. Todo esto en medio de aventuras y amores y caprichos sin cuento. Era la Venus del ejército imperial; era heroína en los campos de batalla y monja de caridad en los hospitales.

en las alturas del Capitolio, descendiendo, después á las sombras de la Edad Media, y, reapareciendo por todas partes con el Renacimiento, se me figuraba una gigantesca montaña con cimas luminosas y coronadas y valles oscuros y dolientes.

Todo está en Roma, de todo hay un recuerdo elocuente. La lección que nos da la existencia humana no ha terminado todavía. Ahí están las alturas del Quirinal con sus monumentos y sus palacios que nos cuentan la historia de la Italia contemporánea. Más allá, al otro lado del río, cerca de ese temible castillo de San Angelo, que fué la tumba de Adrián, se ven San Pedro y el Vaticano, envueltos entre los árboles que tienen sus raíces en el último girón de los dominios de la Iglesia. Ahí, entre el Vaticano y el Quirinal, palpita el drama secular del Estado y de la Iglesia. Roma se eterniza en el futuro... En ese momento mismo veía que la multitud se agolpaba en la Plaza de San Pedro, y que de una ventana del Vaticano se desprende una humareda blanca. Era la *Esfumata*, la tradicional cremación de los votos del Cónclave que no han dado resultado. En ese momento—León XIII recién muerto—el Sacro

Colegio discutía la elección de un nuevo Papa (1).

No había extranjeros en la ciudad, no era la época de los turistas internacionales, esos personajes abigarrados que, democratizándolo todo, borran la majestad de las cosas. Roma, en los meses de verano, está solitaria y se ofrece tal cual es, eterna y majestuosa, como una alta lección.

FLORENCIA

Hay en el centro de Florencia, entre el Arno y Santa Croce, en el antiguo *ghetto* de los judíos, edificios que datan de los primeros siglos de la Edad Media; sus cimientos son el *opus spicatum*. El Campanilo de Giotto, la Catedral (*il Duomo*), el *Palacio Vecchio*, la iglesia de San Miniato,—que alza su bóveda de piedra en medio de la ciudad moderna,—son construcciones del siglo XIV, cuando Bocaccio, desde la estrada (*loggia*) Girolami, comentaba la Divina Comedia ante un público refinado y soñador.

Guiándonos por los caracteres del arte me-

(1) Julio de 1903.

dioeval, no daríamos con la data de esas arquitecturas. Hay en ellas elegancia sobria y viril, acertada explotación de los recursos góticos y cierta ráfaga oriental, lo que no era común en ese tiempo ascético.

Es que las tinieblas de la Edad Media se iluminaban á las orillas del Arno, en el punto en que las ramificaciones de los Apeninos forman un circo encantador

Los romanos fundaron ahí una ciudad de inspiración y de recreo. La llamaron con el vocablo latino *florentia*, «ciudad de flores». Los romanos no se equivocaban en la elección de sitios. Roma está mal situada: ello se debe á la tradición inmemorial que ahí dió por fundada la ciudad. Florencia tiene un clima que da al cuerpo solidez y soltura. Como en la suave ondulación de sus colinas, en la mente de los hombres su luz produce flores.

La Europa yacía sepultada bajo la potente y monstruosa desviación del cristianismo. Sobre las graciosas construcciones del arte pagano, las moles feudales se alzaban brutalmente. La tea del fanatismo devoraba, implacable, las aspiraciones del genio. Pero Florencia tenía arte, tenía estilo; al parecer

la tradición de la Roma de Augusto y Tito Libio no se había interrumpido ahí por completo. Tenía hombres de carácter y una población inteligente que sabía ser justa y placentera á un mismo tiempo.

Mientras la Europa y la Italia con armaduras, blasones y cruces, se desgarraban en querellas regionales ó iban á estrellarse contra los muros de Jerusalem, Florencia era una ciudad civilizada. Se regía por un sistema representativo,—seis cónsules y cien concejeros (*boushommes*). Era una democracia vigorosa, un centro fecundo, que difundía conocimientos de ciencia y de derecho.

Se conservan, en las antiguas plazas, las estradas cubiertas desde las cuales los precursores de Savonarola explicaban al pueblo la índole del derecho público. Los filósofos y los artistas mantenían las antiguas luces. Al triunfo intelectual correspondía la prosperidad económica. En 1252 se sellaron en Florencia las primeras monedas internacionales, los *florines* de oro, que dominarían á la Europa entera. Los traperos florentinos comerciaban con Venecia, París y Londres. El *Marzocco*, que esculpió Donatello (se conserva en el Museo Nacional), ostentando en su

garra el escudo de Florencia, era el lema de la civilización.

La nobleza italiana,—amiga de romper lanzas,—se presentó ante los muros de esa ciudad que encerraba una tan brillante democracia. Iba atraída por las costumbres y por el oro de Florencia. Mucho bien iba á hacerle á esa nobleza fanatizada el liberalismo de los florentinos; iba á influir en el renacimiento del arte pagano, si bien ahora dedicado á la gloria de un Dios único. En cambio ella, la nobleza, sólo le llevaría á Florencia el espíritu enconado del feudalismo.

En 1215,—por el asesinato de un tal Buendelmonte,—la ciudad se dividió en dos campos irreconciliables. Comenzó el drama secular de los güelfos y gibelinos, de los «blancos» y los «negros». Vinieron después las guerras principescas. Por fin, vino la peste que convirtió la «ciudad de las flores» en un pudridero humano. De ello sacaron admirables leyendas el Dante y Shakespeare. Bocaccio, por anacronismo, sacó su alegre *Decameron*.

La luz de Florencia no deja de inspirar maravillas al cerebro y al corazón de los hombres. De las guerras y las calamidades sacan, sus poesías el Dante; sus pensamien-

tos el Aretino, y Bocaccio sus leyendas exóticas. Una literatura nueva se levanta, entre batallas y escombros, sobre el fondo de oro de la vieja civilización florentina. Las luchas entre la nobleza y el pueblo remueven el espíritu y seleccionan hombres. Las desgracias desprestigian los dogmas absolutos y hacen renacer el escepticismo antiguo. Las querellas de los príncipes dan auge á una diplomacia refinada y maliciosa, de la que Maquiavelo es el gran Maestro.

Dante, en su poema, hace caer á los papas en los fosos del infierno. Bocaccio se ríe de los milagros y de las falsas reliquias; distrae á las damas del terror de la peste contándoles los escándolos de los conventos. *El Decamerón delata los confesonarios cómplices, levanta las alas postizas que encubren los amóros del frate*. Quedan rotas las mallas del fanatismo que defendía á los monjes ignorantes y libertinos. La *Divina Comedia* no es sólo el exordio ardoroso de las discordias güelfas y gibelinas, que Dante prolonga en eternidad,—¡tan fuertes eran! La antigua filosofía revive en el inmortal poema. La inteligencia moderna hace su primera aparición en la moral anacreóntica de los cuentos

de Bocaccio; así como el sentido práctico y refinado de la vida, el sensualismo delicado, la concepción irónica de las convenciones humanas. Los escritos de esos dos florentinos despertaron á la humanidad de un letargo de ochocientos años. Dante es el verdadero fundador de la poesía moderna. El reemplazó la dicción grotesca de los trovadores de la Edad Media haciendo revivir la pureza antigua. Bocaccio escribe sus capítulos licenciosos con estilo clásico, sereno, imperturbable. Las figuras cómicas de Calandrino y Buffal-maco están pintadas en períodos ciceronianos. El malicioso rostro de Fiametta adquiere á veces la enigmática sonrisa de la Gioconda. Esos cuentos de mujeres infieles y de maridos crédulos, en purísima prosa romana, le recuerdan á Paul de Saint-Víctor los bajos-relieves antiguos en los cuales las ninfas conducen por los cuernos á los carneros dóciles...

Instituciones políticas liberales facilitan el florecimiento de las artes. Como rayos de luz y de belleza atraviesan las macabras tinieblas de la Edad Media, las estatuas de Orcagua, los cuadros de Cimahué, las construcciones de Arnolfo del Cambio. Giotto y Donatello, formados en las obras de los ante-

riores, son más perfectos y educan á Miguel Angel y á Rafael, que serán los maestros definitivos.

El talento, durante los siglos bárbaros que mediaron entre la antigüedad y los tiempos modernos, se había refugiado en Florencia. De ahí comenzó á dilatarse por la Italia, por el mundo. El genio político de Lorenzo de Médicis afianzó el predominio de Florencia sobre Milán y Venecia, es decir, sobre el norte y el oriente.

Ese príncipe aprovecha su sangriento poderío para imponer las artes, las letras y las ciencias. A su amparo se funda la «Academia platónica», corporación de misioneros intelectuales que recorrían la Italia reabriendo las fuentes de la cultura antigua.

Lorenzo de Médicis creó esa escuela de príncipes para los cuales la razón del arte estaba por encima de la razón de Estado. Fué el maestro de esos papas que festejaban como á los santos á los dioses del Olimpo, de esos patriarcas para los cuales el Arte era una segunda religión. Lorenzo de Médicis quería que el catolicismo tuviese formas más bellas que el paganismo. Sobre una cruz hacía modelar el cuerpo de un Júpiter, en vez

de la figura macilenta del Jesús medioeval. En el Palacio del Podestat (*Bargello*),—donde se ha instalado el Museo Nacional,—se conserva uno de los cañones que Lorenzo hacía fundir para sus atroces rivalidades; esa masa de bronce, destinada al exterminio, afecta la forma de una elegante columna; su boca de fuego es un chapitel corintio... Elevó de tal modo á los artistas que, más tarde, los papas los hicieron sus compadres y los reyes sus amigos.

Era un *podestat*, heredero de una tradición de sangre y de violencia. Pero la Toscana lo convirtió en rey de arte, de poesía, y de ciencia. Mereció el nombre de *Lorenzo el Magnífico*. Así se lo representa la historia: abriendo las puertas de oro del Renacimiento ante el caos de la Edad Media.

Florenia es la reina de las ciudades; Florenia es la capital del mundo. Nace el siglo XVI en la admiración de sus obras maestras. La escultura clásica se levanta del sepulcro. Formas desconocidas aparecen en todo el esplendor de su belleza. El genio humano despierta, y recupera sus fuerzas plásticas. Las gracias y las gallardías del estilo toscano fascinan y seducen á todos los príncipes de

la tierra. Francisco I sólo se consuela de la pérdida del Milanesado contemplando esa Ninfa de Fontainebleau hecha en París por el toscano Benvenuto Cellini. La diosa que se alarga voluptuosamente sobre el flanco de un ciervo lo hace recobrar su sonrisa de «fauno enamorado». Clemente VII, agonizante y ciego, palpa con sus dedos trémulos los relieves de unas hermosas medallas. Las agarraderas de los vasos sagrados simulan ninfas que se miran en la sangre de Cristo. Un cardenal paga á precio de oro un salero que reproducía á Anfitrita enlozando á Cybeles con sus largas piernas florentinas.

Hay entre los héroes del Tasso, en *La Jerusalem Libertada*, uno que deja el campo guerrero de los cruzados, y llega al jardín de una hada de Oriente, donde «las flores llueven, los pájaros hablan y el amor se respira en el aire luminoso y fresco». Me figuro que la sorpresa de ese héroe fué semejante á la sorpresa del mundo, despertado por el genio florentino en el pórtico del encantador Renacimiento.

Los artistas de la Italia y del mundo acuden á beber el secreto del Renacimiento en esas aguas cristalinas del Arno, y que pare-

cían contener la misteriosa esencia del genio. Miguel Angel trabajó en Florencia el *David* que se conserva en la Academia de Bellas Artes, y *Leda*, el más estupendo soplo de sensualismo que el genio de los hombres haya inculcado á la piedra,—en el Museo Nacional,—y las figuras simbólicas de la noche y de la aurora en la capilla de los Médicis, y una serie de obras inconclusas que arrojan luz sobre los procedimientos del maestro.

Rafael pintó en Florencia esa *Virgen de la Silla* que se guarda en la galería Pitti, la tela mágica por el realismo y el colorido, la mejor de todas las que pintó ese artista adolescente, la que revela la honda ternura del amor materno. Rafael produjo en Florencia otras obras maestras, el retrato de Angelo Doni, el de Julio II, etc., etc.

La atracción de Florencia sobre los artistas de la península debíase á que grandes maestros conservaban y enriquecían el estilo toscano.

Benvenuto Cellini prosigue la obra de Donatello, y la de Luca de la Robbia, inventor de los bajo-relieves esmaltados.

La gloriosa tradición de la pintura florentina, la tradición de Cimabué y de Giotto, se

ve continuada por Sandro Botticelli, artista angélico que une el pasado con el Renacimiento por medio de una legión de figuras que respiran vida, amor, delicadeza. Botticelli es el hombre fecundo que impone el genio toscano á todo el arte del siglo XV, hasta que, á fines de ese mismo siglo, Carlo Dolce lo toma para imponerlo hasta el día de hoy.

El Renacimiento no fué una época reposada, y su arte no fué un lujo, ni un gusto, ni un diletantismo. Fué una pasión fanática, violenta, terrible, algo como un islamismo que, en vez de destruir sus ídolos, los imponía y los propagaba furiosamente. Los artistas eran gigantes con manos de hadas, gladiadores que manejaban el pincel, cíclopes que cincelaban anillos. El éxito de las obras de arte se discutía á golpes de estileto. La belleza de una obra hacía perdonar un asesinato á esa extraña justicia del siglo XVI, cómplice bárbara del refinamiento intelectual. Todo artista de genio era un criminal impune.

Este carácter intratable de las relaciones se hacía sentir hasta en la obra de las naturalezas más delicadas. Todo el Renacimiento tiene un sello endemoniado. Las violencias

del crimen dejan su huella en los productos de la inspiración. El genio de Miguel Angel se traduce en fuerza y en sombra. Los rostros que pinta Leonardo de Vinci se parecen todos al retrato de César Borgia, todos tienen esa mirada que penetra en la imaginación como una punta de acero.

Florenxia los atrae, irresistiblemente, á esos crueles corifeos del Renacimiento. Los maestros toscanos enseñan el secreto de la luz armoniosa y de la concepción poética, transmiten un temperamento sublime para envolver las escenas dramáticas. Miguel Angel, bajo la dulce presión del genio florentino, se humaniza y esculpe la *Piedad* (San Pedro de Roma), y el ensueño voluptuoso de *Leda*. Leonardo de Vinci pone sobre el rostro sombrío de su *Gioconda* una sonrisa triste y soñadora. Rafael toma vuelo como un ángel que se escapa de un presidio (no otra cosa que un presidio era la escuela de Umbría).

Esta fué la influencia exclusiva de Florenxia; este fué el manto de armonía y de ensueño que extendió sobre todo el renacimiento italiano, y que hizo llegar hasta España para suavizar á los fogosos discípulos de Velásquez y hacer que Murillo pintara sus vírgenes.

La Italia de esa época, ennoblecida y decorada por el arte, no deja de ser un Pandemonium. Se encuentran en ella diletantis que eran bandidos, y maestros que envenenaban á sus discípulos y á sus rivales. «Era un jardín de Armida lleno de tigres»,—dijo un viajero francés. Los papas ponían sangre humana en sus cálices y los príncipes se divertían cazando hombres como ratones.

No obstante, sobre ese temporal humano, ondula un soplo divino; hay una forma sublime que se impone á esa savia desbordante á la cual las pasiones artísticas dan forma, como las escorias al bronce. Ese soplo divino, esa forma sublime, son el genio de Florencia que se dilata y se fija.

¡Qué bien se siente esta delicada y poderosa influencia, qué bien se la ve en la tela que cada uno de los grandes artistas del Renacimiento dejó en Florencia, como el creyente deja en el altar su voto más íntimo!

En la Galería de los Oficios, que se une con el palacio Pitti por los pasillos misteriosos del *Puente Vecchio*, están las obras de Pra Angélico, de Bartolomeo, de Guido Beni, de Rafael, de Andrea de Sarto, de Carlo Dolci, de Murillo, de cuanto genio se inspiró en la

grandeza del cristianismo bajo la luz clemente del cielo de Florencia. ¡Cuántas horas inolvidables de emocionada fascinación artística, pasé en esas galerías de obras maestras! Esas galerías que, aunque son muy largas, siempre terminan demasiado pronto... Ahí comprendí las corrientes y las luchas artísticas que formaron esa época grandiosa. Las comprendí á la simple vista, sin necesidad de consultas históricas ni de dogmatismos sabios. Ahí tuve cien veces ganas de exclamar como el Corrego: «Yo también soy pintor».

La influencia toscana se me apareció dominándolo todo, como el Ideal común de aquellos hombres. Todos aceptaron el honor de continuar la tradición. En este noble esfuerzo aparecen confundidos los grandes y los pequeños. Cada uno quiso ser una rama del árbol toscano, ó una flor de Florencia, ó un minuto siquiera de ese gran día del Renacimiento. Por esto, en los museos de Florencia, los cuadros agrupados dan la idea de un conjunto poderoso.

Ya no existe esa fecunda tiranía de las grandes escuelas. Ahora cada artista obra según su temperamento independiente. Son

tan híbridos los museos de obras modernas que, muchas veces visitarlos es un martirio.

Cuando se llega á las galerías de Florencia es delicioso. Hay en esos cuadros antiguos algo impersonal que permite ver, más allá del fragmento, el vasto esfuerzo colectivo de la época. En aquel tiempo, una sola idea era el móvil de la inteligencia y del corazón: la grandeza el cristianismo.

La adorable campiña de Florencia es la Toscana toda entera; esa Toscana en la cual el *Chianti*, en «sus fiascos» de gollete largo y fino, parece ser el aliciente de los ensueños. Ahí todo es bello, todo es dulce; lo terrible de la historia se encuentra suavizado por la gracia de la leyenda. Sobre las ruinas sangrientas que dejó el antagonismo entre güelfos y gibelinos, entre montescos y capuletos, se levanta el amor shakespeariano de Romeo y Julieta.

Esas muchachas pobres que, en las tardes de invierno, acuden á la plaza de d'Azeg calentando sus manos en jarros llenos de brasas que llaman *scaldinos*,—tienen en los ojos algo de Beatriz y en los labios algo de Fiametta...

Los campesinos toscanos hablan con acen-

to dulce convirtiendo la *c* en *h* aspirada, y no es raro que les venga á la memoria un versículo del Dante . . .

El paisaje entre Siena, Florencia y Pisa, es de un carácter particular; hace el efecto, cual ningún otro, de ser la obra de un creador. En los castillos de la Edad Media, que aparecen en lo alto de las boscosas montañas, en las quintas del Renacimiento, que se extienden por la abundante llanura, con sus terrazas vigiladas por estatuas de mármol que resultan entre los cipreses negros, bajo un cielo azul, intenso, como el de los paraísos pintados en los misales, en todo se respira no sé qué pintoresca dignidad. Los bueyes van solemnemente por los caminos, levantando á ratos sus cabezas armadas, en medio de la paz rústica. Donde no hay bosques, que parecen parques como los que se ven en los cuadros,—abundan las viñas, y, sobre todo, las plantaciones de olivos que le dan su mayor dulzura al admirable y clásico paisaje.

El espacio se amolda al paisaje, en la comarca florentina, armoniosamente, como no le he visto en otra parte. El paisaje parece recibir con la justa proporción que su armo-

nía necesita los dones de la luz y del aire. Las montañas se agrupan como estrofas. Muchas se parecen, de modo que es como la misma montaña que se repite á la distancia, al igual de esos «temas» que los artistas se complacían en repetir. Recordemos los frescos de Santa María Novella, en los que el Ghirlandajo pintó tres veces la misma imagen de mujer, variando sólo el colorido del ropaje, el oro de la túnica intenso, luego amarilloso, al fin pálido... Así, en las montañas toscanas, se ve el ritmo de una eterna serenidad.

No es éste un paisaje, como muchos de Francia y de Alemania, sin carácter, uno de esos que uno asimila, mejor que á un cuadro, á una estampa. Aquí no se ven líneas fortuitas: todas parecen trazadas según una conciencia. Por esto es, el de la Toscana, un paisaje de estilo. En la geografía como en los individuos, se encuentran facciones que denotan la inercia de un ser débil y facciones que invaden con la revelación de una alma fuerte. Así se me antojan las facciones de la campiña de Florencia,—dignas de su alma.

En ella, muchas veces, sentí el encanto de mezclar los pensamientos con las imágenes,

cuando el sol se despedía de las colinas, tocaban las campanas de las parroquias, y las nubes variaban el aspecto del cielo. Era esa felicidad superior del hombre en los raros momentos en que puede pertenecer á las cosas. En todo lo que veo siento un consejo de sabiduría, de amor, de belleza. Esa naturaleza parece depositar en las almas sentimientos fuertes, que se convertirán en acciones buenas, ya que lo que sentimos es la garantía de lo que hacemos.

La última tarde,—triste y feliz á un mismo tiempo; triste de marcharme, feliz del íntimo tesoro recogido en esa ciudad de arte y de historia,—miré á Florencia desde la altura de Fiésole, en la lluvia de oro del sol que se hundía, en la gloria de las humaredas de las fábricas, y me pareció, como nunca, una ciudad de ensueño, en el más noble de los cuadros, con ese río Arno, delgado y brillante, como un arco de plata arrojado en el paisaje.

De todas las regiones de Italia, la Toscana es la que más conserva el tinte poético de otro tiempo. Los que la recorren, aunque no sean poetas, encuentran en ella lo que hizo exclamar al autor de *Vita Mora*: «*Sedendo io*

pensoso in alcuna parte, mi giunse una immaginazione d'amore». Para los extranjeros, Florencia no es sólo un punto de tránsito y de curiosidad artística; es también un sitio de vida reparadora, de deleite, de inspiración. Ninguna ciudad italiana tiene alrededores más hermosos que Florencia, llenos de quintas y jardines pertenecientes á extranjeros opulentos y artistas.

Dos veces, en distintas estaciones, tuve la fortuna de recorrer la Italia, con la viva emoción, con el encanto apasionado del dilettanti que lee una historia novelesca escrita con ciudades, sobre el fondo cálido de una admirable vegetación.

Fué Florencia la ciudad que más me retuvo, que más me hizo olvidarme de la embriaguez estática que produce el arte. Conservo adorables visiones de mis correrías por esa comarca ideal, visiones que se asocian á las estrofas de la Divina Comedia y á los sonetos de Cino.

En los alrededores de Florencia aprendí á amar y á comprender la Italia, hasta en su más remota aldea, hasta en su detalle más pequeño. Vi esos fragmentos deliciosos, de autores desconocidos, que tienen, sin embar-

go, un punto supremo, en el cual se irradia la gloria de la escuela toscana. Sentí en esas capillas ignoradas, que tan admirablemente ha descrito Bourget, (*Sensaciones de Italia*), en el fondo de húmedas sacristías, lejos de los turistas y del Baedeker, todo el poético encanto de los frescos pálidos...

Si me alejé con pena, cada vez, de ese país en que las ruinas hablan y las leyendas cantan, fué de Florencia de donde me fuí con verdadero dolor, lamentando haber nacido bajo un cielo tan lejano, haciendo votos por volver, como si enjambres de visiones desprendidas de las páginas de Bocaccio ó de los cuadros de Botticelli, hubiesen venido á dejarme á la estación, ofreciéndome las unas su fresco y gracioso sensualismo, y las otras su divino pudor de lirios transparentes.

HACIA EL ADRIÁTICO

(*Viaje nocturno*)

Un tren nocturno me llevó de Florencia á las lagunas del Adriático. Cien veces maldije la hora á que emprendí ese viaje, hora de tinieblas que impiden deleitarse en el paisaje

de los Apeninos y de los campos de Toscana, ese paisaje en el cual se inspiraron los maestros para pintar los paraísos que forman fondos á los cuadros místicos ó profanos.

Al día siguiente, recorriendo el mapa, vi que había pasado por Bolonia, la primera ciudad que los bárbaros de las Galias disputaron al imperio romano, al punto en que las hordas del norte comenzaron á empapar-se en la civilización del mediodía. «De ahí partió la civilización universal», dicen los Goncourt en una de las páginas culminantes de *La Italia de ayer*. Luego la describen, esa ciudad de inteligencia y de luz, en una especie de agua fuerte inconclusa pero impresionante, como todo lo que hacían esos genios raros, avivados y entrecortados por la neurastenia, que fué la enfermedad de su época.

Me figuro esa ciudad toda hecha de arcadas, según el trazado de Granet, en las cuales la luz se filtra sobre el tono verdoso de las murallas, haciendo imperar, por todas partes, un claro oscuro que da más importancia á los efectos.

Parecería que una mano sabia hubiese guiado á ese punto á los Bárbaros sedientos de cultura. Bolonia, desde que Irnerius en-

señó el Derecho en su primitiva Universidad, hasta los célebres *bailes musetas* de los estudiantes del siglo XVIII, fué un foco ardiente de la intelectualidad italiana. Eran esos bailes de estudiantes, especies de farándulas carnavalescas que corrían á lo largo de los portales, cuando Galvani hizo su prodigioso descubrimiento, cuando el abate Molina daba á conocer el mundo Americano, cuando hasta las mujeres se habían enamorado de la ciencia.

La estudiante Novella de Andrea asistía á los cursos tapada por una cortina para no turbar á los maestros y á los discípulos con su inefable beldad.

Bolonia no se ilustró en la guerra ni se distinguió en las artes, aunque en ella se entrevistaron León X con Francisco I, y Clemente VII con Carlos V, aunque en ella nacieron los Carrache, maestros del colorido y del eclecticismo artístico, en una época en que el amaneramiento se apoderaba de todas las escuelas. Bolonia fué siempre una ciudad de estudio, de independendencia, de producción intelectual.

En 1262 su Universidad tenía diez mil alumnos. Al principio de la Edad Media, bajo

el Emperador Enrique V, adoptó la divisa *Libertas*.

En un país de ciudades livianas, sofisticadas, elegantes y batalladoras, el carácter doctoral y estudiantil de Bolonia ofrece una atracción *sui generis*.

Vi, también, que habíamos pasado por Ferrara, la ciudad que fué cuna y tumba de la ilustre familia de Este. Ahí están los recuerdos de esa gran casa ducal, tan interesante como la de los Médicis, entre las que se compartieron el dominio de la Italia y la influencia moral del mundo. La familia de los Este se levanta sobre las otras debido á que fué la que menos se manchó con el fango sangriento que se escondía bajo el manto suntuoso de esa civilización artística. Si uno de ellos, Alfonso I, tuvo la desgracia de casarse, en segundas nupcias, con Lucrecia Borgia, el otro, Hypólito de Este, arzobispo de Milán, fué el protector del Ariosto. Fué un príncipe de esa casa, un señor de Ferrara, el que tuvo el coraje, en plena Inquisición, de asilar á Calvino y á Marot. Después, Alfonso II levantó más arriba el nombre de la Casa de Ferrara, dándole por cantores al Tasso y á Guarini el poeta del Pastor Fido.

Duquesa de Este fué esa Leonor que figura en el cielo tutelar de los corazones ardientes y buenos. Su pasión por el arte la convirtió en la querida del Tasso. La implacable castá á que pertenecía castigó ese idilio natural y poético con todo el peso de su orgullo.

Vivos recuerdos de todo eso se conservan en las iglesias, llenas de obras maestras ignoradas, en las calles desiertas, en los palacios arruinados de Ferrara.

Esas comarcas fueron importantes en tiempo de los romanos, se adornaron con construcciones monumentales. Pero los Bárbaros llegaron muchas veces hasta ellas, libremente, á la postre de una colosal victoria, y, siguiendo su divisa, no dejaron piedra sobre piedra.

Ahí se encuentra, en la falda de los montes Euganeos, la ciudad de Padua, la más remota de Italia. Hay quienes prolongan su origen hasta Antenor, hermano de Priam, rey mytico de los troyanos.

Ahí está, en una preciosa capilla, obra de Nicolás Pisano, la tumba de San Antonio de Padua, «*il Santo*», como lo llaman simplemente los moradores de la comarca. San Antonio fué, y permanece siendo, *el santo* por

excelencia: investíalo como á nadie el dón del milagro. Su poder y su buena voluntad fueron sin límites, y su fama corrió por el campo universal del candor humano. Después de su muerte, él, que fué un pacificador, motivó batallas sangrientas. La superstición dió en creer que sus cenizas aún podrían realizar milagros. Por esto, los señores de Capodimonte, que tenían sus restos, los defendieron de los monjes de Padua que se los querían llevar. Se formó, dentro del templo, una de Dios es Cristo. Los vidrios y los enrejados quedaron rotos. Pero, según dice la leyenda, los asaltantes, al llegar á la tumba del Santo, se sintieron sujetos por una fuerza invisible. No obstante, poco después, un *podesta* de Padua supo llegar hasta el sepulcro y llevarse á la ciudad los restos del Santo.

Estuve, después, á ver su tumba en la dulce é iluminada capilla obra de Pisano. Es un pequeño monumento de mármol esculpido y patinado, blanco, de una blancura de cera. Lo rodean cirios perpetuamente encendidos, haciendo relucir el oro de sus candelabros. ¡Qué calma la de esa capilla, qué atmósfera reconfortante se respira en ella! Las paredes están llenas de marcos dentro de los que se

ven tarjetas y papeles escritos, teniendo todos ellos estas tres letras: P. G. R.; lo que significa *Per grazia ricevuta*. Son los documentos personales que atestiguan los milagros realizados por las cenizas de San Antonio. En Lourdes, los que se mejoran dejan colgadas sus muletas ó sus vendas. No sé cómo se atestigüen en Chile, los milagros de la Virgen de Andacollo, de San Sebastián de Yumbel, ó de fray Andresito. Lo que sí sé es que, tanto allá como acá, tales cosas constituyen capellanías.

Es la superstición de los pueblos; la superstición que todos llevamos en el alma, la fe que existe fuera de los dogmas; es el punto de apoyo que sostiene nuestras débiles fuerzas, haciéndonos creer, aun cuando somos ateos, que nos defiende una potencia exterior invisible y poderosa.

En esa región hay montes de formación volcánica con fuentes sulfurosas que los griegos conocieron. Ahí está Abano el sitio memorable en que nació Tito Livio. Son lugares curiosos para el turista y el sabio. Su interés es tanto mayor cuanto que no están trillados, como los centros en que los viajeros se dan cita. Paul Bourget ha descrito en sus *Sensa-*

ciones de Italia, muchos de esos sitios en que el pasado dejó cosas sorprendentes que muy pocos conocen. Ese deleite pueden dárselo los escritores europeos, que no son más que escritores, y que viven al lado del mundo antiguo. Nosotros, los Americanos, vivimos tan lejos, y nunca somos escritores profesionales sino aficionados, más ó menos tenaces, más ó menos felices. Cada vez que salimos á viajar es á caballo en los grandes expresos, á todo escape, en el dichoso cuarto de hora que de tarde en tarde, nos dejan libre las ocupaciones de nuestros países naciescentes. ¡Quién pudiera viajar en diligencia, en silla de posta, á pie, por los sitios ignorados de Baedeker y de Joanne!

Escribo estas líneas, entre Florencia y el Adriático, por recuerdos, por golpes de vista fugitivos, por la fantasmagórica impresión que producen las ciudades antiguas cuando se les ve, desde el ferrocarril, confusas y fulgurantes, como manchas de luz sobre el paño funerario de la noche. . .

VENECIA

Llegué á Venecia al amanecer del 3 de agosto. No se veía bien claro cuando bajé del tren, en esa estación que es una isla pequeña. Las casas parecían sombras. Hay así, antes de la salida del sol, en las alboradas estivales, una bruma de luz confusa . . .

Al salir, como se alquila un coche en otra parte, tomé una góndola. Esa embarcación negra y cerrada me pareció un ataúd flotante . . .

Nos deslizamos sobre el agua muerta de las avenidas y entramos en los canales de los barrios viejos. En medio de esas casas seculares, agrietadas y negruzcas, sumidas en profundo sueño, todavía era de noche. El silencio de las calles llenas de agua me hizo creerme en una fabulosa y lúgubre ciudad que ha surgido del fondo del mar, en virtud de una marea que se deprime . . .

De súbito, en un codo, el espacio se ilumina, y vuelven las luces de la aurora. Es el Gran Canal que aparece en un esplendor mágico. No ha despertado todavía, está inmóvil en su tono gris perla; pero aquí y allá,

en lo alto de sus palacios, se ven manchas rosadas. Es la aurora . . .

Luego se abre el espacio iluminado, ante Venecia que brota de las sombras. Todo aparece: el conjunto maravilloso de la ciudad feérica: la Gran Laguna, el Palacio Ducal, el León de San Marcos; y allá, en la opuesta ribera, sobre las aguas esmaltadas, como en una isla de ensueño, San Jorge Mayor se levanta, con su cúpula y su campanilo relucientes al sol que nace . . . Ahí está, ante mí, la admirable ciudad que todos conocen porque mil veces la han visto pintada porque mil veces la han visto en sueños

De la vida de los seres que fueron algo queda en los muros de sus viviendas. En un sitio histórico se respira el pasado. Venecia es la ciudad que establece más vivamente esta misteriosa comunicación con lo que ya no existe, como si ahí los hombres hubiesen vivido de un modo más intenso, como si las aguas que lo circundan todo, hubiesen aislado y contenido las tradiciones.

El siglo XV, la época de la grandeza veneciana, no ha pasado todavía: se le siente y se le respira en la Plaza de San Marcos, domi-

nador y lujoso, adaptando por un lado el Renacimiento que le viene de Italia, y por el otro el absolutismo y la rareza que le vienen de oriente.

Los almacenes y las tiendas que rodean la plaza,—deslumbrante con sus baldosas de Piedra de Istria,—bajo las arcadas del Palacio de los Procuradores, aunque son modernísimos, no tienen mostrador y se arreglan de cierto modo que recuerda los despachos de los antiguos mercaderes de oriente.

Las palomas que se soltaban en los domingos de Ramos todavía revolotean sobre las cúpulas de la Catedral bizantina, que brilla en el fondo como una ascua de oro, y sobre los Vulcanos de bronce que, desde 1496, dan la hora en el pórtico de la *Mercería*.

Ya no es el Gobierno de la República el que cuida de alimentar esas palomas sagradas; la República ya no existe. Son los extranjeros, es todo el mundo que ama y venera la tradición veneciana. Como los musulmanes tenían la devoción de besar la piedra negra de la muralla santa, los turistas de Italia tienen la de dar de comer á las palomas de San Marcos.

Esas góndolas particulares, que salen en

las tardes á recorrer las lagunas, con sus remeros vestidos de seda azul, llevan señoras cubiertas á la última moda de París, pero que, con sus bellezas ardientes y sus lánguidas posturas, recuerdan á las patricianas que pintó Paulo Veronese. No falta sino el mandolinero, sentado en la popa tocando la sensual y mecedora serenata italiana, para que creamos que esas mujeres son las mismas admirables sirenas que se formaron en Venecia con la cálida hermosura de las odaliscas y la exquisita sensibilidad de las florentinas.

El paisaje es el mismo, todo está igual: las góndolas que se deslizan lentamente entre las murallas de mármol de los palacios, la curva que describe sobre las aguas glaucas el puente de Rialto, los buques de comercio que sólo difieren de las antiguas galeras por las humeantes chimeneas, parecidas á los festones que los doges hacían poner en el puente de sus barcos en los aniversarios de sus victorias.

Hay sobre el pórtico principal de la Catedral de San Marcos cuatro caballos de bronce que acentúan lo abigarrado de esa construcción, y que, al mismo tiempo, comprueban el milagro conservador, gracias al cual todo

se mantiene en esa ciudad reliquia, en esa ciudad fantasma.

De origen romano, los tales caballos, bajo Constantino, fueron á parar á Constantinopla. El doge Dándolo los trasladó á Venecia en 1204, cuando comenzaba á extenderse el poderío del León alado. Bonaparte se los llevó á París en 1797. En 1815, durante la Restauración, el Emperador de Austria los hizo devolver á Venecia.

Ya no era Venecia la primera potencia del mundo; al contrario, era una de sus últimas ciudades. Pero, sin embargo, recuperaba esas estatuas que había conquistado gloriosamente y que le pertenecían. Es el milagro tutelar que vela sobre la ciudad isleña.

Me interesaron esos cuatro caballos de bronce dorado, por el aventuroso destino que tuvieron. Arrebatados por los tiranos, en su inmovilidad de esculturas clásicas, corrieron más que ningún bucéfalo de carne y hueso, tanto como el Pegaso de la fábula. Todas las capitales que tuvo el mundo,—Roma, Constantinopla, Venecia, París,—quisieron amarrar al carro de su fortuna esos caballos fundidos con el bronce de Trajano. Guiados por el Genio que no permite que el

pasado se aleje de Venecia, á Venecia volvieron y ahí se quedarán.

Desde hace cuatrocientos años, no hay nada nuevo en Venecia. Lo único nuevo que hay es la desaparición de algunos puntos legendarios. En esos terrenos bajos el Pó y el Adriático se reúnen en torbellinos profundos que remueven y disuelven los basamentos de la tierra. Las transformaciones geológicas son temibles y constantes; hay islas que desaparecen, mientras otras surgen. Venecia está condenada, después de haber sido la ciudad de las condenas: el destino le aplica la ley del Talión.

A pesar de los esfuerzos de los ingenieros italianos, los barrios se deprimen, los palacios se desploman, el agua movediza, incontenible, perfora y disuelve. En julio de 1902 se derrumbó el alto campanilo de la Piazzetta, aplastando al caer las deliciosas esculturas que Sansovino le puso en el zócalo. Hoy está amenazado el Palacio Ducal; mañana será San Marcos, ó el barrio Mouffetard, ó Santa María de la Salud.

Como en el rostro de una mujer, la vejez va destruyendo las facciones de Venecia. Y así poco á poco, en el curso de los siglos, irá

desapareciendo la ciudad única, que fué reina del levante y del poniente. Día llegará en que no quede otra cosa sobre la vasta laguna que unas cuantas góndolas abandonadas y un enjambre de palomas huérfanas que revoloteen perdidas...

Algo más quedará. Quedará siempre la sombra de Venecia, flotando como isla insubmergible. Quedará el recuerdo de su maravillosa historia, ese recuerdo que se anma y se fija en el cuadro de Werner, existente en la galería Brera de Milán.

«El triunfo» se llama ese admirable cuadro. En los grandes candelabros de bronce de la Plaza de San Marcos, los mástiles están puestos y ostentan el oriflama del León dorado sobre campo rojo, la opulencia sobre la sangre,—el símbolo de Venecia. El Doge desembarca victorioso, seguido de sus almirantes y capitanes. Los esclavos y los prisioneros traen el botín de la jornada: columnas de Egipto, estatuas de las islas Jónicas, tapices orientales, cofres de oro, ánforas griegas: la riqueza del pasado y del presente, la riqueza del porvenir. El pueblo aclama, lleno de júbilo, un pueblo orgulloso y refinado. Las patricias desde los balcones, arrojan flores y

sonrisas, con sus fisonomías indescifrablemente bellas, de ojos bizantinos en rostros rafaelianos. Las palomas toman parte en la fiesta con la inocente alegría de sus alas blancas. En el fondo, en la laguna, brillan las trescientas galeras que aseguran el poder veneciano desde Génova hasta el Cuerno de Oro...

Una puerta se abre, una puerta oscura, entre las *loggias* del Palacio Ducal y las estatuas etruscas de pórfito. Por ella aparece el Consejo de los Diez, que viene á recibir al vencedor. Lo componen hombres de toga, adustos y terribles, ante los cuales los inquisidores parecen niños. Son los árbitros absolutos que rigen la República, persiguiendo su grandeza á la vez que la satisfacción de sus odios, de sus pasiones, de sus intrigas. Mañana, tal vez, harán decapitar á ese hombre que ahora brilla en la aureola del éxito, como lo hicieron con Falieri, con Foscari, con todos los que entraron al Palacio por un arco de triunfo y salieron por el Puente de los Suspiros... La República necesitaba matar á sus grandes hombres para que éstos no la matasen á ella. Era el criterio de esa extraña y orgullosa democracia, criterio de

sangre y de fuerza que le dió un resultado grandioso. Venecia dominó al mundo hasta que se produjeron hechos que no estaban al alcance de sus galeras dirigidas por el Consejo de los Diez. Venecia, en verdad, sólo vino á ser vencida por la desviación natural de las vías comerciales, por el descubrimiento del Nuevo Mundo.

«Hay una cosa grande, terrible, llena de tinieblas,—dice Angelo á Tisbé en el drama de Víctor Hugo,—es Venecia y ¿sabe Ud. lo que es Venecia, pobre Tisbé? Venecia es el Consejo de los Diez. ¡Oh! el consejo de los Diez, hablemos en voz baja Tisbé, pues está, tal vez, ahí, en alguna parte, escuchándonos. Hombres que ninguno de nosotros conoce, pero que nos conocen á todos... hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mía, la del Doge... El denunciado desaparece; todo está dicho... Condenado, ejecutado, nada que ver, nada que decir; ni un grito es posible, ni una mirada es útil: el paciente tiene un garrote, el verdugo una máscara. En Venecia se desaparece. De pronto falta un hombre en una familia. ¿Qué se ha hecho? Los plomos, los

pozos, el canal de Orfano, pueden saberlo. A veces se siente algo que cae en el agua. ¡Pasad ligero, entonces!»

Venecia hace en la historia una figura ex-céntrica. Honró á las cortesanas con el título de *honeste meretrici*. Sus góndolas hacían un comercio de amor entre Lido y la Plaza de San Marcos. Se le puede comparar á esas islas que brillaron, dos mil años antes, en el mar Egeo. Los epigramas de la *Antología* y los sonetos de la Grecia, son las *canzones* de los gondoleros.

Todo lo suyo sale de lo común. Se levanta sobre las aguas como una ciudad de Ys. Con doscientas mil almas domina las costas del mundo conocido durante tres siglos. Crea una democracia despótica que dispone libremente de la vida ó la muerte de sus ciudadanos. Con la fusión de los antagonismos realiza paradojas felices. Se asimila por un lado el arte del renacimiento romano, y por otro se inspira en las lejanas tradiciones de Oriente. Sostiene los arcos bizantinos con chapiteles corintios; sobre la cúpula de Mahoma planta la Cruz de Jesucristo.

La Catedral de San Marcos, es de estilo bizantino con vagas reminiscencias romanas:

el palacio Loredan, de estilo romano, tiene soplos orientales.

El arte gótico toma en Venecia un carácter desconocido. El palacio Ducal tiene galerías, cornisas y decoraciones esmaltadas, que no se encuentran en ninguno de los monumentos que la Alemania ofrece como modelos de estilo ojival.

El renacimiento le llega tarde, pero se transforma deliciosamente en su atmósfera oriental. Venecia enlaza el laurel severo del estilo dórico con el arabesco ondeante y gracioso; y produce, definitivamente, el estilo Veneciano, estilo reducido pero admirable, cuyos modelos son los palacios del Gran Canal, el palacio Mineli sobre todos.

Recibe á los pintores del Renacimiento; los despoja de la dulzura florentina, y les impone los caracteres distintivos de su civilización: la fuerza y el orgullo.

Ahí están, en las paredes y los techos del palacio Ducal, los cuadros de Mantegna, Carpaccio, Paulo Veronese, Sebastián del Piombo, Palma el Viejo, Lorenzo Loto, Tiepolo, y tantos otros nombres gloriosos que vivirán aun cuando no existan los techos y las paredes del palacio Ducal.

Sus pinturas representan las grandes acciones por medio de las cuales Venecia se formó ese imperio marítimo, comparable, entonces, al de Inglaterra hoy día; ó bien son alegorías y cuadros hechos para perpetuar el fastuo de la sociedad de los duques, ó la rara y opulenta belleza de las patricianas. Por la perfección y por el aliento, se unen al vasto grupo del Renacimiento italiano. Por sus cualidades especiales forman la escuela veneciana, escuela que se distingue por la fuerza del colorido, por la riqueza de la forma, por la audacia del movimiento, por el lujo insultante de los motivos, es decir por aquello que era la atmósfera de Venecia y que en todo se impregnaba: la fuerza y el orgullo.

Ahí está, en la Sala del Colegio, el estupendo *plafond* que Paulo Veronese pintó á la *Gloria de Venecia*. No hay en el mundo un cuadro que respire más grandeza, más satisfacción, más opulencia. No es la fuerza elegante de los antiguos, ni la grandeza ideal de los cuadros místicos, es la áspera y enorme satisfacción del triunfo, basado en el lujo material y en la pompa política, en algo que pesa como una columna de oro y aplasta como un manto de felpa.

La misma impresión nos produce esa Santa Bárbara, de Palma el Viejo, en la iglesia de Santa María Formosa: una cabeza perfecta, sobre un cuello fuerte como una columna, sosteniendo una corona de oro y de hierro, pesada como una reja.

Esa linda figura de la *Moderación*, que le arranca plumas al águila, en un ángulo del *plafond* de la Sala del Senado, es la Moderación en Venecia; en cualquiera otra parte sería el Desborde. Así son los grandes tipos de la escuela veneciana.

Para llegar á Venecia, de nada sirve haber estudiado los caracteres del arte universal, ni haber recorrido la Italia. Lo que ahí se encuentra no tiene precedentes ni sucesores. Son cosas raras que la ciudad isleña se formó con materiales diversos, cosas que deleitan, y, sobre todo, cosas que sorprenden.

En todo se hace sentir el carácter propio de un pueblo independiente y aislado, en el cual elementos especiales desarrollaron formas fantásticas. Es inmensa la distancia que se recorre en la calzada de cuatro kilómetros que une al archipiélago con el continente.

Por eso dije que Venecia hacía en la historia una figura excéntrica, y que su atracción

no desaparecerá, aun cuando se hayan sumergido los palacios sugestivos que permanecen intactos.

Si, en siglos venideros, Venecia ya no existe, los viajeros irán siempre á recorrer la laguna y, leyendo su historia,—escrita en los versos de Byron y Musset,—evocarán su rara y admirable silueta, como esos personajes de Shakespeare que divisan en el desierto el palacio de sus ensueños.

Una tarde, á la hora mágica del crepúsculo, ví alejarse uno de los vapores que hacen el servicio público hacia una de las islas en que los modernos venecianos han establecido fábricas é industrias.

La cámara del pequeño vapor iba llena de gente. Sobre cubierta, á popa, sólo había dos personas; un joven marino y una niña elegante.

De pronto, al separarse del muelle, la joven pasó la mano por el cuello del marino y atrajo hacia sus labios la cabeza varonil.

Eso fué hecho con la suprema elegancia, con la nobleza que el amor natural y profun-

do reviste en las sociedades muy civilizadas.

En esa decoración extraordinaria y famosa, á esa hora poética, el cuadro de esos enamorados resultaba impresionante. Me infundió la seguridad de que la pasión de las patricias, el cálido soplo de oriente que produjo el amor de Otelo y el de Julieta, todavía existe en la ciudad que, habiendo perdido su grandeza, naufraga lentamente en las lagunas del Adriático.

Venecia, no ha degenerado. Otras potencias han surgido y la apagan con su brillo. Permanece aferrada á sus tradiciones, mientras el mundo adapta otras formas de dominio y de cultura. Los acontecimientos actuales no pueden servir de campo á las proezas de que es capaz el corazón de su pueblo. Pero éste, así como el aspecto exterior de la ciudad, sigue siendo el mismo de los tiempos gloriosos, el mismo pueblo audaz y soñador, derivado de los ilirios, que compartió las hazañas de los romanos (1).

(1) Si el pueblo se ha conservado en Venecia, la alta sociedad que formó el elemento dirigente de la República, ha desaparecido casi por completo. Pasando por los palacios del Gran Canal le preguntaba á los gondoleros quiénes eran sus propietarios y éstos no me respondían otra cosa

La independendencia, favorecida por la situación geográfica, sigue siendo su rasgo característico. El último doge, Daniel Manin, fué derribado en 1848. La guerra de 1866 reunió Venecia al reino de Italia. Pero el pueblo isleño no cede, y continúa en el culto de sus tradiciones, hablando el mismo dialecto con que arengaba Coleoni en los días de batalla.

Hay ocasiones,—el Carnaval es una de ellas,—en que ese pueblo, que vive en la nostalgia de su pasada grandeza, recupera la fisonomía de sus lejanas y gloriosas épocas.

que nombres nuevos y extranjeros. Un rico americano habita hoy día en el palacio de Desdémona. La familia Fortuny se ha instalado artísticamente en el palacio Martinengo. Ese palacio ilustre en que Gabriel d'Annunzio coloca algunas escenas de su drama «El Fuego», pertenece á un ruso. El incomparable palacio Darío, unas de las más bellas obras de Lombardo, fué adquirido, cuando se estaba viniendo abajo, por la condesa de La Beaume, y por ella ha sido restaurado. En el palacio de los Barbarigo vive el escritor Eden. Don Carlos de Borbón ocupa el palacio Loredan y el príncipe Hohenlohe la Caseta Rossa. Lady Radnor, una de las mujeres más encantadoras é intelectuales del mundo cosmopolita, tiene el legendario palacio de la Mula. La princesa de Paulignac ha adquirido otro de los grandes palacios de Venecia, cerca de la Cà d'oro, comprada y restaurada por el barón Franchetti. Ahí pasa el otoño lady Helen Vincet, *professional beauti*. Y, por fin, es

Las embarcaciones hormiguean en el Gran Canal, reaparecen las banderas de la República, y las hijas del pueblo, navegando en góndolas enfloradas, cantan al són de las clásicas mandolinas, al pie del León de San Marcos, el cual, rejuvenecido, parece agitar alegremente sus alas mitológicas.

Tuve la fortuna de ver á ese pueblo en uno de esos momentos en que la emoción hace florecer lo íntimo del carácter. Por una casua-

lady Layard quien compró ese palacio que posee el retrato de Mahomet II, pintado por Gentile Bellini.

La aristocracia veneciana, empobrecida y despojada de sus privilegios políticos, vende sus palacios. Los artistas, los elegantes y los millonarios del mundo entero, se los disputan á precio de oro. Todos sienten el poderoso atractivo de Venecia en el miraje de sus lagunas, y quieren vivir en ella antes que desaparezca. De todas las elegancias, de todos los lujos, éste es el menos banal, el mas verdaderamente interesante. Sólo lo enturbia la idea de la horrible pena con que las familias históricas tendrán que alejarse de su ciudad fantástica. La conquista del arte tiene sus crueldades, como toda conquista.

Venecia tiene en el otoño su estación elegante. Tuve la suerte de verla en esa estación, por segunda vez, y sentí todo el encanto de esas tardes que mueren dulcemente en el fondo del paisaje marino. Cuentan que el escritor Horacio Brown fué á Venecia en busca de unos documentos, por unos pocos días; los encontró en una semana, pero se quedó veinticinco años en el cautiverio delicioso.

lidad, de paso, me encontré en Venecia el día que su arzobispo y patriarca, el cardenal Sarto, fué elegido sucesor de León XIII con el nombre de Pío X. Oí repicar esas campanas, tal como repicaron el día que llegó la noticia de la toma de Constantinopla por la escuadra de Venecia, ó el día que se supo el triunfo de Lepanto. Vi á ese pueblo transportado por el orgullo, que es la más fuerte de sus pasiones. El hecho de haber sido elegido Papa el Patriarca de Venecia, no era una gran victoria para la capital que hizo sentir su superioridad á todos los pueblos que la rodean. Pero los pobres venecianos quisieron hacer una fiesta que los aturdiera en su triste realidad, haciéndolos creerse en uno de esos días que ya no volverán.

.....

Cuando estuve en Venecia, en el verano, me iba todas las tardes á una isla vecina. Dicha isla se llama Lido; está llena de jardines y de hoteles; tiene una playa espaciosa golpeada por las olas de la alta mar; tiene una capilla, perdida en un bosque de árboles frutales, y una línea de carros tirados por caballos. Todo eso equivale á un placer, á un lujo extraordinario, en la ciudad de agua y

de piedra. Por eso la sociedad veneciana, salvo las familias opulentas que emigran al centro de la Europa, pasa el verano en esa islita encantadora que parodia graciosamente los privilegios de la tierra firme.

Ahí me iba á comer todas las tardes, escuchando músicas, viendo animación y mujeres bonitas. A la vuelta subía á la cubierta del vapor á fumar un cigarro; las noches eran tibias y brillaba la luna, el astro favorito de Venecia. Entonces contemplaba un cuadro arrobador.

La laguna resplandece bajo el brillo lunar. No sopla la menor brisa en esas noches de agosto llenas de fascinaciones. A lo lejos veía dos iglesias de San Jorge Mayor, una luminosa, que se levantaba, otra, negruzca, que se da vuelta y se hunde profundamente. Las estrellas simétricas de la gran bóveda azuleja se reflejan abajo, en abismos imaginarios. Las góndolas, silenciosas, también se ven dobles, con dos proas y dos popas, semejantes á un recorte negro desdoblado. Las veía pasar, con sus faroles rojos encendidos, entre dos cielos, como navegando en el vacío, y dejando tras ellas algo como el pliegue negro de una larga cola de seda. Avanzábamos len-

tamente y como sin rumbo, pues toda idea y todo proyecto se pierde en el arrobamiento de una visión semejante. En los fascinadores espejismos de esa noche de luna, la línea de los palacios se dibujaba y se extendía en sus contornos raros y exquisitos.

Entonces comprendía la realidad del ensueño que produce Venecia. Así, envuelta en un manto de rayos de luna, en el silencio de los antiguos barrios adormecidos, en esas calles ahogadas y llenas de sombra, la clásica capital, semejante á ella misma, se muestra en sus grandes facciones de ciudad única, incomparable, tan maravillosa hoy como ayer. Entonces comprendía por qué grandes poetas y grandes escritores encontraron en Venecia la inspiración de sus obras maestras. En esas noches venecianas, se aparece la enigmática sonrisa de la Gioconda y la nivea blancura de Desdémona. Entonces comprendía por qué, en la imaginación de los que se aman, la góndola de Venecia ha llegado á ser el lecho ideal, el único verdaderamente digno de las grandes pasiones. En Venecia todos sueñan con la mujer amada: es el punto de las citas ideales. Desgraciados los que á ellas no pueden acudir.

En todas las ciudades italianas la poesía del pasado se hace sentir en forma de recuerdo. En Venecia, esa poesía no tiene la vaga forma del recuerdo. En Venecia, esa poesía existe, se conserva, se respira, penetra de un modo irresistible. El más prosaico, el más bárbaro de los hombres, se siente dulce y misteriosamente sobrecogido por el espectáculo esa ciudad milagrosa, sobre las aguas, bajo la luna. Hoy día ejerce sobre el corazón la misma influencia que ejerció en los tiempos cuya leyenda trazaron Shakespeare y Víctor Hugo. Junto con conservar los monumentos de su época gloriosa, y el carácter y la dignidad de su pueblo, Venecia ha conservado su voluptuosa y honda poesía. Se le pueden aplicar las palabras de Virgilio á Venus: «Sólo con mirarte se siente tu carácter». *Vera incessu patuit dea.*

LA CATEDRAL DE MILÁN

Milán es gran ciudad, ciudad moderna, industrial, de bullicio y de confort: es fabril, estando en el centro de una comarca productora. No creamos, sin embargo, que las for-

mas de la vida moderna han hecho desaparecer en Milán los encantos de la leyenda que encierra cada ciudad italiana. Esta es tan poderosa, en esa patria antigua de la civilización y de la fe, que ni Nueva York, plantada en suelo italiano, hubiera conseguido «destruir las ruinas», ni borrar los rincones perdidos y legendarios, todo lo que forma la divina y contemplativa ociosidad del arte.

Milán, al transformarse en ciudad moderna, no dejó de ser italiana; sus palacios flamantes obedecen á los bellos estilos del pasado, sus avenidas son sedentarias, sus estatuas tienen un tipo de familia, y sus *contadinas* (hijas del pueblo), se parecen á la *donna e mobile* de Francisco I.

Hay tres cosas en Milán que son principalmente artísticas y de cierta naturaleza que, en los días que corren, sólo las ciudades ricas pueden tenerlas. Milán es ciudad rica, es el primer centro monetario de la península. Las tres cosas son: el cementerio, los museos, el teatro de ópera.

El cementerio de Milan es, ahora, lo que fué el de Pisa en siglos anteriores: maravillosa agrupación de obras maestras melancólicas, servilismos del arte ante la vanidad hu-

mana que lleva su competencia más allá de las fronteras de la vida.

La Scala de Milán es uno de los primeros teatros líricos del mundo. Milán es el gran centro de los cantores italianos—ahí está el Conservatorio—ahí está el mercado en que éstos se ofrecen á los empresarios de todos los países. Como hay tantos países más acaudalados que la Italia contemporánea, los cómicos italianos viven cantando en el extranjero. Muchas veces en la tierra del arte lírico, no se encuentra quién cante: «en casa del herrero cuchillo de palo . . .»

Milán se ha formado dos galerías de pinturas que son, nó de las más grandes, pero sí de las más valiosas que hay en Europa. La galería Brera es una de éstas. Encierra la Magdalena de Procaccisno, el *Sposalizio*, la obra maestra del primer período de la carrera artística de Rafael, cuando estaba en Umbría; y la cabeza de Cristo de Leonardo de Vinci, en medio de tipos perfectos de todas las escuelas.

La otra es el Museo Poldi-Pezzoli, cuyo interés es mayor por el hecho de estar instalado en el magnífico palacio de su antiguo propietario. Este Museo guarda el *Eclesiástico*,

una de las obras más típicas de Ribera; tiene cuadros de Tiepolo y está lo mejor de la obra del Perugino y de Moretto. Todo ahí es elegido. Fué un sabio y un artista quien formó esa galería, con el lento é iluminado trabajo de toda una existencia. Ese museo fué obra de una voluntad particular. El señor Poldi-Pezzoli, al morir, en 1879, lo legó á la ciudad. Ese espíritu generoso, ese amor de los particulares por el público, es una herencia de las antiguas Repúblicas, y forma el excelente fondo sobre el cual la Italia se ha rehecho. Si tuviéramos en Chile un espíritu semejante, más rápido avanzaríamos en la obra de darle al Estado brillo y consistencia. En Chile los millonarios se mueren, salvo raras excepciones, sin pensar en su ciudad, en su patria, en el bien de la colectividad, que es el todo de una nación. Uno se pregunta ¿para qué habrán sido millonarios? Para dejar su dinero ó á alguna congregación religiosa ó entregado á despilfarro de hijos mal educados... Pero no seamos injustos, no olvidemos que un millonario le regaló un parque á la ciudad de Santiago, y otro una escuela (la escuela Olea) y otro un monumento. Eso ha sido poco. En bien del progreso nacional,

no juzgaríamos inmoral que el Gobierno ó las Municipalidades fundaran instituciones destinadas á captar herencias . . .

En el Palacio Poldi-Pezzoli, se respira ese noble civismo, que indujo á un hombre á legarle á su patria una colección de arte que es una escuela, y que vale una inmensa fortuna. Se respira un ambiente artístico delicioso. Ahí lo pasé, mientras estuve en Milán, ante ese Niño Dios que Botticelli nos muestra jugando con espinas y con clavos, lleno de la ignorante debilidad de los primeros años, como si el maestro antiguo hubiese penetrado la naturaleza humana de ese Niño divino. Ahí lo pasé extasiado ante esa Dalila de Carpacolo, que arrulla el sueño de Sansón, al lado de una fuente que campanillea en un jardín dulcemente verde y silencioso. Ahí me abrigué del bullicio y de la monotonía de la ciudad comercial.

Desde la época romana. Milán fué una ciudad importante. Guerras y calamidades la dañaron repetidas veces. La última devastación tuvo lugar en 1162 y poca cosa existe anterior á eso.

Por su situación geográfica, Milán hubo de ser siempre, á pesar de todo una ciudad concurrida y rica. Desde el tiempo de su última ruina se convirtió en campo de luchas arquitectónicas interesantes. Todo ha sido lucha en Milán, colocada en el centro del campo de batalla de la Europa. Se conserva todavía el castillo de *l'Ospedale Maggiore*, que obedece a estilo de Renacimiento toscano. Los maestros lombardos no tardan en introducir el estilo ogival, y la influencia de la arquitectura del norte. Estos diversos elementos se combaten al principio, y acaban por avenirse, después de algunos siglos, en el conjunto prodigioso de la catedral de Milán, que fué comenzada, según se lee en su ábside, «nel anno 1386».

Esa catedral que los milaneses llaman «la octava maravilla del mundo», pasa por ser el más vasto monumento del estilo gótico. Pero una atenta observación de ese bosque de mármol,—ocupa una superficie de 11,700 metros cuadrados,—hace ver que el arte gótico de la idea general y primitiva, está lleno de influencias extrañas. Los maestros lombardos, los alemanes y los franceses, iniciaron la construcción según los modelos puros

del gótico del norte, de París y de Colonia. A medio andar de la construcción llegaron los italianos del sur, exigiendo la introducción de otros modelos. Una querrela se armó. Durante un siglo los trabajos estuvieron paralizados. El año 1500, los italianos del sur se sobreponen á los lombardos y alemanes, y edifican la cripta, el baptisterio y la fachada, en estilo baroco.

Como la construcción total duró más de tres siglos, los detalles, que son infinitos, abrumadores, ofrecen una disparidad loca. Al desborde fantástico de los motivos góticos se agregan arabescos, venecianos, cornisas y chapiteles de Grecia y de Roma, toscas figuras de las épocas decadentes, reminiscencias salvajes de la idolatría india. Es un *capharnaun* que fascina en conjunto, pero que resulta disparatado si se le observa en detalle.

La masa del edificio ostenta, exteriormente, dos mil estatuas de mármol, basadas sobre otras tantas torrecillas y columnas, de las cuales la más alta tiene 168 metros. Tanto estas torrecillas como los arcos que comunican y afirman las diversas partes, están plagadas de rosetas, relieves y talladuras, tan variados como puede serlo la naturale-

za en sus infinitas formas. Colocándose en la espina dorsal del edificio y mirando los costados, se cree asistir á la petrificación de uno de esos fenómenos que nos pinta la fantasía tropical de los poetas indios.

Esas dos mil estatuas representan todo el armorial de la religión católica, desde Adán y Eva, y los profetas del pueblo judío, hasta el último obispo duque del Milanesado. Napoleón I tiene ahí su estatua, semi-desnudo, como un emperador romano, entre un santo lleno de llagas y un mitrado corpulento. Ahí está el fundador de la República cisalpina, el que aprisionó á Pío VII y puso sobre la Iglesia el molde del Concordato; ahí está aquél cuya orgullosa grandeza quiso ser una negación de Dios; está sobre una iglesia, incorporado á la leyenda cristiana. En otra parte, junto á una púdica imagen de la Virgen hay una estatua de Leda. Las castas maceraciones del cristianismo se dan la mano con las sensuales desnudeces del arte pagano. Así es el laberinto, cómico y grandioso, la admirable confusión de ideas y tendencias, que forman ese templo increíble.

El espíritu disciplinario de Bonaparte no pudo soportar ese desorden, de ideas y de lí-

neas. Ordenó que se hicieran proyectos para unificar ese mundo de piedra. Los acontecimientos que se desencadenaron sobre la Europa, hicieron imposible la realización del deseo severo del Primer Cónsul. En 1888 el Gobierno italiano abrió un concurso á fin de elegir un plano de unificación y terminación de la catedral de Milán. Fué adoptado el magnífico proyecto de Brentano, arquitecto de veinticinco años, que murió pocos meses después. El destino parece no querer que se unifique y se termine ese estupendo monumento de mármol, el más disparatado, sin duda, de todos los que existen, y el más imponente.

Mejor que quede como está la catedral de Milán, símbolo del arte, ardiente mezclado, lleno de imprevistos, dándonos las más vigorosas expresiones del séi humano. De esa multiplicidad, de ese choque de todos los estilos, sale la vida, misteriosa, profunda, embriagadora. Y en los edificios seculares, por un milagro que sólo el tiempo es capaz de hacer, vemos, como ya lo he observado, armonizarse los más completos antagonismos.

Que la catedral de Milán no está terminada, hay que saberlo para creerlo. Es muy di-

fácil, en una aglomeración semejante, deducir lo que está inacabado. Tampoco es fácil darse cuenta de la divergencia de sus estilos. Hay que tener, para ello, el ojo avezado de un artista ó la paciencia de un anticuario. El golpe de vista que ofrece es superior á todo cuanto se puede imaginar. Figuraos una alta montaña de mármol y de piedra, en la cual, durante siglos, tejedores de encajes, joyeros y escultores de todo el mundo, hubiesen trabajado, de noche y de día, hasta convertir la montaña maciza en una inmensa cristalización de formas y de ideas, en un calado liviano que se recorta sobre el cielo como un tejido fantástico.

Hay en la cordillera de los Andes, en el paso de Uspallata, un cerro arcilloso, que las lluvias, dando y cavando al través de las edades, han convertido en un laberinto de agujas y de ojivas. A la distancia produce el efecto de una inmensa basílica gótica. De tal modo lo produce, que los viajeros, creyendo talvez que se trata de un templo inaccesible y misterioso, lo llaman «Los Penitentes». Ese templo inopinado, cuya obra duró tanto como la del mundo, hecho por la acción constante de las lluvias y el poderoso

capricho de los vientos, es el único gemelo que existe de la catedral de Milán. El esfuerzo de los hombres se igualó al esfuerzo inconsciente y gigantesco de la naturaleza.

Es difícil abarcar ese conjunto, como es imposible abarcar lo infinito. Las grandes aglomeraciones tienen ese punto de contacto con los espacios vacíos. Recuerdos confusos, tradiciones dispersas, ensueños poéticos, pesadillas eróticas, éxtasis místicos, entran en esa mole, la agrandan, la transfiguran. Millares de fantasmas, perdidos en las tinieblas del tiempo, permanecen en ella. Absorbe las leyendas, se asimila las razas, resume los pueblos. Como ese paladín fabuloso que heredaba la fuerza de todas sus víctimas, la catedral de Milán heredó el genio de todos los que en ella trabajaron. Por eso sus estilos son diversos, y su conjunto es híbrido; porque no es un edificio comenzado y terminado como los demás, sino la lenta incubación de una idea grandiosa, inspirada por la fe cristiana, y á la cual todos los pueblos y todas las épocas aportan un grano de su imaginación y de su esfuerzo.

Así resultó ese templo, cuya vista anonada y fascina, cuya grandiosidad justificaría por

sí sola la existencia de un Dios. Es, esa catedral, una gigantesca paradoja que se levanta, como un eterno fenómeno, en medio de una ciudad transformada al tipo común de las ciudades modernas.

En la catedral de Milán trabajan, todo el año más de cien obreros, que la observan y la reparan: son los cultivadores de ese jardín de piedra. Para atender á los gastos de ese cultivo, el Arzobispado de Milán ha hecho poner una boletería en la puerta del templo. El boleto de entrada vale una lira. No es caro. La catedral de Milán es un dramote de corte antiguo, y no ha creído el Arzobispado que sea dable pedir más por el boleto de entrada. Así el Arzobispo paga los trabajadores de la Catedral, y además ganará algo... Millares de turistas la visitan sin cesar.

Habiendo recorrido sus cinco naves imponentes, sus capillas todas de mármol, sin ninguna imagen recargada de joyas ni trapisondas como en otras catedrales, subí á las galerías, á los entresuelos, á los tejados, á las torres. En esa excursión minuciosa pude

darme cuenta de algunas de las contradicciones de que he hablado.

Dichas contradicciones no aminoran la admiración, el estupor, diré más bien, la idea de prodigio, que produce esa iglesia, cuyo patrón es San Carlos Borromeo.

Al verme ascendiendo por esos tornillos de piedra, rodeado de santos, clérigos, dioses paganos y monstruos apocalípticos, que gesticulan en la fría inmovilidad del mármol, me creí transportado á otro planeta, á un mundo hecho con los despojos del cielo, la tierra y el infierno.

Había visitado anteriormente otros edificios góticos de importancia: ese alto y magnífico torreón de San Miguel, á cuyas plantas juegan las mareas de la costa bretona, ese peñón legendario que nos presenta Walter Scott en la bruma soñadora de su estilo; Nuestra Señora de París, que, de todas las catedrales, es la más puramente gótica y la más patética, por la historia que la rodea y lo que sobre ella escribió Víctor Hugo. Al bajar de esos monumentos majestuosos y evocadores, se me figuró, siempre, haber hecho una excursión por el pasado, conducido de la mano por esos hombres de corazón poderoso

y de ingenio superior, que hicieron revivir á los héroes y á los señores que yacen pulverizados bajo las lápidas de esas catedrales y de esos castillos. Al bajar de la catedral de Milán sentí esa emoción intensa y angustiada que dejan los capítulos de la Divina Comedia. Hay algo del terrible poema en ese pandemonium de piedra.

Cuando estuve arriba, en la más alta torre-cilla, quise completar mi emoción abarcando el panorama que describe Baedeker. El guía que me acompañaba se puso á describirme el grandioso horizonte: «Allá—me decía—con elocuencia, pero asfixiado por la marcha ascendente—está el Monte Cenís, acá el Monte Blanco, el gran San Bernardo, y el Mont-Rose, notable por su tamaño y forma simétrica, más lejos el Monte Cervin, de triste memoria, el Simplón, y la poética Cartuja de Pavia... Estamos, aquí, colocados en el punto céntrico de la Lombardía, el Piamonte, y el Veneto, en el único punto desde el cual se puede abarcar todo el semicírculo que forman los Alpes sobre la Ita-

lia . . . Y créame, señor, que los que edificaron esta catedral, tomaron muy en cuenta el punto de vista . . . »

Problemática me pareció esa afirmación. Estaba en el oficio del pobre hombre hacer ese panegírico del punto de vista, pues la mayor parte de los turistas suben hasta arriba—y en eso consiste el negocio del guía—por gozar del panorama. Pero el terreno de la Lombardía, como todo terreno muy regado, es brumoso. De modo que el mentado panorama no se ve casi nunca. Lo cual no tiene importancia, porque el guía lo explica, invariablemente. Y eso basta. Ya me había tenido que contentar, en San Pedro de Roma, con la explicación, hecha por un guía profesional, de un mosaico visto al través de un impenetrable paño negro; es decir, no visto. Luego tendría que admirar en Suiza una supuesta salida de sol sobre un fondo de nubes oscuras como la noche. Hay que aceptar estas imposiciones de los guías, porque los ingleses las aceptan, y todo el que viaja tiene que «ser inglés».

Del punto de vista de la catedral de Milán, no vi sino los tejados de la ciudad, destacándose sobre una de esas brumas plateadas que

forman la luz y la humedad. Lo cual no me impidió, á la bajada, tener este diálogo con el fraile portero:

—Preciosa vista, señor mío (*mio signore*)?

—Admirable, señor cura...

El turismo, que es una de las formas de la vida moderna, ha creado una nueva profesión de naturaleza secundaria, como esos corpulentos árboles que alimentan parásitos diminutos. Es la profesión de los guías, los antiguos cicerones, que abundan en los países de Europa y son satélites de los viajeros.

Como la profesión de cartero, la profesión de guía es poco lucrativa y muy fatigosa. El guía pasa su existencia paseando gente que no conoce, ante objetos y por sitios que tampoco conoce, recitando un discurso explicativo de esos sitios y de esos objetos, de un modo mecánico, cansado, triste, monótono.

Esos pobres viejos que esperan á los turistas en las puertas de las iglesias de Roma, ¿cuántas veces habrán contado la historia banal de esas iglesias con sus cuadros y sus estatuas, á personajes que escuchan ese recitado como quien escucha una charanga callejera para pagar cincuenta céntimos una vez que ha terminado? ¡Pobres hombres! la

miseria ó la ineptia los arrinconan en semejante oficio.

No obstante, en las infinitas compensaciones de la vida, el oficio de cicerone tiene un lado por el cual la pasión lo anima y llega á veces á ponerlo irónico. Es la aguda competencia en que viven los guías impresos con los guías humanos. Joanne y Baedeker, instruyendo á los viajeros, en todos los idiomas, arruinan á los instructores de carne y hueso. Estos no hacen otra cosa que aprovechar las ocasiones que se les presentan,—cuando no se les presentan las traen por los cabellos,—para desprestigiar á Joanne y á Baedeker, haciendo notar que tal ó cual fecha está equivocada que tal ó cual concepto está exagerado, que existe tal ó cual laguna. De lo que resulta una lucha sobre capítulos históricos muy divertida, superior á las polémicas de los doctores del Bajo Imperio. Si no fuera por esto, los guías no darían sino lástima.

No me gustan los cicerones, con su modo de hablar inconsciente y precipitado: se trata de despachar luego á un cliente para tomar otro: «los negocios son los negocios...» Prefiero el Baedeker que uno consulta libremente; pero más me gusta visitar las cosas al azar

de mis conocimientos y mis impresiones. En arte, como en amor, hay que dejar á la naturaleza en libertad; todo libro, toda tercera persona, modifica el encanto de esa comunión.

En la catedral de Milán un guía se me insinuó de tal modo que tuve que aceptarlo y no me arrepentí porque me resultó gracejo. El buen hombre se había figurado que era conveniente amenizar con un poco de sprit sus discursos históricos. Al hacerme ver la presencia de Napoleón I, entre las figuras bíblicas y los monstruos de la Edad Media, me dijo: «Fíjese Ud., señor, que está cerca de una estatua de Eva, y parece guiñarle el ojo...» Al mostrarme el monumento de Humberto I, abajo en la plaza del *Duomo*, por la cual circulan los tranvías y los vehículos, me agregó: «Ahí está, el pobre Rey, pasándole revista á los tranvías urbanos...» Acompañaba cada una de estas observaciones con carcajadas estrepitosas, ante las cuales permanecían impasibles los santos y los monstruos de piedra. Cómo no habían de permanecer impasibles ante lo que habían oído mil veces! Porque era evidente que ese guía recitaba á todos los visitantes sus mis-

mos chistes. Figuraban, en ese repertorio, algunos chistes obscenos, que me hicieron pensar que hay turistas que aman los comentarios eróticos en los lugares santos.

Al bajar me pasó un «cuaderno de condiciones» por el cual me impuse que ese guía costaba tres liras por la primera hora y dos por cada hora siguiente. Como esa tarifa me pareció exorbitante, me explicó, el infeliz, que los cicerones de Milán se habían asociado, en un congreso solemne, y habían resuelto alzar la tarifa ó renunciar á la carrera. «La competencia de Joanne y Baedeker nos abruma,—me dijo,—si no elevamos nuestros honorarios, nos morimos de hambre... Además,—agregó,—nuestra tarifa no es sino el doble de la de los carruajes de servicio público, y Ud. convendrá, *mio signori*, que nuestra gira por el mundo histórico es un poco más larga que la que dan los coches por la ciudad...»

Milán es ciudad encantadora; tiene una particularidad extraordinaria: las cordilleras de los Alpes le forman una frente nevada,—como los Andes á Santiago de Chile,—mientras las cálidas brisas que le vienen del Mediterráneo le dan una vegetación exuberan-

te. Apurando la metáfora, se le podría comparar con esas mujeres del siglo XVIII que se ponían pelucas blancas sobre rostros animados por el ardor de la juventud y la pasión.

Todos los caminos que conducen á Milán añaden al encanto de lo pintoresco la riqueza de los recuerdos. El camino que viene de Venecia pasa por Padua, por Verona y por el lago de Garda, que es el más tibio, el más suave en sus contornos de todos esos pozos admirables y cristalinos que forman sobre la cabeza de la Península, una diadema de diamantes. En Padua y en Verona hay reliquias ignoradas, ruinas de la época romana, trágicos recuerdos de la Edad Media, y obras maestras del Renacimiento. Este fué el camino que seguí para llegar á Milán. Lo seguí rápidamente, devorado por esa vehemencia que se apodera del viajero cuando se aproxima á un punto en que hay algo maravilloso. Quería divisar la famosa catedral á treinta leguas de distancia. Sólo me contenté cuando la vi surgir, entre las chimeneas de las fábricas, sobre los maizales, las viñas, y los campos de lino, más allá de los boques de moreras y de olivos de la fértil comarca,

como una nave colosal y fantástica, flotando sobre un mar de verdura, como una corona regia, como un pórtico suntuoso, de la más bella y de la más noble patria, de esa Italia de la cual somos hijos, todos los latinos.

SUIZA

Hay un tren rápido, uno de esos elegantes expresos que la *Compagnie Internationnale des wagons lits* ha puesto en todas las líneas de Europa. Va de Milán á Lucerna en ocho horas, por la vía del San Gotardo.

Recuerdo, una vez, en el invierno de 1904; salí de Milán en ese tren. Las brisas africanas se extienden y se conservan en el vasto seno de la Lombardía, entre la llanura de Marenngo y los muros medioevales de Verona, y le impiden al frío invernal hacer sentir su tétrica influencia sobre la vegetación.

Desde Milán hasta Como, todo sonreía, todo era tibio y florido... Dos horas después, cuando subimos al escabroso territorio suizo, más allá del lago Lugano, ese jardín de Arcadia se trocó en un vasto paisaje de nieve, adormecido y nebuloso. Fué necesá-

rio deshacer los rollos de chalones y de bufandas. Nunca había visto ni sentido una transición más rápida. El Trópico y el Polo se han instalado en la misma región.

Ahora no pienso referirme á viajes posteriores. Daré á conocer las impresiones de la primera vez que, saliendo de Italia, entré á Suiza por la región de los lagos. Tengo sobre mi mesa una cartera de apuntes de viaje. Le arrancaré algunas hojas.

Es el verano de 1903. El tren corre por la llanura ascendente de la Lombardía. El paisaje es frondoso, encantador, raro, con sus grandes fábricas modernas y sus castillos seculares. Sobre un cuadro cuyo fresco color es inmortal, el pasado y el presente se dan la mano. Atrás queda la fabulosa catedral de Milán, naufragando, poco á poco, en el mar de la verdura, envuelta en una aureola luminosa que sutiliza sus torrecillas y transparenta sus arcos. Parece una barca de leyenda, una visión de Apocalipsis...

Me alejo con pena. La Italia es el país que no produce descepción en el espíritu del via-

jero: todo cuanto la mente ha podido forjarse resulta inferior á la realidad de su cielo y á su maravilloso arte antiguo.

Bordeamos el lago de Como que cruzan grandes vapores, que tiene islas, puertos, y horizontes dilatados. Si las casas que forman esos puertos no fueran quintas de recreo, hoteles, sanatorios, si su único comercio no fuera de reposo y de amor á la vida, el lago de Como parecería un pequeño mar.

Se necesita pasar muchos socavones, subir, internarse en la montaña, llegar á lagos pequeños, contenidos en grandes tazas de piedra, con laderas cubiertas de pinos armoniosos y sombríos, donde los vapores son diminutos y se parecen á las aves acuáticas, donde campanillea el cencerro de las vacas, donde los ciervos saltan de roca en roca, y donde la nieve amortaja las cumbres, para comprender que se está en Suiza, el país pintoresco y legendario, tantas veces soñado.....

.....

El convoy se detiene en una estación con el objeto de hacer visar nuestro equipaje por los empleados de la aduana. Esta operación, casi siempre incómoda y confusa, se llevó á efecto ordenada y cortésmente. Los emplea-

dos de la estación y de la aduana se me figuraron oficiales de ejército, por sus uniformes y la precisión de sus maneras. Más tarde vería el orden casi militar, con que se hacen en Suiza los servicios públicos. En una estación de la cual parten varios trenes los pasajeros forman diversos batallones, uno para cada tren, dirigidos por un conductor en gran uniforme. El público tiende por sí solo á formar esos batallones, en ese país amoldado por una antiquísima tradición de orden y disciplina. No olvidemos que la Suiza, en 1036, fundó la primera institución de orden que hubo en la Europa medioeval, esa *Tregua de Dios* destinada á regularizar la existencia de los pobres. La Suiza en sus montañas, en medio de los peligros que la rodean, debe su existencia á la solidaridad y al orden. En cada habitante hay un burgomaestre.

Viniendo de Italia, donde todo se hace, como en España, á la buena de Dios, causa impresión ese espíritu de orden. A medida que se avanza hacia el norte la disciplina social se va acentuando. La Alemania hace el efecto de un ejército colosal, de una máquina de seres humanos que se mueven automáticamente. Un pitazo dado por una locomoto-

ra parece emanado de una orden del Kaiser transmitida por curso regular. Es una disciplina exagerada que fatiga, que obedece, y, anulando las facultades individuales, afirma la existencia del imperio. En Suiza el orden no proviene de arriba, ni tiene esa forma tiránica. Es un hábito popular impuesto por el espíritu de conservación en épocas de peligro. Es una ayuda del gobierno y un resultado de la libertad y de la educación.

Original y pintoresca, digna del lápiz de un dibujante espiritual, me pareció esa manera de organizar á los pasajeros en las estaciones. En esos regimientos abigarrados las cajas de sombreros son los tambores, los *alpenstock* son los fusiles, y los quitasoles y los paraguas son las banderas enrolladas. Los franceses se ríen de eso y sacan motivos de opereta. Pero es muy cómodo; de ese modo se llega al tren rápidamente, sin bregar enloquecido por el tumulto, como en las estaciones de París.....

Entre los rieles y la montaña va un camino ancho y liso, tallado en la roca. Sobre ese camino, al correr del tren, veo un chico de seis ó siete años que lleva sobre los hombros

un fusil, seguramente más pesado que él mismo.

—¿A dónde irá ese fusil con ese niño?—
pienso.

Era, sin duda, el hijo de un aldeano, que llevaba al *stand* (tiro al blanco) vecino el fusil con que su padre se ejercita todos los días.

Desde tiempos remotos los suizos son los mejores tiradores del mundo. Antes que el legendario Guillermo Tell clavara su flecha en la manzana, sobre la frente de su hijo, las crónicas de Carlo Magno hablan de un maravilloso tirador helveta llamado Escher.

Los *stands* del «Tiro Federal» cubren la Suiza, como las iglesias cubren la Italia. Ese chico de seis años, que iba por el camino, ya estaba iniciado en los secretos del tiro al blanco. ¿Figuraos de lo que será capaz, á los veinte años, ese arcabucero, disparando desde la altura, afirmado entre las rocas?

En un conflicto con los austriacos, á mediados del siglo XIX, el general suizo Dufour, en la víspera de un combate, mostró á los jefes enemigos las posiciones invencibles que había tomado y la destreza de sus rifles. Los enemigos persuadidos de lo dicho

por el eminente general, emprendieron la retirada. ¡Eso se llama ganar batallas sin combatir! Solo la Suiza, el país de la Cruz Roja, el país de los sabios y de los filósofos, puede contarlo.....

.....

Atravesamos una aldea pequeña, solitaria, sumida en la sombra azuleja de las montañas. La torre de su capilla, fina y esbelta, hecha para vencer el peso de la nieve, se lanza en el espacio como una flecha. Domina el silencio profundo é imponente de las serranías. Sólo se siente, de rato en rato, un disparo de fusil. Son los hombres del pueblo que tiran al blanco una vez terminada la faena.

Afirmado en la ventanilla del wagón, esas manifestaciones características de la Suiza me hacen divagar mientras el tren y el tiempo corren á parejas.

Ya veo, en el fondo, el macizo del San Gortardo, con la espesa cabellera de su flora alpina. En las alturas de Silenen diviso las ruinas del castillo de Gessler. Más allá la capillita de Wassen, dedicada á la gloria de los trabajos del ferrocarril, infinitamente poética, con su cruz que surge, sobre una torre

en forma de flecha, de un bosque de rododendros blancos.

Todo desaparece. Estamos en ese prodigioso laberinto de túneles en espiral que los ingenieros suizos construyeron con el dinero de tres países, de 1872 á 1880. Salimos de un túnel para entrar en otro, en medio de cavernas dantescas, en el fondo de las cuales se siente la sinfonía wagneriana de los torrentes. Una sola de esas vías ciclópeas, talladas en el corazón de la montaña, á una altura de mil doscientos metros, tiene quince kilómetros de largo. Mientras los chilenos y los argentinos no hayan terminado el gigantesco taladro de la cordillera de los Andes, la línea del San Gotardo seguirá siendo la más grandiosa manifestación del esfuerzo humano.

Al salir de las oscuras entrañas de los Alpes, en el umbral mismo del gran túnel, encuéntrase el monumento de Luis Fabre, ingeniero que dirigió esos trabajos increíbles. Es un hombre de bronce—sin duda lo era—que, con un movimiento tranquilo, parece ofrecernos ese adorable valle de *Gæschenen*, por el cual entramos á la verdadera Suiza. Hasta ese momento hemos estado en el can-

tón del Tessino, zona autónoma que separa á la Suiza de la Italia.....

.....

En las cimas nevadas que reciben el beso azorado del crepúsculo, en la oscuridad creciente de los bosques, sobre los cuales las cascadas se destacan como obeliscos de plata ó rayos de luz, en ese admirable conjunto que recuerda los cuadros de Antonio Smith ó las estrofas de Bello, las leyendas helvéticas se me aparecen en transparentes visiones. Creo ver á esa buena y graciosa reina Berta, modelo legendario de las mujeres suizas, cuya figura histórica parece más bien una amable creación de La Fontaine. Montada en un hermoso caballo blanco iba por los pueblos haciendo caridad. Al mismo tiempo iba hilando y tejiendo sobre su montura para no perder un segundo en su labor femenina. Era bella como Margarita, esa hermana suya, que Goethe nos pinta al lado del demonio. «Si veis en los bosques una estela de luz,— dicen las crónicas de Conrado de Mure, — es que acaba de pasar la reina Berta...» Ese mismo Conrado de Mure, canónigo y poeta del séquito de Rodolfo de Habsbourgo, nos describe, con la adorable ingenuidad de su

país y de su tiempo, á Guta, la reina de Bohemia, que ejerció sobre los pueblos lacustres el dulce patronato de la bondad y la belleza.

A estas graciosas evocaciones femeninas de la Edad Media se añaden los fieros recuerdos de los héroes primitivos. Ya es Winkelried que reúne y clava en su pecho todas las lanzas de los enemigos para salvar á sus compañeros; ya son los conjurados de la llanura de Grütli, que se convocan en el bosque misterioso, á la luz de la luna, para decidir la independencia de la patria; ya son los héroes de Morgarten, ya los confederados de Héricourt que hacen morder el polvo á los borgoñones de Carlos el Temerario; ya es el triste Bonivard, que el duque de Saboya hizo amarrar durante seis años á una pilastra en la cual han grabado sus nombres, Byron, Jorge Sand, Víctor Hugo, y Tartarín de Tarascón.....

Antes de haber leído á Schiller y á Byron, que encontraron en la historia Suiza sus más nobles motivos de inspiración, ya conocía esas grandes sombras tutelares de los montes y los lagos de la antigua Helvetia. Apre-

dí á conocerlas y á amarlas junto con las leyendas de mi propia patria, en los años inefables de la niñez. Los caudillos de Arauco y los héroes del *Walastaten* (país de bosques), se criaron confundidos en mi imaginación. Los generales españoles y el tirano Gessler compartieron mis odiosidades infantiles. Mi maestro era un suizo, que se curaba las nostalgias de su patria enseñándome sus homéricas proezas (1).

Ese profesor fué un amigo, un hermano, siempre he vivido cerca de él, á pesar de las distancias que la vida y las distintas profesiones ponen entre los hombres. Son raras las casualidades felices, pero fué una feliz casualidad la que me puso cerca de ese maestro que me enseñó la experiencia de su vieja civilización europea, y me mostró la virtud austera de su raza montañeza.

Los americanos somos inquietos y vagos, necesitamos que los europeos nos calmen y nos determinen, como lo hicieron los romanos con los pueblos nuevos, con los bárbaros que les tomaron su civilización.

Gracias á esa casualidad, la Suiza entró

(1) Monsieur Noel Redard.

temprano en lo íntimo de mi entendimiento y de mi afecto, y ha sido para mí lo que—según el refrán—la Francia es para todos: una segunda patria.

Por eso mi imaginación, emocionada, al entrar por primera vez al teatro de esos poemas familiares, creyó ver la visión lejana de esos héroes y de esas reinas.

Pido que se me perdone este recuerdo íntimo, esta expansión personal. La he dejado escapar como un grito, como un suspiro, en el dintel de ese amado país.

Ninguno de los muchos extranjeros que iban conmigo, en el mismo wagón, tuvo un sentimiento semejante. Los veía, indiferentes al soberbio y legendario paisaje, con sus trajes y arreos de alpinistas, sumidos en la lectura del Baedeker ó de alguna novela, con ese cansancio que proviene más del aburrimiento que del esfuerzo. Hacían, simplemente, el viaje de placer que la moda impone cada verano á millares de personas de las cuatro partes del globo.

Suiza es un país pintoresco, elevado, fresco, sus hoteles son espléndidos, y muy cómodos sus medios de locomoción. Los aris-

tócratas y los millonarios, todos los elegantes, van á Suiza en el verano. Es necesario ir á Suiza: la moda lo ordena con su voz banal y perentoria. Son raros los viajeros que, al recorrer ese país convertido en parque inglés, llevan en su maleta el *Guillermo Tell* de Schiller ó el *Prisionero de Chillon* de Lord Byron. La leyenda del *Waldstaeten* no existe para ellos. Tampoco existe la enseñanza admirable de civilización y buen gobierno que nos da la Suiza contemporánea. Sólo existe,—para ellos,—la moda, el gran aire, el paisaje, el hotel opulento, el sport del alpinismo y la navegación lacustre.

Esos oleajes de turistas que, desde mediados del siglo XIX, comenzaron á desprenderse de todos los pueblos de la tierra, como hordas civilizadas y benéficas, lo aplanan y lo democratizan todo. Por ello los príncipes se han convertido en hoteleros, y hasta en los lugares más abruptos se ha instalado el confort con su mecánica prosaica. Las elevadas y majestuosas cordilleras de los Alpes, cuya áspera travesía inmortalizó á César y á Napoleón, cuyos ventisqueros arrastran los cadáveres que se tragan los abismos, al triste y generoso ahullido de los perros de San Ber-

nardo, cuyas trágicas leyendas de tormentas y derrumbes ponen los pelos de punta, ya no existen. En las cimas inaccesibles del *Finsteraarhorn*, de la *Yungfrau*, del *Righi* y del *Pilatus*, hay hoteles que, en las noches pavorosas de las altas cumbres, proyectan más luz y más abrigo que la plaza de la Opera en París. Por las laderas escarpadas que aterro- rizaban á alpinistas temerarios, corren los funiculares como los carros eléctricos por la Alameda de Santiago. Grandes barcos á vapor cruzan el tormentoso lago de los Cuatro Cantones, en que naufragó la lancha de Gessler. Por todas partes hay casinos y restaurantes.

El pasado heroico de los pueblos alpinos no se puede conciliar con esa vasta «feria de Neully» instalada en los valles y las crestas. Ya no tienen los Alpes ese encanto arrobador que imprime la soledad salvaje. El admirable y espeluznante grabado de Gustavo Doré que representa la catástrofe del monte Cérvin, parece ahora, una ilustración de novela de Julio Verne. El alpinista meridional que nos pinta Alfonso Daudet le dice á Tartarín: «No tengas miedo; si te caes en un abismo, déjate rodar; en el fondo encontrarás

dos lacayos que te escobillarán cuidadosamente preguntándote si te has lastimado; luego, introduciéndote en un ascensor, te harán volver á la cumbre. . . »

Hay libros geniales que descubren países imaginarios, y otros que deforman la fisonomía de los países de verdad. ¿Quién duda de la existencia de Lilipucia, después de la obra de Swift? ¿Quién no ve á la España á través del lente maravilloso de Don Quijote? El espiritual Alfonso Daudet, con su libro *Tartarín sobre los Alpes*, completó sobre la Suiza la obra lapidaria de turismo. Esos aldeanos de los diversos cantones que van siguiendo una vieja tradición, en pintoresco peregrinaje, á orar á los pies de un santo tallado en el tronco de un árbol, sobre la ondulada mota ó en el farellón del lago, según el guía confiante de Tartarín, no son sino miembros de una comparsa asalariada que representan una comedia de piedad pastoril para entretener á los turistas. Esos viejos que conservan todavía el uniforme de Carlos X,—últimos soldados de la gloriosa falange suiza de los reyes de Francia,—que se ven sentados en la puerta de los tiros federales, buscando ese «olor á pólvora» que robustece el pecho

del veterano, no son sino actores de la misma comedia histórica que se representa sobre las montañas, ante la universal caravana de los turistas. En las lecherías del cantón de Uri, los viajeros no descubren el ejemplo de una industria riquísima y perfecta. Creen que esas lecherías modelos, con sus vacas gordas y lustrosas, en sus cabañas rústicas, ordeñadas por mujeres vestidas con cintarajos y lentejuelas, según la usanza del cantón á que pertenecen, están ahí para recordarnos las lecherías del Trianón y hacernos evocar la silueta graciosa de la Pompadour ó la sombra melancólica de María Antonieta.

Los viajeros se ríen á carcajadas leyendo á Joanne y á Baedeker que describen las grietas del Monte Blanco ó las salidas de sol en el Righi. No hay grietas en el Monte Blanco; el sol no ha salido jamás en el horizonte de Flüelen, eternamente nublado... ¡Pero no importa! Todo eso es divertido; y el mundo entero entra á Suiza como al teatro panorámico de los Campos Elíseos.

Hay que ser suizo ó, por algún motivo, conocer y amar á ese país para apreciarlo como modelo y padre de todas las repúblicas, como

templo perfeccionado de la instrucción y de la ciencia, como última palabra de la industria, del buen gobierno y de la felicidad social.

El noventa por ciento de los que lo recorren son simples veraneantes que van á descansar y á divertirse, creyendo que las montañas son artificiales y que los aldeanos son comparsas pagados,—para darle al cuadro un sabor regional,—por una vasta compañía inglesa que explota los hoteles, los funiculares, y los vapores.

—¿Y las catástrofes de la cordillera, cuyo frecuente relato nos aterra?—pregunta Tartarín á ese guía pasmoso, que le contesta risueño:

—¿Las catástrofes... no existen, no han existido nunca?... «La Compañía» manda á viajar por América ó el Oriente á ciertos individuos, y hace decir que han caído en un abismo sin fondo. Esas son las catástrofes... Le conviene á la «Compañía» para darle interés dramático á las montañas. Todo el mundo gusta visitar lugares que tienen fama de peligrosos; no por valor; por vanidad...

A lo cual el héroe tarasconés responde con ademán resuelto:

—¡Me hago alpinista!

LUCERNA.

El río Reuss sale del lago de los Cuatro Cantones con impetuosidad torrencial. Era un gran peligro para las pirogas de las tribus que vivían en el lago. Por eso edificaron en ese punto, en el centro del río, una torre de piedra en la cual fué puesta una luz. De lo que proviene el nombre de *Lucerna* que tomó la población ahí fundada.

Esa torre existe todavía, existirá siempre, victoriosa del tiempo y de las aguas. Un puente oblicuo, cubierto con tejado á la usanza de la Edad Media, como el antiguo puente de Los Morros sobre el río Maipo, la une á ambas riberas. En ese puente, unas pinturas, de apariencia arcaica, nos enseñan los hermosos episodios de la independencia suiza.

A la vieja torre la llaman *Wasserthurm*. En ella están guardados los archivos de la ciudad y del cantón. Estos son preciosos. En las orillas del lago de los Cuatro Cantones, Walter Fürst y Arnoldo de Melchthal lanzaron el grito de libertad. Poco después, en ese mismo lago, ese grito quedó confirmado. Ahí fué muerto el tirano Gessler. La leyenda

atribuye su muerte á la flecha de Guillermo Tell y á la tormenta de Flüelen.

Desde entonces Lucerna fué uno de los centros activos y gloriosos de la guerra del *Waldstätten* (país de bosques). En Lucerna se descubrió la conspiración de las «mangas lacres», hecha por los partidarios del Austria que querían sorprender y asesinar á los sostenedores de la independencia.

No sólo esa vez salvó Lucerna la naciente confederación. En la llanura de Sempach, mil cuatrocientos lucernenses destruyeron el poderoso ejército del duque Leopoldo, —que venía á reivindicar el *Waldstätten*— gracias al heroico sacrificio de Winkelried.

Petermann de Gundoldingen, burgomaestre de Lucerna, cae herido de muerte en un combate. Al agonizar sólo piensa en la constitución y en la prosperidad de su patria. Estas fueron sus últimas palabras: «Digan á mis conciudadanos que nunca permitan á un burgomaestre ejercer el poder por más de un año». Los más grandes pueblos se inclinan ante esos montañeses que fueron, en la Edad Media, los heroicos y sabios restauradores de la democracia.

En Lucerna está el «Museo Internacional

de la Guerra y de la Paz». Lo fundó hace algunos años el ruso J. de Bloch á fin de secundar el movimiento favorable á la paz que floreció en el primer Congreso de La Haya. En él se exhibe cuanto aparato mortífero han usado los hombres y cuanta ruina y dolor han causado esos aparatos. Las armas prehistóricas están ahí y también el cañón de tipo más perfeccionado. Sólo falta la quijada de asno con que Sansónmató á los filisteos... Un ciudadano ruso — si hay ciudadanos en Rusia— eligió la Suiza para instalar ese museo de propaganda pacífica, en virtud de los antecedentes que han convertido á ese pequeño país en un centro de todo cuanto es humanitario.

Está instalado, ese museo, á la orilla del lago, en la parte central de la población, en un castillo que se conserva desde los primeros siglos de la Edad Media. Esa construcción bizarra, ennegrecida por el tiempo, apareciendo entremedio de los graciosos y frescos hoteles modernos, anuda de modo original la majestad de la historia con el encanto liviano de nuestra época. En la opuesta ribera, destacando en la altura sus afiladas torres, está la iglesia de Saint-Lèger, edificada en el

siglo VII, en los divinos tiempos del ermitaño Ponce, uno de esos valientes y piadosos solitarios que salían de Roma para llevar á las leyes bárbaras la dulzura del cristianismo. Esa humilde capilla, en el poético marco de la montaña, parece emanar todavía la humana bondad que presidió á su fundación. En ella hay un maravilloso Cristo de madera tallado por Custer, escultor de Engelberg.

Custer renovó el arte tosco de los escultores de la serranía. Fué una especie de Benvenuto Cellini cuyo genio se ejerció sobre el tronco de los árboles. El tallado en madera ha alcanzado en Suiza una perfección singular. Es el arte característico del país. El tono quemado de la madera se presta mejor que la piedra para esculpir la fauna de los Alpes y las costumbres ingenuas de los antiguos lacustres. Los santos tallados tienen algo de ardiente y de enfermizo que hace comprender por qué la madera, en la Edad Media,—época de exaltación y de martirio,—fué el mármol de las iglesias. La escultura en madera no pasa de ser un arte rústico, un adorno de casa de campo. Amo, sin embargo, esas estatuas que conservan el olor de la vegetación y la vaga poesía de las montañas.

Cerca de la ciudad hay un sitio interesante, en el cual grandes rocas pulidas demuestran la existencia de un ventisquero del mundo primitivo. En ese paraje abrupto, esculpido en un inmenso peñasco vertical, está el famoso «León de Lucerna». Una lanza quebrada le ha partido el corazón. La noble bestia agoniza defendiendo con su garra un escudo con la flor de lis. Colocado ahí, en el punto más central é histórico de la Confederación Helvética, ese león simboliza la valiente abnegación y la fidelidad de la raza, consagrando la memoria de los 26 oficiales y 760 soldados de la guardia suiza que murieron en su puesto, en el asalto de las Tullerías, en agosto de 1792. «Mercenarios» han dicho. ¡Son héroes los mercenarios que exaltan á ese grado la fidelidad y el valor! «*Helvetiorum fide ac vi tuti*»—dice la inscripción.

Todo se encuentra en medio de una de esas ciudades modernas, pequeñas y deliciosas, formadas con chalets y con jardines, que destacan la variedad de sus colores sobre el verde intenso de los bosques, en la falda de los cerros, á la orilla de los lagos que contribuyen á la belleza del paisaje con sus reflejos mágicos.

Ahí viven 30,000 almas, en la paz octaviana de una democracia perfecta, en la prosperidad incesante de un gobierno irreprochable. Todo está hecho, ahí, del modo más inteligente y sencillo, todo funciona como un reloj, al amparo de las patriarcales virtudes de la raza. Lucerna es, como tantas otras ciudades de Suiza, un modelo que los pueblos nuevos y los pueblos viejos se imponen, al través de sus pasiones y de sus defectos, como un ideal de civilización.

Lucerna es el corazón de la Suiza. Está situada en un punto céntrico, en la parte más pintoresca de la montaña, á la orilla de ese lago de los Cuatro Cantones, de cuya forma de cruz sacaron los helvetas el símbolo blanco que pusieron sobre su bandera roja. Esa bandera Suiza se ha hecho universal; en todos los países se levanta para indicar tregua, protección, filantropía, humanidad. Es la Cruz de Ginebra, la bandera que ha conquistado al mundo por el amor y la simpatía; tanto más rara y gloriosa que las que lo conquistan por la sangre y el fuego.

Si he dicho que Lucerna es el corazón de la Suiza, no ha sido únicamente refiriéndome á la situación geográfica, sino también

al hecho de estar á la orilla de ese lago en que el martirio del despotismo hizo nacer la idea de la independendencia, junto á esos sitios memorables habitados por la sombra inmortal de los héroes primitivos.

Lucerna es el punto privilegiado de la naturaleza alpina. Las accidentadas riberas de su lago, encerrado entre altas cordilleras, sonrientes bajo el sol del mediodía, son majestuosas á la hora del crepúsculo. Ante los malecones de la ciudad se extienden en grandioso semi-círculo, los picos del *Righi*, del *Stanserhorn*, del *Pilatus*, y tantas otras montañas que levantan sus frentes de nieve como melancólicos contempladores de la Europa. Al fondo, cerrando el horizonte, está la pradera de Rütli en la cual, en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1308, los oprimidos de Uri, de Schwys y de Unterwalen, juraron la independendencia. Allá está la capilla de Guillermo Tell, allá la roca en que meditaba Schiller. . . No hay un punto, en los alrededores de Lucerna, que no sea motivo de una excursión interesante, ya por el agrado de las montañas, ya por la majestad de los recuerdos. Por eso se ha convertido, durante el

verano, en la metrópoli de los turistas de la Europa central.

Tanto en el Malecón Nacional como en el *Bannhofstrasse*, se han construído hoteles magníficos, grandiosos, como el Elysée Palace de París. Esos edificios, con su opulencia arquitectónica y su hormigueo cosmopolita, ahogan la ingénua coquetería de la población suiza é invaden el abrupto contorno de los cerros. Más de cien mil extranjeros visitan cada verano el lago de los Cuatro Cantones, para lo cual se radican en Lucerna por algún tiempo. Muchísimos millonarios pasan sus vacaciones en ese punto delicioso. A medida que las agencias y los medios de transportes van facilitando la pasión del turismo, va creciendo en Lucerna la ola de viajeros. Poco á poco, toda la ciudad se va convirtiendo en un inmenso hotel.

Describir la vida de Lucerna en los meses de verano es tarea superior á un simple turista. La pequeña ciudad suiza se convierte en un desbordante centro cosmopolita. El gran lujo se instala con sus placeres y su elegancia asiática. Grandes vapores, como edificios flotantes, navegan por el lago y comu-

nican con las otras ciudades de hoteles. Se abren teatros y centros de sport. Parecería que el hervidero mundano de París se hubiese instalado en el alto y silencioso seno de la montaña, disfrazando con su aire carnavalesco la tradición sencilla del pueblo lacustre.

APUNTES DE ZURICH

Zurich, en la margen del lago del mismo nombre, por su importancia mercantil es la verdadera capital de la Confederación Helvética.

La parte antigua de la ciudad,—la que conserva ruinas del *Turicum* de los romanos, la que vió los dramas de la Reforma en 1519, la que, más tarde, vió nacer á Pestalozzi,—compuesta de edificios flámígeros y de torres góticas, se extiende á ambas orillas del verde y correntoso Limmat.

La ciudad nueva, magníficamente edificada, con averidas pequeñas, es, sin embargo, comparable á las mejores capitales. El lago de Zurich, aunque no muy distante del de los Cuatro Cantones, queda al norte, fuera de la cadena de los Alpés. Está rodeado de

colinas suaves y dilatadas, lo que le da un carácter particular en ese país en que todo es montañoso. La vista de Zurich no es abrupta. El horizonte es abierto, y produce una agradable impresión cuando se sale del laberinto de las cordilleras. La tormenta geológica que formó las montañas del centro de la Europa, se aplaca, hacia el norte, en los suaves lomajes de Zurich, y luego en las llanuras de Alsacia y de Lorena.

En el confín de ese lago azulino, más allá de las lomas ondulantes, hacia el sur se deja, el cuadro imponente de los Alpes centrales,

Basta recorrer las calles nuevas de esta ciudad de 150,000 almas, y verlas llenas de gentío y movimiento, con sus edificios monumentales, para comprender la importancia y la marcha delantera que lleva en la civilización. Colocada en el centro de una región agrícola é industrial, son importantes sus fábricas, sus fundiciones, y sus manufacturas; sobre todo sus sederías. Estas, aunque vienen después de las de Lyon, son más afamadas que las de Milán. Los establecimientos de Zurich aprovechan la fuerza hidráulica del Limmat y del Sihl. Se extienden á la orilla del lago, dándole, con el humo de

sus chimeneas y con el resoplido de sus fraguas, un aire de puerto marítimo que resulta, en Suiza, algo paradójal.

Esos ríos de Zurich, á pesar de correr entre las lomas próximas á la llanura, conservan todavía el impulso torrencial que tomaron en las altas montañas. Tienen el mismo declive, ofrecen las mismas ventajas que los ríos de Chile. Sólo existe la dolorosa diferencia que hay entre el partido que de ellos sacan los industriales suizos, y el abandono en que los deja correr nuestra industria despiciosa y rutinaria. «Un torrente de agua es un torrente de oro»,—dicen los habitantes del *Zurichberg*. Tienen razón. A los torrentes de agua deben su prosperidad. Ese refrán debía ser el lema de la industria chilena.

Después de Ginebra,—donde nacieron Juan Jacobo Rousseau, el General Doufur, Eduardo Rod, Víctor Cherbuliez, y tantos sabios y escritores de fama,—Zurich es la ciudad intelectual de la Suiza. Su Museo Nacional cuenta entre los más ricos de Europa, su Universidad es reputada; y junto con la de Ginebra, influye poderosamente en el movimiento filosófico, científico y social.

La Escuela Politécnica de Zurich ha llega-

do á sobrepasar notablemente á todas las instituciones de su índole. La fundó el iniciador del ferrocarril del San Gotardo, ese Alfredo Escher, cuya estatua, en la plaza de la estación, es lo primero que ven los extranjeros que llegan á Zurich.

La Suiza, se distinguió en el siglo XIX por su adelanto extraordinario en la rama de las artes útiles. Sus caminos de fierro, sus canalizaciones prodigiosas, sus industrias perfeccionadas, todo lo grande que ha hecho ese pequeño pueblo y que ha servido de ejemplo y de modelo á otras naciones, nació y se desarrolló por la Escuela Politécnica de Zurich.

Zurich es ciudad de trabajo y de estudio muy interesante. Revela mejor que otras el adelanto moral y material de ese país modelo, donde imperan el orden, la inteligencia, la actividad.

Las instituciones económicas en que se basa sólidamente la fortuna pública, y las instituciones de carácter social, las escuelas de todo orden, las oficinas de estadística y de administración más perfectamente organizadas, las industrias útiles, todo existe en Zurich en estado de servir de modelo, fun-

cionando con la fácil armonía de las obras maestras, á la vista fascinada del extranjero. Ahí se ve el resultado maravilloso del orden, de la ciencia y de la libertad. Ahí se comprende por qué respetan la neutralidad de la Suiza, nación diminuta, con 4.000,000 de habitantes, las potencias formidables é inquietas que la rodean.

Para el ciudadano de un país joven, regido por instituciones democráticas, que aspira á una marcha rápida por el camino de la civilización, no hay, tal vez, una residencia más provechosa y educadora que la de Zurich.

La abundante riqueza de Zurich no se traduce en vida mundana y refinada. Nada puede hacer desaparecer la sencillez patriarcal de las costumbres de esa raza que no es latina y que nunca tuvo reyes. Ahí existe el tipo «burguez» en toda su magnífica ingenuidad; ahí la mujer y la hija del millonario toman parte activa y personal en el trabajo doméstico. Ahí existe el verdadero demócrata, el demócrata incorruptible, muy diferente del aventurero yanki que, apenas enriquecido, busca título de nobleza.

Zurich no es una ciudad artística, ni vo-

luptuosa, aunque Wagner en ella tuvo los amores de Isolda y Tristán. Por esto, quizás, no nos quedamos en Zurich. Debíamos quedarnos, porque encierra mucho de bueno y de admirable. En Lucerna, donde no hay nada útil, nos instalamos, porque Lucerna es elegante, hermosa, sedentaria, cosmopolita y refinada. Así somos los latinos: amamos demasiado lo bello y voluptuoso. Nos haremos desalojar de todas partes por esos hombres sobrios y trabajadores, que fuman cachimba y pisan fuerte, con sus zapatos de doble suela.

VUELTA Á PARÍS

Dejé el territorio suizo por Bâle. Para entrar en Francia el tren cruza el ángulo sudoeste de la Alsacia. Durante tres horas me encontré en Alemania. Vi Mulhouse y Belfort, puntos que el conflicto de 1870 hizo célebres. Ahí se agolpó, á la raíz de la declaración de guerra, el orgulloso y carcomido ejército del Segundo Imperio. Fué ese Séptimo Cuerpo, comandado por el mariscal MacMahon, que lavó su torpeza y su desorden,

con el heroísmo de Wissemburgo y de Reichshoffen.

Una coincidencia feliz le dió, á mi rápida travesía por esos parajes de leyenda un vivo interés. Venían en el mismo compartimiento tres caballeros de los cuales dos eran franceses y uno alemán. El alemán era imberbe y hablaba francés correctamente. De los franceses uno era viejo, y el otro joven, representaba cuarenta años. Este, pronto me haría admirar ese poder de longevidad que caracteriza á los europeos. Había asistido á la guerra de 1870, hacía treinta y tres años. No podía tener menos de cincuenta y cinco, y representaba cuarenta! Para creer en su edad había que oírlo hablar. Y yo pensaba, tristemente, en lo que son cincuenta y cinco años para un americano del sur: achaques, enfermedades, agotamiento, muerte... ¿A qué deben los europeos esta maravillosa facultad de prolongar la juventud, de alargar el triste ó delicioso, pero siempre breve, fenómeno de la existencia? Al clima, al progreso de la higiene, al orden en la vida? Quién sabe...

Este tema, que tanto interesa, me llevaría lejos del relato que me he propuesto. Es

el caso que los tres caballeros en cuestión se pusieron á hablar de los inolvidables acontecimientos que, en 1870, transformaron la faz del Viejo Mundo.

Los franceses, apoyados en las ventanas del carro, con esa elocuencia, con ese poder de evocación que los caracteriza, referían al joven alemán cuánto habían visto, en el mes de julio de 1870, en ese paisaje que ahora se nos presentaba suave y tranquilo en el contorno de sus lomajes, sonriente en los villosos industriales y prósperos que á cada momento divisábamos.

Cuanta sangre, cuanto heroísmo inútil, ante la marcha de una nación, organizada como una máquina que avanza obedeciendo á una sola voluntad,—la de Bismarck,—á un solo genio,—el de Moltke!

Por momentos el recuerdo demasiado intenso emocionaba á los narradores; su mirada se ponía brillante y su voz se enardecía, como en las tardes de derrota. Al oírlos, me sentí impresionado como en el teatro, escuchando actores de talento, actores que han vivido los hechos que representan. . .

«Ahí, en esas lomas,—decía el más joven que era el más fogoso,—se agolpó el 7.º Cuer-

po en la víspera de marchar sobre Mulhouse... fué un hacinamiento espantoso y desordenado... Nadie mandaba... Las divisiones se movían instintivamente hacia la frontera, con lentitud, con el desaliento que á todos nos infundía la evidencia de la catástrofe, la *debâcle*...!»

Pobres *gabachos*, tan alegres, tan gloriosos, tan irresistibles, bajo Napoleón el grande, tan tristes, tan fatales, tan fáciles de vencer, bajo Napoleón el chico! Cuando llega la hora de la crisis, todo un país, todo un pueblo, depende del hombre que lo encarna. Toda la responsabilidad pesa sobre el jefe. El soldado vencido se salva en la apoteosis del sacrificio anónimo. El tribunal de la historia se abre para el director supremo. Por eso el joven alemán escuchaba atentamente, sin manifestar orgullo, con profundo respeto, á esos soldados á los cuales la derrota no enajenó el honor. Tanto él como ellos, parecían maldecir en silencio á «Aquel» que no nombraban, al flemático y sombrío usurpador del 2 de diciembre, al descabellado ambicioso de Crimea y de Méjico, al aterrizado que capituló en Sedán.

Y la dramática relación continuaba, á me-

dida que el paisaje se iba desenvolviendo:

«Ahí divisó el caserío de Reichshoffen,—decía uno de ellos.—Por ese callejón vi entrar los dos mil coraceros, atropellándose en una furiosa cabalgata... Se metían en ese atolladero para distraer los fuegos de la artillería prusiana, y permitir la retirada de nuestra infantería... Media hora después, vimos aparecer sobre esa loma, plantada de viñas un grupo de veinte ginetes que vagaban como fantasmas, sin saber á dónde dirigirse. Eran los sobrevivientes del formidable regimiento número 8. ¡Veinticuatro!... Pobres muchachos... Eso fué para nosotros, la guerra del 70: sacrificio consciente, muerte resignada é inútil...»

Por momentos, la locuacidad de los narradores cedía su lugar á una dolorosa y melancólica meditación:

«Treinta y tres años han pasado y nos acordamos como si fuera ayer...»



Llegó el tren á Belfort y la charla se reanimó con el segundo capítulo de esa trágica historia.

El Gobierno de la Defensa Nacional ha restablecido el vigor de la Francia y la hace volver furiosamente sobre los territorios perdidos. Ahí está el campo de Villersexel, en el cual también combatieron mis compañeros de viaje. Pero esta vez triunfaron, con aquel legendario Bourbaki, hecho de la madera que servía á Napoleón I para tallar príncipes y mariscales. . . . Ahí está Dijon, donde triunfó Garibaldi, el generoso aliado . . . Una alegría pasajera, un último rayo de esas efímeras victorias, parece iluminar la frente de esos hombres. . . .

Todo fué inútil: la homérica defensa de Denfert-Rochereau en Belfort, la victoria de Dijon, la victoria de Villersexel. . . . Con esos prusianos endemoniados tan inútil resultaba el desesperado heroísmo de las derrotas, como la gloriosa embriaguez de las victorias. La invasión continuaba, como una ola de fierro, lentamente, seguramente, según el itinerario que le había prescrito Bismarck. . . .

Bourbaki se suicida en Suiza; cae Belfort, como cayó Strasbourgo, y cae París, como cayó Belfort. . . . Toda la Francia gime bajo los tacones acerados del ejército prusiano.

Malheur!... exclaman los franceses,— *parlons d'autre chose*». Y un júbilo invencible ilumina discretamente la mirada del joven alemán.

Llegamos á Bussang, donde quedó la frontera de Francia después del desigual tratado de Francfort. Divisamos, en lo alto de una loma una gran bandera francesa proyectando sobre el cielo opaco la nota entusiasta de sus tres colores. Toda esa frontera, «forzada y temporal»—según dicen los franceses,— desde Longwy hasta Belfort, está llena de fuertes y exhibe constantemente una línea de grandes banderas para recordar que la reivindicación está pendiente. La brisa del oeste, como interpretando los sentimientos del pueblo francés, empuja esas banderas hacia el lado de las provincias cautivas.

Respecto de Alsacia y Lorena, dos escuelas se han formado en la Francia reconstituída. Son dos escuelas diversas, pero que persiguen el mismo fin: la reconquista.

Una de ellas es colérica y exaltada; tiene la política del militarismo y pone coronas, todos los días, en el monumento de Stras-

bourgo en la plaza de la Concordia; quiere la guerra para recuperar los territorios, ya que por la guerra se perdieron. Representante de esta escuela era un francés que encontré en el vapor del lago de los Cuatro Cantones, y que comparaba á los alemanes con los súbditos de Atila.

La otra escuela es más tranquila, más inteligente; entona la Internacional, que es la Marsellesa de los pacíficos; está de acuerdo con la nueva política, cuya ambición suprema es el desarme y la paz; busca y espera la reconquista de Alsacia y Lorena por medio del ascendiente diplomático, por medio de alianzas que le permitirán á la Francia, una vez muerto el Emperador de Austria, influir poderosamente en la cuestión de los Balkanes y ofrecer á Alemania un gran pedazo en el oriente á trueque de sus queridas provincias. Esto es posible; esta es la escuela que tiene más adeptos. La escuela de los exaltados está quedando reducida al espíritu patriotero y equívoco de los *nacionalistas*.

De la escuela de reconquista pacífica eran los antiguos combatientes que venían en el *wagón* en fraternal consorcio con un joven alemán.

Sea, como sea, suponiendo que la Francia, de un modo ú otro, llegue á recuperar sus antiguas provincias ¿estas provincias aceptarán la vuelta á una nacionalidad que han olvidado? El «yugo germano»—como dicen los diarios de París y el escritor René Bazin, — ha servido más bien para hacer progresar y para enriquecer esos territorios. La raza se ha renovado en una atmósfera de orden y felicidad. Mil razones poderosas han hecho olvidar los estragos de la guerra. Las cadenas con que el naciente Imperio Alemán se anexó la Alsacia y la Lorena, se han convertido en vínculos. Si Francia mañana recupera el dominio de esas provincias tendrá que volver á secularizarlas por medio de un largo esfuerzo. Pasa con los territorios lo mismo que con los individuos: si caen prisioneros de un buen rey, se asimilan á su servicio y no quieren separarse más de él. Es el caso de Tacna y Arica entre Chile y el Perú; es el rapto de las Sabinas.

Desde las once de la mañana nos encontramos en tierra francesa. Atravesamos las

provincias de Alta-Saôna, Alta-Marne, y Marne, conocidas por sus industrias de fierro, y, sobre todo, por su producción de champagne. No hay grandes ciudades en esas ricas provincias. Todo está repartido, gracias á que, en todo tiempo, las vías de comunicación han sido fáciles. Las vías de comunicación son los canales, que han llegado á convertir ese vasto territorio en una especie de Venecia agrícola. Los canales lo cruzan en todas direcciones, anchos y tranquilos, bordeados de árboles que dibujan sobre el paisaje liso rejas interminables y sinuosas. Los terrenos son bajos y planos, planos como la pampa argentina, y monótonos como ella... El Rhin avanza hasta ellos sus grandes ramificaciones de la Meusa y la Mossela. Se desprenden de los Vosges una serie de ríos menores que pasan cerca de esos terrenos y van á caer al Sena. Todas estas vías de agua han facilitado la construcción de esos innumerables canales, que le dan á ese rincón de la Francia un marcado parecido con los Países Bajos. Es interesante ver esas lanchas gordas, que apenas caben en el canal, navegando á «la sirga», arrastradas desde la orilla por un caballo corpulento. ¿Quién no ha visto

este sistema de la lancha y del caballo, el eterno motivo de los paisajistas holandeses, de los Tenieres y los Van-der-Meulen. Una sola bestia es suficiente para mover sesenta toneladas. Así son las facilidades que la naturaleza presta al trabajo en este privilegiado país de Francia.

Pasamos por Troyes, la ciudad remota y milagrosa que transporta nuestra imaginación á los tiempos primitivos de la vieja Europa.

En el año 451 de nuestra éra el mundo estuvo próximo de su fin. Los hunos, los alanos, los ostrogodos, los búlgaros, etc., etc., toda la barbarie ondea en torno de Atila. Figurémonos la fauna universal dirigida por un monstruo inteligente y voluntarioso, sublevada contra el género humano; eso nos dará una idea del peligro que entonces corrió la civilización. La Germania y las Galias desaparecen bajo el impulso demoledor de los pueblos bárbaros. Por esas mismas llanuras que voy recorriendo avanzaban las hordas infinitas. Me parece que las veo, envueltas en nubes de sangre, como avalan-

chas fantasmagóricas, armadas con lanzas de fuego. Creo sentir el estrépito de las ciudades que caen, y el gemido de las naciones que agonizan. «Los hunos», del fondo del Asia, traían el desierto y lo iban extendiendo como un sudario sobre el mundo antiguo,—dice Saint-Víctor.

La invasión, en marcha hacia la rica Lutecia, llega á Troyes, la ciudad que estoy viendo. Desde lo alto de las murallas el obispo San Loup pregunta al jefe de los bárbaros: «¿Quién eres tú?» Y el Dragon de la Apocalypse le contesta al hombre del Evangelio: «Soi Atila, el Azote de Dios». «Bien venido seas,—replica el obispo,—azote del Dios á que obedezco. Entra; anda á donde te impulse su brazo». Atila entra con su ejército famélico. Pero un velo sobrenatural cubre á la ciudad que sabía someterse al castigo de su Dios; un milagro la sustrae á los ojos de los bárbaros. Estos la atraviesan creyendo recorrer una vasta pradera.

Así está toda la Europa, sembrada de fábulas preciosas, que nadie sospecha al ver la apariencia moderna é industrial de esas ciudades viejas.

A las seis de la tarde avistamos París, recortando su silueta accidentada sobre el incendio del crepúsculo.

Desde que nos acercamos á Vicennes y á Charenton, desde que vimos los alrededores de la «ciudad única», un verdadero júbilo se apoderó de nosotros. «París!, París!» es como un campanilleo irresistiblemente alegre. ¿Por qué esta poderosa atracción de París, por qué este contento cuando se vuelve á él?

Había recorrido países admirables por mil motivos: la Italia, que es un relicario imponente; la Suiza, que es un jardín encantador. Y lo había hecho,—como lo demuestran mis artículos,—muy á la ligera, á la «buena ventura» de un boleto-circular. Pero ya quería volver á París. París, fuera de la patria, es el único punto que no aburre. En París el arte no es un recuerdo de otro tiempo, no es una ruina; es algo que pertenece á la vida y que se está renovando constantemente.

Renan, en sus páginas inmortales sobre el Acrópolis de Atenas, se figura la alegría de un viajero de la oscura Europa que llega, en tiempo de Pericles, á esa ciudad perfecta, de arte, de galantería pura y de espíritu elevado. Cicerón compara á Roma, en el mundo

antiguo, con una rama de laurel tirada sobre un campo de guijarros y malezas. Lo que fueron esas ciudades en el pasado es París en la actualidad: centro de la civilización, por la perfecta gracia de su espíritu, por su libertad, por su alegría, por su horizonte, por su fecundidad cosmopolita, por la forma deliciosa y elegante de su vida, por la belleza de sus Campos Elíseos, á nada comparable, superior á todo.

De esto proviene que París sea el centro de todos los que viajan por Europa, el eje del mundo, el punto supremo, al cual todos llegan sedientos y cansados, á buscar satisfacción y juventud.

Un estafador parisiense fué capturado por la policía en cierta ciudad de los Pirineos; y fué devuelto á París para cumplir una condena de veinte años de presidio. Al recorrer, en carruaje carcelario, la distancia que media entre la estación del ferrocarril y la congergería,—mirando la belleza de la calle, la animada y pintoresca circulación, el corte elegante y seductor de las parisienses, respirando esa atmósfera superior que sólo en París se respira,—el pobre hombre exclamó: «Que feliz me siento de volver á París!...»

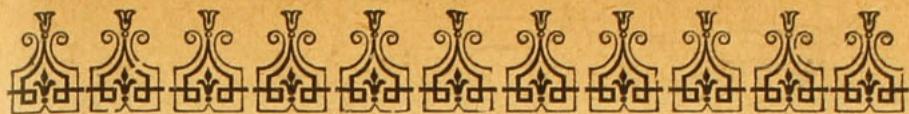
El encanto penetrante de la «ciudad de las ciudades» lo hacía olvidar que venía á cumplir una condena de veinte años.

A las 7 de la tarde entra el convoy en la estación del Este. Doce horas ha demorado en recorrer el trayecto de Bâle á París. Un empleado arrancó la última hoja de mi boleto-circular.



IV

EN LOS CUATRO CANTONES



EN LOS CUATRO CANTONES

(*Diario de un turista*)

Lucerna, 14 de agosto.

En el tren de Milán encuentro un compañero de viaje, y es chileno. ¡Cuánta alegría, la de dos compatriotas que se encuentran en el mundo agitado é indiferente de la Europa!... El compatriota encontrado, y desde hoy compañero de viaje, se llama Federico.

Luego que llegamos al hotel, rendidos de cansancio, vi á Federico contemplando el lecho del aposento que la sirvienta alemana le indicó: pequeño lecho, cama suiza, angosta, blanca, virginal. «Esto está bueno para

un niño ó para un sacerdote»,—observó Federico con disgusto. Mi compañero parece ser de naturaleza á preferir los mullidos lechos de los hoteles de París, anchos y culpables.

«Este es el catre suizo,—le observé,—sobrio, reparador, en el que se reposa al bajar de la montaña...»

Federico se desvistió y, aunque descontento de su lecho, luego se puso á roncar. Y yo, maniático, me puse á escribir estas impresiones. Se me antoja que si no las escribo, si no las vierto en el papel, me van á quitar el sueño. Tanto pitazo de locomotora, tanto correr!... y montañas de maletas... y visiones de mujeres... El sueño del turista!

Pensar que vengo á Suiza en descanso de un año de vida parisiense y de un verano pasado en Roma, entre las malarías y los cardenales, bajo el sol calcinante! Vengo flaco, extenuado, como suelen andar los que hacen esta envidiable vida cosmopolita... Descansaré?... Es tan difícil descansar! Desde luego, esta noche, me lo impiden los ronquidos de Federico.

Este es un pequeño hotel, una pensión, pero tiene gran letrero que dice: «*Hôtel du*

Parc». Cuánto nos costó encontrar un hotel con dos camas desocupadas! Más costoso debe haberle parecido al viejo de la estación que nos seguía cargado de maletas: el equipaje de Federico, quien me parece todo un elegante. Los grandiosos hoteles, que se alinean á ambas riberas del lago,—angosto en esta parte,—están llenos. Sin embargo hoy, al verlos, me parecieron desocupados: detrás de sus fachadas monumentales no se sentía movimiento alguno. Federico se irritó creyéndose víctima de rechazos antojadizos. Preguntamos al cargador si sería verdad que no había alojamiento. Este nos dió su respuesta en incomprensible jerga franco-alemana. Al fin nos instalamos en este hotelito, frente á las montañas.

El dormitorio se adorna con esculturas de madera, con platos y jarros de porcelana, con grabados que representan escenas montañoscas: «Decoración rústica, alemana»,—dijo Federico al entrar, haciendo un gesto de repugnancia. «Vamos á estar *fregados* en este hotel,—agregó.—No encontraremos mujeres...»

«¡Y la sirvienta,—le repliqué,—y, abajo, la tenedora de libros?...»

«Esas no son mujeres,—contestó.—Yo, en Europa, entiendo por mujeres á las damas alegres de París...»

No escribo más. El profundo sueño de Federico se me contagia.

15 de agosto.

El *Hôtel du Parc* es pintoresco, cómodo, tranquilo y barato. Lo sirven aldeanas suizas en traje regional. Sólo Federico no se encuentra bien porque lo juzga poco elegante. A qué me resulta un snob el tío éste!... Dice que le carga el sabor de las cosas en esta casa de aldeanos. Lo único que no le aburre es la cerveza Munich. Yo lo encuentro todo encantador: los zapatones de la aldeana que nos sirve y su mirada de ternera; el pan con mantequilla y miel de abeja lo encuentro exquisito. Federico, á la sirvienta, le dice obscenidades en español. La pobre, sin entenderle, le sonríe con su boca de oreja á oreja. «Anda... vaca holandesa!.....»
.....»

Hemos recorrido la ciudad buscando el

gentío elegante de la Suiza en el verano, que tanta falta parece hacerle á Federico. El paisaje es admirable bajo un sol brillante y no caliente. En las cumbres, el blanco de armiño de la nieve; á media falda, el verde oscuro de los bosques; abajo los caseríos; y el todo reflejándose en el azul profundo, casi negro, del lago. Son palacetes flamantes y kioscos floridos. La ciudad, y los caseríos que la rodean, se envuelven en vegetación frondosa, una de esas vegetaciones de clima, como el del sur de Chile, abrigado y húmedo. Bien se darían aquí los copigües blancos y rojos! Hay tranvías eléctricos que tienen poco trabajo, pues las distancias son cortas. En Suiza no hay distancias; no hay sino alturas: los tranvías luego empalman con los funiculares.

A la derecha, donde el lago se convierte en río, está la ciudad suiza, peculiar, antigua, agreste, con sus fortalezas y sus molinos. A la izquierda, donde el lago se dilata, está la ciudad de hoteles con el mundo cosmopolita que viene á respirar el aire tónico y fresco de las alturas.

En un edificio de esta parte moderna y cosmopolita, Federico se metió, precipitada-

mente, como lo hubiera hecho, al encontrar una iglesia, un creyente largo tiempo privado del culto. Fué el *Kurssal*, casino ó casa de diversión, donde Federico se metió. A la derecha tiene un café-concierto; á la izquierda una sala de juego. Entré á la siga de Federico. Un banquero *tallaba* diez mil francos. Federico, pálido, arrojó un luis sobre el tapete. Lo dejé solo... Dí con una preciosa sala de espectáculos contenida dentro del edificio. Una compañía francesa ensayaba una comedia para representarla en la noche... Volví á vagar por el vasto *Kurssal*. La sala de juego y el café-concierto estaban repletos de gente: todo el público de veraneantes que no se vé en los hoteles. Se respira olor á tabaco, á licor y á humanidad que suda. Busqué á Federico para pedirle que saliéramos de ahí. Federico me dijo que estaba ganando y que no se movería. Me vine sólo á escribir estas líneas. Esa mefítica atmósfera del *Kurssal* es el «aire tónico y fresco de las alturas» que vienen á respirar los turistas. Imbéciles y viciosos! Federico como ellos.....

.....
 Di un paseo bajo los tilos del malecón.

Esos árboles me hicieron recordar la novela de Alfonso Karr, «*Bajo los tilos*»... Estaba sentado mirando al lago. El estrecho horizonte se llenó con una flotilla de vapores de rueda. Luego leí los nombres de los barcos en sus tambores blancos: *Pilatus*, *Gothard*, *Righi*, *Winkelried*, etc., etc. Unos tras otros atracaron á los malecones de ambas riberas y cada uno vació en tierra un cargamento humano. Eran turistas que volvían de recorrer el lago, y otros que bajaban de los hoteles de la montaña. Al fin hube de convencerme de que están llenos los hoteles de Lucerna. Me causó júbilo ver esa gente que traía nieve en los pies y hojas verdes en la cabeza.

Encontré á Federico de mal humor: «Me han robado 200 francos»,—dijo. Los había perdido al juego. «¿Qué te advertí yo?»—le contesté. A continuación me dijo que había divisado á una dama parisiense amiga suya...

.....

Comimos á la alemana,—vino del Rhin, *shoucroust*, carne con mermelada de peras,—y volvimos á la avenida de los hoteles, frente al lago. El espectáculo era encantador: una kermesse parisiense ó la rambla de San Sebastián trasladadas á las altas montañas.

Los lujosos frontispicios de los hoteles arrojaban profusa luz sobre los tilos. Una muchedumbre elegante y bullidora lo inyadía todo. Sobre ese conjunto, en esa luz, el humo de los cigarros, producía nubes de nacarada entonación. Las orquestas nos emocionaban á modo variadísimo, ora tocando *chansonetitas* y bailes á la moda, ora melodías de grandes óperas. Los músicos,—*triganos* de frac lacre,—levantados en tarimas se veían agitando sobre los violoncelos sus melenas rubias. Dentro de los hoteles, por los anchos *bay-windows*, pasaban valsadores en raudos giros. Era penetrante el murmullo de las conversaciones mundanas que dan malos consejos y excitan con la seducción de las gargantas desnudas. «Esto es magnífico»,—dijo Federico estirándose el chaleco del *smoking*.

No era fácil creer, ante ese espectáculo de fiesta y de gran ciudad, respirando ese aire de bulevar, que se estaba en la montaña, en un punto de reposo. Y mientras Federico se lanzaba entusiasmado yo quería volverme á la pensión suiza, al pan con mantequilla y miel de abeja, á la sirvienta risueña y estúpida. Soy un rústico. Federico es un refinado, uno de esos que en todas partes buscan emo-

ciones de ciudad. Como él son casi todos. Puede decirse que, en Europa, durante el verano, el único punto en que se puede descansar es París, pues es el que queda desierto, convertido en verdadero campo.

Le hago estas reflexiones á Federico y le hablo de la higiene con relación á los sitios en que gusta de pasarse el día: «No me importa,—me contesta,—yo amo encontrar en todas partes este género de vida agitada; y me parece admirable encontrarla en estos grandes hoteles, en la espesura de los montes, á la orilla de los lagos... El refinamiento moderno instalado en el lecho de los ventisqueros prehistóricos!...»

En ese momento focos eléctricos colocados en los hoteles del Righi y del Pilatus, iluminaban, alternativamente, las cumbres nevadas, el lago silencioso, la serranía virgen, el cielo cercano, la universal muchedumbre... «Parecería,—observa Federico, en quien noto mucha imaginación,—que grandes barcos modernos anduviesen navegando por las altas cumbres...»

La civilización y la naturaleza, en sus formas más características, se dan la mano en este punto. Dentro de esta vegetación de ár-

boles y flores otra vegetación germina, tan fecunda y cálida, vegetación de hombres elegantes y de mujeres, con trajes claros y grandes pupilas brillantes, que se mueven, como en un cuadro, sobre el telón fantástico de las enredaderas iluminadas.

Me vengo á dormir, tal como en la ciudad, con cansancio y excitación. Me obcede la idea de lo que pensarán los venados en el fondo de las quebradas, y las águilas en los altos farellones, de esos rayos de luz eléctrica que les quitan el sueño, como fulgores de un sol desconocido; y lo que pensarán de los acordes de las orquestas que les llegan sobre el eterno contrapunto de la brisa alpina. «Tal vez esa música,—me dice Federico á quien he comunicado mis ideas,—por atavismo, les hace recordar el violín de Orfeo... Mil generaciones de águilas y ciervos se habrán transmitido la leyenda de ese violín... O bien esos animales, esos grandes pájaros, que vimos al pasar entre las gargantas del San Gotardo, están domesticados, son animales de circo que paga la Compañía que explota estas comarcas para que nos hagan la ilusión de una fauna salvaje...»

No quiero creerlo. Es vil figurarse en la

majestad de las montañas á las águilas bailando mazurca y á los venados sentándose en la cuarta trasera. «Así es todo en Europa», —me dice Federico.

Me echo á dormir para soñar... tal vez con la sombra imperecedera de Guillermo Tell, acechando á los esbirros austriacos entre los árboles gigantescos de la llanura de Rütli...

Federico, juzgando que las doce de la noche no es hora para acostarse, vuelve á salir. Llegará al amanecer.

16 de agosto.

El tiempo ha continuado favorable. La mañana,—que Federico no vió,—era radiosa. Fuimos, á las tres de la tarde, á unos baños colocados sobre el lago, en pilotes, como ciertas ciudades de la India. Pasamos algunas horas desnudos, al aire libre, recibiendo el sol tibio y la brisa fresca. Hombres de todas las naciones y de toda edad pasan una parte del día en ese baño entregando á la

naturaleza sus cuerpos extenuados por la civilización.

«Las ideas con que despertó el siglo XIX, —dice Federico que es un pensador,—exaltaron la inteligencia sobre todo. No se quiso hacer otra cosa que vida intelectual, de sensación, de arte. Se renunció al contacto eterno, á la ley vegetativa, que armoniza al hombre con la naturaleza, que lo une á la gran familia de la planta y de la bestia. Quisimos separarnos, constituirnos en imperio aparte: orgullosa aspiración del cerebro! Era una locura... En el exceso de vida mental el hombre se enfermó; eso le cortaba el conducto misterioso, la raíz que lo une al suelo y lo alimenta con la savia poderosa de la madre tierra. Estas leyes son inviolables... La decadencia impuso la reacción. Este furor sportivo, este entusiasmo atlético y resurrección de los robustos dioses del Paganismo, no son sino la vuelta, humillada y presurosa, á la vida natural, á la luz, al aire, á lo que habíamos abandonado en un momento de orgullo intelectual... Hay que repartir sabiamente lo del cerebro y lo del cuerpo».

Así habló Federico, como lo hubiera hecho

Zaratrusta, sentado en el borde de la gran pileta que comunica con el lago al cual sólo se aventuran los buenos nadadores. Ahí se moja el cuerpo y, más que eso, se toma el sol, como los animales de la montaña, tendiéndose largo á largo, en el placer de sentirse vivir, no con la vida efímera de las ideas pero sí con la vida real de la materia.

Pudimos ver al desnudo,—es el caso de decirlo,—á los veraneantes de Lucerna, hombres de diversas razas, pero igualmente civilizados, igualmente estropeados, y buscando del mismo modo, en la Naturaleza, la fuerza perdida. Nos bañamos toda la tarde en el agua cristalina de los Cuatro Cantones, bajo el sol de la Suiza cuya violencia atenúan los bosques y las nieves, con alemanes, ingleses, franceses, rusos, argentinos, mejicanos, yankees, etc., etc.; los mismos que anoche vimos de frac, en la fiesta, bajo los tilos. Federico,—hombre de ideas generales y hablador incontenible,—continúa:

«Lucerna es un punto de cita universal. No te extrañes si á la vuelta de una esquina encontramos un chileno, ó una chilena, lo que sería mejor...»

Federico tuvo razón. Al caer la tarde la

playa de ese mar sin olas se llenó de un mundo elegante, vestido de claro. Vi á Federico engolfarse en un grupo: era un grupo de chilenos y argentinos. Nos hicimos, como sucede en el extranjero, íntimos amigos. Federico habló por diez y presentó proyectos de vida agradable. Me quedé al borde del grupo amigo, distraído en el movimiento, en los trajes de telas vivas, los tules largos y vaporosos de las damas que circulaban. «Te extasías en las formas de las mujeres bonitas,»— me dijo Federico dándome un codazo. Para él no hay otra cosa.

Niños rubios y morenos, con traje lujoso y á pie desnudo («pata pelada», como decimos en Chile),—alineados en el malecón se divertían pescando. Las criadas los vigilan de cerca. «Es tan fácil que un niño se caiga al agua como que una mujer caiga en pecado»,— observa Federico.

Los chicos, en medio de la algazara, enredaban los hilos de pescar. Con tales pescadores ni para el pez más inexperto hay peligro. «Fíjate en ésa, — me dijo mi compañero, mostrándome á una de las pescadoras. Era una chica de siete ú ocho años, admirablemente bonita. En presencia de ella Fede-

rico no dejó de lucubrar. «Por sus grandes ojos azules,—dijo,—por el óvalo delicado de su rostro, por la albura de su frente bajo la luz dorada de sus cabellos, por el tinte rosa de las mejillas, por la finura de los tobillos y las muñecas, se demuestra ser de una de esas razas de selección y de noble ejercicio humano durante muchas generaciones. A semejante perfección no se llega en un siglo. Un maestro del Renacimiento la hubiera elegido modelo para un cuadro pintado á la gloria de Dios... Pensemos en el porvenir de esa chica, cuando sea una belleza en toda su plenitud de mujer. Qué influencia va á desarrollar!... la influencia irresistible de la mujer bella...»

Mientras Federico peroraba, la chica seguía fija en su caña de pescar, separada del bullicio con un poder de atención que dió tema á Federico para nuevo discurso: «Debe ser inglesa, sajona de todos modos. Si no lo fuera no demostraría voluntad tan firme y precoz. A su belleza unirá una valiosa índole moral. Fíjate... Se ha propuesto pescar... y pescará!... Se le ve la impaciencia reprimida».

De pronto, la chica que observábamos dió

un gran grito de triunfo. Soltó la caña que se fué al agua y apretó entre sus brazos, á toda su fuerza, un pescado grande como una corbina chica. Había logrado su objeto, había pescado. El pez, agitándose en sus escamas resbalosas, le daba buen trabajo.

«Si un dios del Olimpo,—dice Federico,—hubiese forzado la virginidad de Diana, el fruto del vientre de la diosa de las selvas antiguas no hubiera sido más bello que esta niñita».

Federico no mentía. La chica, satisfaciendo su instinto cazador, era de una admirable gracia de animalito humano. El pescado, chorreando líquido aceitoso, le ensució la tela blanca y fina del vestido. La sirvienta vino enojada, y de ese enojo la triunfal pescadora se burló. Armore entre ambas una querrella, como resultado de la cual la niña fué llevada de una oreja al interior del hotel, situado al frente; pero sin soltar el pescado ya casi muerto entre sus brazos.

«Es una futura reina de destinos humanos,—terminó diciendo Federico,—que ensaya sobre un pez sus alegrías de triunfo, su arte de atracción, su refinamiento cruel...»

18 de agosto.

Federico tiene una idea fija; una emoción constante se ha apoderado de él. Dice que la idea de una mujer adorable lo persigue, que la imaginación la materializa junto á él, llenándolo de alegría; pero que pronto la realidad la desvanece, lo cual es un tantálico suplicio... Cosas de Federico!...

«En el fondo de todo lo que hago y de todo lo que pienso Ella (con mayúscula) se encuentra».

«*Grecia capta ferum...*» le replico en són de burla.

«No te rías»,—me dice con tono profético. Veamos quién es Ella.

Eran las 9 de la mañana. El tiempo continuaba radioso y tibio, dándole al paisaje esa transparencia en que nos figuramos á la antigua Arcadia. Sentados en un escaño, bajo los tilos, mirábamos el movimiento, el entrar y salir de los vapores, la alegría de los niños que jugaban entre los árboles, capitaneados por la pescadora de la víspera, por la criatura cuya belleza había provocado la elocuencia de Federico. De ella, otra vez, me habla-

ba mi amigo, figurándosela diez años más tarde, convertida en mujer, llena de ardientes deseos, como una planta exuberante, de tallo esbelto, de flor prodigiosa. «¡Qué placer,—me decía,—será el del artista cuando encuentra una mujer como la que esta chica va á ser dentro de diez años, obra maestra de la naturaleza, joya de carne humana . . . Creo verla pasar, convertida en mujer, dejando detrás de sí una estela de adoración. Los hombres en torno de ella, enloquecidos por la evidencia de sus tesoros, por el orgullo de su mano de reina . . . Y ella, desde la altura, vagando sobre sus labios una sonrisa enigmática, mira en la turba de adoradores á aquél que el destino ha elegido para que sea el compañero de su alma, el dueño y señor de su belleza, el sér dichoso y envidiado. Este se prosterna ante la realización de su ensueño, adorante, estático, como el hombre primitivo que, saliendo del caos, ve levantarse el astro que todo lo ilumina . . . Los otros, los que no están destinados á cumplir en ella la suprema ambición, se alejan taciturnos, coléricos. (Entre esos irás tú,—le interrumpo,—y continúa sin hacerme caso). Animados siempre por la esperanza de reali-

zar el amoroso ensueño que es el fin, el objeto de la vida, prosiguen su camino por la incierta ruta...»

Así piensa y habla Federico. Es un meridional, un imaginativo, un simbolista. Todo esto dijo figurándose á la chica diez años más tarde.

«La veo,—continúa el loco,—bajo los árboles, alta y flexible, con traje blanco ceñido al cuerpo, destacando la turbadora línea del pecho, modelando la redondez de su cintura como el contorno sagrado de una copa antigua... Sobre ese cuerpo de estatua, animada por el cálido soplo de la vida, sobre esos hombros frágiles, hechos para desarrollar más dignamente la armonía del seno, una cabeza se mueve, brillante como un astro. Su nariz se une á su frente por un rasgo puro. La boca entreabierta, ligeramente ahuecada en las extremidades, no es sino gracia, frescura, tentación,—como fresas y flores que se muestran al viajero del desierto».

La exaltación lo hacía decir cosas hermosas que yo acababa por oír con placer.

«Veo una criatura que se ofrece á la pasión como una tulipa abierta á los rayos del sol...»

«Yo también la veo»,—le dije estupefacto.

—En verdad estaba viendo, corporizada, esa creación de la mente ardorosa de Federico. Parecía que la chica pescadora había crecido de un golpe y estaba frente á nosotros «con sus grandes ojos azules y vivaces, con el óvalo delicado del rostro, con la albura de la frente bajo la luz dorada de los cabellos, con todo lo que la demostraba ser de una de esas razas de selección y de noble ejercicio humano durante muchas generaciones».

El ensueño de Federico era un hecho real, un milagro, y él estaba pálido, como asustado de la intensidad de su visión. Esa figura de niña preciosa que estábamos viendo, con ser modernísima, tenía algo de ese arte italiano que aún llenaba mi pupila de turista. Con los ojos desmesuradamente abiertos, Federico me preguntaba si era verdad. «Sí,—le contesté,—la estoy viendo; es como tú dices; es la chica pescadora que ha crecido en un minuto...»

En ese momento la joven levantaba sus brazos, delgados y armoniosos, para afirmar los largos alfileres que clavaban en su mata de pelo el sombrero campanudo. «Esos brazos,—observó Federico,—son los que le ha-

cen falta á la Venus de Milo...» Con los brazos levantados dejaba adivinar la intimidad de su cuerpo. «Me siento turbado»,—dijo Federico. «Eso te probará que no es estatua»,—le contesté.

La chica, la pescadora, llegó corriendo y abrazó las rodillas de esa joven que no era sino ella misma crecida y perfeccionada. Federico había presentido á la hermana mayor en un ensueño revelador.

La joven apartó á la chica con gesto de cariñoso reproche, pues ésta dejaba estampadas sus manecitas puercas en la blanca pollera de su hermana mayor.

Las dos hermanas se reunieron á la madre, señora de cuarenta años, fresca, alta, hermosa, digno molde de esas criaturas perfectas. El papá no estaba en Lucerna. «Es, sin duda, piensa Federico,—algún gran señor de los países del norte, que no abandona su trabajo, uno de esos hombres meritorios que sostienen sus colosales fortunas dándose abrumadoras fatigas».

La madre y las dos hijas avanzaron hacia nosotros. Forman un grupo admirable, un conjunto de belleza y de elegancia con algo de antiguo y de moderno á la vez. Era un

verdadero cuadro destacándose sobre ese fondo de aguas y bosques; un cuadro de familia, distinguido y poético, digno de hacer soñar no sólo á Federico . . .

«Hay, así,—dijo Federico como hablando á sí mismo,—familias de gran raza, cuya belleza inspiró á los escultores de la Antigüedad y á los maestros del Renacimiento. Las encontramos ahora, así como las vemos en esas estatuas y en esos cuadros. Ni vicios, ni enfermedades, han aminorado su riqueza física . . . ¿Acaso Paulina Bonaparte, una mujer de ayer, no fué el tipo perfecto de la Venus griega, y un tipo de artista parisiense como el de Juana Hading, por ejemplo, no es acaso la perfecta patricia de Venecia que vemos en los cuadros del Veronese y de Palma el Viejo? . . . Lo que digo: hay seres que son depositarios de la belleza, y la belleza no cambia».

Esta familia, casualmente encontrada en Lucerna, pertenece, según mi compañero á esa clase encargada de perpetuar la belleza. Como la familia es realmente bella, de todas las paradojas que me viene despuntando mi amigo ésta me parece la menos.

Al pasar cerca de nosotros, la chica pare-

ció conocernos: éramos los que habían simpatizado con ella el día anterior, cuando tuvo digusto con la sirvienta. Nos hizo, al pasar, un movimiento de simpatía. La hermana mayor, el ensueño realizado de Federico, nos dió una mirada limpia y fija, la mirada de curiosidad que en los balnearios inspiran los recién llegados. Esa mirada común ha sido en el alma de Federico una flecha que se clavó vibrante.

20 de agosto.

Federico pasa los días alejado de la colonia Sud-Americana, taciturno, silencioso, persiguiendo á esa mujer admirable, desconocida, indiferente... Tanto la ha seguido que ya está al corriente de su vida. Según me cuenta, la niña hace la vida común de las que aquí veranean: tennis después del baño; en la tarde bajo los tilos, lectura de novelas y revistas, labor de mano, en colaboración con mamá, y vigilancia de las travesuras de la hermana menor; después paseo en *toilette*; en la noche comida con invitados y baile.

«Anoche,—me cuenta Federico,—á la hora del café, la ví apartarse por los arcos de la terraza que miran al lago en compañía de uno de los hombres de frac que la cortejan... En ese momento de excitación que sobreviene á las comidas, cuando licores, café y cigarro, ejercen acción turbadora, la cálida y blanca entonación de su garganta, los movimientos del cuerpo bajo la fina tela del vestido, el brillo intenso de sus grandes ojos, sus facultades de mujer encantadora, eran duplicadas... Todas las miradas se volvían hacia ella, miradas impacientes, apasionadas, coléricas, de hombres celosos, entre las cuales estaban las mías... El feliz personaje que conversaba á solas con ella era, por todos, maldecido en secreto... Esto era infundado, pues ella, en medio de la general excitación, permanecía serena. De su frente no se disipaba esa sombra de reflexión que la caracteriza. Indudablemente no ama al hombre que la envolvía con sus palabras y movimientos de pasión. Parecía defenderse de él, correctamente, graciosamente, por medio de un *flirt* frívolo. Te apuesto que mañana será otro el elegido para apartarse...»

«Sírivate de consuelo»,—le interrumpí.

«Me produce, — continuó, — una alegría cruel... Todo hombre goza viendo sufrir á otro hombre...»

«Mañana,—volví á interrumpirlo,—serás tú, tal vez, el elegido para el *flirt* de sobremesa...»

«Ojalá!—contestó.—Estoy enamorado de ella, locamente enamorado... Ahora déjame dormir soñando con su cabeza rubia... La veo como estaba hace poco en el marco de la ventana, sobre el lago, seria, imperturbable, aureolizada por el humo del cigarrillo que tenía entre sus dedos finos y llevaba, por momentos, á sus labios deliciosos... Notaba en Ella no se qué expresión distraída como si estuviera con el pensamiento ausente...»

Federico estaba insomne. Después de vuelcos y revuelcos en la cama, mezclados con hondos suspiros, me volvió á hablar: «Me enloquece y me precipita la seguridad de que de nadie está enamorada, de que todos le son indiferentes...»

«Alguno habría»,—le dije.

«Ninguno. Todos le son indiferentes... Preferiría verla resuelta por alguno de los

tantos que la persiguen... Así, al menos, —si la viera resuelta por uno,—me sentiría obligado á seguir mi camino. Pero el enigma me atrae y me sujeta; la adoración crece ante la posibilidad vaga. Si fuera posible!...»

Ante pensamientos tan disparatados, le hago reflexiones á Federico; le hago notar la imposibilidad de llegar á un matrimonio con una señorita extranjera, desconocida, con una persona que mañana no se volverá á ver.

«No lo creas,—me replica Federico,—hay algo entre Ella y yo. Antes de conocerla la presentí...»

No se crea que Federico dice esto en broma.

«Sí,—continúa,—la presentí... y la amo. Es una diosa que, á su paso, va levantando adoraciones... Los hombres, en torno de Ella, enloquecidos por la evidencia de sus tesoros, por el orgullo de su mano de reina...»

«Ya lo sé de memoria,—le interrumpí,—Ella, desde la altura, etc., etc...»

«¿Cuál va á ser el hombre elegido?—continúa el enamorado.—Esto es lo que me aguijonea y me enferma; por momentos me

levanta en alas de la esperanza; luego me abate bajo el peso del ridículo . . . »

«Es claro, —le dije, —lo que se te espera es el ridículo. Esa niña pertenece á una encumbrada sociedad europea . . . y tú . . . »

No me dejó continuar. «Lo ridículo, —exclamó, —está en que no le haya hablado como es propio del hombre! . . . El amor, el verdadero amor, no debe reconocer ni situaciones ni distancias, debe demostrarse en todo terreno . . . Es un sentimiento universal, una ley augusta . . . Debe ser grande el amor, valiente, poético! . . . »

«Admiro, —le dije, —la tirada don juanesca. Es lo propio de tu sangre española y meridional; pero si vas á hacerle el amor así, «*valiente y poético*», á esa niña verás lo que te pasa . . . »

«No sería raro que tuvieras razón, —me contestó. —En las altas clases sociales de nuestra época hay corrupción y cansancio que disminuyen el sentimiento, hay necesidades que lo hacen someterse todo al interés pecuniario. Ahora el amor es un negocio cuyas bases se discuten entre un cura intermediario y una suegra lince . . . »

Los niños y los locos dicen la verdad. Federico continuó:

«Miserias y pequeñeces que desnaturalizan y le cortan las alas majestuosas al más bello sentimiento humano... Esa mujer lindísima ha agitado las cuerdas más nobles de mi alma...»

«Y las más elocuentes... agregué sin levantar la cabeza».

«No embromes, — continuó Federico. — Llevo en mí lo que llaman «*buen juicio*», lo que no es otra cosa que egoísmo, cálculo, miedo, el veneno moral de nuestra época. No me atrevo. Soy un incapaz, un degenerado... Y tú también!... Lo pasamos cabalgando en la nube de las bellas y altas ambiciones; y luego nos detienen las conveniencias, los temores, las dudas...»

«Así es», — dije, y Federico continuó:

«Así es, pero así no debe ser!... Ahora, por ejemplo, sintiéndome enamorado de esa joven, lo natural sería que me le acercara y se lo dijera ¿Quién podría asegurar que no soy yo el elegido por el misterioso destino?... Entre ella y yo sólo hay diferencias convencionales que nada deben valer ante el amor, ante la imponente é irresistible aproxima-

ción de los sexos... Pero no lo haré... La educación, la vida moderna, me han reducido al servilismo... Como á ti!...»

Me quedé callado y al poco rato lo sentí roncar...

22 de agosto.

Federico está peor. Su cariño insensato lo tiene á mal traer. Piensa que sin esa mujer para él no habrá felicidad. Está poseído de absurdos. Me da el ejemplo de lo que el amor predispone á la superstición. La fe, que muere en el hombre sano, resucita en el corazón atormentado. La lógica cede su lugar á la quimera. Es el misterioso y fatal encanto.

Como me dice que lo mira con frecuencia, le observo que las mujeres miran á todos los hombres que ven correctamente vestidos. Es en ellas una costumbre, casi un instinto. Es como un compañerismo ó inteligencia de las personas que viajan por el mundo habiendo tomado billete de la misma clase. Federico no se disuade y dice: «Cada vez que sus miradas se encuentran con las mías,

el fuego interno que me devora la hace bajar los párpados. . . .»

«Naturalmente, —le contesto, —una señorita tiene que bajar los párpados ante miradas impertinentes y escandalosas. . . Si no los bajara, verías caer tus miradas en sus ojos azules como brasas que caen en un lago. . . .»

Federico se enoja, pero continúa:

«Su instinto de mujer ya la habrá advertido del sentimiento que me anima. . . Si este sentimiento no me llevara á ser espontáneo, podría, ocultándome bajo apariencias mundanas, hacérmelo amigo. . . Esto es fácil en las ciudades de baños. Pero no puedo: antes de saludarla le haría una declaración de amor. . . .»

Aunque no deja de preocuparme el estado de ánimo en que se encuentra Federico, me río de sus cosas. Hoy en la mañana, los sudamericanos con quienes formamos colonia, lo encontraron pálido. Conté lo que tenía. Se rieron también, y lo llamaron, para distraerlo de su amor fatal, á ocuparse de una empresa patriótica.

Veamos.

El remo es el sport más agradable y fácil en Lucerna. Todos se entregan á la delicia de

bogar sobre el lago terso y dilatado, á la sombra de montañas gigantescas. Se alquilan lanchas á vapor por horas, días ó semanas. Cada persona que arrienda un bote ó lancha le pone la bandera de su país. En esas pequeñas y pintorescas escuadras se ve el cosmopolitismo de Lucerna. Es un guirigay de banderas de todos los países. Si las paredes de Babel se hubieran empavesado no habría sido mayor la diversidad.

La colonia chilena ha arrendado, por algunos días, una hermosa lancha, con motor eléctrico, rápida como una torpedera... Ya tiene la bandera nacional. La honrosa tarea corrió á nuestro cargo,—Federico y yo. Es una bandera de regular tamaño, con la estrella solitaria en campo azul, preciosa, conmovedora... La embarcación estrenó la bandera recorriendo los muelles y cruzando á lo ancho. Cerca de nosotros pasó en su pequeño yacht la desconocida heroína de los amores de Federico. Iba con su madre, su hermana, y los eternos cortejantes. Al ver nuestra lancha, con la orgullosa bandera flameando al viento de los Cuatro Cantones, le tocó la rodilla á su madre para llamarle la atención.

«Qué le diría á su madre, en ese momento, —me dijo Federico al desembarcar,—daría mi fortuna por saberlo... Estoy contento! Deseaba que ella viera la bandera de mi país en el primer día de su aparición en los Cuatro Cantones... Hace cuarenta años, —continúa,—las banderas sud-americanas sólo se veían en Europa en los museos. Después, los países del Nuevo Mundo han venido entrando, por el comercio, por las ideas, por la diplomacia, por el progreso general, en la intimidad de estas viejas naciones... Una vez, en el invierno de 1902, en París, en el bulevar de los italianos, un *camelot* (pilluelo) me ofreció en venta una pequeña bandera de Chile. Como le preguntara á qué país pertenecían esos colores, me dijo: «Es la bandera de la valiente y laboriosa República de Chile...» Supe más tarde que esos honrosos adjetivos,—que me extrañaron en el pilluelo,—adornan el nombre de Chile en el texto de geografía que se enseña en los colegios de Francia (*Première année de Géographie*,—F. Poncin,—página 44...). Donde he ido he visto flamear mi bandera,—continúa Federico con lirismo,—en los altos veleros que van del Atlántico al Pacífico, en casas co-

merciales de Londres y Liverpool, en la cornisa del Quay d'Orsay (Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia) en los días de ceremonial, en el barrio de Monceau, sobre el edificio de nuestra Legación... Hasta en Venecia encontré la bandera de Chile en forma de tarjeta postal. Es tan bonita, con su rojo encendido y su estrella solitaria en campo azul!...»

Este discurso de Federico sobre nuestra bandera no me pareció inopinado, como los otros discursos suyos. Nunca miro ese trapo de tres colores sin sentirme emocionado. Cuando lo veo en el extranjero, es como si la familia, la Patria misma, se me aparecieran, la leyenda gloriosa hecha con el esfuerzo de los abuelos, los padres y los hijos. Cuando veo la bandera no se qué ilusión del oído me hace oír á lo lejos los acordes de nuestra canción de guerra... Los chilenos que aquí somos, en este carnaval cosmopolita, juraríamos que nuestra bandera está á mayor altura y sus colores son más intensos. Seguramente creen lo mismo al mirar sus respectivas banderas los ciudadanos de otros países. Son los mirajes de este noble y salvaje sentimiento del patriotismo.

Al desembarcar me dice Federico: «El espectáculo de la bandera nacional me libertó, por un momento, de la cadena con que me ha cubierto la belleza de una extranjera... Me he vuelto á sentir el hombre verdadero, el ciudadano antiguo de la ciudad fuerte que esclaviza á todas las mujeres...»

Me río...

24 de agosto.

Unos compatriotas nos invitaron á almorzar en un restaurant servido por aldeanas en traje nacional: aldeanas del cantón de Berna, con corpiño negro y pollera roja; pastoras del cantón de Uri con pollera negra y corpiño rojo. Estas muchachas agrestes carecen de gracia en los movimientos: andan á zancadas agitando las piochas y cadenas que forman su joyel. Pero tienen rostros simpáticos y frescos, como recién salidos del baño aromático de la montaña. Durante el almuerzo, tiroleses legítimos tocaban la gaita y la zampoña, cantando en falsete. Movían sus rústicas cabezas bajo el sombrero adornado con la cachimba, la flor y la pluma de faisán:

Un valiente cazador
En un bosque se internó...

Al fondo del restaurant, grupos de plantas simulan un bosque alpino. Los sirvientes en traje de carácter, la música sencilla, hacían creerse en alguna de esas sabrosas cacerías medioevales de las crónicas de Shakespeare y de los gobelinos antiguos. Federico se olvidó, largo rato, de su amoroso martirio, saboreando el encanto de la Suiza Alemana.

De pronto un resplandor iluminó la sombra del pequeño bosque artificial. Luego un trueno estremeció los vidrios de las galerías. Miramos sorprendidos. Era un temporal. Desde nuestra llegada el tiempo había permanecido limpio y tranquilo. En un instante las montañas se encapotaron de pies á cabeza; el horizonte del lago se oscureció; sobre su superficie comenzaron á rodar olas corpulentas y sonoras, capaces de hacer comprender el naufragio de la barca Gessler. Sopló un viento de huracán y cayeron gruesas mangas de lluvia. Los pájaros atemorizados volaban al raz del suelo por las calles desier-

tas de hombres y vehículos. Los vapores hacían vibrar sus pitos agudos para advertirse en la densa neblina, iluminada á trechos por el siniestro resplandor de los relámpagos.

Todos prosiguieron, en el restaurant, sus charlas alegres y sus libaciones abundantes. Los músicos tiroleses continuaron disputándole al ruido de la tormenta el dominio de nuestros oídos. Nadie hace caso de estas borrascas que son, en Suiza, demasiado frecuentes.

Pensé en los hoteles de las altas cumbres, del Righi, del Pilatus y del Stanserhorn, á los que millares de turistas acababan de dirigirse deseosos de contemplar el vasto panorama de los Alpes. Los veía naufragando en ese mar de nubes cenicientas, que ponen delante de los ojos como una muralla acuosa, iguales á ese guía de que habla Alfonso Daudet, el cual, á pesar de no ver nada, describía los encantos de la Suiza pintoresca... A esta imagen de caricatura, me sobrevienen visiones trágicas. Recuerdo á los verdaderos alpinistas, á los apasionados de las altas cumbres, que mueren en la tormenta ó caen en el abismo encubierto de nubes. He visto en el camino cruces y tumbas á la memoria de

los perdidos en la altura; ponen en el paisaje notas melancólicas. Vi un bajo-relieve representando á un ángel conducido por un perro de San Bernardo; va en busca de algo por la fría é impenetrable claridad de la nieve. Es la conmemoración de una madre inconsolable; su hija fué arrebatada para siempre por un ventisquero, en un día de grata excursión. El cadáver no fué encontrado. Se espera encontrarlo en cien ó más años, cuando el ventisquero haya cumplido su lenta y misteriosa evolución geológica. La madre atormentada quiso representarse en ese ángel que sigue al perro,—noble y generoso guía. Y en el pedestal grabó esta pregunta de tristeza y de esperanza, digna de un epitafio de Meleagro:

¿La encontrará algún día?...

A pesar de lo que dicen Alfonso Daudet y otros alegres detractores de la Suiza, los Alpes siguen dándonos una leyenda de catástrofes. Cada año las tempestades imprevistas hacen nuevas víctimas. El año pasado (1902), según la estadística, hubo 148 accidentes con 163 muertos y 60 heridos. Los estragos que hacen los Alpes en el mundo de los turistas! Estos no escarmientan. El en-

canto de las excursiones por la montaña, la grandeza de los panoramas, el esfuerzo, los peligros,—al ser humano le gusta desafiar la muerte, por lo mismo que lo que más ama es la vida,—continúan ejerciendo su atracción sobre millares de seres.

«Hay un horror latente en la montaña! . . . » exclama Víctor Hugo. Ese horror lo interpretó el genio de Gustavo Doré en el espeluznante grabado que representa la catástrofe del monte Cervin: la cuerda se ha roto, y, por la blanca pared del precipicio, ruedan hacia el fondo cuerpos crispados de hombres y mujeres.

Bueno es que suban los sabios, exponiendo su vida, noblemente, por los descubrimientos y las experiencias. Pero que, simples personas, por un placer bien fácil de ser reemplazado por otro, vayan á morir en los Alpes . . . ! Es que hay una pasión irresistible que arrastra hacia las altas cumbres. Se encuentran en las cimas cuerpos congelados de abejas y mariposas. Son insectos que, enloquecidos, en vez de bajar continuaron subiendo hasta morir. Un instinto misterioso los engaña. Igual cosa les pasa á los hombres que van á la montaña: se sienten invencible!

mente atraídos, como las abejas y las mariposas. De otro modo no se explicaría tanta vehemencia, tanta despreocupación del peligro. Hay una atracción de las cimas, así como hay el vértigo del abismo.

Teodoro Bourrit, ginebrino del siglo XVIII, miniaturista en porcelana, no salía de su taller. Una vez lo invitaron á un paseo en la montaña. Desde entonces Bourrit fué otro hombre. Se sintió embriagado por el aire de las alturas, poseído por el vicio de los panoramas infinitos. Dejó su empleo para dedicarse á escalar las cordilleras. Miró con desprecio, como á esclavos, á los hombres de la tierra baja. El, en la altura, se sentía un rey...»

Saussure, el sabio Saussure, dedicó su vida al Monte Blanco. En su obra científica palpita un soplo de emoción, un éxtasis de artista orgulloso de vivir en las rocas, contemplando la tierra por entre girones de nubes... Saussure, más que el sabio del Monte Blanco, es su poeta, su cantor enamorado...

Las mujeres, que por naturaleza tienen más bríos para la pasión, son las más heroicas alpinistas. En 1838, por primera vez, una persona del sexo débil llegó á la cima del

Monte Blanco; se llamaba Enriquete Angeville. Viendo esta montaña desde Chamonix, se había enamorado de ella. Su familia se opuso á la excursión temeraria. Ella supo vencer la oposición, como si se hubiese tratado de un matrimonio por amor. Las fuerzas le faltaron á media falda, pero no la voluntad. «Si muero antes de llegar á la cumbre —les dijo á los guías,—júrenme que me llevarán hasta arriba, y dispongo que ahí, en la cima misma del Monte Blanco, se sepulte mi cadáver». Los guías, que parecían comprender ese amor, se lo juraron.

Estos tipos de verdaderos alpinistas son modestos, ocultan su pasión. Son los poseídos por el misterioso amor de la montaña, los que Federico llama «Don Juanes de las altas cumbres...»

Vi ayer, en la sala de lectura del Hotel Nacional, una revista que se edita en Munich con el solo objeto de narrar la vida de las cordilleras y pintar sus bellezas. Se llama «*Alpini Magestaten und ihr Gefolge*». En la portada trae una figura de joven alpinista, el cual, con la piocha en la mano y un rollo de cordeles terciado, saluda la simbólica, la irresis-

tible, majestad de los Alpes. «Vale la pena morir por eso»,—dice al pie.

«En los días de temporal, en el misterio de la neblina, parecen oírse los lamentos de esas almas que, como los condenados de la Divina Comedia, no pueden salir del fondo del abismo»,—así Federico, siempre elevado, pone fin á la conversación sobre las cordilleras y sus catástrofes.

«Así como las víctimas duermen en el fondo del abismo, Ella duerme en el fondo de mi alma»,—me dijo al poco.

«Vuelves con lo mismo... ya te creía curado...»

«Nó; estas evocaciones tristes me han vuelto á hacer pensar en ella. El amor, como una medalla, tiene dos faces: la faz risueña de los ideales voluptuosos y la faz severa de la tristeza real. Tanto por el camino de la alegría como por el de la pena se llega á la evocación del ser amado».

Por todos los caminos, Federico evocaba la elegante silueta de esa muchacha desconocida, ese amor cerebral, intenso, del cual ven-go siendo testigo y confidente.

«La veo,—me decía en la sobremesa mi

original compañero,—ahí, en la mampara de cristal, apoyándose en el respaldo de una silla, con esa desenvoltura correcta, con esa naturalidad elegante, que sólo tienen los seres de gran raza. Su hálito perfumado y leve produce sobre los cristales un disco de vapor opaco y tibio... Todos la miran, todos se ocupan de ella, lo cual la deja tan indiferente, tan entregada á sus pensamientos, como si estuviese sola... De su sér se desprende una profunda tristeza, que congenia con la desolación del paisaje...»

La pasión hace ver visiones á Federico...

.....

En la tarde se rompió el pesado manto de nubes que cubría el cielo. Rayos de sol cayeron sobre la tierra iluminando el paisaje lavado, la naturaleza fresca y limpia, como al día siguiente de la creación. Neblinas se levantaron del fondo de las quebradas en grandes humaredas de incendio helado. Los pájaros volvieron á volar por lo alto dando gritos de resurrección. Una ola de vehículos y de seres humanos invadió las calles. La vegetación humedecida, bajo los rayos del sol, germina deliciosamente, soltando aromas poderosos. Se restablece el concierto de la

vida, un momento interrumpido. El paisaje de Lucerna, en la atmósfera purificada por el viento y la lluvia, reaparece más claro. Las distancias se acortan, habiendo desaparecido toda bruma. Las construcciones de las altas cumbres y los montes lejanos se ven tan precisos como en una fotografía iluminada.

Todos salieron, por el lago y la montaña, á gozar de ese cuarto de hora admirable, de esa sonrisa voluptuosa con que la naturaleza se despide de los temporales que la violentan y fecundan...

Nosotros también, seducidos por ese cuadro, arrastrados por el entusiasmo común, entramos en uno de los vapores que dan la vuelta del lago. Qué gentío!... El vapor iba repleto; todos querían internarse en el paisaje, más hermoso que nunca en la tarde de un temporal. De todas partes emanaba no se qué sentimiento delicioso de vida y libertad... Iban en el vapor turistas ingleses, como modelos de sastrería; viajeros de la Agencia Cook,—ropa vieja y cachimba pestífera. Todos, sin embargo, iban confundidos, igualados, por el turismo y la pasión de la Naturaleza. Se dirigían á Alpnachstad

y á Vitznau, puertos lacustres de donde parten los funiculares del Pilatus y del Righi. Iban á contemplar esos cuadros que, según Baedeker, ni el pincel ni la pluma pueden describir. Iban á pararse en la cima legendaria del Righi, desde la cual Alejandro Dumas (padre) abrazó, de una sola mirada, «tres cadenas de montañas, veintidós lagos, diecisiete ciudades, cuarenta aldeas, setenta ventisqueros, en una circunferencia de cien leguas...» Alejandro Dumas lo vió todo desde la cima del Righi; Alfonso Daudet no vió nada. Así son los escritores: ó lo ven todo ó no ven nada, según sean meridionales ó excépticos... Posiblemente, cuando esos turistas llegaron á la altura, el tiempo, otra vez, estaba encapotado, y nada habrán podido ver. Pero á los ingleses no les importa. Son esos turistas, los mismos que encontré en Roma admirando los mosaicos de la Basílica de San Pedro que estaban tapados con paños negros por la muerte de León XIII. Si el Righi, como casi siempre, estaba nublado el guía no habrá dejado de describirles el paisaje: «Aquellas son las cimas históricas de la alta Saboya... Al este tenéis las majestuosas cordilleras de

Berna... Acá la Youngfrau, con el elegante perfil á que debe su nombre... La cima inaccesible del Monte Blanco... Las trágicas laderas del Cervin...» El charlatán lo dice todo, pero nada se ve. Lo cual no impide que los ingleses se emocionen y queden contentos; dan por bien empleado su tiempo y su dinero. Son los turistas por excelencia que viven y trabajan para viajar. Son admirables! No les importaría viajar con los ojos vendados. Siempre que sientan el movimiento del tren y la palabra del guía exclamarán: «*Oh, beautiful!...*» Tienen la facultad de admirar sin ver. Se casan por poder. Sin moverse de Londres hacen negocios en la India.

Los alemanes, con fiebre de instruirse y dilatarse, también se hacen turistas. Donde se encuentren americanos é ingleses se encontrarán alemanes. Hay competencia. Aquí pululan, pues este es un pedazo de la Suiza alemana.

Hago comparaciones. Se sabe demasiado bien cuán seco y silencioso es el turista inglés. El alemán es abundante, estrepitoso, espontáneo. Si los teutones no fuesen inconfundibles con los sajones por ciertas marcas

de raza, bastaría para diferenciarlos fijarse como visten. El que viste con elegancia natural tiene que ser inglés; y tiene que ser alemán el que viste de mal gusto, con colores abigarrados. En esta raza genial nunca ha entrado la elegancia en el vestir.

Iban en la cubierta del vapor grupos de berlinenses admirando con ademanes violentos y con palabras ásperas la belleza del paisaje. Porque esos hombres y mujeres mal vestidos son profundamente artistas y soñadores. Si cada español lleva un hueso del Quijote, cada alemán lleva un cadejo de Lohengrin. Las emociones estéticas, en ellos, se traducen con gravedad, majestuosamente. En nosotros, los latinos, se traducen en voluptuosidad ligera. La fuerza física,—que parece ser la mayor fuerza de la raza teutónica,—se hace sentir. Cuando el vapor tocó en Vitznau,—puerto lacustre,—toda esa colonia alemana se avalanzó á tierra é invadió los pequeños restaurantes anexos al muelle, pidiendo á grandes voces cerveza! *schoucrut!* salchichas! compota de peras! . . .

Un francés, parado en la borda, miraba entristecido ese empuje de una raza hambrienta y poderosa. Soldado de 1870, no era

primera vez que veía manifestarse esa facultad invasora. Por eso el espectáculo le causaba tristeza... Entré en conversación con ese francés, hombre fino, amable, de esta raza latina cuya superioridad sobresale. Su charla me resultó interesante. Me hizo notar un precioso detalle en uno de los alemanes que iban desembarcando. «*Regardez, donc, c' est animal lá,*—me dijo indicándome un teutón barrigudo, —*il porte toute une machoire suspendue à la chaîne de sa montre...*»

Ese hombre había hecho poner en la cadena de su reloj, cual si fueran *bibelots*, toda una dentadura humana; tal vez la dentadura de su padre muerto, ó de la mujer ó del hijo; sin duda la de un sér querido. ¡Cuánta risa nos causó esa manera de tomar el aparato maxilar por recuerdo de una persona amada! El francés nos miraba reirnos con cara triste y maliciosa. «Son así,—nos dijo en su idioma, —ven algo sagrado en la dentadura porque tienen instinto carnívoro; son de la raza de Atila y Tamerlán... Aquéllos colgaban cabezas humanas en sus monturas; éstos, sus descendientes, cuelgan dentaduras...» Federico, al escucharlo, me daba con el codo, diciendome: «Es la revancha de 1870...»

De Vitznau, el vapor siguió casi vacío. El mayor acarreo de gente está entre Lucerna y ese punto por el cual se sube al Righi, la montaña más frecuentada del mundo. En el confín del lago sólo hay pequeños hoteles. Sin embargo, en ese confín, se encuentran la capilla de Guillermo Tell, con su admirable leyenda, al camino de la Axenstrasse, tallado en la montaña en forma de arquería, y la roca aislada al pie de la cual Schiller meditó su poema.

Mientras avanzaba el vapor sobre las aguas tranquilas y sombrías, desenvolviendo, como un cinematógrafo el paisaje de la montaña, me puse á hojear un cuaderno escrito en cuatro idiomas que un mozo del vapor repartía. Era el *Menu* de la comida, la lista de los vinos, y, además, un guía del lago, hecho con el objeto predominante de alabar los hoteles, las comidas, los vapores, todos los servicios de los Cuatro Cantones. Escrito por algún maître d' hotel, el libro es de literatura sabrosa. Hablando del personal de los vaporcitos dice: «Está á la altura de su misión...» En elevados términos aconseja á los turistas, «en nombre de la civilización», que se queden lo más que puedan en los Cuatro Cantones...

«Recomendamos,—dice,—pasar á lo menos una noche en cada hotel de la montaña, para contemplar el crepúsculo y la aurora. Sin esto pronto se haría sentir la decadencia del arte...» Nos divertimos con esa literatura mercantil. Luego aparecen, entre tarifas y listas de consumos, nombres de escritores que han descrito la Suiza: Rousseau, Byron, Dumas, Daudet, y otros. Párrafos de grandes poetas entre medio de recetas culinarias. Para los cocineros los nombres ilustres sólo sirven porque se pueden dar á los guisos. El francés nos dice: «Esto está escrito para impresionar á los alemanes...»

Nuestra alegría llegó á su colmo cuando dimos con esta frase: «¿Y no es acaso un doble placer el de unir las delicias del comedor con los espectáculos de la naturaleza? Las necesidades del cuerpo y las del alma satisfaciéndose á la vez! No olvidemos de comer bien y de beber mejor. La voz del estómago es una voz sagrada. Debemos manifestar igual recogimiento ante una mesa bien surtida que ante el grandioso panorama de los Alpes...» Nos reíamos del librito; pero este no dejó de ejercer su influencia sobre nuestros estómagos. Bajamos al comedor...

Una hora después volvíamos sobre cubierta en vivísima conversación. Habíamos probado un vinito blanco de Neuchâtel en nada inferior al célebre Johannisberg de las orillas del Rhin. El turista francés se puso graciosísimo. Intimidó con Federico. El, por su cuenta, se había tomado una botella de corpulento vino Palatino. «Cada vez que me trago algo alemán,—decía,—me pongo alegre.» Y Federico de replicarle: «En 1870 debió pasarle Ud. muy triste pues entonces fueron ellos quienes tragarón...» La frase era dura; dicha y oída sin todo el vino que habíamos tomado hubiera causado disgusto. El francés le contestó con báquica filosofía: «¡Oh sí!... por esto me vengo ahora...» Y seguimos una charla alegre, á corazón abierto.....

.....

Volvíamos á Lucerna por el codo que hace el lago entre Brunnen y Flüelen; este es el pueblecito de la extremidad del lago. Hacía rato que el sol se había hundido en las montañas de Unterwalen. El verde de los bosques que cubren las laderas se veía oscuro, casi negro, lo que daba realce á la nieve sonrosada de las cumbres. Por la garganta de Brun-

nen salía, envolviéndolo todo, esa luz rogiza que el sol muriente deposita en lo ancho del lago. En esa luz todo parecía misterioso: el agua rizada por la brisa de la noche, la montaña sombría, la nieve purpurina... El pico nevado del Bristenstock, asomando en el fondo, producía una claridad mayor, á la cual las torrecillas de Flüelen se veían frágiles como edificios de ensueño... A la derecha brillaba la luz de la capilla de Guillermo Tell,—la luz sagrada de la independencía helvética. En la garganta que da acceso al gran lago, la roca de Schiller proyectaba su sombra en el agua profunda; parecía un monumento, una alegoría infinitamente bella, digna del altísimo poeta.

Hora incierta en un cuadro lleno de silencio y de misterio! Parecía dominar el genio de los poetas y de los héroes. Todo era imponente y delicado á la vez; todo inspiraba un sentimiento noble y profundo, como la sombra, como el lago... Llegaba el sonido de la campana que llama á los pastores á la oración; llegaba ondeante y tenue, como el aire, como la luz rosada... Ante ese cuadro que nunca olvidaré, la semi-embriaguez que traíamos se disipó como una carca-

jada ante un pensamiento grave. Guardábamos silencio. Hasta la máquina del vapor, en el arrobamiento del paisaje, parecía suspender sus palpitaciones.

¡Cuánto deleite para el corazón y el espíritu! Cada uno pone lo que más ama en ese marco prodigioso y fugitivo. Federico puso á la niña desconocida, cuya visión lo persigue, cuyo destino ignora. No vió otra cosa en el viaje de vuelta, mientras el vapor tocaba á ambas orillas para recoger turistas; no vió otra cosa que el cuerpo bellissimo y el rostro enigmático de esa mujer. Primeramente, en el crepúsculo, la vió como sombra humana y tangible; luego, en la noche, la vió como rayo de luz.

El bullicio de Lucerna, con los turistas que desembarcan, despertó á Federico de su arrobadora contemplación. Estábamos de vuelta. Eran las nueve de la noche. Habíamos salido á las tres de la tarde. Es cuanto dura la navegación del lago.

26 de agosto.

Federico exclamó: «Al fin!... Ya estoy libre...» y se dejó caer en un sofá, como el hombre que vuelve fatigado de excursión penosa. «La mujer,—agregó,—la imagen que me perseguía y abrazaba, no es ya, para mí, sino visión fugitiva, recuerdo... Se acabó todo...»

Federico se desentendió de la zorna con que le pregunté si había habido algo, y pasó á referirme lo siguiente:

«Eran las 5 de la tarde. Sentado en un escaño de la terraza del Hotel Nacional, disgustado, febril, esperaba...»

«¿Esperabas?...»

«Nada...nada tenía que esperar, puesto que nada había pedido... De pronto apareció la familia...»

«La Sacra Familia...» interrumpí.

«La misma... esa en la cual todas mis facultades y sentimientos se habían concentrado... Ella, siempre correcta, tranquila, con su admirable elegancia, con su gesto de gravedad melancólica y precoz bajo el velo de la sonrisa afable... se sentaron en un

escaño cerca del mío. La madre se puso á la labor manual que traía en un bolsón de seda. La chica quiso jugar con tierra, pero fué reprimida. La hermana mayor,—Ella,—cambió con su madre algunas palabras. Una brisa inoportuna se llevó sus preciosas palabras en otra dirección: nada pude oír... Ella, al poco, se dirigió sola al muelle y tomó una chalupa, como las hay, con un solo asiento. Remando despacio, con el encantador movimiento de su cuerpo flexible, se alejó de la orilla. Nunca la vi más prodigiosamente bella, más original, y, también, más enigmática... Tuve una idea loca. Resolví hablarla, presentármele diciéndole que la amaba, sin ambages cortesanos, como un amante antiguo. El momento no podía ser más propicio. Pronta estaba la lancha eléctrica de la colonia chilena á la que todos los compatriotas tenemos derecho. Estaba con la bandera: se me antojó un navío apercebido para el combate. No me iba á ser difícil, en esa lancha, darle alcance á la solitaria y frágil remera. Me la tomaría al abordaje, llevándomela, en mi embarcación poderosa, á la playa más lejana de los Cuatro Cantones. Sería un rapto veneciano, una escena de ópera, algo que

en ese momento no pareció loco, pero sí admirable. ¿Hasta cuándo iba á quedarme como un niño temeroso, mudo y ridículo?... ¿Qué esperaba para demostrarme hombre?... Tomé la lancha disimuladamente, escondiéndome como un pirata. Luego me coloqué á corta distancia de la falúa cuyo velamen era el blanco vestido de ese sér adorable. La joven había dejado caer los remos y se mantenía sobre el lago terso, apenas arrastrada por brisa débil... Me quedé observando, mientras tanto el corazón amenazaba saltárseme del pecho. La vi sacar un papel de la escarcela de cuero que colgaba de su cintura. Leyó esa carta llorando y sonriendo á la vez, con viva impresión de goce y de ternura. Enseguida quedóse meditando, con los codos en las rodillas y la barba en las manos. Así, en esa postura natural del sér humano cuando medita, se quedó largo rato. Su indiferencia por las cosas que la rodeaban era tal, que más bien me pareció un pájaro blanco, una flor del lago... ¿Qué papel era ese...? ¿Qué contenía esa carta que, de ese modo, la hacía llorar y reir, concentrando tan profundamente su pensamiento?... No era difícil comprenderlo... Esa muchacha ama;

esa carta es de su novio ausente. Le dijo á su madre que deseaba remar para encontrarse sola, fuera de miradas indiscretas, y poder leer en plena libertad de emociones lo que le escribe su amado... Ese no es, te lo aseguro, un *flirt*, ni un capricho, pero sí el amor verdadero, la afección única, abnegada, de que son capaces las mujeres de estirpe superior. Bien lo veía yo en sus admirables ojos llenos á la vez, de lágrimas y sonrisas, en toda esa ternura delicada con que el amor se manifiesta en ciertos seres exquisitos. Entonces comprendí por qué rodea su rostro una aureola de melancolía... ¿Quién es el feliz mortal que cuenta con ese corazón de oro y ese cuerpo de diosa?... ¿Por qué no está con ella?... ¿Quién sabe...?»

«Ese es, le dije á Federico, repitiendo su estribillo,—el dueño y señor de la belleza ideal... el sér dichoso, envidiado, que se prosterna ante la milagrosa realización de su ensueño, adorante, estático, como el hombre primitivo que, saliendo del caos, ve levantarse el sol que todo lo ilumina y todo lo embellece...»

«Ese mismo,—pronunció Federico continuando su relato.—Cuando pasé cerca de

Ella, haciendo virar mi lancha, se levantaron sobre mí sus grandes ojos húmedos. Al ver que de los míos había desaparecido el brillo de la pasión, se detuvieron, esos ojos admirables y profundos, me miraron despacio, con bondad, con simpatía. Fué una mirada más elocuente que una frase, más clara que un escrito. En ella leí: «Me has amado en silencio, con fuerza, con delicadeza... Te lo agradezco; agradezco tu pasión, pero más agradezco tu silencio... Ninguna mujer de corazón mira indiferente tales sentimientos... Has llegado tarde... El rumbo de mi vida está ya dado; amo y soy amada... Si de este encuentro casual, si de este involuntario ascendiente que he tomado sobre tu alma, te resulta un sufrimiento... perdóname... Adiós...!»

Admiro esta nueva prueba de la imaginación de Federico. Le ha dado á su amor imaginario un fin satisfactorio, y hasta bonito. ¡Qué felices son los de temperamento meridional: lo llevan todo en ellos mismos.

«Nunca,—continuó el amante—recibí una mirada más noble, más clara, más llena de inteligencia y de bondad... Me alejé recordando lo que había pensado y que te dije:

—los que no están destinados á ver cumplirse en ella la suprema ambición del alma, se alejan taciturnos y coléricos. Animados siempre por la esperanza de realizar ese ensueño que es el fin, el objeto de la vida, prosiguen su camino por la incierta llanura...»

«Prosíguelo»,—le dije.

«Me alejo... Sigo mi incierta ruta... Sobre la frente de todo hombre vaga el ensueño del amor y del hogar. En la turba de seres, por medio de la que pasamos, existe, se encuentra, la mujer destinada á satisfacer nuestro ideal, el alma que es la hermana de nuestra alma. Muchas veces nuestras miradas se detienen en una criatura, atraídas, fascinadas, por misteriosa simpatía. Sus miradas, del mismo modo, se han encontrado con las nuestras. La chispa sagrada del amor va á producirse; los labios se acercan; van á pronunciarse palabras que forman lazos inquebrantables... En ese mismo momento, cuando todo parecía unirse para el misterio de la vida, algo nos separa. Es la mano invisible y sabia del Destino. Esa no debía ser nuestra compañera. Nuestra compañera debe ser otra. Ahí está, en la muchedumbre... Ya la encontraréis; tarde ó tempra-

no el Destino os hará dar con ella... Seguid.....»

«Tu doctrina, le dije,—está hecha para consolarte... Eso de «las miradas y de los labios que se acercan», en este caso no ha sido tanto (Federico se puso incómodo)... Por lo demás, no hay más que «proseguir por la incierta llanura...»

«No hay más que proseguir!...» repitió dando un suspiro, y agregó: «Al ver esa admirable creatura me figuré que con ella llegaba para mí la hora de la belleza y de la dicha, el santo destino de cada cual... Fué una ilusión... No es la primera...»

«Ni será la última...» observé.

«Sigo mi camino... Encontraré á la que busco, aquella para la cual nací... Ella también ha nacido para mí y ya viene á mi encuentro... Pudiera parecerse á ésta! Pudiera encontrarla pronto para no llegar á la tumba como fantasma estéril que ha cruzado un desierto árido... Quiero ser el árbol frondoso del bosque humano que se renueva sin cesar. Esta es la felicidad. Para realizarla damos la batalla de la vida... Esta aventura platónica no me deja ni taciturno ni colérico. Ha sido irreprochable la

actitud de esa joven con la cual he tenido relaciones sin haberla conocido ni hablado. Hubo tanta simpatía y lealtad en la mirada de sus grandes ojos! Es seguro que todos esos que la cortejan, si no son unos miserables se llevarán de ella, como yo, un elevado y emocionante recuerdo... ¡Adiós amiga desconocida, novia soñada, creatura perfecta! Por ti nunca olvidaré este pueblo lacustre, cuyo nombre es un foco de luz: Lucerna!... Siempre que mi memoria evoque este paisaje será como marco de tu cuerpo divino... Es tal tu perfección y tu belleza que, al recordar mi estadía en los Cuatro Cantones, no sabré si he vivido ó si he soñado!...»

Así puso término Federico al raro amor cuya leyenda queda hecha en este diario. Desea casarse, como la mayoría de los hombres de su edad (treinta años) y sus deseos se traducen en esta forma. Es una imaginación meridional y un buen carácter, lleno de conformidad y de pronto olvido.





ÍNDICE

I

DEL MAPOCHO AL PLATA

	Págs.
Paso de los Andes	7
Mendoza y la Argentina	41
La Pampa	60
Buenos Aires	75

II

DE VALPARAISO A PARIS

La Región Magallánica. (<i>Diario de viaje</i>)	119
Montevideo	148
Santos	156
Río Janeiro	165
Por el Atlántico. (<i>Diario de viaje</i>)	188
CORRERIAS	33

III

BOLETO CIRCULAR

	Págs.
Los afueras de París.....	255
Hacia el Monte Cenís.....	265
Italia!.....	285
Roma.....	301
Florençia.....	338
Hacia el Adriático. (<i>Viaje nocturno</i>).....	357
Venecia.....	365
La Catedral de Milán.....	385
Suiza.....	405
Lucerna.....	422
Apuntes de Zurich.....	430
Vuelta á París.....	435

IV

EN LOS CUATRO CANTONES

En los Cuatro Cantones. (<i>Diario de un turista</i>)....	453
-------------------------------------------------------------	-----

DEL MISMO AUTOR

Un país nuevo.—Cartas sobre Chile. París. 1903.

La ciudad de las ciudades.—Correspondencias de París. 1905.

Gobernantes y Literatos.—Montt y Varas, Mitre, Matta, Palmaceda, Lagarrigue, Roosevelt, Riesco, Blest Gana, Blanco Cuartín, Rodríguez, Los Amunátegui, Robinet, Rubén Darío, Heredia.

Los Congresos Pan-Americanos.—1907. (Agotada).

Socialismo y Cuestión Social.—1908. (Agotada).

La producción intelectual en Chile.—1909. (Agotada).

Crónicas del Centenario.—1910.